“El Lenguas”: *Proyectos Institucionales*

Suplemento de la revista
Lenguas Vivas
ISSN [versión en línea] 2469-0244

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA

“LUCILA CORDONE”

Los primeros cinco años

- *DOSSIER* ESPECIAL -

Dossier Especial

Abril 2021

Escuela de Otoño de Traducción Literaria
"Lucila Cordone"

Los primeros cinco años

Directora
Fabia Arrossi

Coordinación general
Secretaria Académica del IES
en Lenguas Vivas
"Juan Ramón Fernández"
Prof. Mónica Herrero

Editora
Griselda Mársico

Comité de Redacción
Magdalena Arnoux
Sergio Etkin
Paula Grossman
Cecilia Magadán
Olga Regueira

Consejo Consultivo
Cristina Banfi
Roberto Bein
Martina Fernández Polcuch
Patricia Franzoni
Estela Klett
Lorrain Ledwith
Elena Marengo
Florencia Miranda
Rosana Pasquale
Florencia Perduca
Uwe Schoor
Patricia Willson

Diseño y diagramación
César Raiola - Agustina Torres

Carlos Pellegrini 1515 (1011)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: 4322 3992/96/98
revistalenguasvivas@gmail.com

Autoridades

Vicerrectora a cargo de la Rectoría
Fabia Arrossi

Secretaria Académica
Mónica Herrero

Consejo Directivo
Claustro docente
Titulares
Paula López Cano
Úrsula Rucker
Lucía Dorin
Florencia Perduca
Agustina Peña Pereyra
Guillermo Hortas
Paula Galdeano
Danbiel Ferreyra
Olga Regueira
Suplentes
Silvia Firmenich
Mariana Jodara
Bárbara Poey Sowerby
Alejandra Ceretti
Paula Grosman
Lucila Cordone (in memoriam)
Aldana Garbarini
Victoria Orce
Mirta Mayorga
Claustro de estudiantes
Titulares
Surya Martínez Bek
Agustina Manrique
Franco Monterroso
Noel Quiroga
Zulma Calvo
Laura Rodríguez
Estefanía Quintana
Irene Corbo
Suplentes
María Verónica Althabe
Bianca Sainato
Macarena Mina
Lorena Gutiérrez
Andrea Forés Tacca
Cecilia Comito
Victoria Mastandrea
Yanina Durán

Dossier Especial

Abril 2021

Escuela de Otoño de Traducción Literaria
"Lucila Cordone"

Los primeros cinco años

EDITORIAL

La EOTL, un árbol en pleno crecimiento 09
Estela Consigli

ALGUNAS REFLEXIONES DE LAS AUTORIDADES Y PARTICIPANTES 14

La EOTL en palabras de su fundadora, Lucila Cordone

La Escuela de Traducción Literaria en el IESLV "Juan Ramón Fernández"
Mónica Herrero

Lucila Cordone. *In memoriam*
Dra. Claudia Mónica Ferradas

Sobre cómo empezó la colaboración entre el BCLT (Centro Británico para la Traducción Literaria) y la Escuela de Otoño de Traducción Literaria
Cecilia Rossi

Crónica de una historia exitosa
María Laura Ramos

Trabajar para el futuro
Marita Propato

Voces de otoño
Martina Fernández Polcuch

Rápido que los recuerdos se escapan
Eleonora González Capria

Escenas del otoño
Julia Tomasini

Encuentros y reencuentros
Débora Farji Haguet

2015

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2015 33

Traducción de Natalia Lobo
Das war ich nicht (pp. 188-198), Kristof Magnusson
Meike

Traducción de Astrid Riehn
Das war ich nicht (pp. 188-198), Kristof Magnusson
Meike

Traducción de Mónica Greiser
Das war ich nicht (pp. 188-198), Kristof Magnusson
Meike

Texto original: Capítulo "Meike", en *Das war ich nicht*, Múnich, Verlag Antje Kunstmann, 2010

2016

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2016 57

Traducción de Yenny Enríquez (México)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulos 1 y 2

Traducción de Ezequiel Martínez Kolodens (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulos 1 y 2

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitres 1 y 2

Traducción de Silvia Calabrese (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 4

Traducción de Erika Geymonat (Uruguay)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 4

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitre 4

Traducción de Julia Tomasini (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 9

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitre 9

Traducción de Sol Gil (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 15

Traducción de Melina Blostein (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 15

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitre 15

Traducción de Lucía Dorin (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 33

Traducción de Miguel Marqués (España)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 33

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitre 33

Traducción de Elena Donato (Argentina)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 34

Traducción de Mariana Arzate Otamendi (México)
Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 34

Texto original: *Allegra*, de Philippe Rahmy
Chapitre 34

2017
ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2017 93

Traducción de Mercedes Rego Perlas
Fragmentos de *Belgrano*, novela en proceso de escritura de Giles Foden

Texto original:
Excerpts from *Belgrano*, novel-in-progress, by Giles Foden

Traducción libre de Natalia Barry
Fragmentos de *Belgrano*, novela en proceso de escritura de Giles Foden

Texto original:
Excerpts from *Belgrano*, novel-in-progress, by Giles Foden

2018
ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2018 106

Traducción de Daniela Bentancur, Laura Estefanía y Fernando Stagliano
Fragmento de la novela *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Texto original:
Excerpt from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

Traducción de Antonella Querzoli
Fragmento de la novela *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Texto original:
Excerpt from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

Traducción de Alejandra Rogante y Federico Cristante
Fragmento de la novela *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Texto original:
Excerpt from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

Traducción de María Eugenia Krauss, Diana Calfa y Valentina Ríos
"Aquel viento en la plaza", de Laura Erber (Primera parte)

Traducción de Mariana Mhel y Paula Auer
"Aquel viento en la plaza", de Laura Erber (Segunda parte)

Texto original:
"Aquele vento na praça", de Laura Erber

Traducción de Matías Luque y Alejandra Vuotto
"Tenemos que hablar sobre las imágenes", de Laura Erber

Traducción de Ana Conti y Mariana Palomino
Fragmentos de *Mesa de inspecção do açúcar e tabaco*, de Laura Erber

Texto original: *Mesa de inspecção do açúcar e tabaco*

2019
ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2019 147

Traducción de Susana Goldmann
Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de María Porciel Crosa
Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de María Florencia Millán
Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de Carolina Previdéré
Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción grupal de Susana Goldmann, María Porciel Crosa, Mónica Lago,
María Florencia Millán y Carolina Previdéré
Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Texto original:
Loses Mappe, fragmento de *Hier ist noch alles möglich*, de Gianna Molinari

Traducción colectiva: Graciela Garavaglia, Vanesa Venditti, Agustina Fredes, Beatriz Petersen, Carolina Astudillo, David Reyes, Diana D. López, Diana Ortega, Emilia Pérez, Luciana Di Paolo, Sara Borrego Márquez, Soledad Konic, Soledad Maradei, Vanesa Fusco, Valeria Wald y Alejandro Ferrero:
"Desapariciones", de Katherine Orr

Texto original: "Disappearances", by Katherine J. Orr

RESEÑAS Y TESTIMONIOS 180

Astrid Riehn EOTL 2019 (alemán)

Crónica de una utopía poética, por Mercedes Rego Perlas y Valeria Wald EOTL 2018 (inglés)

Laboratorio 2017 (inglés)

Lucía Dorin EOTL 2016 (francés)

Mariángel Mauri EOTL 2017 (inglés)

Julia Tomasini EOTL 2016 (francés)

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria, por Laura Rodríguez O'Dwyer EOTL 2015 (alemán)

La Escuela de Otoño, o mis mejores vacaciones académicas, por Federico Cristante EOTL 2018 (inglés)

Natalia Barry EOTL 2017 (inglés)

Pero, sobre todo, soy yo, por Mariana Arzate Otamendi EOTL 2016 (francés)

Susana Hampe EOTL 2019 (alemán)

El idioma, la ciudad, la vida, por Miguel Marqués EOTL 2016 (francés)

Carolina Previdéré EOTL 2019 (alemán)

Ezequiel Martínez Kolodens EOTL 2016 (francés)

Reflexión sobre la Escuela de Otoño de Traducción Literaria edición 2017
Julián Alejo Sosa EOTL 2017 (inglés)

Opoe en la Escuela de Otoño, por Mónica Lago EOTL 2019 (alemán)

Graciela Rapaport EOTL 2018 (inglés)

Silvia Calabrese EOTL 2016 (francés)

Daniela Bentancur EOTL 2017 y Laboratorio 2018
Crónica de una Escuela de Otoño muy esperada, por Valeria Wald EOTL 2018
(inglés)

Crónica de una traductora literaria en Buenos Aires, por Delfina Morganti Hernández EOTL 2017

Antuel D' Adam EOTL 2018 (inglés)

Antonella Querzoli EOTL 2018 (inglés)

Diana Ortega EOTL 2019 (inglés)

Un taller de traducción que deja una huella en el alma, por Valeria Fusco EOTL 2019 (inglés)

NUEVOS PROYECTOS GENERADOS POR LA EOTL

Laboratorio de Traducción EOTL 2018 - Ing-Esp 213

Traducción Daniela Betancur
Jeux d'eau

Texto original: "*Jeux d'eau*", de Fiona Sze-Lorrain

Traducción de Federico Cristante
Notas de Mi funeral

Texto original: "Notes from My Funeral", de Fiona Sze-Lorrain

Traducción de Mercedes Rego Perlas y Valeria Wald "Dado el silencio",

Texto original: "Given Silence", de Fiona Sze-Lorrain

Traducción de Eleonora González Capria
"*Imponente*"

Texto original: "*Towering*", de Fiona Sze-Lorrain

Laboratorio de Traducción EOTL 2019 - Pt-Esp 223

Lectura bilingüe de la traducción colectiva y de originales de fragmentos de "Contos de Mentira", de Luisa Geisler a cargo de Paula Auer, Marta Fanti, Iris Sánchez Echevarría, Daniela Busson, Silvia Pergamo, Marlos Drumond Villalba y Sofía Sopa.

Taller Traducir la escena 2019 - Ing- Esp 232

Traducción de Mariana Pessino y Gastón López Rosales
Fragmento de *The Porter*, de John Donelly

Texto original: Excerpt from The Porter, by John Donnelly

Traducción de Mariángel Mauri y Paula Mascheroni
Fragmento de *The Porter*, de John Donelly

Texto original: Excerpt from The Porter, by John Donnelly

Traducción de Marie Álvarez y Malena Finkelstein
Fragmento de *The Porter*, de John Donelly
Texto original: Excerpt from The Porter, by John Donnelly

PRODUCCIONES A PARTIR DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA 246

"El año del Delta", por Natalia Berry (EOTL 2017)

"Una sonrisa que no conoce de épocas", por Vanesa Fusco (EOTL 2019 - Ing.)

"1- *One the difficult of being translated*" y "2- To be", por Delfina Morganti Hernández (EOTL 2017)

Texto sin título, de Mercedes Rego Perlas (EOTL 2017 y Laboratorio de traducción 2018)

Texto sin título, de Valeria Wald (Laboratorio de traducción 2018 y EOTL 2019 - Ing.)

LÍNEA DE TIEMPO 256

BIODATAS COORDINADORAS DE ESTOS PRIMEROS CINCO AÑOS 260

A la memoria de Lucila Cordone,
sin cuyo entusiasmo y trabajo
nada de esto hubiera sido posible.

Este *dossier* pudo concretarse gracias al empeño de la secretaria académica del IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández", la profesora Mónica Herrero, y de las traductoras Estela Consigli y María Laura Ramos, quienes trabajaron contra reloj para reunir las colaboraciones y los documentos que aquí se reproducen.

Editorial

La EOTL, un árbol en pleno crecimiento

La apertura de este número especial de la revista *Lenguas V;vas* iba a estar a cargo de Lucila Cordone, la fundadora del programa extracurricular "Escuela de Otoño de Traducción Literaria" del I.E.S. en Lenguas Vivas J. R. Fernández, pero su dolorosa partida obligó a barajar y dar de nuevo. Por una parte, recayó en mí el honor y la responsabilidad de presentar esta publicación cuyo objetivo principal es celebrar los primeros cinco años del programa –si bien ahora resume más de seis–; por otra, con las traductoras y profesoras Mónica Herrero y María Laura Ramos completamos el proceso de recopilación y ordenamiento de esos textos, en el que habíamos tenido el privilegio de colaborar desde sus inicios en 2019. Se trató de un trabajo arduo, mancomunado y pleno de satisfacciones que nos comprometimos a realizar por haber sido parte activa, de uno u otro modo, del nacimiento y la evolución de la EOTL.

Sucede que el hecho de perder a Lucila generó en quienes la conocimos bien –colegas, alumnos, compañeros, amigos, familiares– la voluntad y el compromiso de llevar a cabo, continuar o hacer crecer cada uno de sus muchos sueños, proyectos e iniciativas. Uno de ellos fue el de publicar este número como balance de los primeros cinco años de la EOTL.

Asumo el reto también en agradecimiento a mi querido "Lenguas" y a las personas de alto valor humano y profesional que integran sus cuerpos directivo y docente. El Instituto es una parte importante de mi vida porque, además de haberme otorgado el título de Traductora literaria y técnico-científica en francés, me permitió actuar en la construcción de este programa y participar de muchas de sus actividades académicas. Trabajé con Lucila en el origen y en el desarrollo de la EOTL y nos maravillamos juntas ante su crecimiento frondoso, porque no solo se parece a un árbol que fue creciendo en altura, sino que también le brotaron ramas, flores y frutos.

Permítanme que les cuente brevemente y desde mi propio ángulo cómo plantamos y germinó una de las semillas –porque no fue una sola, como descubrirán más adelante en la lectura– que dio origen a la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

Conocí a Lucila Cordone en el año 2011, cuando ingresé a la comisión directiva de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI), un ámbito siempre abierto a proyectos que generen la defensa y promoción de la traducción. Como éramos las únicas en la comisión que estábamos orientando nuestro trabajo hacia el ámbito editorial y ambas habíamos egresado de la misma casa de estudios, comenzamos a intercambiar experiencias y reflexiones sobre la especialidad, las cuestiones referidas a la formación, el mundo de la edición de libros, el campo laboral y la inserción en el mercado. Veíamos que había mucho por hacer en todos esos planos y decidimos que podíamos, a través de la AATI y del Lenguas, poner manos a la obra, comenzando por crear en la Asociación las comisiones de Traducción editorial y de Derechos de autor.

Así se nos abrieron las puertas a un camino de ida que recorrimos juntas hasta hace unos pocos meses con mucho esfuerzo y algunos inevitables tropiezos, pero también con pequeños y grandes éxitos que nos llenaron de satisfacción. Porque era fácil trabajar con Lucila: la alegría, el respeto y el compromiso mutuo sostenían cada paso que dábamos. En medio de otras tantas "aventuras" –así llamábamos a nuestras gestiones relacionadas con la promoción y defensa de la traducción editorial– que compartíamos, me había invitado a acompañarla en su proyecto profesional más importante, inspirado en la prestigiosa *Summer School of Literary Translation*.

Así fue que, a comienzos de 2014, café de por medio en un bar de Palermo, entre dos reuniones que tenían que ver con nuestra ya plena actividad "gremial", se dio este diálogo que quedó grabado en mi memoria:

> —¿Y qué nombre le ponemos?– preguntó Lucila. No podíamos llamarlo "Escuela de verano de traducción literaria". Primero, porque sería una copia. Segundo, porque no iba a ser en verano.
> —¡Escuela de otoño de traducción literaria! ¿Por qué no?– respondí. Un silencio, dos sonrisas, la emoción compartida de dar nacimiento al proyecto y bautizarlo.

Sí, estábamos dándole forma al seminario, pero nos sonaba extraño ese "otoño" en el nombre que nos remitía a su modelo británico, pero debíamos atrevernos a incorporarlo. Era una actividad hermosa que no existía en nuestra región, pero tendríamos que adaptarla a la realidad argentina y porteña, reducirla a lo que nos ofrecía el contexto económico e institucional de esos años. Nuestro objetivo final, no obstante, era ambicioso: un encuentro de traducción literaria de al menos cinco días con la presencia de escritores extranjeros y editores locales, en nuestro querido "Lenguas Vivas", en las cuatro lenguas del Instituto y enlazado con las Jornadas de Traducción Editorial de la AATI en la Feria del Libro de Buenos Aires, que acababan de tener su primera edición. Este último factor era absolutamente necesario para dar a conocer la existencia de la EOTL y para que los escritores invitados pudieran mostrar su obra al público de la Feria.

Los limitados recursos materiales y humanos con los que contábamos nos indicaron que debíamos bajar las expectativas, pero manteníamos alta nuestra ilusión. Después de arduos meses de reuniones, entrevistas y traslados en auto, tren o colectivo de una punta a otra de la ciudad –que nos daban la oportunidad de seguir debatiendo y decidiendo sobre cada detalle–, pudimos organizar una primera "EOTL" con diez participantes que provenían de Buenos Aires, de otras provincias ¡y hasta de México! La presencia de un escritor alemán, la elección tan atinada de la coordinadora, la visita de editores independientes, un calendario de actividades abiertas en el Instituto y en la Feria del Libro completaban un cuadro que nos hacía saltar el corazón de solo imaginarlo. Estábamos lógicamente un poco nerviosas, pero felices, entusiasmadas, y esa edición fue mucho más alentadora de lo que nos habíamos atrevido a esperar; inolvidable puntapié inicial para esa nueva "aventura".

La EOTL 2016 tuvo en todos nosotros un impacto muy especial por la calidez humana, la sensibilidad y la inteligencia del escritor suizo francófono invitado, que iluminaron no solo el seminario, sino también la lectura previa de sus textos, cada intercambio de emails, cada encuentro con el grupo de participantes. Como actividades complementarias, incorporamos un interesante taller de traducción de textos de arte al francés y paseos compartidos para explorar la ciudad, lo que dio color a ese otoño gris y lluvioso. Casi dos años más tarde, nos llegó desde una editorial suiza la propuesta de traducir otro texto suyo. La traducción, a cargo del grupo de participantes de la EOTL 2016, fue publicada un año después. Podemos decir que el árbol comenzó a dar frutos.

En el 2017 le tocó el turno al inglés, una edición que se destacó por el grupo de traductoras y traductores seleccionados, maravillosamente activo, unido y entusiasta. El carácter inacabado de la novela que trabajaban y el hecho de que su argumento estuviera relacionado con la Guerra de Malvinas se conjugaron para que las y los participantes se desenvolvieran como protagonistas conscientes de sus producciones. Había brotado la primera rama del árbol: el taller de escritura creativa, que se instaló como actividad complementaria para todas las ediciones posteriores.

Fueron cinco días de lectura, escritura y debates en el "Lenguas", en un clima de especial interconexión

acentuado, sin duda, por las intensas emociones compartidas en las visitas relacionadas con la obra del autor y nuestra historia reciente.

Ya al año siguiente, nuestra idea original de un seminario en cuatro lenguas comenzaba a perfilarse como realizable, porque pudimos hacerlo al menos en dos: portugués e inglés. El éxito de las tres ediciones anteriores había permitido que la propuesta llegara más lejos, atrajera más postulantes y que diferentes organismos nos brindaran su apoyo para seguir creciendo. Agregamos días, visitas y actividades complementarias. Con escritoras mujeres por primera vez y una presentación en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA), se completó un panorama de novedades que hizo de esa EOTL una semana muy fructífera y festiva.

Pocos meses después, vimos nacer una segunda rama: el Laboratorio de Traducción, que organizamos entre el Instituto y el MALBA en 2018 y 2019. Los responsables del área de Literatura del Museo habían quedado tan maravillados con la EOTL que nos propusieron articularla con su programa anual de residencias para escritores extranjeros.

En 2019, la EOTL mostró claramente que seguía creciendo. Con los talleres simultáneos en inglés y alemán y dos escritoras prestigiosas, aumentó la proporción de postulantes extranjeros y del interior del país. Tuvo mayor difusión en los medios e impacto público gracias a las nuevas articulaciones con el MALBA y a su ya clásica participación en las Jornadas de Traducción Editorial de la AATI y en la Feria del Libro. La semana se cerró con una celebración muy emotiva en el Instituto por los primeros cinco años de la EOTL, que incluyó una muestra de fotografías y traducciones de ese período, un cálido brindis y hasta una torta de cumpleaños. Fue entonces cuando Lucila tuvo la idea de publicar un número especial sobre la Escuela en la Revista *Lenguas V;vas* como parte de los festejos.

A fines de ese año, tuvimos la inmensa alegría de recibir de la secretaria académica del Instituto, a cargo de Mónica Herrero, la propuesta tan esperada: ¡una edición con las cuatro lenguas para el 2020! Semejante espaldarazo nos llevó de inmediato a mover cielo y tierra en busca de escritores, coordinadores, obras interesantes para los talleres, apoyos institucionales, lugares de encuentro, actividades y visitas especiales para cada grupo. Paralelamente, comenzamos a imaginar la dinámica especial que requeriría la organización de los cuatro talleres simultáneos, así como las maneras de garantizar la mayor calidad posible a esa maravillosa Babel que vislumbrábamos.

Estaba casi todo listo, cuando llegó la pandemia de Covid-19 imponiendo al mundo un paréntesis aún hoy de cierre indefinido. Pero después de unos meses de incertidumbre y tristeza, nos dimos cuenta de que podíamos reemplazar ese paréntesis por un subrayado doble para la EOTL. Habíamos llegado a organizar la mayor parte del seminario y nos encontramos de pronto ante un tiempo adicional, valiosísimo, una impensable oportunidad en circunstancias normales. Solo era cuestión de cambiar las fechas y aprovechar el año que teníamos por delante para seguir sumando ideas, mejorando propuestas, afinando detalles. Así fue como encontramos la manera de lograr un primer contacto entre autores, autoras, coordinadoras y participantes dentro de cada grupo, que se concretó en cuatro enriquecedoras entrevistas virtuales a fines del 2020 por medio de la plataforma Zoom de la AATI y difundidas públicamente a través de la Asociación y del Instituto.

En esos tiempos extraños de contrastes e incertidumbres, trabajamos con más voluntad y espíritu creativo que nunca. Lucila y yo siempre nos sentimos privilegiadas y agradecidas por contar con la colaboración invaluable de colegas que aportaron ideas, nos contactaron con escritores, nos ayudaron a tomar decisiones importantes. Ahora, esas personas han redoblado su compromiso con la EOTL de distintas maneras, como lo hizo María Laura Ramos al ofrecerse tan generosamente para formar parte del equipo de coordinación general. Gracias, María Laura, por ese gesto absolutamente necesario para continuar con el proyecto que no es sino compartido, y que me permite seguir pensando y hablando en plural. Efectivamente, con ella comparto momentos inolvidables de la amorosa e ardua tarea de la EOTL,

como cuando nos comunicamos con los traductores seleccionados; cuando vemos que podemos conocer un poco más sobre los autores invitados a participar y seguir adentrándonos en sus obras; cuando vemos las entrevistas virtuales que nos permitieron acercar –y acercarnos– a los protagonistas (participantes, coordinadoras y escritores) de la postergada sexta edición. Tan grande es ese compromiso, que decidimos tempranamente hacerla realidad en modo virtual, para que todos los involucrados pudieran organizar sus agendas con tiempo y no dependiéramos de las circunstancias inciertas que plantea la pandemia.

Nos alienta comprobar que, además de ir cumpliendo con sus objetivos iniciales, la EOTL está logrando conectar tres actores esenciales de la traducción editorial que casi no se perciben entre sí: el ámbito académico específico (formación de traductores), el de la práctica de la traducción (traductores literarios surgidos del campo de las letras y de las ciencias humanas) y el profesional (los editores). También hemos observado que contribuye a elevar el nivel de reflexión y profesionalismo que requiere la traducción literaria; a recuperar su papel protagónico en la tradición de las letras argentinas –desdibujado en las últimas décadas ante el florecimiento de tantas nuevas especialidades en la profesión–; a darle visibilidad y prestigio ante lectores, editores, formadores y estudiantes de traducción; y sobre todo, a reivindicarla como una profesión que se puede ejercer como tal, no reductible a una afición, a una mera práctica "por amor al arte".

La semilla que plantamos con Lucila se fue convirtiendo en el árbol robusto y en pleno crecimiento que es hoy la Escuela de Otoño de Traducción Literaria. Me siento feliz y orgullosa de ser parte de su historia, en la que comparto vivencias únicas y aprendo permanentemente de tantas personas valiosas. Gracias, Lucila, por embarcarme en esta "aventura".

Las coordinadoras generales de la EOTL queremos expresar nuestra gratitud al Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández por valorar este proyecto y a la AATI por haberlo adoptado como parte destacada en su agenda anual de actividades. También agradecemos a quienes nos acompañaron de uno u otro modo en estos seis años y lo siguen haciendo.

Con respecto a la presente edición especial de *Lenguas V;vas*, el trabajo colectivo final se desarrolló en circunstancias excepcionalmente difíciles y por demás conocidas que marcaron el 2020 y los inicios del 2021. El primer paso que dimos fue relanzar la invitación a las autoridades institucionales, a las coordinadoras, a los participantes de las cinco ediciones de la Escuela para que nos enviaran sus reflexiones, reseñas, traducciones y escritos, y la respuesta fue una cantidad abrumadora de material sumamente valioso que siguió llegando hasta mediados de marzo. Hermoso gesto por el que expresamos nuestro mayor reconocimiento.

El corpus se abre con las palabras de la iniciadora del programa EOTL, Lucila Cordone. A modo de reconocimiento y homenaje, quisimos plasmar sin ningún tipo de edición la introducción que ella estaba preparando y no pudo terminar, no solo en clara muestra de su compromiso firme e inagotable con el rol de formadora, sino también de su invitación a continuar el camino que abrió.

Los lectores encontrarán luego las impresiones de autoridades del IES en Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández y de la la AATI, que respaldaron tan generosamente la creación y el crecimiento de la EOTL, seguidas por reflexiones de las coordinadoras de las diferentes ediciones. A continuación, como pequeña muestra de lo que implica participar de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, podrán saborear traducciones, producciones surgidas de los talleres de escritura creativa y emotivos testimonios de quienes vivieron la experiencia en cada uno de esos cinco años. Sigue una breve reseña sobre los proyectos, ya concretados o en marcha, que surgieron a partir del programa y que abren nuevas y esperanzadoras perspectivas para su futuro. Como cierre, una línea de tiempo acompañada por imágenes ilustra de

modo dinámico los primeros seis años de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

Algunos de los textos originales en lengua extranjera que constituyeron la base de las ediciones de la EOTL y de los Laboratorios de traducción, y que por sus características están sujetos a leyes de propiedad intelectual, cuentan con el consentimiento expreso de sus respectivos autores o autoras para ser incluidos en esta publicación.

Por su parte, los fragmentos traducidos aparecen intencionalmente sin edición porque consideramos que reflejan el proceso de elaboración y reflexión conjunta que se desarrolló en cada uno de esos seminarios.

Esperamos que disfruten de la lectura.

Estela Consigli

Algunas reflexiones

Escuela de otoño de Traducción Literaria[1]

En abril de 2019 cumplimos cinco años de este programa que podríamos describir como una semana de convivencia entre un grupo de traductores provenientes de distintos puntos geográficos del planeta y un escritor o escritora inédito en español que se somete a ser traducido por tal grupo a lo largo de esos días. La semana es un poco desquiciada, pues tratamos de comprimir en esos cinco días un taller de traducción, charlas abiertas al público en el Lenguas Vivas y en distintos espacios literarios, la participación en las Jornadas de Traducción Editorial de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y momentos lúdicos, comida rica y brindis que propicien un terreno fértil para conocer a los colegas, acercarse a una editora, sembrar semillas, germinar proyectos.

¿Qué nos motivó a iniciar un proyecto de estas características en el Lenguas?

Fueron varias las razones, y me es necesario organizarlas de alguna manera que no deje a ninguna de lado y que intente esquivar el orden aleatorio. Elijo la numeración.

Uno. La motivación personal. Yo egresé del Traductorado en Inglés hace casi veinte años pensando que nunca iba a poder traducir literatura, a pesar de lo que me había llevado a elegir la carrera era precisamente eso. A lo largo de mis años de estudiante y los que siguieron cuando egresé escuché muchas veces decir que los traductores con título no podíamos traducir literatura, tanto de editores como de "traductores literarios", incluso padecí que me lo dijeran en la cara, sin siquiera tomarme una prueba. Y desde entonces tuve la ilusión de transformarme en ese personaje, anhelaba ese perfil bohemio, rodeado de libros y de narrativa. Y así comencé a buscar herramientas para esa transformación. Al mismo tiempo, después de unos años de enseñar traducción literaria en el último año de la carrera, empecé a descubrir que muchas alumnas y alumnos tenían un inmenso potencial para traducir literatura y que existía un desconocimiento muy grande por parte del mundo editorial sobre nuestra formación. Transmitir el enojo y la frustración hacia las nuevas generaciones y descargar toda la culpa hacia la ignorancia de muchos editores no iba a solucionar ese quiebre. Sentía que lo que hacía falta era buscar espacios de encuentro para que los editores pudieran hallar ese potencial y para que los traductores que estábamos formando tuvieran la oportunidad de mostrarlo.

Dos. BCLT. En la búsqueda de maneras de acercarme a la traducción literaria di, entre varias otras cosas, con un encuentro entre traductores y escritores en Inglaterra. En algunas ocasiones lo definí como un retiro espiritual para traductores, pero el gran descubrimiento tuvo que ver con que estaba ante un universo que era muy similar al nuestro, y que habían desarrollado un programa comprimido en una semana que no solo ponía atención a cómo traducir mejor, sino que abordaba distintos aspectos de este campo con el fin de ayudar a jóvenes traductores a encontrarse con el mundo editorial. Volví de ese encuentro con la convicción de que podíamos hacer algo similar en nuestro país: teníamos las traductoras y traductores, estábamos ante un boom de editoriales pequeñas que volvían a traducir en la Argentina, solo necesitábamos dar con escritoras y escritores

1 Lucila Cordone comenzó a escribir este texto a mediados de 2019. Lamentablemente, no pudo terminarlo. Los que hicimos esta revista decidimos publicarlo tal cual ella lo dejó para no modificar el espíritu de lo que Lucila quería decir.

cuyos países de origen quisieran financiar la visita a Buenos Aires.

Tres. A partir de 2010 comienzan a aparecer en Buenos Aires distintas expresiones ...Otros programas de traducción Ausencia de un programa

Cuatro. El campo editorial en la Argentina

Cinco. Feria del Libro de Buenos Aires

Seis.

Siete. El Lenguas como microuniverso multicultural y multilingüe.

Ocho. Descubrir autores.

Nueve. Pensar en la escritura literatura

Rol del traductor como scout
Feria de editores FLIA, SUBSIDIOS
Proyecto de Ley de Traductores

Bibliografía:

Adamo
Añon
Botto
De Diego
De Diego
L. Winne, Malumián
Szpilbarg, D. (2017). Dossier La traducción editorial: Entre el mercado y la política cultural: una mirada sociológica sobre la extraducción en Argentina. El caso del Programa Sur (2010–2012). El Taco En La Brea, 1(5), 421-434. https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/6640

La Escuela de Traducción Literaria en el IESLV "Juan Ramón Fernández"

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria (EOTL) es una actividad que se enmarca dentro de las responsabilidades de la Secretaría Académica del Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández".

Según reza el artículo 29 del Reglamento Orgánico Institucional (Resolución N° 335/SSGECP/2015 – 10/07/2015), la Secretaría Académica es "la unidad de gestión de los programas y proyectos de investigación, extensión, capacitación y postítulo". Allí recibimos y analizamos todas las propuestas destinadas a la formación de estudiantes, docentes y egresados de la institución, y también para la comunidad en general.

En 2014, la traductora Lucila Cordone acercó a la institución la propuesta de hacer una Escuela de Otoño de Traducción Literaria y tener al IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández"como institución sede de los talleres de traducción. La rectora de aquel momento, la profesora Paula López Cano, recibió esta idea con mucho entusiasmo y, junto con las dos secretarias académicas que la acompañaron en su gestión, la profesora Claudia Ferradas, primero, y la profesora Graciela Abarca, luego, se ocuparon de vehiculizar el espacio para que este proyecto floreciera.

Cuando en 2018 accedí a la Secretaría Académica, entendí que este proyecto debía seguir y que había que abonarlo para que creciera todavía más. Es así que, de los primeros años en que las actividades giraron alrededor de un solo idioma (alemán en 2015, inglés en 2016 y francés en 2017), en 2018 y 2019, hubo talleres de traducción en dos idiomas por cada edición. En 2018, fue el turno del inglés y del portugués y, en 2019, el del alemán y nuevamente del inglés.

La EOTL es un proyecto al que el IESLV "Juan Ramón Fernández" ha contribuido y cuyo crecimiento ha propiciado a lo largo de diferentes rectorados, que han coincidido en el valor que esta actividad aporta a la institución y en la necesidad de seguir sosteniéndola. Sin embargo, no habría sido posible sin el carisma, impulso y profesionalidad de Lucila Cordone, quien siempre atenta a las propuestas que le hicimos, organizó charlas y talleres de creación literaria y de traducción de lenguas originarias, e incluso se animó a llevar adelante una edición en que estuvieran presentes los cuatro idiomas en que formamos profesores y traductores en esta institución.

Lamentablemente, la pandemia no nos permitió hacer en 2020 la edición que teníamos planeada, aunque logramos hacer encuentros en modo remoto en los que participantes y coordinadoras entrevistamos a los distintos autores invitados. Ahora le daremos un cierre a esta edición, con los talleres de traducción en modo remoto con participación de los autores, y actividades con la comunidad. La única que nos va a faltar es Lucila, que nos dejó el pasado diciembre.

Como institución, le agradecemos que nos haya elegido para acercarnos esta propuesta y reafirmamos nuestro compromiso de seguir apoyándola, porque la EOTL, que ahora lleva el nombre de su creadora y mentora, "Lucila Cordone", no solo nos ha permitido abrirnos a la comunidad y establecer vínculos profesionales con colegas de todas partes del mundo, sino que también nos ha puesto en relación con otras instituciones con las que compartimos horizontes académicos y profesionales. A su vez, la EOTL les ha permitido a nuestros estudiantes, egresados y a traductores de otras partes que participaron de los talleres entablar relación con el mundo de la edición y con profesionales que se nutren de la traducción.

Además, debo reconocer que esta magnífica iniciativa no hubiera sido posible sin el apoyo de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI), encargada, entre otras cuestiones, de organizar las Jornadas de

Traducción en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y siempre presente apoyando las actividades de la EOTL. Asimismo, la presencia de autores y coordinadoras extranjeras fue posible, además de gracias a la AATI, por las siguientes instituciones comprometidas con la literatura y la traducción: CADRA, Fundación El Libro, Programa Sur de Apoyo a la Traducción (Ministerio de Relaciones Exterior de la República Argentina), Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA), Art and Humanities Research Council de la Universidad de East Anglia, British Center for Literary Translation, Fundación Pro Helvetia y su Programa Coincidencia, Goethe Institut, Embajada Suiza en Argentina, Casa de Traductores Looren (Suiza), Instituto Francés, Alianza Francesa de Buenos Aires, AVINA e Instituto Camões.

Solo me resta agradecer a Lucila Cordone por haber armado estas redes de profesionales y de financiación del proyecto y, nuevamente, por haber confiado en esta institución como sede de talleres y algunas actividades, a mis colegas que me precedieron en la gestión por haber tenido la lucidez de identificar una excelente posibilidad de trabajo y oferta académica, y a los autores, coordinadoras y cada uno de los participantes que, a lo largo de las primeras cinco ediciones y de la sexta edición en proceso, prolongada por la pandemia, han hecho posible que esta reunión de traductores y autores sea cada vez más enriquecedora, más convocante y trascendente, y revitalice la reflexión y la práctica de la creación literaria y de la traducción.

Mónica Herrero
Secretaria Académica
IESLV "Juan R. Fernández"
Marzo 2021

Lucila Cordone

In memoriam

Verano boreal. Universidad de East Anglia. Las noches pueden ser solitarias en el campus. El sol se pone muy tarde, mis colegas cenan temprano y suelen irse al pub. Yo intento mantener mis horarios argentinos y ceno tarde, sola, en la cocina comunitaria de la residencia universitaria donde profesores y profesoras sentimos que regresamos a nuestra vida de estudiantes por un tiempo.

De espaldas al panel vidriado que da al parque, oigo un tamborileo muy suave sobre el vidrio. Me doy vuelta, sorprendida. Una mano pequeña reitera el llamado y me saluda. Una sonrisa inconfundible la acompaña. Ahí está mi exalumna del Lenguas, ahora mi colega. ¿Qué hace Lucila Cordone en mi amada universidad inglesa? Entra. Nos abrazamos. Me cuenta que está asistiendo a una escuela de verano de traducción literaria. Me regala un libro: la traducción de Julio Cortázar de *Vida y cartas de John Keats*, de Lord Houghton. Las emociones son tantas que no articulo palabra alguna. Lucila está en su elemento: va creando proyectos a medida que describe su experiencia. Sus ojos refulgen tanto como su sonrisa: quiere llevar la escuela a la Argentina, al Lenguas. Siempre realista, le señalo los obstáculos, pero soñamos juntas.

No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que volví a escuchar ese mismo repiqueteo sobre otro vidrio: el de la puerta de la de la oficina de la Secretaría Académica del Lenguas, en ese entonces Regencia del nivel superior. Yo estaba sentada en esa oficina tratando de aprender las implicancias del cargo para el que había sido nombrada apenas unos días antes; Lucila venía a recordarme el proyecto. Buscaba solo colaboración: traía contactos, estrategias, soluciones. No nos costó nada obtener el apoyo del Rectorado, a cargo de Paula López Cano. Con Lucila al timón, atravesamos las tormentas de la burocracia y la falta de recursos. La recuerdo sentada en la oficina compartiendo relatos de negativas e impedimentos. Nunca bajó los brazos. Le debemos ese enorme orgullo que es la Escuela de Otoño de Traducción Literaria tanto para el IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" como para todo el ámbito de la traducción literaria en la Argentina.

Quienes generan espacios fértiles de creatividad y colaboración laten dentro de ellos, más allá del plano de experiencia que llamamos vida. En estos tiempos aciagos, cada vez que golpea el desasosiego traigo a mi memoria la convicción de Lucila de que los obstáculos están hechos para fortalecernos. Y si el desánimo va ganando la batalla, me basta con releer las palabras de P.B Shelley que subrayé en el libro que me regaló, donde se afirma que los seres humanos

"Son criados por la injusticia para la poesía:
Aprenden sufriendo lo que enseñarán cantando."

Sufrimos. Aprendemos. Recordamos. Y seguimos cantando.

Dra. Claudia Mónica Ferradas
Regente del Nivel Superior 2014 – 2016

Sobre cómo empezó la colaboración entre el BCLT (Centro Británico para la Traducción Literaria) y la Escuela de Otoño de Traducción Literaria

Recuerdo el encuentro con Lucila Cordone en abril del 2015 cuando charlamos por primera vez acerca de la posibilidad de que la AATI, con el Instituto Lenguas Vivas y la Escuela de Otoño de Traducción Literaria que ya había concluido una exitosísima primera edición, participara en un *mega* proyecto de investigación liderado por la University of Manchester en el que mi Universidad, la *University of East Anglia*, con el BCLT a la cabeza, ya estaba involucrada. Era el Proyecto 'Cross-Language Dynamics. Reshaping Community' que hacía pocas semanas había recibido la 'luz verde' del Arts and Humanities Research Council (AHRC) –consejo de investigación de la Artes y Humanidades– para que presentara el documento completo para un proyecto de investigación al que se le otorgaría, de ser seleccionado, hasta cuatro millones de libras. El AHRC había lanzado en junio del año anterior el *Open World Research Initiative* para revitalizar las lenguas modernas: los proyectos concursantes tenían ese mandato específico, y la traducción, en el contexto de la disciplina de las lenguas modernas, tenía un papel central.

Yo me había acercado a la Universidad de Manchester, por medio del Centro para el Estudio de la Memoria Cultural de la Universidad de Londres. Desde un comienzo me interesaba interrogar el proceso de traducción de textos literarios postdictadura. ¿Qué se traduce? ¿Quién elige? ¿Cómo se traduce? O, simplemente, ¿se pueden traducir ciertas experiencias? ¿Qué pasa con algunas palabras, esas que acarrean el peso de la memoria, se pueden traducir? Fue la directora del centro, Katia Pizzi quien creyó desde un primer momento en la viabilidad de estas inquietudes y me invitó a paricipar en el *mega* proyecto con el BCLT y la UEA.

Desde un primer momento yo había tenido en claro que estas preguntas podían contestarse solamente desde la práctica de la traducción y en el contexto del taller –el *workshop*– como los talleres de traducción literaria organizados por el BCLT en el International Literary Translation Summer School al que Lucila había asistido por primera vez en julio de 2011 y que había sido la fuerza inspiradora para la EOTL. De ser otorgados los fondos por el AHRC, tendríamos la posibilidad de financiar un autor de lengua inglesa para la EOTL: ése era el argumento principal que yo tenía esa tarde de abril de 2015 para convencer a Lucila de que la AATI participara como 'project partner' del mega proyecto.

Y tenía que convencerla, porque yo ya había elegido el autor: mi colega de UEA, el escritor Giles Foden. Con Giles habíamos coincidido un sábado de invierno por la mañana en un 'Open Day' y yo le había comentado mi proyecto. Él, por su parte, tenía muchas ganas de hablar conmigo porque estaba dando los primeros pasos en la investigación para una futura novela, que en ese momento se llamaba *Three Ships* [Tres barcos], haciendo eco de la *Christmas carol 'I Saw Three Ships'*. El *Belgrano*, me dijo esa mañana, fue tres barcos. Y me contó la historia. Yo había quedado fascinada. Hablamos de Camila Fiori (la protagonista): me preguntó si *Camila* me gustaba, como nombre (¿o había mucha mención de flores en su nombre?). Le sugerí Delfina y creo que lo consideró, pero al final quedó Camila… Pero *Three Ships*, recuerdo que le dije, no me terminaba de convencer. ¿Por qué no *Belgrano*?

El problema con el texto de Giles era que no estaba escrito: ¿cómo voy a convencer a mis colegas en la AATI y en el Lenguas, de que traigamos un autor si el texto no existe? Me decía Lucila. Pero, justamente, era una oportunidad increíble: el proceso de traducción le podía aportar tanto al proceso de escritura, es decir, al proceso creativo de la novela. Podríamos probar, justamente, que el proceso de escritura no es tan disímil del proceso de traducción… En fin, todas estas preguntas fueron encontrando respuesta y expresión hasta que se plasmaron en un capítulo "Literary Translation and Disciplinary Boundaries: Creative Writing and Interdisciplinarity" publicado en *The Routledge Handbook*

of Literary Translation (2018) y que ya ha sido traducido al español por María Victoria Ginepro y Lucas Lasagna y será publicado por el ENSLV Sofía E. B. de Spangenberg este año.

El resto de la historia ya es conocida por todos. Esta colaboración entre la AATI, el Lenguas Vivas, la EOTL, el BCLT, ha sido más que fructífera. Hemos entrenado traductores y traductoras del inglés al español con un grupo de autores increíbles: a Giles Foden en 2017 le siguieron Julianne Pachico en 2018 y K.J. Orr en 2019, autores todos ellos con una conexión a la UEA y, aún más importante, con una visión global y abierta acerca de lo que constituye la literatura. Catherine Davies, Directora del IMLR (Instituto de Investigación en Lenguas Modernas, de la Universidad de Londres) e Investigadora Principal del proyecto liderado por la Universidad de Manchester, participó en la EOTL en 2017 y en las Jornadas Profesionales en la Feria del Libro ese año. Por su parte, la Directora del Centro para el Estudio de la Memoria Cultural de la Universidad de Londres, Katia Pizzi, viajó en 2019 y participó también en las Jornadas Profesionales y en la mesa redonda del MALBA 'Identidad, cultura y migraciones' junto a Gianna Molinari, K.J. Orr, y Cynthia Rimsky. En fin, esta colaboración ha facilitado el diálogo y la cooperación entre comunidades de práctica y ha permitido también la concepción de otros proyectos, como el proyecto de Traducción Teatral con la participación de Catherine Boyle (King's College, London, investigadora de otro proyecto OWRI del AHRC, 'Language Acts and Worldmaking') y el proyecto GCRF (Global Challenges Research Fund) de la UEA, Quality Review Funding, en colaboración con Pro Helvetia, Programa Coincidencia y la Comisión para la traducción de lenguas originarias y minorizadas de la AATI.

En este momento de reflexión y desde la profunda tristeza desde la reciente partida de Lucila, sé que el trabajo de colaboración entre la EOTL, la AATI y el BCLT que empezó con Lucila no ha terminado aún y que seguiremos creando oportunidades para que las nuevas generaciones de traductoras y traductores puedan también acceder a futuros programas de formación profesional.

Cecilia Rossi

Crónica de una historia exitosa

Escribir sobre la Escuela de Otoño de Traducción Literaria es escribir sobre Lucila Cordone. Y escribir sobre Lucila Cordone me lleva, indefectiblemente, a hablar de la pasión. La pasión con la que me contó la —en sus palabras— alucinante experiencia de haberle podido dedicar una semana completa a traducir lo que más le gustaba: textos literarios. Había decidido viajar al Reino Unido un par de semanas para participar de la Summer School en el British Centre of Literary Translation, y no se había arrepentido. De ese viaje, trajo con ella la obsesión de replicar ese modelo en Buenos Aires. Y los que conocimos a Lucila sabemos que, cuando tenía una idea en mente, no había forma de pararla.

Esa fue la génesis. Luego comenzaron las gestiones con los generosos cómplices de siempre: las autoridades del Instituto en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" y de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI). Con ellas, y con el igualmente tesonero entusiasmo de su compinche incansable en estas aventuras, Estela Consigli, comenzó el proceso largo y paciente de golpear puertas. Embajadas, consulados, dependencias ministeriales, organizaciones del ámbito de la cultura, funcionarios, editores, todos escucharon la idea e hicieron aportes, a veces, económicos, pero también de estrategias y experiencias. El objetivo era habilitar un espacio para que traductores con escaso recorrido en traducción literaria pudieran traducir textos literarios guiados por un colega experimentado y junto con el autor o la autora de la obra.

Uno de los tantos aprendizajes que me dejó mi amistad con Lucila Cordone fue el de escuchar con paciencia y sin preconceptos la opinión de los demás, aunque teniendo bien claro cuál es el objetivo final. Lucila rara vez confrontaba; cuando algo no la convencía demasiado, movía apenas la cabeza en señal de afirmación y ofrecía un imperceptible "hmm" como toda respuesta. Después dejaba que lo que había escuchado decantara y evaluaba si se ajustaba, o podía ajustarse, a su propósito. Por eso fue que hizo a un lado la idea originaria de una Escuela de Verano y empezó pensar en una de otoño. Por la conveniencia de organizarla en una fecha cercana a la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires; para articular la actividad con las clases regulares en los institutos de formación e invitar a los estudiantes de Traducción a asistir, al menos como oyentes; para que los participantes de la Escuela pudieran estar presentes en las Jornadas Profesionales de Traducción Editorial de la Feria (otra quijotada de Lucila, Estela y la AATI).

Así, primero como confidente de Lucila, como lectora compulsiva de literatura, como trabajadora de la traducción y, más adelante, como coordinadora y tallerista, fui involucrándome con todas las etapas que hacen posible la Escuela de Otoño. Varias veces opté por alejarme, pero el destino siempre me hizo volver. Con el tiempo entendí el plan que Lucila tenía trazado, su empecinamiento en el último tiempo para convencerme, o para pedirme con una firmeza que dolía de tan estoica (¡cómo decirte que no!), que tomara su lugar y acompañara a Estela.

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria fue una semilla que se plantó en el lugar correcto y que creció, sigue creciendo, cuidada amorosamente por las mejores jardineras. Se convirtió en una planta fuerte y frondosa: comenzaron con un solo taller, en alemán; otro año se animaron a talleres simultáneos en dos idiomas diferentes, y en 2020 planeaban festejar la sexta edición ininterrumpida de la Escuela con ¡cuatro! talleres simultáneos, uno por cada lengua de los traductorados que se dictan en el Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández.

En esta crónica del desarrollo de la Escuela de Otoño, es necesario mencionar a otra creyente entusiasta: la doctora Cecilia Rossi, o Ceci para los que forman parte del equipo. Ella no solamente se esforzó para conseguir financiamiento para el taller de inglés durante cuatro años, sino que pensó en la AATI —es decir, en los traductores argentinos— para generar muchos otros proyectos increíbles relacionados con la traducción literaria.

La historia de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria es la historia de un sueño de Lucila Cordone, que ella supo cómo comunicar, cómo contagiar las ganas. Y también es la historia del trabajo sostenido, pasional, de muchos ("No fue magia", dijo alguien alguna vez). El compromiso ahora es seguir transmitiendo ese entusiasmo, formar equipos de profesionales jóvenes que continúen esta actividad a través de los años. En otras palabras, honrar el legado de Lucila.

Gracias, Lu, por haberme compartido tu sueño una mañana mientras desayunábamos café con leche y medialunas en la cantina del Lenguas.

María Laura Ramos

Trabajar para el futuro

Para la asociación que reúne a Profesionales de la Traducción y la Interpretación de la Argentina desde 1982, la colaboración en la creación del programa de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria marca un antes y un después en su historia de trabajo por la profesión en alianza con instituciones formadoras.

Trabajar para la profesión es trabajar para el futuro. Y como presidenta de la AATI de 2014 a 2021, me siento privilegiada de haber visto nacer y crecer de la mano de Lucila Cordone y Estela Consigli, ambas a cargo de la Comisión traducción para editoriales de la AATI, colegas de inmensa capacidad y talento, este programa que fue construyéndose a lo largo de sus cinco ediciones, y que sigue proyectándose hacia el futuro.

Cuando hace tiempo la AATI fue invitada por CADRA por primera vez a participar en las Jornadas Profesionales de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, ingresamos a un mundo de oportunidades. A través de seminarios y talleres en torno de la traducción de libros, la escritura, la edición, la corrección, la accesibilidad y las lenguas, la AATI se forjó un camino en la Feria del Libro, tanto en el ámbito especializado de las Jornadas Profesionales de Traducción editorial como en presentaciones al público "en la Feria grande". Siempre con Lucila y Estela al mando de la programación, con todo el equipo de Comisión Directiva y colaboradores en la organización, y con el acompañamiento de instituciones culturales que brindaron su apoyo. A partir de allí, se abrieron numerosas puertas. Las jornadas se convirtieron en un clásico, y la presentación que en ellas se hacía de los resultados de la EOTL era el tan esperado broche de oro.

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria reversionó con ingenio y con recursos locales la experiencia inspirada en la Escuela de Verano de Traducción Literaria, con la cual mantuvo un diálogo continuo gracias a las excelentes gestiones de Cecilia Rossi del *British Centre for Literary Translation*. El programa, en su versión del sur, encontró su hogar en el Lenguas Vivas Fernández, la casa de estudios que dio aval y un marco académico a sus distintas ediciones, potenciando la relación entre una asociación profesional y una institución formadora. Y supo capitalizar aportes de un gran número de colegas que se sumaron a colaborar, coordinar y coorganizar desde todos los ángulos.

Me llena de orgullo ver el camino recorrido por la Comisión de traducción editorial de la AATI, contemplar el legado de Lucila, colega de una visión inigualable, cuyas contribuciones solo podrán apreciarse en su verdadera dimensión con el correr de los años. Tuve el enorme privilegio de trabajar de cerca con ella y con Estela y apoyar el crecimiento de la EOTL en una época en que más allá de los rótulos y los cargos, todas las integrantes de la comisión directiva de la AATI actuamos con un gran sentido de unión y empuje, un espíritu que permitió, entre otras cosas, promover los derechos de traducción autoral, fomentar la traducción literaria en diversos idiomas, cimentar alianzas y gestar proyectos sólidos para la profesión, con visión de futuro.

Marita Propato
Presidenta AATI 2014-2021

Voces de otoño

Me llevó un tiempo entender en qué sentido la EOTL es una escuela. Al principio, el nombre no me pareció del todo apropiado. Podía generar falsas expectativas: una escuela en la que se enseña a traducir literatura. Yo iba a coordinar el primer taller de alemán y tenía mis reparos respecto del cuño didáctico del nombre. Generar un espacio para el intercambio de ideas sobre literatura y traducción, estimular debates y moderarlos, dar a conocer textos, propiciar el conocimiento mutuo entre colegas, sin duda. ¿Pero enseñar? ¿Podía ser que el nombre tuviera algo de falso amigo? ¿O la diferencia entre *school* y escuela se manifiesta sobre todo en el plano de las connotaciones? Nunca le comenté nada al respecto a Lucila Cordone, porque en cada nuevo contacto con ella su entusiasmo por poner en marcha el proyecto desplazaba cualquier vacilación.

El programa era ambicioso, variado y largo. Una verdadera inmersión en el mundo de la traducción literaria. Imposible no salir transformadx. Pero no toda transformación es aprendizaje.

Las actividades de la EOTL se organizan –"se" eran Lucila y Estela; ahora son Estela y María Laura, sin Lucila, pero con la impronta imborrable de su legado– en torno al taller: unas diez personas se encuentran diariamente a comentar traducciones, propias y ajenas. Una presenta su propuesta y el resto comenta. También trabajan de a dos, o en grupos chicos. Hay gente que viene de las letras con poca experiencia en traducción, hay traductorxs noveles con poca experiencia en literatura, hay profesionales que provienen de otras disciplinas, hay aficionadxs, hay obsesivxs, lxs hay con intuición, con método, con espíritu lúdico, con pasión, con ojo perspicaz, con oído musical, con buen olfato para detectar alusiones, hay mentes de asombrosa lucidez para sopesar argumentos, hay quienes hacen malabares, quienes dan el paso para que el texto avance, está la mano ágil que fija la idea antes de que las siguientes borren su huella, está la lengua que degusta, el pecho en que resuena cada ritmo que se ensaya. Es una entidad múltiple que ofrece sus funciones para que cada participante las pruebe, las ejercite, las asuma. Pero como entramado no se funde en un solo cuerpo. Es muchos cuerpos. O, en todo caso, un cuerpo mutante, capaz de recombinarse como un cubo rubik, que exhibe caras inverosímiles hasta encontrar el patrón anhelado, esa meta cuya forma solo se conoce cuando ya se la ha alcanzado.

Lo que no se aprende: cómo hay que traducir.

Lo que se aprende: cómo se puede traducir, cómo se quiere traducir, cómo no se quiere traducir, si se quiere traducir, qué se quiere traducir y qué no.

Ahora, después de haber coordinado dos de los talleres y con el tercero, que la pandemia postergó, en ciernes, pienso que no me corresponde a mí decir lo que otrxs pueden aprender, sino solo reflexionar sobre mi propio aprendizaje. Aprendo a reconocer la subjetividad de lx otrx –traductorx, autorx, lectorx, editorx–, a escuchar, a distinguir su voz. Su voz en otoño, que quizás en primavera ya no será la misma.

Martina Fernández Polcuch

Rápido que los recuerdos se escapan

*

Mi primer tránsito por la Escuela de Otoño de Traducción Literaria no fue, en realidad, como coordinadora del taller de inglés sino como participante de la edición 2017, organizada por Lucila Cordone, María Laura Ramos y Estela Consigli. Un año después, tuve la suerte de recibir una invitación de Cecilia Rossi a la escuela de verano del British Centre for Literary Translation, en Inglaterra. Recién entonces, en 2019 y con esas experiencias a cuestas, incluida la de coordinar el taller de traducción de poesía de Fiona Sze-Lorrain, me convocaron para la nueva tarea. Respiré profundo y decidí abrazar el desafío.

*

¿Qué acerca y aleja a la EOTL de las prácticas de traducción más cotidianas, de las prácticas docentes a las que hemos estado más expuestas?

*

La tarea de la traducción literaria, la mía al menos, se da en soledad. Es heteróclita y multiforme: a veces resulta serena, otras se parece a una danza y otras tantas a un forcejeo, nace tanto en soporte escrito como oral, viaja en voz baja y a los gritos.

Las respuestas a los problemas que encuentro vienen de la palabra impresa: de otros textos, de los instrumentos lingüísticos que tengo a mano. La posibilidad estadística de comunicarse con el autor o la autora tiende a lo irrisorio, mediada y condicionada por todos los eslabones de la cadena editorial y, dato no menor, por la eventualidad de traducir a alguien vivo.

En resumen, mi única interlocutora suele ser una pantalla, mis compañeras más frecuentes la incertidumbre y la urgencia.

*

De pronto, estamos en el aula auditorio. Es 2019, sí. La autora invitada, Katherine Orr, ocupa un asiento junto a las ventanas, pero se irá desplazando a lo largo de los encuentros. El texto escogido es “Disappearences” del libro *Light Box* (2016). La trama se desarrolla en Buenos Aires y allí no se nombra lo que falta.

Están Lucila y María Laura, Cecilia, Estela, Martina Fernández Polcuch, Gianna Molinari (creo: la memoria es cosa que engaña), Katia Pizzi y quienes hacen el taller, que en inglés son Alejandro Ferrero, Graciela Garavaglia, Vanesa Venditti, Agustina Fredes Luciana Di Paolo, María González, Soledad Konic, Beatriz Petersen, David Reyes, Vanesa Fusco, Emilia Pérez, Diana D. López, Sara Borrego Márquez, Soledad Maradei, Diana Ortega, Carolina Astudillo y Valeria Wald.

Cierro y abro los ojos para volver a ver esas imágenes. Aparece una ausencia y yo tampoco sé cómo ponerla en palabras.

*

¿Qué cambia cuando el proceso de escritura, en una mirada retrospectiva, se va develando y está disponible durante el proceso de traducción?

*

Traducimos el cuento de Katherine Orr de tantas maneras como nos permite el tiempo. ¿Qué pasará? Estoy ansiosa por poner en práctica las dinámicas que me llevé del British Centre y de la edición 2017. ¿Qué pasará? Así que empezamos con un abordaje individual de secciones asignadas por grupo, seguimos por el trabajo de negociación grupal hasta llegar a una única versión y, al final, practicamos la traducción colectiva y sin demora. ¿Qué pasará? Nos esforzamos, nos cansamos, nos reímos, nos emocionamos. Somos una red: nos contenemos.

*

Mis (queridas) alumnas de Traducción Literaria II de ese cuatrimestre asisten al taller de escritura creativa y a algunas actividades de la Feria del Libro. Todo se conecta. Recuerdo las miradas cómplices que intercambiamos ellas y yo cuando Katherine se detuvo a analizar narratológicamente su texto en una de las mesas redondas, después de que, en clase de la materia, ya había explicado las detalladísimas categorías de Gérard Genette para ponerlas al servicio de la traducción. Así, la Escuela de Otoño encuentra la forma de llegar a otras aulas del Lenguas Vivas, su efecto es duradero, trasciende el espacio del auditorio.

*

Le hacemos preguntas a Katherine cuando surgen dudas sobre un matiz de sentido, cuando intuimos una referencia oculta, cuando tratamos de llegar a una decisión. Katherine no siempre tiene respuestas y, a veces, decide no ofrecerlas para darnos libertad.
El original, como ideal, como monolito, por momentos deja de perseguirnos.
A veces, también ocurre, preguntamos de más. Es decir, planteamos dudas a partir de la traducción que no se reflexionaron en igual medida o con idéntica perspectiva en la escritura. Simplemente porque no. Y descubro que eso sucede una y otra vez. Siempre que trabajo en un espacio donde dialogan quienes traducen y quienes escriben, las dos partes se solidarizan, se valoran, se compadecen incluso.
Ante todo, se asombran.

*

¿Qué nos queda de esos momentos efímeros pero luminosos, en los cuales acompañadas vamos del original a la traducción, de la traducción a la traducción?

*

Uno de los ejes temáticos centrales de la Escuela de Otoño en inglés ha sido la memoria colectiva. Este también es un ejercicio de memoria colectiva. Estamos acá para recordar a Lucila Cordone y a este espacio que supo crear. Espero haber sabido rendirle homenaje. Cuesta hacer memoria cuando duele.

Eleonora González Capria

felicidade. Recuerdo bien el entusiasmo de esos días y la alegría de la noche del brindis en San Telmo: el final de la Escuela de Otoño de portugués fue pura felicidad. "También tengo un recuerdo muy alegre de esos días", me dice Laura Erber, cuando le pido que me cuente sobre su experiencia como autora invitada. Entonces empezamos a recordar juntas estas escenas que escribo ahora.

El último día hubo una lectura abierta en el hall central del Lenguas Vivas. Sentadas en la escalinata, algunas de las traductoras del grupo leyeron partes de las traducciones que habían hecho durante los días de la escuela. Mientras leían fragmentos de cuentos y poemas, las demás podíamos reconocer el camino que habían hecho esas palabras, la constelación de ideas, preguntas y decisiones que había detrás de cada texto, y también, como siguiendo un hilo dentro de ese hermoso collage, reconstruimos (o construimos) un diálogo entre los textos de Laura. Fue una escena muy conmovedora.

La experiencia de la traducción tiene sus escenas particulares –ciertamente felices muchas veces– que son inseparables del texto que traducimos, nacen de él. Pero también del tipo de traductora o traductor que somos en *ese* momento y para *ese* texto: si algo sabemos de la traducción es que es un territorio en donde nada es permanente, a veces es un océano en el que perderse, a veces son arenas movedizas, pero nunca, por suerte, tierra firme.

Se me vienen a la cabeza muchas escenas de traducción: búsquedas en lugares insólitos, sueños con las palabras precisas, cartas que me escribía para dar con el tono de un personaje o los días enteros en las bibliotecas del centro de Río de Janeiro. Pero las escenas de traducción no tienen por qué ser necesariamente solitarias. Traducimos con mucha ayuda, con lecturas anteriores, con voces que oímos en algún momento y después tomamos prestadas, con la ayuda de colegas o de traductores casuales. Pero a veces es más que eso: traducimos y reflexionamos juntas, como durante esos días en la Escuela de Otoño. Y después nos vamos a brindar.

mesa de tradução. Eran once traductoras escribiendo alrededor de la enorme mesa de madera del salón de actos, y ya esa disposición ponía en evidencia la corporalidad del trabajo de traducción, los movimientos, las expresiones.

Si bien la propuesta del taller era construir un espacio de encuentro y trabajo con textos literarios —y con la autora de esos textos—, yo quería que fuera más que nada un lugar para experimentar, reflexionar y trabajar de la forma más libre y, simultáneamente, más colectiva posible. Por eso, además de momentos de trabajo específico sobre las traducciones, hubo muchos otros en que solo reflexionamos y discutimos nuestras ideas.

Creo que no hay forma de traducir sin reflexionar teóricamente al mismo tiempo sobre la traducción. Estas "teorías" pueden ser previas pero también *se nos revelan* en la práctica. Partiendo de esta idea, el taller se convirtió rápidamente en un lugar de reflexión teórica (y a veces afectiva) y de exploración: de arriesgarse y atravesar el miedo a la equivocación, y también de cuestionar las propias ideas sobre la traducción —atreviéndose, por qué no, a pensar nuevas fidelidades—.

En eso fue fundamental el trabajo colectivo, no solo para compartir las búsquedas sino para sostenerse entre ellas y sobre todo para abrir espacios adentro a partir de la mirada diferente de la otra. Y lo que más había era diferencias: algunas venían de la edición, como Mariana Palomino y María Eugenia Krausse, o eran ya profesoras, como Ana Conti o Alejandra Vuotto, o venían del arte, como Diana Calfa. Además, entre las porteñas y bonaerenses habían venido Valentina Ríos, de Córdoba, Mariana Hernández Cruz, de Ciudad de México, y María Noel Serra, de Mendoza. Muchas eran del Lenguas Vivas, como Paula Auer, Ailín Painé y Mariana Jodara (y las que no, como yo misma, nos

sentimos tan a gusto, ¡tan bien recibidas!). Ahí mismo, durante los días de la Escuela, trabajaron sus traducciones con otra u otras traductoras, cruzaron puntos de vista e ideas en largos diálogos y debates. No hay una forma única de traducir ni de pensar la traducción, y uno de los objetivos del taller era desarrollar una mirada y un trabajo más porosos a las experiencias, a la intuición y a las diferencias. Y con menos prejuicios.

A lo largo de los días estas traductoras compartieron su trabajo y sus ideas en un clima tan amoroso como divertido, hasta que sin temores surgieron tanto las dudas y las preguntas, como la libertad creativa para experimentar. Sabemos que traducir es hacer muchas cosas al mismo tiempo, y entre ellas, crear: uno de los siete verbos que elige María Negroni para hablar de la traducción. Porque, como decía Haroldo de Campos, traducir es "desarmar y volver a armar una máquina de la creación". Pienso también que la traducción es como un acto de magia que nos permite nadar en lo profundo de una lengua, una energía con la que podemos tocar el cuerpo de las palabras y transformarlas.

escrever/traduzir/escrever. Vivía en Río de Janeiro cuando un editor brasileño me recomendó una novela reciente: un particular librito salpicado de fotos en blanco y negro titulado *Esquilos de Pavlov*. Enseguida me atrajo esa escritura precisa y delirante, tan irónica como poética. Y si bien la novela se centraba en los mundos del arte contemporáneo, era también una reflexión sobre la literatura y las formas de narrar. Cuando viajé a Buenos Aires, se lo llevé a Fabián Lebenglik, de la editorial Adriana Hidalgo, y en menos de un año ya estaba trabajando en la traducción en una de esas bibliotecas del centro de Río. Pero también tuve la suerte de trabajar algunas veces junto a Laura, en su casa llena de libros y objetos de arte, sobre otra mesa grande de madera y que daba a un jardín. Las dos recordamos mucho ese trabajo juntas sobre detalles de la novela y las preguntas que yo tenía, en el que inventábamos, escribíamos y nos reíamos mucho.

Algunos años después, fue nuestra autora invitada para el taller de la Escuela de Otoño de 2018. Si bien ya había publicado poemas, cuentos y una novela, Laura Erber también era artista plástica, ensayista, editora... entonces pensé que con esos materiales con los que ella trabajaba podía proponer que el taller fuera además de un lugar de cruce de lenguas, un espacio en donde cruzar géneros literarios, y trabajar poesía y ensayo, además de narrativa, con sus particularidades y desafíos. Así, en el taller trabajaron con el cuento "Aquele vento na praça" (2011), poemas del libro *A retornada* (2017), una selección de poemas en prosa de *Mesa de inspecçãodo açúcar e tabaco* (2018) y el breve ensayo "Precisamos falar sobre as imagens" (2014), cuyas traducciones se pueden leer en este dossier.

El hecho de que Laura viniera a trabajar con las traductoras creó un clima de emoción similar a la experiencia que tuvimos en Río. Laura iba recorriendo la mesa, hablaba con cada una de ellas, contestaba sus preguntas, pensaban juntas las propias escrituras y los desafíos que proponían. Y entre el interés y la fascinación que le despertó esta experiencia, Laura filmó un breve corto para mostrar sus protagonistas y algunas de las reflexiones que querían compartir.

No se me escapó en ningún momento que estábamos montando un laboratorio en un espacio corrido, casi periférico: éramos un grupo de mujeres traduciendo a otra mujer, del portugués, textos de géneros "marginales", como la poesía y el ensayo. Todo eso generaba una potencia difícil de describir ahora pero vivida en ese momento con mucha intensidad, alegría y un maravilloso espíritu de rebelión.

caminhos invisíveis. Mientras hablo con Laura, se me ocurre pedirle que me mande por escrito algunas de sus impresiones de la escuela y me envía, para mi sorpresa, este texto, que traduzco:

La Escuela de Otoño fue para mí una experiencia formidable e inédita. Ya había visto de cerca la traducción de otros libros míos, *Los cuerpos y los días*, traducido al alemán por Timo Berger y *Ardillas de Pavlov*, traducido al español

por Julia, que organizó y dio el taller.

Ciertamente hay diferencias entre la traducción del poema y de la prosa, y eso se hizo muy evidente durante el taller. Ah, debo decir también que creo que hay una atmósfera de traducción que influye en el trabajo. Y la escuela en donde tenía lugar el taller influyó muy positivamente en el trabajo de esos días.

Otro dato importante: éramos todas mujeres. No sería capaz ahora de desentrañar todas las reflexiones que podría y debería hacer, pero ese hecho componía también esa "atmósfera", que era libre y libre de disputa o competición. Efectivamente era un trabajo en el que cada una, creo yo, se sentía a gusto para exponer sus modos de traducir y experimentar procesos nuevos, otro tipo de entrega a la traducción, otras alianzas entre la lengua de origen y la lengua de llegada.

Lo que más me fascinó esos días fue una especie de vértigo lingüístico que se fue creando poco a poco, aunque intensamente. Como si entre el español y el portugués fuéramos abriendo pequeños caminos invisibles, puertitas como la que Alicia (en el país de las maravillas) logra atravesar después de comer las galletas mágicas. Creo que la traducción es una especie de galleta mágica que abre esos caminos en los que siempre es posible perderse y no volver.

No sé si voy a poder decir la alegría muy singular que sentí al ver cómo traducían mis poemas, con mi –quizás inútil, aunque animada– participación. Las preguntas que no lograba responder como autora me obligaron a tratar de pensar mis propios textos como un trabajo de traducción, en el sentido de que todo poema traduce la relación del poeta con su lengua, con lo que sabe o no sabe de ella, con lo que sabe por intuición y lo que descubre en el propio acto de escribir, corregir, volver, perderse, dudar, elegir.

Como autora, el taller terminó revelándome algunos pasajes posibles entre el portugués y el español. Y reforzó en mí misma el placer que siento de perderme en mi propia lengua, haciendo del poema una especie de perro guía. Agradezco inmensamente a todas las traductoras que participaron del taller y a las organizadoras, Lucila Cordone y Estela Consigli.

Lucila e o rio. La Escuela de Otoño fue, desde su inicio, un hermoso trabajo en equipo de Lucila y Estela, que contó con el apoyo de muchas otras personas, tanto del Lenguas, como de la AATI, porque la escuela es, además, una gran red. Para la llegada de Laura participaron la Feria del Libro, el Malba y la editorial Adriana Hidalgo; y si bien tuvo sus desafíos de organización, también permitió abrir esa red a otros lugares, lo que generó nuevas conexiones y asociaciones. En uno de los primeros días, coordiné la mesa en el Malba sobre traducción, escritura y residencias de Traductores (cuya grabación puede verse aquí) junto a Laura, Julianne Pachico –la autora de habla inglesa invitada para el taller paralelo de inglés–, la escritora y traductora Inés Garland, Gabriela Stöckli, de Casa de Traductores Looren, y Cecilia Rossi, del British Centre for Literary Translation. Además, participé de dos charlas en las Jornadas para Profesionales en la Feria del Libro, una con Fabián Lebenglik y Laura (éramos la autora, la traductora y el editor hablando de "nuestro" librito), y otra sobre cómo presentar proyectos a editoriales. Además hicimos con Laura una charla en portugués en el Lenguas, coordinada por Caroline Pfeiffer, un diálogo en la Feria sobre *Ardillas de Pavlov*, donde también presentamos el video de Laura, y dialogamos en el taller con la editora Julieta Mortati. Todo esto, que fue tan intenso pero genial, todo esto fue planificado por Lucila y Estela en reuniones de las que participé pero principalmente fue pensado, discutido y organizado por estas dos mujeres increíbles.

Primero como participante de la edición en francés en 2016 y después como coordinadora de la edición en portugués, pude conocer de cerca a Lucila. Sé que, como toda la gente del Lenguas, la voy a extrañar mucho, ya la extraño. Por eso este texto, aunque breve y demorado —lo debía desde el año pasado— fue tan difícil de escribir.

Recuerdo que nos encontramos una tarde a comienzos del verano en San Isidro para empezar a planear el taller. La propuesta que me traía era clara, sólida y al mismo tiempo generosa: daba mucha libertad. Para mí era importante trabajar con otros géneros además de narrativa y también me interesaba especialmente invitar a una autora mujer. Para Lucila era muy importante planear y trabajar de forma inclusiva (lo hacía siempre), valorizar el trabajo de la traducción y el trabajo que se hacía desde el Lenguas y la AATI. Estábamos de acuerdo en muchas cosas: la importancia de hacer red, compartir ideas y experiencias, y acompañar a las participantes en todo el proceso.

Cuando terminamos la reunión, caminamos hasta su casa y le pregunté dónde estaba el río, porque quería pasear. "Es muy cerquita", me dijo, "seguí por esa calle. Es tan lindo tener el río cerca". Y sonrió. Me emociona particularmente recordar esa escena de la caminata, llena de cariño y entusiasmo. Le agradezco muchísimo que me haya dado la oportunidad de llevar adelante, junto a ella y Estela, una propuesta de taller en la que venía pensando hacía un tiempo. Y me alegra, a pesar de toda esta distancia que se impone ahora, haber aprendido de su gran capacidad de organización y gestión (y humildad ¡tan virginiana!), y haber conocido su amorosidad y su enorme y vital impulso para tener buenas ideas y concretizarlas, como esta escuela.

Julia Tomasini

Encuentros y reencuentros

Me recibí de profesora de francés en el entonces Instituto Nacional del Profesorado en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" en 1987 y, al año siguiente, circunstancias personales hicieron que me fuera a estudiar traducción a París y que después me quedara a vivir en Francia. En ese momento, no podía imaginar que pasarían más de 25 años hasta que volviera a entrar en esa casa de altos estudios, que fue como mi segunda casa durante los años de carrera.

Ese segundo ingreso en "el Lenguas Vivas" fue de la mano de Estela Consigli y Lucila Cordone, miembros de la Comisión Directiva de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI) e iniciadoras y coordinadoras de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, cuando en 2016, me invitaron a dar un taller de traducción al francés en la segunda edición de la Escuela, que ese año tuvo lugar del 18 al 22 de abril. El taller estaba pensado como una prolongación de un taller sobre la misma temática, aunque más general y abierto a todos los idiomas, que bajo el título "Traducir arte y cultura para el mundo. El ejemplo de Francia" dirigiría unos días antes en la Feria del Libro de Buenos Aires, en el ámbito de las III Jornadas de Traducción en el Ámbito Editorial, también organizadas por AATI.

El taller "Traduire les arts et la culture" de la Escuela de Otoño iba dirigido a traductores y futuros traductores con la combinación español a francés que trabajaran en los ámbitos del arte y de la cultura o que quisieran especializarse en estas temáticas. A partir de una muestra de distintos tipos de textos especializados en español, tratamos de analizarlos en profundidad para dar respuesta de manera participativa a las dificultades que planteaba su traducción al francés y, en general, para definir lo que hace a la singularidad del campo temático "arte y cultura", un campo tan especializado como exigente, en el cruce entre la traducción técnico-científica y la literaria. El objetivo final del taller residía en establecer una serie de factores que se deben tomar en cuenta de manera sistemática a la hora de abordar textos artísticos y culturales, y concluir sobre las mejores soluciones a adoptar de cara a la traducción, haciendo hincapié en las trampas más habituales de la traducción del español al francés.

Asistieron al taller estudiantes de la carrera de traducción del Instituto de Lenguas Vivas, traductores profesionales, docentes de traducción literaria e incluso una traductora que estaba siguiendo estudios de historia del arte, y la coordinadora de una editorial universitaria especializada en las industrias culturales y las artes. En cursos o talleres especializados como este y con un público de iniciados, la propuesta suele ser tan fructífera para los asistentes como para la persona que dicta el curso. Y así fue. El desafío intelectual que supuso para mí preparar el taller se vio ampliamente recompensado: los asistentes supieron cómo poner en duda algunas certezas, se afianzaron amistades, conocí a colegas argentinos de gran valía, nacieron proyectos de colaboración profesional, todos aprendimos algo del otro y vivimos una experiencia única e irrepetible.

Ese año 2016, la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, de la que mi taller representaba una pequeña porción, tenía como objeto principal traducir al español fragmentos de la novela *Allegra* del escritor suizo francófono Philippe Rahmy, que tuve la oportunidad y el placer de conocer en el transcurso de la semana que duró la Escuela. Cinco años después, es extraño recordar con una mezcla de profunda tristeza y velada alegría aquellos momentos. Ya no están físicamente con nosotros ni el escritor —tan humano, abierto, comunicativo y entrañable— ni una de las coordinadoras de la Escuela de Otoño, Lucila Cordone, con su profesionalismo, su energía, su generosidad y su sonrisa siempre a cuestas. Sirvan este número homenaje y estas pocas palabras para conservar en la memoria y en el corazón todo lo que nos han brindado. A Lucila, como a Estela, quiero expresarles además mi agradecimiento por haberme permitido reencontrarme con mi querido Lenguas Vivas y devolverle parte de lo mucho que me brindó en mis primeros años de estudio.

Débora Farji Haguet

2015

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2015

Lengua: ALEMÁN

Escritor invitado: Kristof Magnusson
Obra: Capítulo "Meike", en *Das war ich nicht,* Múnich, Verlag Antje Kunstmann, 2010.
Coordinadora: Martina Fernández Polcuch

Editores y correctores invitados: Salvador Cristófaro y Julia Ariza (editores y correctores, Fiordo Editorial), y Maximiliano Papandrea (editor y corrector, Páprika y La Bestia Equilátera).

Participantes:
Fernanda Aren, Pablo Ascierto, Teresa Benítez, Silvia Córdoba, Natalia Lobo, Carmen Maquieira, Laura Rodríguez O'Dwyer, María Tellechea, Valeria Gutiérrez y Astrid Riehn.

Oyentes: Mónica Greiser, Mónica Lago y Sofía Stubrin.

Coordinadora de los talleres complementarios Taller de traducción de poesía al inglés y
La traducción en Alejandra Pizarnik: Cecilia Rossi

Compartimos aquí el video de la Presentación de la EOTL y lectura de traducciones en las II Jornadas de traducción editorial, en el marco de las Jornadas Profesionales de la Feria del Libro de Buenos Aires 2015.

Das war ich nicht (pp. 188-198)
Meike

Traducción de Natalia Lobo

En nuestra tertulia de traductores de Hamburgo, en el bar *Omas Apotheke* de la calle Schanzen, había visto muchas veces cómo los colegas hacían competir a sus autores, como si fueran *Pokemones*, para ver quién tenía el más *cool*. Me gustaba ese juego, porque yo siempre ganaba con Henry LaMarck.

En realidad, no quería volver a Hamburgo, pero ahora no veía la hora de ver las caras de los colegas cuando, en la próxima tertulia, estuviéramos sentados alrededor de la mesa rústica, comiendo algún menú económico y yo contara acerca de Henry LaMarck. Acerca de cómo se había alegrado de verme y su expresión radiante al reconocerme: porque ya sabía quién era yo. Cómo había sido yo quien ayudara a ese autor conocido mundialmente a superar el agotamiento en el que había caído al terminar su novela y cómo regresé a Alemania con un manuscrito de "La novela del siglo" que nadie había leído antes.

Estaba tan feliz que no me importó que llegara un poco tarde. Me compré un expreso doble y me imaginé haciéndoles a mis colegas un resumen del diálogo que enseguida tendría con Henry. Es que se me había ocurrido una idea: ¿era posible que pasara tanto tiempo en el bar Caribou, porque ese era el motivo central de su novela del siglo? Es decir, ¿ese permanente ir y venir con cafés, esa manía de estar siempre de viaje y aún así no querer renunciar jamás a su bebida, preparada de manera individual, con leche descremada y canela orgánica?

En realidad, ¡ni siquiera tenía que preguntarle, porque seguramente era así! Nadie conoce la obra de un autor tan bien como la traductora. Los correctores, los editores o los críticos observan una novela solo como si fuera una sala de estar. Si son meticulosos, miran todo detenidamente. Pero sólo la traductora ha mirado debajo del sofá, ha quitado las flores del florero, ha desarmado y vuelto a armar el televisor. Nadie en el mundo ha pasado tanto tiempo con la obra de Henry LaMarck como yo.

Luego de pedir el segundo expreso doble, llevarlo hasta mi asiento y tomarlo, volví al mostrador y pregunté si ese café realmente se llamaba *Caribou*, a pesar de que el nombre aparecía en cada vaso y el mozo me había recibido con un "bienvenida a *Caribou*". Miré la hora. Las siete. Tenía que ir a la pensión y buscar mis cosas, dejar el Blackberry de Jasper a modo de pago y viajar al aeropuerto. Pero, ¿y si sólo se había retrasado un poco? En aquel momento estaba tan confundido que yo no tenía derecho a ponerme estricta. Además, ya no estaba segura de haber dicho realmente a las seis, ¿quizás había pensado "a las dieciocho" y dije "a las ocho"? Se hicieron las siete y media, las ocho, las ocho y media. Afuera nevaba mucho, los copos volaban en todas las direcciones, de arriba abajo, de abajo arriba sobre la calle LaSalle, como si hubieran sido sacudidos en una bola de cristal junto con las personas, los taxis y las luces.

Si dejaba mis cosas en el convento "María Victoria" todavía podía lograrlo, siempre y cuando viajara inmediatamente al aeropuerto. Si no, perdería el avión, el ticket no tendría valor y me quedaría sin dinero en esa ciudad que parecía una bola de cristal con nieve. Walter Benjamin coleccionaba esas bolas de cristal. Walter Benjamin, el mismo que luego de traducir a Marcel Proust se había quejado de síntomas de intoxicación interna.

Me fui. Sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, bajé los escalones hacia el subterráneo. Había sido demasiado amable. Había dejado todo librado al azar por demasiado tiempo.

En ese momento se me ocurrió algo: las nueces con wasabi que Henry me había ofrecido el día anterior venían en una bolsita que tenía impreso el nombre de *Estana Hotel & Spa.*

El recepcionista en el *Estana Hotel & Spa* era de origen chino. Me sonrió amablemente y colocó una mano más *por encima* que *sobre* su cabello engominado mientras miraba el monitor y decía:

"Aquí no se está alojando nadie con ese nombre, lo lamento." "¿Probó con LaMarck, todo junto?"
"Lo siento."

Me senté en el hall del hotel, hojeé una revista de chismes, leí un artículo sobre Brad Pitt y Angelina Jolie, que se habían separado y vuelto a juntar a pesar de las diferencias, y encontré una muestra gratis de una crema humectante que arranqué y me guardé en el bolsillo.

Henry seguramente se había anunciado con otro nombre. ¿Cuál podía haber sido? Pensé en lo poco que sabía sobre su vida personal. En realidad, no sabía casi nada. Y el diálogo en nuestro primer encuentro no había sido muy instructivo que digamos.

Lo único sobre lo que hablaba en prácticamente todas las entrevistas era la novela que más le importaba. Daba igual si le habían preguntado o no acerca de ella, él siempre mencionaba *Bajo el arce.* Incluso le había dedicado una de sus otras novelas al protagonista de *Bajo el arce.* Entonces volví a la recepción y dije:

"Busque con el apellido Santos. Graham Santos." Esta vez ni siquiera tuvo que buscar en la computadora, sino que tomó inmediatamente el teléfono y preguntó:
"¿Quién lo busca?"

"Soy su editora."

El recepcionista lo dijo, asintió y cortó.

"Habitación 3303, allá atrás están los ascensores para los pisos superiores."

Me di vuelta y corrí hacia uno de los ascensores que esperaba con las puertas abiertas. Presioné el 33 e inmediatamente presioné el botón con las flechas enfrentadas, apurada, esperando que la puerta se cerrara un poquito más rápido antes de que alguien más entrara al ascensor. Finalmente se cerraron las puertas y se volvieron a abrir poco después en el piso de Henry LaMarck.

Cuando me paré frente a su puerta y levanté la mano para golpear, él la abrió antes de que alcanzara a hacerlo. El cartel de *Por favor no molestar* salió volando del picaporte. Henry estaba parado frente a mí, sin afeitar y vestido solamente con una salida de baño y lentes espejados. Se veía horrible. No solamente el cabello, ahora también tenía el rostro grisáceo. Más que nunca tuve la sensación de haber hecho lo correcto: ese hombre necesitaba mi ayuda.
"¿Usted?"
"Sí. ¿Por qué no?"

"¿Qué quiere?" Claramente no planeaba hacerme pasar, así que permanecimos parados uno frente al otro, él en la puerta y yo en el pasillo.

“Me gustaría hablar con usted un momento”, dije.

“Es que yo...”, titubeó. Como tampoco dije nada, continuó con la oración tras un momento: “...no puedo conversar en este momento.”

“Pero puede hablar.” Me di cuenta de que mi voz de golpe transmitía enojo. Es que no debería estar ahí parado en bata, con lentes de sol, y ofrecer la foto perfecta de la “estrella en crisis” para la revista *Gala.* Debería estar trabajando en su novela, en nuestra novela, la que todo el mundo esperaba.

“Tengo cosas que hacer.”

“Eso espero.”

“¿Perdón?”

“Todos aguardan su novela.”

Silencio.

“Su novela sobre el terrorismo, el futuro del mundo, su novela del siglo.”

“¡Uf, cállese!”, gritó tan fuerte que me sobresalté. Él también parecía haberse asustado por el tono de su voz, que retumbó en el pasillo y nada tenía que ver con los sonidos esféricos de las flautas de pan que reproducían los parlantes de música ambiental. Retrocedió un paso y ahora tenía que inclinar el torso hacia adelante para mantener la puerta abierta.

“La novela estará lista pronto”, dijo en voz baja.

“¿Cuándo?”

“Cuanto más rápido me deje en paz, más pronto la terminaré.”

“¿Está trabajando ahora mismo?” Intenté echar una mirada al cuarto a través de la puerta entreabierta, para ver si en algún lugar había una computadora o una máquina de escribir.

“Sí”, dijo, pero la respuesta no llegó lo suficientemente rápido.

“Lo veo durante todo el día deambular por la zona”, dije.

“¿Usted me quiere dar órdenes sobre la manera en que tengo que trabajar?” “¿Por qué lo pone tan nervioso el solo hecho de que esté parada frente a su

puerta?”, dije.

“Sí, me gustaría saber por qué está parada frente a mi puerta. ¿No tiene nada mejor que hacer?”

“Quiero ayudarlo. Eso es lo que tengo que Hacer.”

“Mejor búsquese un trabajo.”

“Tengo un trabajo, pero no lo puedo hacer, porque usted no hace el suyo.” “¿Y por eso se queda sentada en su linda casa de campo y se aburre?” No respondí.

“¿Y sus amigos no la dejan en paz? ¿O los abandonó en la ciudad?” Lo miré fijamente, pero solo pude ver mi reflejo en sus lentes de sol.

“Ah, ¿y también dejó a su novio en la ciudad? Se mudó al campo para que sus amigos de la ciudad no vean cómo usted se va volviendo loca. Porque todo el mundo sobrevive hasta los treinta de alguna manera y recién entonces decide si es bueno o no para una vida normal.”

No era Henry el que hablaba. Era Graham Santos. En eso pensaba en *Bajo el arce*, cuando estaba en la Casa de las Palmeras: sus padres recién pasaban los treinta cuando él había nacido. Ahora él también empezaba a transitar su tercera década, vivía hacía siete años con una mujer que quería casarse con él. En el círculo de amigos ya todos

habían tenido hijos. Pero Graham Santos está sentado ahí bajo la palma de Manila y se imagina la vida de sus padres como personas separadas. ¿Qué rumbo hubieran tomado si nunca se hubieran convertido en una pareja? Luego llega a la conclusión de que tanto su madre como su padre hubieran sido más felices si nunca hubieran fundado una familia. Graham Santos se para, deja a su novia, deja su vida normal, a escondidas, en medio de la noche, y se compra una casa, no junto al Mar del Norte, sino en los cerros, en Vermont; pero esa era la única diferencia. Había hecho todo lo demás de la misma manera que yo. O mejor dicho: yo había hecho todo de la misma manera que él.

Levanté la mano, quise arrancarle los lentes de sol, pero los dejé donde estaban cuando siguió hablando.

"Y ahora quiere que escriba un nuevo libro, para tener nuevas ideas respecto a qué hacer con su vida. ¿Pero qué pasa si no lo hago? ¿Va a escribirme otra carta malintencionada?"

"¿Carta malintencionada? Eran solamente algunos detalles", dije. Y así había sido:

se trataba de un par de dudas sin importancia, metáforas mal logradas, errores lógicos. En un caso, alguien abría *tirando* violentamente la puerta de un auto, a pesar de encontrarse dentro del auto, por lo que tendría que haberla abierto *empujando.* En otro caso, durante una cena, primero una persona estaba sentada a la mesa frente al anfitrión y de repente se peleaba en la otra punta de la mesa con una corredora inmobiliaria.

"¿Cinco páginas de detalles? Si hasta cocinó los platos que aparecen en *Santiamén.*"

"¿Y usted no?"

"¡No!"

"Pero el protagonista es chef."

"¿Y qué?"

"¿Y usted simplemente escribió, sin asegurarse de que las recetas funcionaran?" "No es un libro de recetas."

"¿Se da cuenta de lo ridícula que me hizo quedar con la receta de mariscos? ¡Tenía invitados!" Había sido una noche desastrosa, con Gösta y Regine, Sabine y Lars. Henri LaMarck se había equivocado con la cantidad de sal, había escrito tres cucharadas soperas, cuando tres cucharaditas de té hubieran sido más que suficientes.

"Resulta que ahora soy culpable de toda la miseria de su vida."

"Hubiera sido amable de su parte responder a la carta. Yo no hubiera tenido que corregir por mi cuenta esos pasajes."

"¿Me ha corregido?"

"No puedo traducir los errores también." "¿Por qué no?"

"Porque a partir de ese momento se hubieran convertido en mis errores."

"No debe traducir lo que usted cree que yo quiero decir, sino lo que escribí", dijo, y de golpe pareció más grande de lo que era. Miré el piso: se había parado en puntas de pie.

"¿Y por qué no me escribió eso?"

"Porque no escribo nada más desde que leí su carta."

No respondí. No podía estar hablando en serio.

"¡No escribo más!"

"¿Desde que leyó mi carta?"

"Sí."

"Entonces su novela ya debería estar casi lista. Le escribí recién hace dos meses, para entonces ya debe haber avanzado bastante."

Ya había abierto la boca para responder, pero luego pareció reflexionar con respecto a lo que yo había dicho y la volvió a cerrar, me miró y finalmente dijo en voz muy baja:
"Antes estuve investigando."
"Es decir que no escribió."

"Está bien. No había escrito antes de su carta. No hay una sola línea de la nueva novela, tiene razón, de nuevo. Al igual que con sus comentarios súper correctos y ridículos sobre mi trabajo."
"No es lo que quise decir en la carta. Solamente quería entender sus textos."

"Su carta es la mejor demostración de que usted nunca va a entender nada. Se ocupa solamente de pequeñeces que a las personas normales no les interesan en absoluto. Y sabe con exactitud cómo se debe hacer todo correctamente. Siempre lo más insignificante. Y como una obligación."

Ahora era yo la que daba un paso atrás. Él estaba realmente insinuando que... no quise seguir pensando en eso, y tampoco hubiera podido.
"Yo solamente quería ayudarlo."
"¿Ve cómo me está ayudando?"
"Usted no me deja ayudarlo", dije.
"Quiero que vuelva la traductora anterior."
"Con ella no tenía éxito."
"Pero me dejaba tranquilo."

"Además está muerta", dije. Henry LaMarck bajó la cabeza y me miró directamente a los ojos, por encima del marco de sus lentes de sol.
"Por lo menos no vive como Grahan Santos. Loca y sola en el campo."
"Ni siquiera sabe su nombre."
"Sí lo sé."
"No."
"Carla Tomsdorf."

Quiso dar un portazo, pero era una de esas puertas de hotel caras, con un sistema hidráulico que la cerraba lentamente. Así que lo miré por unos segundos más, mientras empujaba la puerta, hasta que se cerró sin hacer ruido de una manera totalmente absurda. Entonces me quedé sola. Levanté el cartel de *Por favor no molestar* y lo volví a colgar de la puerta con el lado verde hacia afuera: *Por favor, limpiar la habitación*.
La música había terminado. Había tanto silencio en el pasillo que parecía que el edificio nos hubiera estado escuchando. La loca de la literatura se obligó a llamar el ascensor, en vez de bajar por las escaleras. Cuando llegó, presionó la L de *lobby.* Diez minutos antes, su vuelo había despegado sin ella.

Así que ya la tenía: la famosa segunda opinión. Después de Regine, ahora la había dado también Henry LaMarck: no me estaba volviendo loca lentamente, ya lo estaba. Mudarse al campo no fue el último intento de evitarlo, sino una consecuencia de ello. La mejor prueba de eso fue mi idea disparatada de viajar hasta acá y pensar que podría buscar mi novela del siglo como quien retira una torta que encargó; en vez de preocuparme por buscar otros encargos de traducción en Alemania.

Ojalá nunca hubiera escrito esa carta. Los italianos dicen *traduttore-traditore,* el traductor traiciona, *traductor-traidor.* ¿Había traicionado a Henry? Todo lo que tocaba parecía convertirse en soledad.

Hice una mueca cuando el ascensor frenó y subió un hombre con ropa deportiva que por lo visto había estado

en el spa del *Estana Hotel & Spa*. Hacía años que había tomado la iniciativa de usar el ascensor solamente cuando no hubiera otras personas en él. Me parecía innecesario estar tan cerca de los demás cuando también se podía usar la escalera, que era lo que yo hacía cuando llegaba el ascensor y veía que no estaba vacío.

El último año había llegado al punto de bajarme del ascensor ni bien subía alguien más, pero me había obligado a dejar de hacerlo, porque no podía seguir así.

Antes de la última navidad, mientras buscaba un regalo para Arthur, había intentado por última vez tomar un ascensor, en el paseo de compras Hanseviertel, en Hamburgo. Cuando frenó la cabina de vidrio me había alegrado de que estaba vacía, pero antes de que se abrieran las puertas, vi en el espejo la silueta de otra persona que parecía estar parada detrás de mí. Casi grito de la bronca. En ningún lado se podía estar tranquilo. Venía de un departamento que compartía, al igual que la cama, como quien comparte un vagón de tren con un desconocido: cuidando de mantener la mayor distancia posible. ¡Y ahora no podía estar ni un momento a solas en el ascensor!

Me di vuelta enojadísima, pero no había nadie detrás de mí. El reflejo en el espejo que me había molestado tanto era mi propio reflejo. Ya entonces debería haber dudado respecto a si realmente existía un lugar por el cual pudiera sentir nostalgia; porque todos los lugares en los que me refugiaba tenían la desventaja de que yo misma me tenía que llevar hasta allí.

Das war ich nicht (pp. 188-198)
Meike

Traducción de Astrid Riehn

Muchas veces había visto en nuestras reuniones de traductores en *La botica de la abuela* sobre la calle Schanzen, en Hamburgo, cómo los colegas iban tirando sobre la mesa a sus autores como Pokemones para ver quién tenía los más cool. A mí me encantaba ese juego porque siempre ganaba con Henry LaMarck.

La verdad es que no quería volver nunca más a Hamburgo, pero ahora no podía esperar a ver las caras de los colegas cuando durante nuestro próximo encuentro, comiendo platos chicos y baratos en la mesa de madera rústica, les contara de Henry LaMarck. De cómo se había alegrado de verme, de cómo me había sonreído y recordado de inmediato. De cómo podía ayudar a este autor mundialmente famoso a salir del agotamiento en el que había caído tras terminar su libro y luego regresar a Alemania con un original de la novela del siglo que nadie había visto antes.

Estaba tan ilusionada que me importaba poco que llegara algo tarde. Me compré un expreso doble y me imaginé dándoles a mis colegas un breve resumen de la conversación que estaba a punto de tener con Henry. Se me acababa de ocurrir una idea: ¿era posible que pasara tanto tiempo en y frente al *Caribou* porque éste era el tema central de su novela del siglo? ¿Ese ir y venir con cafés, esa locura de estar siempre en marcha y sin embargo no querer renunciar a su bebida preparada de forma individualizada, con leche descremada y canela orgánica?

En realidad no tenía ni que preguntarle, ¡seguro era así! Nadie conoce mejor la obra de un autor que su traductora. Si una novela fuera un living, editores, lectores y críticos no hacen más que echarle una ojeada. Si son minuciosos miran detenidamente, pero sólo la traductora se fijó debajo del sofá, sacó las flores del jarrón, desarmó y volvió a armar el televisor. No hay nadie en todo el mundo que haya pasado tanto tiempo con la obra de Henry LaMarck como yo.

Cuando ya había comprado, llevado a mi mesa y tomado el segundo expreso doble, volví a la barra y pregunté, a pesar de que decía en todos los vasos de cartón y los mozos me habían saludado con un "Bienvenida al *Caribou*", si este café se llamaba realmente *Caribou*. Miré la hora. Las siete. Tenía que ir a la pensión y buscar mis cosas, dejar ahí el Blackberry de Jasper en parte de pago y viajar al aeropuerto. ¿Y si sólo se había retrasado? No podía ser tan estricta con lo confundido que andaba últimamente. Ya no estaba siquiera segura de si realmente le había dicho a las seis, quizá había pensado a las dieciocho y había dicho ocho. Se hicieron las siete y media, ocho, ocho y media. Afuera nevaba con fuerza, los copos volaban en todas direcciones, de arriba hacia abajo hacia arriba sobre la calle LaSalle, como si ésta se encontrara junto a las personas, los taxis y las luces en una bola de nieve que alguien acababa de sacudir.

Quizá lo lograba si dejaba mis cosas en el convento *Virgen María de la Victoria*, siempre y cuando fuera de inmediato al aeropuerto. De lo contrario perdería el avión, el pasaje ya no tendría ningún valor y me quedaría sin dinero en esta ciudad ajena de bola de nieve. Walter Benjamin coleccionaba bolas de nieve. Walter Benjamin, que después de traducir a Marcel Proust se había quejado de padecer síntomas de envenenamiento.

Me fui. Bajé los escalones hasta el subte sin mirar hacia la izquierda ni hacia la derecha. Había sido demasiado amable. Durante demasiado tiempo había confiado todo al azar.

Entonces me acordé de algo. Las nueces con gusto a wasabi que me había ofrecido ayer estaban en una bolsita en la que decía *Estana Hotel & Spa.*

El recepcionista del *Estana Hotel & Spa* era medio chino. Me sonrió amablemente y colocó una mano más *sobre* que *en* su cabellera peinada al gel, mientras miraba el monitor y decía:

—Lamentablemente, acá no hay nadie que se llame así.

—¿Y LaMarck, todo junto?

—Lo lamento.

Me senté en el hall del hotel, hojeé una revista del corazón, leí un artículo sobre Brad Pitt y Angelina Jolie, que se habían separado y vuelto a juntar, y encontré la muestra de una crema hidratante que arranqué y guardé.

Seguramente Henry se había registrado bajo otro nombre. ¿Cuál sería? Me di cuenta cuán poco sabía sobre su vida privada. En realidad casi nada, y tampoco es que la conversación durante nuestro primer encuentro hubiera sido precisamente rica en conclusiones.

De lo único de lo que hablaba en casi todas las entrevistas era de la novela que más le importaba. Le preguntaran por ella o no, siempre mencionaba *Bajo el arce.* Una vez incluso le había dedicado al héroe de esa novela otra de sus novelas.

—Vuelva a buscar bajo el nombre Santos. Graham Santos. —Esta vez no tuvo que chequear siquiera la computadora, tomó de inmediato el teléfono y preguntó:

—¿De parte de quién?

—Soy su editora.

Lo dijo, asintió y colgó.

—Habitación 3303, los ascensores para los pisos superiores están allá atrás.

Me di la vuelta y caminé hasta un ascensor que esperaba con las puertas abiertas. Apreté el 33 y luego varias veces el botón de las dos flechas enfrentadas con la esperanza de que la puerta cerrara un poco más rápido, antes de que llegara alguien más. Finalmente las puertas se cerraron y poco después se abrieron en el piso de Henry LaMarck.

Cuando quedé de pie delante de su puerta y levanté la mano para golpear, abrió la puerta de repente. El cartel de ***Por favor no molestar*** salió volando del picaporte. Henry estaba de pie frente a mí, sin afeitar y sin más vestimenta que una bata y unos anteojos de sol espejados. Se veía horrible. No sólo su pelo, también su cara era ahora gris. Tuve, más que nunca, la sensación de haber hecho lo correcto. Necesitaba mi ayuda.

—¿Usted?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Qué quiere? —Al parecer no tenía ninguna intención de hacerme pasar. Estábamos uno frente al otro, él en la puerta y yo en el pasillo.

—Me gustaría hablar brevemente con usted.

—Justo … —dudó. Como yo tampoco decía nada, después de un rato completó la frase—: no estoy disponible.

—Pero sí puede hablar. -Sentí cómo, de repente, había ira en mi voz. No tenía que estar ahí de pie en bata, con anteojos de sol, brindando la imagen perfecta de estrella-en-crisis para la *gala*. Tenía que trabajar en su novela, en nuestra novela, la que el mundo estaba esperando.

—Tengo cosas que hacer.

—Espero.

—¿Perdón?

—Todos están esperando su novela.

Se quedó callado.

—Su novela sobre el terrorismo, el futuro del mundo, la novela del siglo.

—¡Pero cállese! —gritó tan fuerte que me estremecí. Él también parecía asustado por el sonido de su voz, que retumbó en el pasillo del hotel y no combinaba bien con los sonidos esféricos de flauta de Pan de los altavoces del corredor. Dio un paso hacia atrás y tuvo que inclinar el torso para mantener la puerta abierta.

—La novela va a estar lista pronto -dijo bajito.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes si me deja trabajar en paz.

—¿Está trabajando? ¿Justo ahora? —Intenté echar un vistazo al cuarto a través de la puerta entreabierta para ver si había una computadora o una máquina de escribir en algún lugar.

—Sí, —dijo, aunque la respuesta no llegó lo suficientemente rápido.

—Yo sólo lo veo caminar todo el día por la zona —dije.

—¿Quiere decirme cómo tengo que trabajar?

—¿Por qué lo pone tan nervioso que esté de pie delante suyo? —dije.

—¿Y por qué está de pie delante mío ¿No tiene nada mejor que hacer?

—Quiero ayudarle, eso es lo que tengo que hacer.

—Mejor búsquese un trabajo.

—Tengo un trabajo. Pero no puedo hacerlo porque usted no cumple con el suyo.

—¿Y ahora está ahí clavada en su maravillosa granja en el campo y se aburre?

Me quedé callada.

—¿Y vuelve locos a sus amigos? ¿O los dejó en la gran ciudad?

Lo miré fijo, pero sólo vi mi propia imagen reflejada en sus anteojos de sol.

—Ay, ¿y a su novio también lo dejó en la ciudad? Se mudó al campo para que sus amigos de la ciudad no vean cómo se vuelve loca de a poco. Porque hasta los treinta todos se las arreglan más o menos, pero después uno debe decidir si sirve para una vida normal o no.

No era Henry el que hablaba. Era Graham Santos. Había reflexionado sobre ello en *Bajo el arce,* en la Casa de las Palmeras: sus padres estaban a principios de los treinta cuando nació. Ahora él mismo estaba a principios de los treinta y vivía hacía diez años con una mujer que quería casarse con él. Todos ya habían tenido hijos en su círculo de amigos. Sin embargo, Graham Santos está sentado debajo de la palmera de Manila y se imagina la vida de sus padres como individuos. Qué rumbo hubiera tomado si nunca hubieran sido pareja. Y entonces llega a la conclusión de que tanto su madre como su padre hubieran sido más felices si nunca hubieran formado una familia. Graham Santos se levanta y, a escondidas y en medio de la noche, deja a su novia, su vida normal, y se compra una casa. No junto al Mar del Norte, sino en las colinas de Vermont. Esa era la única diferencia.

Levanté la mano para arrancarle los anteojos de sol de la nariz, pero la bajé cuando volvió a hablar.

—Y ahora quiere que yo escriba un nuevo libro para que usted tenga nuevas ideas sobre qué hacer con su vida. ¿Pero qué pasa si no lo hago? ¿Me va a volver a escribir una carta maliciosa?

—¿Carta maliciosa? Si eran sólo un par de detalles —dije. Si había sido así; se había tratado apenas de un par de dudas inofensivas, metáforas mal logradas, errores de lógica. En una parte, alguien abría la puerta de un auto *de un tirón* estando dentro de un auto, por lo que en realidad debería haberla abierto *de un empujón*. En otra, en una cena una persona estaba sentada primero frente al anfitrión y luego de repente se estaba peleando en la otra punta de la mesa

con una agente inmobiliaria.

—¿Cinco páginas de detalles? Si hasta cocinó los platos que aparecen en *Como un soplo.*

—¿Usted no?

—¡No!

—El personaje principal es cocinero.

—¿Y qué?

—Supongo que no lo habrá escrito así nomás sin comprobar que las recetas funcionen.

—No es un libro de recetas.

—¿Sabe lo mal que me hizo quedar con la receta de las almejas? Tenía invitados.

Había sido una noche desastrosa con Gösta y Regine, Sabine y Lars. Henry LaMarck se había equivocado con la cantidad de sal: decía tres cucharadas, pero bastaba y sobraba con tres cucharaditas.

—Parece que ahora soy responsable de todas las desgracias de su vida.

—Simplemente hubiera estado bien que contestara. Así no tendría que haber mejorado yo misma esas partes.

—¿Usted me mejoró?

—No puedo traducir sus errores.

—¿Por qué no?

—Porque en ese momento se hubieran convertido en mis errores.

—Usted no tiene que traducir lo que cree que yo quiero decir sino lo que escribí —dijo y de repente pareció más grande. Miré hacia el piso: se había puesto en puntas de pie.

—¿Y por qué no me escribió eso mismo?

—Porque ya no escribo nada desde que leí su carta.

Me quedé callada. No podía estar diciéndolo en serio.

—¡No escribo más!

—¿Desde mi carta?

—Sí.

—Entonces su novela tendría que estar casi lista. Le escribí apenas hace dos meses, para ese entonces seguro ya había avanzado mucho.

Había abierto la boca para contestar, pero entonces pareció pensar en lo que le había dicho, la cerró de nuevo, me miró y al final dijo en voz claramente más baja:

—Antes estuve investigando.

—O sea que tampoco estuvo escribiendo.

—Ok. No escribo desde antes de su carta. No hay una sola línea de mi nueva novela, ni siquiera una palabra. Felicidades, tiene razón una vez más. Al igual que con sus observaciones híper correctas y ridículas sobre mi obra.

—No era ésa la intención de la carta. Sólo quería entender sus textos.

—Su carta es la mejor prueba de que nunca va a entender nada. Se ocupa de nimiedades que no le interesan a las personas normales. En esos casos sabe exactamente cómo hacer todo bien. Siempre bien chiquito-chiquito. Es algo compulsivo.

Ahora era yo la que daba un paso hacia atrás. Quería decir realmente con eso que… No quería seguir pensando en esa idea y tampoco hubiera podido.

—Sólo quería ayudarlo.

—¿Ve cómo me está ayudando?

—Si usted no me deja -respondí.

—Quiero recuperar a mi traductora anterior.

—Con esa no tuvo mucho éxito.

—Pero me dejaba en paz.

—Además, está muerta —dije. Henry LaMarck bajó la cabeza y me miró directo a los ojos por sobre el borde de sus anteojos de sol.

—Por lo menos no vive ahora como Graham Santos. Loca y sola en medio del campo.

—Si no sabe siquiera cómo se llama.

—Sí lo sé.

—No.

—Carla Tomsdorf.

Quiso dar un portazo, pero era una puerta de hotel de calidad con un sistema hidráulico que cerraba lentamente. Por eso lo vi durante dos segundos empujando la puerta hasta que ésta se cerró de forma bastante absurda sin hacer ruido. Escuché como ponía la traba del lado de adentro. Entonces me quedé sola. Levanté el cartel de *Por favor no molestar* y lo volví a colgar de la puerta con el lado verde a la vista: *Por favor limpiar el cuarto.*

La música se había apagado. El pasillo estaba tan silencioso que parecía que el edificio nos hubiera escuchado. La loca de la literatura se obligó a llamar el ascensor en vez de bajar por las escaleras: vino y ella apretó la L de lobby. Hacía diez minutos que su avión había partido sin ella.

Ahí la tenía, la famosa segunda opinión. Después de Regine, también la había pronunciado Henry LaMarck: no me estaba volviendo loca de a poco, ya lo estaba. Mudarme el campo no había sido un último intento para evitarlo, sino una consecuencia. La mejor prueba de ello era mi idea descabellada de venir hasta acá y creer que podía pasar a buscar como si nada una novela del siglo, como si se tratara de una torta que hubiera encargado, en vez de intentar conseguir otros contratos de traducción en Alemania.

Ojalá nunca hubiera escrito esa carta. Los italianos dicen: *traduttore-traditore,* el traductor es un traidor, *translator-traitor.* ¿Había traicionado a Henry? Todo lo que tocaba parecía transformarse en soledad.

Fruncí la cara cuando se detuvo el ascensor y se subió un hombre con ropa deportiva que al parecer se dirigía al spa del *Estana Hotel & Spa*. Hacía ya años que había empezado a viajar en ascensor sólo cuando no había otras personas dentro. Me parecía innecesario estar tan cerca de otras personas cuando se podía ir por escalera, como lo hacía yo cuando llegaba un ascensor y veía que no estaba vacío. El año pasado había llegado incluso a bajarme de ascensores en cuanto se sumaba una persona, pero esta vez me obligué a no hacerlo. La cosa no podía seguir así.

En diciembre pasado había intentado por última vez tomar un ascensor en la galería comercial Hanseviertel en busca de un regalo para Arthur. Cuando frenó la cabina de vidrio ya me estaba alegrando de que estaba vacía pero, antes de que se abrieran las puertas, vi reflejada en ellas la silueta de una persona que debía estar de pie detrás de mí. Casi grito de rabia. No la dejaban tranquila a una en ningún lado. Venía de compartir una casa y una cama con una persona como con un extraño el compartimento de un tren: con la mayor distancia posible. ¡Y ahora no podía estar sola un momento ni siquiera en el ascensor!

Entonces me di vuelta enfurecida, pero no había nadie detrás de mí. El reflejo que me había inquietado tanto había sido el mío. Ya en ese entonces debería haberme preguntado si existía realmente un lugar que extrañara, porque cada lugar en el que me refugiaba tenía la desventaja de que me tenía que llevar a mí misma hasta ahí.

Das war ich nicht (pp. 188-198)
Meike

Traducción de Mónica Greiser

En nuestros Encuentros de Traductores de Hamburgo, que se llevaban a cabo en "La farmacia de la abuela" sobre la calle Schanzenstraße, había presenciado varias veces cómo mis colegas enfrentaban a sus autores como si fueran pokemones, con el fin de ver quién tenía el mejor. Me gustaba ese juego porque con Henry LaMarck yo siempre ganaba.

A decir verdad, había decidido no regresar nunca más a Hamburgo, pero ahora no podía esperar a ver las caras de mis colegas en nuestro próximo encuentro, sentados alrededor de la mesa de madera rústica, comiendo bocadillos baratos y yo, hablando de Henry LaMarck. De cuánto se había alegrado de verme, de la felicidad que irradiaba y de cómo había sabido de inmediato quién era yo. De cómo yo había ayudado a este autor de fama mundial a salir del estado de agotamiento en el cual había caído luego de terminar su novela, y de cómo después regresé a Alemania con un manuscrito inédito.

Anhelaba tanto ese momento que no me importaba que llegara tarde. Me compré un espresso doble y me imaginé dándoles a mis colegas un resumen de la conversación que iba a mantener con Henry en solo unos instantes. Se me había ocurrido una idea: ¿Era posible que él pasara tanto tiempo dentro y frente al Caribou porque era el motivo central de su obra maestra? ¿Ese incesante acarreo de tazas de café, la manía de estar yendo constantemente de un lado a otro y, a pesar de ello, no querer renunciar al café preparado a gusto del cliente, con leche descremada y canela orgánica?

En realidad no era necesario preguntárselo, ¡seguramente era así! Nadie conoce tan bien la obra de un autor como la traductora. Si una novela fuera una sala de estar, entonces los editores, los lectores y los críticos le echan un simple vistazo. Si son concienzudos, la observarán con mayor detenimiento, pero sólo la traductora habrá mirado bajo el sofá, sacado las flores del florero, desarmado el televisor para después volver a armarlo. Nadie en todo el mundo le había dedicado tanto tiempo a la obra de Henry LaMarck como yo.

Después de comprarme el segundo espresso doble, llevarlo hasta mi mesa y beberlo, me dirigí al mostrador y pregunté si este café de verdad se llamaba Caribou, por más que estuviera escrito en todas las tazas y que el camarero me haya saludado con la frase "Bienvenida a Caribou". Miré el reloj. Las siete. Ahora tenía que regresar a la hostería para buscar mis cosas, dejar el Blackberry de Jasper a modo de pago y después ir al aeropuerto. ¿Pero qué si simplemente se había demorado? Estaba pasando por un momento de mucha confusión, no debía ser tan estricta. Ya ni siquiera estaba segura de haberle dicho que nos encontraríamos a las seis, ¿quizás había pensado en dieciocho y luego le había dicho a las ocho? Se hicieron las siete y media, las ocho, las ocho y media. Afuera nevaba mucho, los copos de nieve volaban por doquier, de arriba abajo y arriba sobre la LaSalle Street, como si junto con las personas, los taxis y las luces, la calle se hallara dentro de una esfera de nieve de cristal que alguien acababa de sacudir.

Si dejaba mis cosas en el convento Santa María Victoriosa aún podría llegar a tiempo, siempre y cuando fuera directamente al aeropuerto. Si no, perdería mi vuelo, mi billete de avión ya no valdría nada y me quedaría sin dinero en esta ciudad-esfera de nieve desconocida. Walter Benjamin coleccionaba esferas de nieve. Walter Benjamin, quien luego de haber traducido a Marcel Proust se lamentaba de padecer síntomas de intoxicación.

Me fui. Sin mirar a la derecha o a la izquierda, bajé por las escaleras de la estación del subte. Había sido demasiado amable. Durante demasiado tiempo había dejado todo librado al azar.

Entonces se me ocurrió algo. Las nueces de wasabi que me había ofrecido el día anterior venían en una bolsita que decía Estana Hotel & Spa.

El recepcionista de Estana Hotel & Spa era descendiente de chinos. Me sonrió amablemente, apoyó su mano sobre su cabellera engominada mientras miraba el monitor, y dijo:

—Lamentablemente, aquí no vive nadie con ese nombre.

—¿LaMarck, todo junto?

—Lo siento.

Me senté en el hall del hotel; hojeé una revista de espectáculos; leí un artículo sobre Angelina Jolie y Brad Pitt, quienes se habían separado y luego vuelto a reconciliar; encontré una muestra de crema humectante que arranqué de la página y guardé.

Seguramente Henry se había registrado bajo otro nombre. ¿Cuál podría ser? Me percaté de lo poco que sabía acerca de su vida privada. En realidad no sabía casi nada, y la conversación que mantuvimos en nuestro primer encuentro no había sido precisamente reveladora en ese sentido.

De lo único que hablaba en casi todas las entrevistas era de la novela que él consideraba la más importante. Ya sea que le preguntaran al respecto o no, él siempre mencionaba "Debajo del arce". Incluso le había dedicado una de sus otras obras al protagonista de aquella novela. De modo que me dirigí nuevamente a la recepción y dije:

—Búsquelo otra vez bajo el nombre de Santos. Graham Santos.

Esta vez ni siquiera tuvo que mirar la computadora, enseguida tomó el teléfono y preguntó:

—¿De parte de quién?

—Soy su editora.

Lo dijo, asintió con la cabeza y colgó el teléfono.

—Habitación 3303. Los ascensores que van a las plantas superiores se encuentran ahí atrás.

Me di la vuelta y caminé hacia el ascensor, que me esperaba con las puertas abiertas. Pulsé el número 33 y luego, frenéticamente, el botón con las dos flechas enfrentadas, con la esperanza de que la puerta se cerrara un poco más rápido antes de que llegara alguien más. Finalmente, las puertas se cerraron y volvieron a abrirse poco después en el piso de Henry La Marck.

Al momento de pararme frente a su puerta y levantar la mano para llamar, él ya estaba abriéndola de un tirón. El cartel de *No molestar* salió volando del picaporte. Henry estaba parado frente a mí, sin afeitar y vistiendo nada más que un albornoz y unos lentes de sol espejados. Tenía un aspecto espantoso. Ahora no sólo su cabello era gris, sino también su rostro. Sentí, más que nunca, que había hecho lo correcto. Necesitaba mi ayuda.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

—¿Qué quiere?

Por lo visto, no tenía ninguna intención de invitarme a pasar. De modo que nos quedamos parados frente a frente, él, en el umbral de la puerta, y yo, en el pasillo.

—Quisiera conversar brevemente con usted —dije.

—En este momento... —vaciló. Como yo tampoco dije nada, continuó la frase momentos después—: ... no

estoy disponible para conversar.

—Pero sí que puede hablar. —Sentí que, repentinamente, mi voz sonaba furiosa. No debería estar ahí parado como un inútil vistiendo un albornoz, con sus gafas de sol, dando la imagen perfecta de "famoso en crisis" para una revista de chismes de la farándula. Debería estar trabajando en su novela, en nuestra novela, que todo el mundo estaba esperando.

—Estoy ocupado.

—Eso espero.

—¿Cómo dice?

—Todos están esperando su novela.

Guardó silencio.

—Su novela sobre el terrorismo, sobre el futuro del mundo, su obra maestra.

—¡Ya cállese! —gritó tan fuerte que me estremecí. Él también parecía asustado por el timbre de su voz, que resonaba en todo el pasillo del hotel y que no armonizaba en absoluto con los sonidos etéreos de las flautas de Pan provenientes de los altavoces del pasillo. Retrocedió un paso y tuvo que inclinar el torso hacia adelante para mantener la puerta abierta.

—Pronto la novela estará terminada —dijo en voz baja.

—¿Cuándo?

—Tanto más rápido, cuanto antes me deje trabajar en paz.

—¿Está trabajando ahora? ¿En este instante?

Intenté echar un vistazo a la habitación a través de la puerta entreabierta, para ver si en algún lado había una computadora o una máquina de escribir.

—Sí —afirmó, pero la respuesta tardó demasiado en llegar.

—Lo que yo veo es que usted se pasa todo el día deambulando por ahí —dije.

—¿Acaso va a decirme cómo he de hacer mi trabajo?

—¿Pero por qué lo pone tan nervioso el hecho de que yo esté aquí? —dije.

—Bueno, ¿y para qué vino? ¿No tiene nada mejor que hacer?

—Quiero ayudarlo, eso es lo que tengo que hacer.

—Mejor búsquese un trabajo.

—Tengo un trabajo. Solo que no puedo hacerlo, porque usted no está haciendo el suyo.

—¿Y entonces el problema es que deberá quedarse en su absurda granja en medio del campo, aburriéndose? —Me quedé callada—. ¿Y darle la lata a sus amigos? ¿O a esos los dejó atrás en la gran ciudad?

Yo lo miraba fijamente, pero sólo veía mi propio reflejo en sus gafas de sol espejadas.

—Ya, ¿y a su novio también lo dejó en la ciudad? Usted se fue a vivir al campo porque no quería que sus amigos vieran cómo se iba volviendo loca poco a poco. Porque de una forma u otra, todos nos las arreglamos para llegar a los treinta, pero después hay que ver si uno es apto para llevar una vida normal o no.

No era Henry quien estaba diciendo esto. Era Graham Santos. En "Bajo el arce" había reflexionado sobre este tema en el invernadero de palmeras: sus padres tenían poco más de treinta años cuando él había nacido. Ahora él mismo tenía poco más de treinta años, y convivía desde hacía diez años con una mujer que deseaba casarse con él. En su grupo de amigos ya casi todos habían tenido hijos. Pero Graham Santos está ahí sentado bajo la palma de Manila y se imagina la vida de sus padres como individuos separados. Qué rumbo habrían tomado sus vidas si nunca se hubieran

casado. Llegó a la conclusión de que tanto su madre como su padre habrían sido más felices si nunca hubieran formado una familia. Graham Santos se pone de pie, deja a su novia, abandona su vida normal, subrepticiamente y en medio de la noche, y se compra una casa, no en la costa del Mar del Norte sino en las colinas de Vermont, pero esta era la única diferencia. Por lo demás, había seguido todos mis pasos. Mejor dicho: yo había seguido los suyos.

Levanté mi mano con la intención de quitarle las gafas de sol de la cara, pero luego la bajé cuando siguió hablando.

—Y ahora pretende que yo escriba un nuevo libro para darle ideas sobre qué hacer con su vida. ¿Pero qué si no lo hago? ¿Volverá a escribirme otra carta mordaz?

—¿Una carta mordaz? Sólo fueron algunas pequeñeces insignificantes —dije yo. Así fue, se trataba de algunos pocos e inofensivos casos dudosos, metáforas incongruentes, errores de lógica. En una ocasión, alguien abría la puerta del auto "de un tirón" a pesar de que se hallaba dentro del automóvil, es decir, que debería haberla abierto "de un empujón". En otra ocasión, durante una cena, una persona estaba sentada frente al anfitrión, y de pronto se encontraba al otro lado de la mesa discutiendo con una agente inmobiliaria.

—¿Cinco páginas de insignificancias? Incluso preparó todos los platillos que figuran en "Rápido como el viento".

—¿Acaso usted no lo hizo?

—¡No!

—El personaje principal es un cocinero.

—¿Y eso qué?

—No las habrá escrito así nomás, sin asegurarse de que las recetas funcionaran.

—Pero no es un libro de cocina.

—¿Usted sabe que me puso en ridículo con su receta de mariscos? Tenía invitados.

Había sido una velada desastrosa, con Gösta y Regine, Sabine y Lars. Henry LaMarck se había equivocado en la cantidad de sal, decía "tres cucharadas soperas", pero tres cucharaditas hubiera sido más que suficiente.

—Parece que ahora soy el culpable de todas las desgracias en su vida.

—Solo digo que habría sido amable de su parte si me hubiera contestado. De ese modo no tendría que haber corregido yo misma esos fragmentos.

—¿Usted me corrigió?

—Es que no puedo traducir sus errores.

—¿Por qué no?

—Porque en ese momento se habrían convertido en mis errores.

—Usted no debe traducir lo que cree que quise decir, sino lo que realmente escribí —dijo él, y de pronto parecía más grande. Miré al piso: se había parado en puntas de pie.

—¿Pero por qué no me escribió?

—Porque ya no escribo nada desde que leí su carta.

Permanecí en silencio. No podía estar hablando en serio.

—¡Ya no escribo!

—¿Desde que recibió mi carta?

—Sí.

—Entonces su novela debería estar casi terminada. Yo le escribí hace dos meses, seguro que para ese entonces ya había avanzado bastante.

Había abierto la boca para contestarme, luego pareció reflexionar sobre lo que yo le había dicho, volvió a cerrar la boca, me miró y, finalmente, en voz considerablemente más baja, dijo:

—Antes de eso estuve investigando.

—Así que tampoco estuvo escribiendo.

—De acuerdo. Dejé de escribir antes de su carta. No escribí ni un renglón de mi nueva novela, ni siquiera una palabra. Felicitaciones, una vez más tiene razón. Igual que con sus observaciones pedantes y ridículas sobre mi obra.

—Pero yo no escribí la carta con esa intención. Sólo quería comprender mejor sus textos.

—Su carta es la prueba más evidente de que usted jamás entenderá nada. Sólo se preocupa por nimiedades, que a cualquier persona normal no le interesarían en lo más mínimo. En esos casos sabe exactamente cómo hacer todo de forma correcta. Siempre con pusilanimidad. Es como una obsesión.

Ahora fui yo la que dio un paso atrás. Realmente estaba queriendo decirme que... No quería seguir pensando en eso, y tampoco hubiera sido capaz de hacerlo.

—Pero si yo sólo quería ayudarlo...

—¿Ya ve cómo me está ayudando?

—Es que usted tampoco me deja —dije.

—Quiero volver con la primera traductora que tuve.

—Con esa no tuvo éxito.

—Pero me dejaba en paz.

—Además está muerta —dije. Henry LaMarck bajó la cabeza y me miró directamente a los ojos por encima del borde de sus gafas.

—Al menos no está viviendo la vida de Graham Santos. Loca y sola en el campo.

—Usted ni siquiera sabe su nombre.

—Sí que lo sé.

—No.

—Carla Tomsdorf.

Quiso dar un portazo, pero era una puerta de buena calidad con un mecanismo hidráulico, que sólo podía cerrarse deslizándose lentamente. De modo que lo miré por unos segundos más, mientras él empujaba la puerta hasta que se cerró silenciosamente, de una forma francamente absurda. Escuché cómo desde adentro colocó el cerrojo de seguridad. Ahora estaba sola. Levanté el cartel de "No molestar" y volví a colgarlo en la puerta, con el lado verde para afuera: "Por favor limpiar".

La música se había apagado. El pasillo estaba sumido en silencio, como si el edificio hubiera estado escuchando nuestra conversación. La maniática de la literatura se obligó a sí misma a llamar al ascensor en lugar de bajar por las escaleras, el ascensor vino y ella presionó la "V" de vestíbulo. Hacía diez minutos su avión había despegado sin ella.

Finalmente había recibido la famosa segunda opinión. Después de Regine, también lo había dicho Henry LaMarck: no es que me estaba volviendo loca poco a poco. Ya había enloquecido. Irme a vivir al campo no fue un último intento de impedirlo, sino una consecuencia de la locura. La prueba más evidente de ello fue venir hasta aquí y creer que podría venir a buscar una obra maestra así como así, como una torta que se ha encargado, en lugar de buscar nuevos proyectos de traducción en Alemania.

Ojalá nunca hubiera escrito esa carta. Los italianos dicen: "*traduttore-traditore*", el traductor es un traidor,

"translator-traitor". ¿Había traicionado a Henry LaMarck? Todo lo que yo tocaba parecía transformarse en soledad.

Puse mala cara cuando el ascensor frenó y subió un hombre vestido con ropa deportiva, que aparentemente se dirigía al spa del Estana Hotel & Spa. Desde hacía años había empezado a tomar el ascensor solamente si no había nadie más adentro. Me parecía innecesario estar tan cerca de otras personas si se podía ir por las escaleras, como lo hacía yo cuando venía el ascensor y veía que no estaba vacío. El año pasado había llegado al punto de bajarme del ascensor en cuanto subía alguien más, pero ahora me obligué a mí misma a no hacerlo. No podía seguir así.

Los días previos a la navidad pasada, mientras buscaba un regalo para Arthur en la galería comercial Hanseviertel, intenté por última vez tomar un ascensor. Cuando la cabina vidriada se detuvo, me alegró que estuviera vacía, pero antes de que las puertas se abrieran vi la silueta de una persona reflejada en el vidrio, que debía estar parada detrás mío. Por poco no grité de rabia. No se podía estar tranquilo en ningún lado. Compartía mi vivienda y mi cama con otra persona de la misma forma que el compartimento de un tren con un desconocido: cuidando siempre de mantener la mayor distancia posible. ¡Y ahora ni siquiera podía tener un momento de soledad en el ascensor!

En aquel entonces me había dado vuelta llena de furia, pero no había nadie más allí. La imagen que tanto me había exasperado había sido mi propio reflejo. Ya en ese entonces debería haber dudado de si realmente existía ese lugar que tanto añoraba, porque cualquier lugar al que huyera tendría la desventaja de que tendría que llevarme a mí misma conmigo.

Texto original:
Kristof Magnusson, *Das war ich nicht*, Múnich, Verlag Antje Kunstmann, 2010, pp. 189-198

MEIKE

Bei unserem Hamburger Übersetzerstammtisch in *Omas Apotheke* in der Schanzenstraße hatte ich oft erlebt, wie die Kollegen ihre Autoren wie Pokémons gegeneinander antreten ließen, um zu sehen, wer die Cooleren hatte. Ich mochte dieses Spiel, weil ich mit Henry LaMarck immer gewann.

Eigentlich wollte ich ja nie wieder nach Hamburg fahren, aber nun konnte ich es kaum erwarten, die Gesichter der Kollegen zu sehen, wenn wir beim nächsten Stammtisch an dem unbehandelten Holztisch saßen, kleine, günstige Gerichte aßen und ich von Henry LaMarck erzählte. Wie er sich gefreut hatte, mich zu sehen, wie er gestrahlt und sofort gewusst hatte, wer ich war. Wie ich diesem weltberühmten Autor aus der Erschöpfung helfen konnte, in die er nach der Vollendung seines Romans gefallen war, und dann zurück nach Deutschland mit einem Jahrhundert-Manuskript kam, das noch niemand vorher gesehen hatte.

Ich freute mich so darauf, was machte es da schon, dass er etwas zu spät kam. Ich kaufte mir einen doppelten Espresso und stellte mir vor, wie ich den Kollegen eine kurze Zusammenfassung des Gesprächs gab, das ich gleich mit Henry führen würde. Mir war nämlich eine Idee gekommen: Konnte es sein, dass er so viel Zeit in und vor dem *Caribou* verbrachte, weil es das zentrale Motiv seines Jahrhundertromans war? Dieses andauernde Herumschleppen von Kaffees, dieser Wahn, immer unterwegs zu sein und doch nicht auf sein individuell zubereitetes Getränk verzichten zu wollen, mit fettfreier Milch und Bio-Zimt?

Eigentlich musste ich ihn gar nicht fragen, bestimmt war es so! Niemand kennt das Werk eines Autors so gut wie die Übersetzerin. Wäre ein Roman ein Wohnzimmer, so sehen Lektoren, Leser oder Kritikerinnen es sich lediglich an. Wenn sie gewissenhaft sind, schauen sie gründlich hin, aber nur die Übersetzerin hat unters Sofa geguckt, die Blumen aus der Vase genommen, den Fernseher auseinander- und wieder zusammengeschraubt. Niemand auf der ganzen Welt hat so viel Zeit mit Henry La Marcks Werk verbracht wie ich.

Als ich auch den zweiten doppelten Espresso gekauft, zu meinem Platz getragen und getrunken hatte, ging ich wieder zur Theke und fragte, ob dieses Café wirklich *Caribou* hieß, obwohl das auf jedem Becher stand und die Bedienung mich mit »Willkommen im *Caribou*« begrüßt hatte. Ich sah auf die Uhr. Sieben. Jetzt musste ich in die Pension und meine Sachen holen, Jaspers BlackBerry anstatt einer Bezahlung dort zurücklassen und zum Flughafen fahren. Doch was, wenn er sich einfach nur verspätet hatte? Er war zurzeit so durcheinander, da durfte ich nicht so streng sein. Ich war mir nicht einmal mehr sicher, ob ich wirklich sechs Uhr gesagt hatte, vielleicht hatte ich auch achtzehn Uhr gedacht und dann acht Uhr gesagt? Es wurde halb acht, acht, halb neun. Draußen schneite es sehr, Flocken flogen kreuz und quer, von oben nach unten nach oben über die LaSalle Street, als sei sie mit den Menschen, den Taxis und Lichtern in einer Schneekugel, die gerade jemand geschüttelt hatte.

Wenn ich meine Sachen im Kloster *Zur siegreichen Jungfrau Maria* zurückließ, konnte ich es immer noch schaffen – vorausgesetzt, ich fuhr sofort zum Flughafen. Sonst wäre das Flugzeug weg, das Ticket wertlos und ich ohne Geld in dieser fremden Schneekugelstadt. Walter Benjamin hatte Schneekugeln gesammelt. Walter Benjamin, der nach dem Übersetzen von Marcel Proust über innere Vergiftungserscheinungen geklagt hatte.

Ich ging. Ohne nach links und rechts zu sehen, nahm ich die Stufen hinab zur U-Bahn. Ich war viel zu höflich gewesen. Viel zu lange hatte ich alles dem Zufall überlassen.

Da fiel mir etwas ein. Die Wasabinüsse, die er mir gestern angeboten hatte, waren aus einem Tütchen gewesen, auf dem *Estana Hotel & Spa* stand.

Der Rezeptionist im *Estana Hotel & Spa* war ein Halbchinese. Er lächelte mich freundlich an und legte eine Hand mehr auf als an seine gegelten Haare, während er auf den Monitor schaute und sagte:

»Hier wohnt leider niemand, der so heißt.«

»LaMarck, in einem Wort?«

»Tut mir leid.«

Ich setzte mich in die Hotelhalle, blätterte durch eine Klatsch-Zeitschrift, las einen Artikel über Brad Pitt und

Angelina Jolie, die sich getrennt und wieder zusammengerauft hatten, und fand die Probe einer Feuchtigkeitscreme, die ich herausriss und einsteckte.

Bestimmt hatte Henry sich unter einem anderen Namen angemeldet. Welcher konnte das sein? Mir fiel auf, wie wenig ich aus seinem Privatleben wusste. Eigentlich fast nichts, und auch das Gespräch bei unserem ersten Treffen war nicht gerade aufschlussreich gewesen.

Das Einzige, worüber er in fast jedem Interview sprach, war der Roman, der ihm am meisten bedeutete. Egal, ob er danach gefragt wurde oder nicht, *Unterm Ahorn* erwähnte er immer. Er hatte dem Helden aus diesem Roman sogar mal einen seiner anderen Romane gewidmet. Also ging ich wieder zur Rezeption und sagte:

»Suchen Sie noch mal unter dem Namen Santos. Graham Santos.« Diesmal musste er gar nicht im Computer nachsehen, griff gleich zum Telefon, fragte:

»Wen darf ich melden?«

»Ich bin seine Verlegerin.«

Er sagte es, nickte und legte auf.

»Zimmer 3303, die Fahrstühle für die oberen Etagen sind dort hinten.«

Ich drehte mich um und lief auf eine Fahrstuhlkabine zu, die mit offenen Türen wartete. Ich drückte die 33, dann hektisch auf den Knopf mit den zwei zueinander zeigenden Pfeilen, in der Hoffnung, dass die Tür sich ein wenig schneller schloss, bevor noch jemand anders kam. Endlich schlossen sich die Türen und öffneten sich wenig später auf Henry LaMarcks Etage.

Als ich vor seiner Tür stand und die Hand zum Klopfen erhob, riss er die Tür bereits auf. Das *Bitte-nicht-stören*-Schild wehte von der Klinke. Henry stand mir gegenüber, unrasiert und mit nichts bekleidet als einem Bademantel und einer verspiegelten Sonnenbrille. Er sah grässlich aus. Nicht nur die Haare, auch das Gesicht war nun grau. Mehr denn je hatte ich das Gefühl, das Richtige getan zu haben. Er brauchte meine Hilfe.

»Sie?«

»Ja. Warum nicht?«

»Was wollen Sie?« Offensichtlich hatte er nicht vor, mich reinzubitten. So standen wir einander gegenüber, er in der Tür und ich auf dem Flur.

»Ich würde gern kurz mit Ihnen reden«, sagte ich.

»Ich bin gerade ...«, er zögerte. Da auch ich nichts sagte, setzte er den Satz nach einer Weile fort: »... nicht zu sprechen.«

»Sie können doch reden.« Ich spürte, dass meine Stimme plötzlich zornig klang. Er sollte da nicht rumstehen, im Bademantel, mit Sonnenbrille, und das perfekte Star-in-der-Krise-Bild für die *Gala* abgeben. Er sollte an seinem Roman arbeiten, an unserem Roman, auf den die Welt wartete.

»Ich habe zu tun.«

»Das will ich hoffen.«

»Wie bitte?«

»Alle warten auf Ihren Roman.«

Er schwieg.

»Ihren Roman über den Terrorismus, die Zukunft der Welt, den Jahrhundertroman«

»Ach, seien Sie still!«, rief er so laut, dass ich zusammenzuckte. Auch er schien erschrocken von dem Klang seiner Stimme, die in dem Hotelflur widerhallte und so gar nicht zu den sphärischen Panflöten-Klängen aus den Ganglautsprechern passte. Er wich einen Schritt zurück und musste nun den Oberkörper vorbeugen, um die Tür offen zu halten.

»Der Roman ist bald fertig«, sagte er leise.

»Wann?«

»Umso schneller, je eher Sie mich in Ruhe arbeiten lassen.«

»Arbeiten Sie jetzt? Gerade?« Durch die halb geöffnete Tür versuchte ich, einen Blick in das Zimmer zu werfen, um zu sehen, ob irgendwo ein Computer oder eine Schreibmaschine stand.

»Ja«, sagte er, doch die Antwort kam nicht schnell genug.

»Ich sehe Sie den ganzen Tag nur durch die Gegend laufen«, sagte ich.

»Wollen Sie mir vorschreiben, wie ich zu arbeiten habe?«

»Warum sind Sie denn so nervös, nur weil ich vor Ihnen stehe?«, sagte ich.

»Ja, warum stehen Sie denn eigentlich vor mir? Haben Sie nichts Besseres zu tun?«

»Ich will Ihnen helfen, das habe ich zu tun.«

»Suchen Sie sich lieber eine Arbeit.«

»Ich habe Arbeit. Ich kann sie nur nicht machen, weil Sie Ihre nicht erledigen.«

»Und dann sitzen Sie da auf Ihrem tollen Bauernhof auf dem Land und langweilen sich?«

Ich schwieg.

»Und gehen Ihren Freunden auf die Nerven? Oder haben Sie die in der Großstadt zurückgelassen?

Ich starrte ihn an, sah aber nur mein eigenes Spiegelbild in seiner Sonnenbrille.

»Ach, und Ihren Freund haben Sie auch in der Stadt gelassen? Sie sind aufs Land gezogen, weil Ihre Freunde in der Stadt nicht sehen sollen, wie Sie langsam verrückt werden. Weil jeder bis dreißig irgendwie durchkommt und sich dann entscheidet, ob man für ein normales Leben taugt oder nicht.«

Das war nicht Henry, der da sprach. Es war Graham Santos. Darüber hatte er in *Unterm Ahorn* im Palmenhaus nachgedacht: Seine Eltern waren Anfang dreißig, als er geboren wurde. Nun war er selbst Anfang dreißig, lebte seit zehn Jahren mit einer Frau zusammen, die ihn heiraten wollte. Im Freundeskreis hatten alle bereits Kinder bekommen. Doch Graham Santos sitzt da unter der Manila-Palme und stellt sich das Leben seiner Eltern als Einzelpersonen vor. Welchen Verlauf es genommen hätte, wenn sie nie ein Paar geworden wären - dann kommt er zu dem Schluss, dass sowohl seine Mutter als auch sein Vater glücklicher gewesen wären, wenn sie nie eine Familie gegründet hätten. Graham Santos steht auf, verlässt seine Freundin, sein normales Leben, heimlich und mitten in der Nacht, und kauft sich ein Haus, zwar nicht an der Nordsee, sondern in den Hügeln von Vermont, aber das war auch der einzige Unterschied. Ansonsten hatte er alles so gemacht wie ich. Oder vielmehr: Ich hatte es so gemacht wie er.

Ich hob die Hand, wollte ihm die Sonnenbrille von der Nase reißen, ließ sie aber wieder sinken, als er weitersprach.

»Und jetzt wollen Sie, dass ich ein neues Buch schreibe, damit Sie neue Ideen bekommen, was Sie mit Ihrem Leben machen sollen. Aber was ist, wenn ich das nicht tue? Schreiben Sie mir dann wieder einen bösen Brief?«

»Böser Brief? Das waren nur ein paar Kleinigkeiten«, sagte ich. So war es doch gewesen; es hatte sich um ein paar harmlose Zweifelsfälle gehandelt, schiefe Metaphern, logische Fehler. Mal riss jemand eine Autotür auf, obwohl er sich im Auto befand, sie also eigentlich hätte *aufstoßen* müssen. Mal saß eine Person bei einem gesetzten Abendessen erst dem Gastgeber gegenüber und stritt sich dann plötzlich am anderen Ende der Tafel mit einer Immobilienmaklerin.

»Fünf Seiten Kleinigkeiten? Sie haben ja sogar die Gerichte nachgekocht, die in *Windeseile* vorkommen.«

»Sie etwa nicht?«

»Nein!«

»Die Hauptperson ist Koch.«

»Na und?«

»Das haben Sie doch nicht einfach so geschrieben, ohne sicherzugehen, dass die Rezepte funktionieren.«

»Es ist ja kein Kochbuch.«

» Ist Ihnen klar, wie Sie mich mit dem Muschelrezept blamiert haben? Ich hatte Gäste. Es war ein desaströser Abend gewesen, mit Gösta und Regine, Sabine und Lars. Henry LaMarck hatte sich bei der Salzdosierung vertan, drei Esslöffel stand da, doch drei Teelöffel hätten mehr als gereicht.

»Ich bin jetzt wohl für jedes Unglück in ihrem Leben verantwortlich.«

»Es wäre nur nett gewesen, wenn Sie geantwortet hätten. Dann hätte ich die Stellen nicht selbst verbessern müssen.«

»Sie haben mich verbessert?«

»Ich kann ja wohl kaum Ihre Fehler mit übersetzen.« »Warum nicht?«

»Weil sie in dem Moment zu meinen Fehlern geworden wären.«

»Sie sollen nicht das übersetzen, von dem Sie denken, dass ich es sagen will, sondern das, was ich geschrieben habe«, sagte er und wirkte plötzlich größer. Ich sah auf den Boden - er hatte sich auf die Zehenspitzen gestellt.

»Warum haben Sie mir das denn nicht geschrieben?«

»Weil ich überhaupt nichts mehr schreibe, seit ich Ihren Brief gelesen habe.«

Ich schwieg. Das konnte er nicht ernst meinen.

»Ich schreibe nicht mehr!«

»Seit meinem Brief?«

»Ja.«

»Dann müsste Ihr Roman ja fast fertig sein. Ich habe Ihnen erst vor zwei Monaten geschrieben, da waren Sie doch sicher schon sehr weit.«

Er hatte bereits den Mund geöffnet, um zu antworten, dann schien er darüber nachzudenken, was ich gesagt hatte, schloss ihn wieder, sah mich an und sagte schließlich deutlich leiser:

»Vorher habe ich recherchiert.«

»Also auch nicht geschrieben.«

»Okay. Ich habe schon vor Ihrem Brief nicht geschrieben. Von meinem neuen Roman gibt es keine Zeile, nicht mal ein Wort. Herzlichen Glückwunsch, Sie haben wieder einmal recht. Genau wie mit Ihren überkorrekten, lächerlichen Anmerkungen zu meinem Werk.«

»So war das mit dem Brief doch gar nicht gemeint. Ich wollte nur Ihre Texte verstehen.«

»Ihr Brief ist der beste Beweis dafür, dass Sie nie auch nur irgendwas verstehen werden. Sie geben sich nur mit Kleinigkeiten ab, die normale Menschen überhaupt nicht interessieren. Da wissen Sie ganz genau, wie man alles richtig macht. Immer schön klein-klein. Das ist doch zwanghaft.<<

Nun war ich es, die einen Schritt zurückwich. Wollte er damit wirklich sagen, dass ... Ich wollte diesen Gedanken nicht weiterdenken und hätte es auch nicht gekonnt.

»Ich wollte Ihnen doch nur helfen.«

»Sehen Sie, wie Sie mir helfen?«

»Sie lassen mich ja auch nicht«, sagte ich.

»Ich will meine erste Übersetzerin zurück.«

»Mit der hatten Sie keinen Erfolg.«

»Aber sie hat mich in Ruhe gelassen.«

»Außerdem ist sie tot«, sagte ich. Henry LaMarck senkte den Kopf und sah mir über den Rand seiner Sonnenbrille direkt in die Augen.

»Wenigstens lebt sie jetzt nicht so wie Graham Santos. Verrückt und einsam auf dem Land.«

»Sie wissen ja noch nicht mal, wie sie heißt.«

»Doch.«

»Nein.«

»Carla Tomsdorf.«

Er wollte die Tür zuknallen, doch es war eine hochwertige Hoteltür mit einer Hydraulik, die nur langsam ins Schloss gleiten konnte. So sah ich ihn noch zwei Sekunden an, während er gegen die Tür drückte, bis sie sich auf geradezu absurde Weise geräuschlos schloss. Ich hörte, wie von innen ein Sicherheitsriegel vorgelegt wurde. Dann war ich allein. Ich hob das *Bitte-nicht-stören*-Schild auf und hängte es wieder an die Tür, mit der grünen Seite nach außen: *Bitte Zimmer aufräumen*.

Die Musik war ausgegangen. Es war so still auf dem Gang, als hätte das Gebäude uns zugehört. Die Literaturverrückte zwang sich, den Fahrstuhl zu rufen, anstatt die Treppen zu nehmen, er kam, und sie drückte auf L für Lobby. Vor zehn Minuten war ihr Flugzeug ohne sie losgeflogen.

Da hatte ich sie nun bekommen, die berühmte zweite Meinung. Nach Regine hatte es nun auch Henry LaMarck ausgesprochen: Ich wurde nicht langsam verrückt - ich war es bereits geworden. Aufs Land zu ziehen, war kein letzter Versuch, das abzuwenden, sondern eine Folge dessen. Der beste Beweis dafür war meine verrückte Idee, hierherzufahren und zu denken, ich könnte mal so eben einen Jahrhundertroman abholen wie eine bestellte Torte, anstatt mich in Deutschland um andere Übersetzungsaufträge zu bemühen.

Hätte ich bloß nie diesen Brief geschrieben. Die Italiener sagen: *traduttore – traditore*, der Übersetzer ist ein Verräter, *translator – traitor*. Hatte ich Henry verraten? Alles, was ich anfasste, schien sich in Einsamkeit zu verwandeln.

Ich verzog das Gesicht, als der Fahrstuhl abbremste und ein Mann in Sportkleidung zustieg, der offensichtlich auf den Weg in das Spa des *Estana Hotel & Spa* war. Schon vor Jahren hatte ich damit begonnen, nur noch Fahrstuhl zu fahren, wenn keine anderen Menschen darin waren. Ich fand es unnötig, anderen Menschen so nahe zu sein, wenn man auch die Treppe nehmen konnte, wie ich es tat, wenn ein Fahrstuhl kam und ich sah, dass er nicht leer war. Im letzten Jahr war es so weit gekommen, dass ich aus Fahrstühlen ausgestiegen war, sobald jemand anders hinzukam, zwang mich

jetzt jedoch, das nicht zu tun – so konnte es nicht weitergehen.

In der letzten Adventszeit hatte ich auf der Suche nach einem Geschenk für Arthur zum letzten Mal versucht, einen Fahrstuhl zu nehmen, in der Einkaufspassage Hanseviertel. Als die verglaste Kabine abbremste, hatte ich mich schon darüber gefreut, dass sie leer war, doch bevor die Türen sich öffneten, sah ich in deren Spiegelbild die Silhouette eines Menschen, der hinter mir stehen musste. Ich hätte fast geschrien vor Wut. Nirgendwo wurde man in Ruhe gelassen. Ich kam aus einer Wohnung, die ich mir, wie auch das Bett, mit einem Menschen teilte wie mit einem Fremden ein Zugabteil: stets auf größtmöglichen Abstand bedacht. Und jetzt konnte ich noch nicht einmal im Fahrstuhl einen Moment allein sein!

Wutentbrannt hatte ich mich damals umgedreht, doch niemand stand da. Das Spiegelbild, das mich so aufgeregt hatte, war mein eigenes gewesen. Schon damals hätte ich daran zweifeln müssen, ob es den Ort überhaupt gab, nach dem ich Heimweh hatte, weil jeder Ort, an den ich mich flüchtete, den Nachteil hatte, dass ich mich dorthin mitnehmen musste.

2016

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2016

Lengua: FRANCÉS
Escritor invitado: Philippe Rahmy (Suiza)
Obra: *Allegra*

Coordinadora: Gabriela Villalba

Editoras invitadas: Julia Ariza (Fiordo), Claudia Arce (Eterna Cadencia)

Participantes:
Elena Donato, Nancy Roggier, Ezequiel Martinez Kolodens, Melina Blostein, Lucía Dorin, Silvia Calabrese, Sol Gil, Julia Tomasini, Yenny Enríquez, Mariana Arzate Otamendi, Erika Geymonat y Miguel Marqués.

Coordinadora del taller "Traduire les arts et la culture" (del español al francés): Débora Farji-Haguet.

Compartimos el video de Lectura de fragmentos de Allegra y sus traducciones a variedades del español, a cargo de los y las participantes de la EOTL 2016, que se realizó en el marco de La Noche de las Librerías 2017, organizada por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulos 1 y 2

Traducción de Yenny Enríquez (México)

1

El león rugió antes del alba. Cuando salga el sol, se colocará sobre una rama para contemplar a su progenie. Un cachorro enfermo, moribundo. Luego, Edgar posará su mirada cansada en los hombres. Los verá pasar detrás de las rejas, entre los árboles, caminar altivamente por la calle y reinar en la ciudad como él reinó en la naturaleza. Ahora, caza las moscas con la cola. Durante mis noches de insomnio lo escucho con la sensación de parecerme a él. Seguido lo visito cuando voy camino a la oficina.

Oslo Court duerme aún. Lizzie y yo habitamos un hermoso dúplex de este inmueble para viejos ricachones. Las cortinas de nuestra habitación están abiertas. El rostro de Lizzie, iluminado por la lámpara, se me presenta en toda su belleza. Luego, se voltea hacia la pared y suspira dejando al descubierto su espalda con las vértebras marcadas. Ha adelgazado mucho desde que nació Allegra.

Afuera, Edgar lanza su rugido. Un gruñido rauco, el lamento de un rey caído. Va a hacer mucho calor. Al mediodía, el sol dará en los edificios de ladrillo. Al final de la tarde, caerá una tormenta. Luego, el sol cargado de vapor desaparecerá como un proyector que se apaga. De un momento a otro, un cuidador entrará a la jaula de Edgar. Traerá una bandeja con carne, que mostrará a los niños amontonados detrás de la reja. La jaula temblará a cada movimiento del león, muy alterado. El cachorro y su madre aparecerán. El pequeño se desplazará con dificultad sobre sus patas atrofiadas. Los niños exclamarán: ¡ay, pobrecito!... antes de irse corriendo hacia las jaulas de los monos. En la jaula, la leona Nghala permanecerá entre Edgar y Simba, el cachorro, que intentará comer. Con la pelvis pegada al suelo y el lomo encorvado, todo el peso del pequeño animal recaerá sobre sus hombros temblequeantes. Su cabeza se perderá en la bandeja, reaparecerá manchada de rojo, la sumergirá de nuevo. Esa máscara sangrienta se parece a mis pesadillas.

Mi historia es la de otros tantos miles que vinieron a Londres a hacer fortuna, pero el único que la encarnará seré yo, Abel Iflissen, hijo de Bouziane y de Sofines, nieto de Anzar y de Nélia, de Amghar y de Badira.

Desde hace quince días se siente un calor tropical, vivimos replegados a las paredes para no salir de la sombra, o detrás de las persianas cerradas hasta el anochecer. El alba, en cambio, es soportable. Voy al balcón, enciendo un cigarro. Los jubilados trotan alrededor del parque, en una mano sostienen la correa de un perro, en la otra una bolsa de excremento. Los últimos murciélagos cazan alrededor de los faroles. Mi humo se mezcla en su vuelo sinuoso.

2

Desde que salió de la maternidad, Lizzie ya casi no se levanta. Estamos a 16 de junio. Es *Laylat al-Qadr*. La noche del destino. La noche en la que el Corán le fue revelado a Mahoma. Son las cinco de la mañana. Últimamente, me despierto bañado en sudor. Me siento en la orilla del sofá como si estuviera al borde de un precipicio, hasta que mi corazón se calma. Otra vez tuve el mismo sueño. Corro en un pasillo del metro. Hay fuego. Sálvese quien pueda. Me precipito junto con los demás pasajeros hacia la salida.

Abro los ojos. Todo está en calma. Me levanto sin hacer ruido para no despertar a Lizzie que duerme al lado, en la habitación. Nuestro departamento es una leonera. Los trastes, el correo, se amontonan. Tarareo mientras me visto. Cambio el agua de las flores. Saco el jugo de naranja del refri destartalado que congela los alimentos con un frío polar.

Enciendo el lavavajillas. No podemos seguir así. No sé en qué momento nuestra vida cotidiana se descompuso. Han pasado semanas. ¿Cuántas peleas con Lizzie? La de anoche fue tan violenta que ya ni quiero pensar en ella. Hoy es el comienzo de un nuevo día.

Son las seis y veinte. Allegra aún no se despierta. Me agacho hacia la maraña de cables debajo del escritorio. A medida que la desenredo, mis hombros, mi nuca se relajan. Varios pares de calcetines, así como mi celular, reaparecen detrás del bote de papeles. Escucho mi buzón de voz. Todos los mensajes son de Firouz. En el último me cita en el centro de la ciudad esta mañana. Decido dirigirme allá.

Lizzie tose. Esa tos pastosa, cargada de sueño, me llena los ojos de lágrimas. Me repito la frase que diré cuando se despierte. Una frase corta, simple. Lizzie, perdóname.

Hace calor, se oyen los grillos, alguien intenta arrancar un coche en la calle. El motor está ahogado. Azotan la puerta. El silencio vuelve. Lizzie gime. Empujo la puerta de la recámara, vacilo, permanezco en el umbral. Lizzie se voltea hacia mí. Me mira como si no supiera quién soy. La cuna de Allegra está a su lado. Las palabras se hacen un nudo en mi garganta. Susurro, tengo una cita con Firouz. Lizzie no reacciona. Le digo, *te llamo,* haciendo un ademán con la mano. Ella responde, también silenciosamente, *fuck you,* con el dedo medio levantado hacia el techo.

Allegra, de Philippe Rhamy
Capítulos 1 y 2

Traducción de Ezequiel Martínez Kolodens (Argentina)

1

El león rugió antes del alba. Al amanecer, se instalará en una rama para contemplar su progenie. Un león cachorro, enfermo, casi muerto. Luego Edgar posará su mirada cansada en los hombres. Los mirará pasar detrás de las rejas, entre los árboles, caminar orgullosamente por la calle y reinar en la ciudad como el reinó en la naturaleza. A partir de ahora caza las moscas con su cola. Lo escucho durante mis insomnios y siento que en algo nos parecemos. A menudo lo visito camino al trabajo.

Oslo Court aún duerme. Vivimos, Lizzie y yo, en un lindo dúplex de este edificio para viejos ricachones. Las cortinas de nuestra habitación están corridas. El rostro de Lizzie, iluminado por la lámpara, se me aparece con su belleza. Luego se da vuelta hacia la pared y suspira develando la espalda con sus vértebras salientes. Adelgazó mucho desde el nacimiento de Allegra.

Afuera, Edgar emite su rugido. Un gruñido ronco, la queja de un rey en decadencia. Va a estar pesado. Al mediodía, el sol se instalará en los edificios de ladrillo. Una tormenta estallará al finalizar el día, luego el sol, lleno de vapor desaparecerá como un proyector apagándose. Poco después, un cuidador entrará en la jaula de Edgar. Cargará un balde con carne, se la mostrará a los niños apiñados detrás de la reja. La jaula temblará con cada movimiento del león, muy alterado. El cachorro y su madre aparecerán. El cachorrito se desplazará penosamente sobre sus patas atrofiadas. Los niños dirán, "Ui, pobrecito…" antes de salir disparados hacia el sector de los monos. En la jaula, la leona Nghala se quedará entre Edgar y Simba, el cachorro, que intentará comer. La cubeta pegada al cemento, la espalda arqueada, todo el peso del joven animal recaerá sobre sus hombros temblorosos. Su cabeza desaparecerá dentro del balde, saldrá embadurnada de rojo y volverá a zambullirse. Su máscara sangrante se parece a mis sueños.

Mi historia es la de miles de otros, que vinieron a hacer fortuna a Londres, pero yo seré el único que la vivirá, yo, Abel Iflissen, hijo de Bouziane y de Sofines, nieto de Anzar y de Nelia, de Amghar y de Badira.

Desde hace quince días vivimos bajo los trópicos, pegados a las paredes para estar en la sombra, o detrás de las persianas cerradas hasta la noche. El alba, ella, se tolera. Voy al balcón, prendo un cigarrillo. Los jubilados trotan despacito a lo largo del parque, con la correa del perro en una mano, una bolsa para la caca en la otra. Los últimos murciélagos cazan alrededor de las farolas. Mi humo se mezcla con su vuelo sinuoso.

2

Desde que regresó de la sala de maternidad, Lizzie ya casi no se levanta. Es 16 de junio, Laylat al-Qadr. La Noche del destino. La noche en la que se transmitió el Corán a Mohammed. Son las 5 de la mañana. Últimamente me despertaba transpirado. Me sentaba al borde del colchón como al borde de un acantilado, hasta que mi corazón se calmara. Tuve el mismo sueño otra vez. Estoy corriendo por un pasillo del subte. Hay un incendio. Sálvese quien pueda. Corro rápido con el resto de los pasajeros hacia la salida.

Abro los ojos. Todo está en calma. Me levanto sin hacer ruido para no despertar a Lizzie que duerme al lado, en la habitación. Nuestro departamento es una leonera. La loza, el correo se acumulan. Me visto tarareando. Cambio el agua de las flores. Saco el jugo de naranja de la heladera defectuosa que fija los alimentos en un frío polar. Prendo el

lavarropas. No podemos seguir así. No sé cuándo nuestra vida cotidiana se estropeó. Las semanas pasaron. ¿Cuántas peleas con Lizzie? La de anoche fue tan violenta que ni quiero pensar en ella. Hoy marca un nuevo inicio.

Son las 6 y 20. Allegra aún no se despertó. Me agacho entre la peluca de cables debajo del escritorio. A medida que la desenredo, mis hombros, mi nuca se aflojan. Varios pares de medias y mi celular hacen su reaparición atrás del cesto de papeles. Escucho el contestador. Todos los mensajes son de Firouz. El último es por una reunión en el centro esta mañana. Decido ir para allá.

Lizzie tose. Esa tos pastosa, congestionada de sueño, me hace llorar. Me repito la frase que le diré cuando se despierte. Una pequeña frase sin importancia. Lizzie, te pido perdón.

Hace calor, se oyen los grillos, alguien intenta arrancar un auto en la calle. El motor está ahogado. Una portezuela se cierra de golpe. Vuelve el silencio. Lizzie gime. Empujo la puerta de la habitación, dudo, me quedo en el umbral. Liz gira la cabeza hacia mí. Me mira como si no supiera quien soy. La cuna de Allegra está al lado de ella. Las palabras se me anudan en la garganta. Murmuro, tengo una reunión con Firouz. Lizzie no reacciona. Le hago *te llamo* con la mano. Me responde, con el mismo silencio, *fuck you*, apuntando el dedo medio hacia el techo.

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitres 1 et 2

1

Le lion a rugi avant l'aube. Au lever du soleil, il s'installera sur une branche pour contempler sa progéniture. Un lionceau malade, presque mort. Puis Edgar posera son regard fatigué sur les hommes. Il les verra passer derrière les grilles, entre les arbres, marcher fièrement dans la rue et régner sur la ville comme il a régné sur la nature. Désormais, il chasse les mouches avec sa queue. Je l'écoute durant mes insomnies avec le sentiment de lui ressembler. Je lui rends souvent visite sur le chemin du bureau.

Oslo Court dort encore. Nous habitons, Lizzie et moi, un beau duplex de cet immeuble pour vieux nantis. Les rideaux de notre chambre sont tirés. Le visage de Lizzie, éclairé par la lampe, m'apparaît dans sa beauté. Puis elle se tourne vers le mur, et soupire en dévoilant son dos aux vertèbres saillantes. Elle a beaucoup maigri depuis la naissance d'Allegra.

Dehors, Edgar pousse son rugissement. Un grondement enroué, la plainte d'un roi déchu. Il va faire lourd. À midi, le soleil se plantera dans les immeubles de brique. Un orage éclatera en fin de journée, puis le soleil plein de vapeur disparaîtra comme un projecteur qu'on éteint. Tout à l'heure, un soigneur entrera dans la cage d'Edgar. Il portera un seau de viande, qu'il présentera aux enfants massés derrière la grille. La cage tremblera à chaque mouvement du lion, très agité. Le lionceau et sa mère apparaîtront. Le petit se déplacera avec peine sur ses pattes atrophiées. Les enfants feront, oh, c'est trop triste… avant de filer vers l'enclos des singes. Dans la cage, la lionne Nghala se tiendra entre Edgar et Simba, le lionceau, qui essaiera de manger. Le bassin collé au ciment, le dos arqué, tout le poids du jeune animal reposera sur ses épaules tremblantes. Sa tête disparaîtra à l'intérieur du seau, elle en ressortira barbouillée de rouge, replongera. Ce masque sanglant ressemble à mes cauchemars.

Mon histoire est celle de milliers d'autres, venus faire fortune à Londres, mais je serai le seul à la vivre, moi, Abel Iflissen, fils de Bouziane et de Sofines, petit-fils d'Anzar et de Nélia, d'Amghar et de Badira.

Depuis quinze jours, nous vivons sous les tropiques, en rasant les murs pour ne pas sortir de l'ombre, ou derrière les persiennes closes jusqu'au soir. L'aube, elle, est supportable. Je vais sur le balcon, allume une cigarette. Des retraités trottinent le long du parc, un chien en laisse dans une main, un sac à crottes dans l'autre. Les dernières chauves-souris chassent autour des lampadaires. Ma fumée se mêle à leur vol sinueux.

2

Depuis son retour de la maternité, Lizzie ne se lève presque plus. Nous sommes le 16 juin. C'est Laylat al-Qadr. La nuit du destin. La nuit durant laquelle le Coran a été révélé à Mohammed. Il est 5 heures du matin. Ces derniers temps, je m'éveillais en sueur. Je m'asseyais au bord du canapé comme au bord d'une falaise, jusqu'à ce que mon coeur s'apaise. J'ai encore fait le même rêve. Je cours dans un couloir de métro. Il y a le feu. C'est le sauve-qui-peut. Je me précipite avec les autres passagers vers la sortie.

J'ouvre les yeux. Tout est calme. Je me lève sans bruit pour ne pas réveiller Lizzie qui dort à côté, dans la chambre. Notre appartement est un capharnaüm. La vaisselle, le courrier s'accumulent. Je m'habille en chantonnant. Je change l'eau des fleurs. Je sors le jus d'orange du frigo défectueux qui fige les aliments dans un froid polaire. Je lance une machine. Nous ne pouvons pas continuer comme ça. Je ne sais pas quand notre quotidien s'est déréglé. Les semaines ont passé. Combien de querelles avec Lizzie ? Celle d'hier soir a été si violente que je ne veux plus y penser. Aujourd'hui marque un nouveau départ.

Il est 6 h 20. Allegra n'est pas encore réveillée. Je me penche sur la perruque de câbles sous le bureau. À mesure que je la démêle, mes épaules, ma nuque se relâchent. Plusieurs paires de chaussettes, ainsi que mon téléphone portable, refont leur apparition derrière la corbeille à papiers. J'écoute ma boîte vocale. Tous les messages sont de Firouz. Le dernier me fixe un rendez-vous au centre-ville ce matin. Je décide de m'y rendre.

Lizzie tousse. Cette toux grasse, encombrée de sommeil, me met les larmes aux yeux. Je me répète la phrase que je dirai à son réveil. Une petite phrase de rien du tout. Lizzie, je te demande pardon.

Il fait chaud, on entend des grillons, quelqu'un essaie de démarrer une voiture dans la rue. Le moteur est noyé. Une portière claque. Le silence revient. Lizzie gémit. Je pousse la porte de la chambre, hésite, reste sur le seuil. Liz tourne la tête vers moi. Elle me regarde comme si elle ne savait pas qui j'étais. Le berceau d'Allegra est à côté d'elle. Les mots se nouent dans ma gorge. Je murmure, j'ai rendez-vous avec Firouz. Lizzie ne réagit pas. Je lui fais, *je t'appelle*, avec la main. Elle répond, tout aussi silencieusement, *fuck you*, en pointant un majeur vers le plafond.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 4

Traducción de Silvia Calabrese (Argentina)

4

Avanzo como una hoja en el viento. Una calle, después otra, a la izquierda, a la derecha. Una chica está parada frente a una vidriera. Alta, vestida de guerra, en borceguíes y pantalón camuflado, lleva una musculosa color caqui, pintada con la "A" de "anarquía" y una máscara del grupo Anonymus en el cuello. El calor llega para quedarse. Un calor lleno de corrientes de aire y reflejos. Por todas partes, Londres despliega su espectacular energía. La chica parece fascinada por un vestido de muselina estilo años cincuenta, erguido frente a ella, como su antítesis. Al cruzarnos, nuestros hombros se chocan. Da un paso al costado. No me deja pasar.

¿Abel?, dijo de pronto. Yo contesto sí, ¿por? El que estás esperando no pudo venir. Me pidió que viniera a buscarte. Me llamo Eva. Mira su reloj. No digo nada, un poco para que se note mi sorpresa, un poco para que no se note mi enojo. ¿Por qué Firouz no está acá? ¿Por qué me manda a esta chica?

Eva se acerca hasta rozarme. Una cicatriz leporina va desde el labio superior hasta la parte inferior de la nariz. Un cigarrillo se consume en el extremo de su brazo. Sus ojos clavados en los míos me desafían. Mi corazón late rápido y con fuerza. Eva se lleva el cigarrillo a la boca. El sol multiplica su presencia brillante en las vidrieras. Seguime, Abel, te esperan en St. Margarets. El tren sale en una hora.

La calle vibra con su rumor. Eva se precipita como un animal que trata de atrapar la luz, embriagado por sentirse vivo, lleno de músculos y vitalidad. Una brisa nos lleva por Maryfair. Todas las cabezas giran a nuestro paso. Eva se menea, roza los autos, tira besos a los conductores, boquiabiertos detrás del parabrisas. Me llama por encima de los autos. ¡Apurate! Pero no es ella a la que veo, a la que sigo hasta Waterloo Station, sino a Lizzie. Lizzie, postrada en nuestro departamento, bajo las lámparas tenues. Lizzie, telón de fondo de la ciudad, y su angustia, brotando desde lo profundo de la tierra.

Justo agarramos el tren. Flash, flash, flash, flash, sombras y luces, pasamos por matorrales y cercos. Eva pasa los brazos por debajo de las rodillas. Una sonrisa se instala en sus labios. Está haciendo una pasantía en los estudios de Twickenham. Mi primer trabajo. ¿Te imaginás? Me la paso en un lugar de leyenda. Son los que mezclaron la banda de sonido de *Blade Runner*. Ahora preparan la versión DVD de *El caballo de Turín*, una película loca de Béla Tarr. Eva prosigue, ¿sabés que antes de volverse loco, Nietzche se tiró al cuello de un caballo terco, mientras su cochero lo golpeaba en una plaza de Turín y...? El final de la frase se pierde en el barullo. El ruido que hacen las ruedas en los cambios de vía es ensordecedor. Yo digo ¿qué?, ¿qué decís vos? Espero que me vaya bien, nada más, reitera Eva.

El borde irregular del terraplén proyecta una sombra dentada, como de serrucho, en los asientos. Eva apoya la frente contra el vidrio. Su reflejo se funde con el paisaje. Es la película más hermosa que te puedas imaginar, Abel. Un mundo es arrasado por la tormenta... En el medio de esa tormenta, una granja... En esa granja, un padre y su hija encerrados en el silencio y un caballo agonizando... Afuera, el apocalipsis, las paredes se derrumban, los árboles se quiebran. La humanidad va a desaparecer y, con ella, el espíritu de rebaño y el sentimiento de pertenencia, que transforma a los

hombres en perros. Todo va a desaparecer, la belleza, la fealdad, el bien, el mal. Solo quedan la tierra y el cielo, el silencio y el ruido.

Eva es como esos equilibristas que caminan sobre una cuerda, sin ver nada, ni a nadie. Me parece escuchar a Lizzie hablándome de poesía, pero ya hace mucho tiempo que no hablamos de eso.

El tren ha tomado velocidad. Escondida detrás del pelo, Eva me observa. Puede ser que se pregunte en qué lío se habrá metido este hombre joven, delgado, con pantalón de franela y saco de tweed, a pesar del calor, con manos huesudas, incapaz de quedarse tranquilo, que se rasca los antebrazos, el cuello y las mejillas. Un animal acorralado. Eva cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, el mismo paisaje lúgubre se extiende hasta el horizonte.

El enojo me invade. Sigo atravesando los suburbios con esta desconocida, en lugar de estar con Lizzie y Allegra. ¡Firouz se ríe de mí! No es la primera vez. No hablo de horas extras. Hablo de acoso. Firouz sabe que Lizzie ya no es capaz de hacer frente a nada. Por más que le repita que no llame a casa, que me deje respirar, no quiere saber nada.

El tren vuelve a atravesar muchos cambios de vía. Deformada por el ruido, la sombra cae sobre mí, antes de alojarse en mi corazón y me aferro a la vida en medio del ruido del vagón. Después la pesadilla desaparece. Recupero la calma.

Eva no se ha movido. Nuestras miradas se cruzan y yo me pierdo en sus fantasías. Estamos solos en el compartimento. Por encima de nosotros, el techo se balancea con la blandura de una lona en el viento. Me desabrocho el cuello.

Desde hace un tiempo, tengo un eczema debajo de la oreja. Allegra también tiene uno, en el mismo lugar. Vamos a tener que comprarle ropa más holgada, el calor no ayuda para nada. Le voy a proponer a Lizzie que vayamos a hacer las compras el lunes. Va a ser un buen momento para hablar en terreno neutro y hacer andar el Mustang que duerme en la puerta del edificio. Lizzie no quiere sacar el registro. En Londres, solo los millonarios tienen auto, me responde cuando trato de convencerla. La gente normal toma el subte.

Eva me pregunta de nuevo, decime, ¿qué pensás? Le contesto que le deseo toda la suerte del mundo, pero que su película no parece feliz, feliz. Miro el reloj. Lo que es seguro es que los imbéciles no le van a sacar ningún provecho, dice Eva de golpe. Me da uno de sus auriculares. No hablamos más. Vamos por el campo escuchando la voz de Gil Scott-Heron. Me gusta esta música. No hace mucho tiempo a Lizzie también le gustaba. *You will not be able to stay home, brother / You will not be able to plug in, turn on and cop out / You will not be able to lose yourself on skag / And skip out for beer during commercials / Because the revolution will not be televised…*[1].

1 No vas a poder quedarte en casa, hermano / No vas a poder enchufarte, encender la pantalla y desenchufarte/ No vas a poder perderte en la cocaína / O ir a tomar una cerveza en los comerciales / Porque la revolución no va a ser televisada…

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 4

Traducción de Erika Geymonat (Uruguay)

4

Avanzo como una hoja en el viento. Una calle, después otra, a la izquierda, a la derecha. Una chica está parada frente a una vidriera. Alta, vestida para la guerra, con botas de combate y pantalón camuflado, una musculosa caqui, con una *A* de anarquía pintada con espray y una máscara del colectivo Anonymus en el cuello. El calor se instala, un calor lleno de corrientes de aire y reflejos. Alrededor, Londres despliega su lujosa energía. La chica parece fascinada por el vestido de muselina de los cincuenta, erguido frente a ella como su antítesis. Cuando nos cruzamos, nuestros hombros se chocan. La chica da un paso al costado. Me bloquea el camino.

¿Abel?, dice. Respondo sí, ¿por? Al que esperás no pudo viajar. Me pidió que viniera a buscarte. Me llamo Eva. Mira su reloj. No digo nada, medio para marcar mi sorpresa y medio para esconder mi contrariedad. ¿Por qué Firouz no está acá? ¿Por qué me manda a esta chica?

Eva se acerca hasta tocarme. La cicatriz del labio leporino recorre desde la parte superior de la boca hasta la base de la nariz. Un cigarrillo se consume al final del brazo. Sus ojos clavados en los míos me desafían. Mi corazón late rápido y fuerte. Eva se lleva el cigarrillo a la boca. El sol multiplica su presencia radiante en las vidrieras. Seguime, Abel, te esperan en St. Margaret. El tren sale en una hora.

La calle rueda en su rumor. Eva se mueve como un animal para atrapar la luz, ebrio del sentimiento de existir, repleto de músculos y de vigor. Una brisa nos lleva a través de Mayfair. Todas las cabezas se giran cuando pasamos. Eva se contonea, roza los autos, tira besos a los conductores atónitos detrás de los parabrisas. Me llama por encima del ruido del tránsito. ¡Apurate! Pero no es a ella a quien veo, a la que sigo hasta Waterloo Station, sino a Lizzie. Lizzie postrada en nuestro apartamento, bajo las lámparas tenues, Lizzie como telón de fondo de la ciudad, y su angustia brotando de la espesura de la tierra.

Justo agarramos el tren. Flash, flash, flash, flash, luces y sombras, nos deslizamos entre montes bajos y cercos. Eva se agarra las piernas con los brazos. Una sonrisa está colgada de sus labios. Está haciendo una pasantía en los estudios de Twickenham. Mi primer laburo. ¿Te imaginás? Paso mis días en un lugar legendario. Ahí mezclaron la banda sonora de *Blade Runner.* Ahora, preparan la versión DVD de *El caballo de Turín*, una película alucinante de Béla Tarr. Eva sigue ¿sabías que antes de volverse loco Nietzsche abrazó un caballo de un carruaje que resistía mientras su cochero lo golpeaba en una plaza de Turín y…? El final de la frase se pierde en el griterío. El ruido de las ruedas en los cambios de vías es ensordecedor. Le digo ¿qué? ¿qué decías? Espero lograrlo, es todo, repite Eva.

El borde destrozado del terraplén proyecta una sombra de dientes de sierra en los asientos. Eva apoya la frente contra el vidrio. Su reflejo se mezcla con el paisaje. Es la película más linda que se pueda imaginar, Abel. Un mundo que es barrido por la tormenta… En el corazón de esa tormenta, una granja… En esa granja, un padre y su hija tapiados en el silencio, y un caballo que agoniza… Afuera, el apocalipsis, las paredes se desploman, los árboles se quiebran. La humanidad va a desaparecer y con ella, el espíritu gregario y el sentimiento de pertenencia que transforman a los hombres en perros. Todo va a desaparecer, la belleza, la fealdad, el bien, el mal. Solo quedan la tierra y el cielo, el silencio y el ruido.

Eva es como esos equilibristas que caminan sobre una cuerda sin ver nada ni a nadie. Creería escuchar a Lizzie hablándome de poesía, pero hace tiempo ya que la poesía no está en el orden del día entre nosotros.

El tren toma velocidad de crucero. Escondida detrás del pelo, Eva me observa. Tal vez se pregunta en qué quilombo se metió este joven flaco, con pantalón de franela y saco de *tweed* a pesar del calor, de manos huesudas, incapaz de quedarse quieto, que se rasca los antebrazos, el cuello y las mejillas. Un animal acorralado. Eva cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, el mismo paisaje lúgubre se extiende hasta el horizonte.

La cólera me invade. Huyo por los suburbios con esta desconocida, en vez de estar con Lizzie y Allegra. ¡Firouz se burla de mí! No es la primera vez. No hablo de las horas extra. Hablo del acoso. Firouz sabe que Lizzie ya no es capaz de hacerle frente a nada. Por más que le repito que no llame a mi casa, que me deje respirar, no entiende.

El tren vuelve a atravesar varios cambios de vías. Deformada por el ruido, la sombra se desploma sobre mí antes de alojarse en el corazón, y yo me aferro a la vida en el griterío del vagón. Luego, la pesadilla se difumina. Recupero la calma.

Eva no se ha movido. Nuestras miradas se cruzan y yo me pierdo en sus fantasías. Estamos solos en el compartimento. Arriba de nosotros, el techo se balancea con la desidia de una lona al viento. Me desabrocho el cuello.

Desde hace un tiempo, tengo un eczema debajo de la oreja. A Allegra le salió uno en el mismo lugar. Tendremos que comprarle ropa más ancha, el calor no ayuda. Le voy a proponer a Lizzie que vayamos a hacer compras el lunes. Será un buen momento para hablar en terreno neutral y poner en marcha el Mustang que duerme a los pies de nuestro edificio. Lizzie se niega a dar el examen para la licencia de conducir. Solo los millonarios pueden manejar en Londres, me responde cuando intento convencerla. Las personas normales toman el metro.

Eva me pregunta de nuevo entonces, ¿qué te parece? Le respondo que le deseo todo el éxito del mundo, pero que su película no parece ser feliz-feliz. Miro mi reloj. Lo que es seguro es que los imbéciles no le sacarán ningún provecho, resopla Eva. Me acerca uno de sus auriculares. No intercambiamos una palabra más. Atravesamos el campo con la voz de Gil Scott-Heron. Me gusta esta música. No hace mucho, a Lizzie también le gustaba. *You will not be able to stay home, brother / You will not be able to plug in, turn on and cop out / You will not be able to lose yourself on skag / And skip out for beer during commercials / Because the revolution will not be televised...*[1]

1 No vas a poder quedarte en tu casa, amigo/ No vas a poder conectarte, prender la pantalla y escaparte/ No vas a poder perderte en la blanca/ O ir a tomar una cerveza en la publicidad/ Porque la revolución no será televisada...

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitre 4

4

J'avance comme une feuille dans le vent. Une rue, puis une autre, à gauche, à droite. Une fille se tient devant une vitrine. Grande, habillée pour la guerre, en rangers et treillis, elle porte un marcel kaki, sprayé du « A » de l'anarchie et un masque du collectif *Anonymous* autour du cou. La chaleur s'installe, une chaleur pleine de courants d'air et de reflets. Tout autour, Londres déploie sa luxueuse énergie. La fille semble fascinée par une robe fifties en mousseline, dressée devant elle comme son antithèse. Au moment de nous croiser, nos épaules se heurtent. La fille fait un pas de côté. Elle me barre le passage.

Abel ? lance-t-elle. Je réponds, oui, pourquoi ? Celui que tu attends n'a pas pu se déplacer. Il m'a demandé de venir te chercher. Je m'appelle Eva. Elle regarde sa montre. Je ne dis rien, moitié pour marquer ma surprise et moitié pour cacher ma contrariété. Pourquoi Firouz n'est-il pas là, pourquoi m'envoie-t-il cette fille ?

Eva s'approche à me toucher. La cicatrice d'un bec-de-lièvre court de sa lèvre supérieure à la base de son nez. Une cigarette se consume au bout de son bras. Ses yeux plantés dans les miens me défient. Mon coeur bat vite et fort. Eva porte la cigarette à sa bouche. Le soleil multiplie sa présence radieuse dans les vitrines. Suis-moi, Abel, on t'attend à St. Margaret's. Notre train part dans une heure.

La rue roule dans sa rumeur. Eva déboule à la manière d'un animal qui prend la lumière, ivre du sentiment d'exister, plein de muscles et de vigueur. Une brise nous porte à travers Mayfair. Toutes les têtes se tournent sur notre passage. Eva se déhanche, frôle les voitures, envoie des baisers aux conducteurs médusés derrière leur pare-brise. Elle m'appelle par-dessus la circulation. Dépêche ! Ce n'est pourtant pas elle que je vois, que je poursuis jusqu'à Waterloo Station, mais Lizzie. Lizzie prostrée dans notre appartement, sous les lampes assourdies, Lizzie en toile de fond de la ville, et sa détresse jaillissant de l'épaisseur de la terre.

Nous attrapons le train de justesse. Flash, flash, flash, flash, ombres et lumières, nous glissons entre taillis et palissades. Eva passe ses bras sous ses genoux. Un sourire est accroché à ses lèvres. Elle effectue un stage aux studios de Twickenham. Mon premier job. Tu imagines ? Je passe mes journées dans un lieu de légende. Ils ont mixé la bande-son de *Blade Runner*. Maintenant, on prépare la version DVD du *Cheval de Turin*, un film dingue de Béla Tarr. Eva continue, sais-tu qu'avant de devenir fou, Nietzsche s'est jeté au cou d'un cheval de fiacre récalcitrant, battu par son cocher sur une place de Turin, et… La fin de sa phrase se perd dans le raffut. Le bruit des roues sur les aiguillages est assourdissant. Je fais, quoi, qu'est-ce que tu dis ? J'espère que je vais réussir, c'est tout, répète Eva.

La ligne déchiquetée des talus projette une ombre en dents de scie sur les banquettes. Eva pose son front contre la vitre. Son reflet se mêle au paysage. C'est le plus beau film qu'on puisse imaginer, Abel. Un monde est balayé par la tempête… Au coeur de cette tempête, une ferme… Dans cette ferme, un père et sa fille murés dans le silence, et un cheval à l'agonie… Dehors, c'est l'apocalypse, les murs s'effondrent, les arbres se brisent. L'humanité va disparaître, et, avec elle, l'esprit grégaire et le sentiment d'appartenance qui transforment les hommes en chiens. Tout va disparaître, la beauté, la laideur, le bien, le mal. Seuls restent la terre et le ciel, le silence et le bruit.

Eva est comme ces équilibristes qui marchent sur un fil, sans voir rien ni personne. Je croirais entendre Lizzie me parler de poésie, mais il y a longtemps que la poésie n'est plus à l'ordre du jour entre nous.

Le train a pris sa vitesse de croisière. Cachée derrière ses cheveux, Eva m'observe. Elle se demande peut-être dans quel pétrin s'est fourré ce jeune homme maigre, en pantalon de flanelle et veste de tweed malgré la chaleur, aux mains osseuses, incapable de rester tranquille, qui gratte ses avant-bras, son cou et ses joues. Un animal aux abois. Eva ferme les yeux. Quand elle les rouvre, le même paysage morne s'étire jusqu'à l'horizon.

La colère m'envahit. Je file à travers la banlieue avec cette inconnue, au lieu d'être auprès de Lizzie et d'Allegra. Firouz se fout de moi ! Ce n'est pas la première fois. Je ne parle pas des heures supplémentaires. Je parle de harcèlement. Firouz sait que Lizzie n'est plus capable de faire face. J'ai beau lui répéter de ne pas téléphoner à la maison, de me laisser respirer, il ne veut rien savoir.

À nouveau, le train traverse plusieurs aiguillages. Déformée par le bruit, l'ombre s'abat sur moi, avant de se loger dans mon coeur, et je me cramponne à la vie dans le vacarme du wagon. Puis ce cauchemar s'estompe. Je retrouve mon calme.

Eva n'a pas bougé. Nos regards se croisent et je me perds dans sa rêverie. Nous sommes seuls dans le compartiment. Au-dessus de nous, le plafond se balance avec la mollesse d'une bâche dans le vent. Je défais mon col.

Depuis quelque temps, j'ai un eczéma sous l'oreille. Allegra en a développé un au même endroit. Il faudra que nous lui achetions des vêtements plus amples, la chaleur n'arrange rien. Je vais proposer à Lizzie d'aller faire des courses lundi. Ce sera l'occasion de parler en terrain neutre et de faire rouler la Mustang qui dort au pied de notre immeuble. Lizzie refuse de passer son permis. Seuls les millionnaires ont les moyens de conduire à Londres, me répond-elle quand je tente de l'en persuader. Les gens normaux prennent le métro.

Eva me demande à nouveau, alors, qu'est-ce que tu en penses ? Je réponds que je lui souhaite tout le succès du monde, mais que son film n'a pas l'air joyeux, joyeux. Je regarde ma montre. Ce qu'il y a de sûr, c'est que les imbéciles n'y trouveront pas leur compte, siffle Eva. Elle me tend l'un de ses écouteurs. Nous n'échangeons plus un mot. Nous filons à travers la campagne sur la voix de Gil Scott-Heron. J'aime cette musique. Il n'y a pas si longtemps, Lizzie l'aimait, elle aussi. *You will not be able to stay home, brother / You will not be able to plug in, turn on and cop out / You will not be able to lose yourself on skag / And skip out for beer during commercials / Because the revolution will not be televised…*[1].

1 Tu ne pourras pas rester à la maison, mon frère / Tu ne pourras pas te brancher, allumer ton écran et t'évader / Tu ne pourras pas te dissoudre dans la poudre / Ou sortir prendre une bière pendant la publicité / Car la révolution ne sera pas télévisée…

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 9

Traducción de Julia Tomasini (Argentina)

9

Dos hombres se suben al tren en Vauxhall. Uno se sienta al lado de Eva, el otro a mi lado. Entablan una conversación animada en árabe. De a ratos, el que tengo adelante me lanza una mirada cómplice.

No hablo la lengua de mis padres. No llevo conmigo el peso de sus tradiciones. No conozco siquiera una plegaria, siquiera una persona de las que han dejado atrás cuando vinieron para instalarse en Francia, ni abuelos, ni tíos, ni tías, ni primos. Esta soledad de a muchos reemplazó a la familia.

Un dolor fantasma se despierta cuando me pregunto por mi origen, como un resto de vida nómada, la de mis ancestros, misteriosamente arraigado. Mis padres me transmitieron una memoria del exilio, extendida entre los márgenes del Mediterráneo. El temprano recuerdo de nuestros numerosos cambios de domicilio, antes de establecernos en Arles, nunca me abandona. Preservé la marca de nuestra precariedad, de los cuartos sin calefacción, de las horas de espera en los pasillos de las municipalidades para obtener por fin el sello correspondiente, la firma necesaria. Me he apegado a estas imágenes de manera visceral, como el bebé se aferra al pecho, porque los niños reconocen la realidad antes de saber expresarla. Con el tiempo, este recuerdo difuso, lleno de imágenes aterradoras, pero también de besos, pasó a tener todas las cualidades de la leyenda.

Un día recibimos un llamado del matadero. Mi padre me pidió que lo acompañara. Fuimos por la huerta. La tierra crujía bajo nuestros pies como corteza de pan, y en el silencio cercano, un enjambre de moscas aumentaba sus idas y vueltas entre nuestro jardín y el patio trasero del matadero. Allí, una yegua con una aureola de insectos movía las orejas como haciendo piruetas. Era un animal de un amarillo sucio, que resoplaba con dificultad y ya no veía. Extendido de costado, su cuerpo estaba cubierto de llagas. Trataba de arrancar unas hierbas en las juntas de las losas de concreto. Nos recibió un aprendiz. Estaba solo en el lugar.

Mi padre fue a buscar nuestra carretilla. Yo me quedé con el aprendiz. Me dijo que le habían entregado el animal, que no sabía qué hacer, que no podíamos dejarlo así como estaba. Mi padre volvió con la carretilla. La ubicó al lado de la yegua. Movimos al animal sobre la plancha para llevarlo a la zona del matadero, donde lo suspendimos de un aparejo. El aprendiz estaba aterrorizado. Insultaba. La hicimos girar y la bajamos con la fuerza de nuestros brazos a un recipiente que usábamos para pasar la carne por azufre. La puta madre, gruñó el aprendiz. Estaba blanco como una sábana. Mi padre le pidió que se callara. Las patas del animal hacían balancear la bandeja. ¡Ponele la bolsa, Abel, antes de que arranque todo! Saqué una bolsa de basura de la caja de la parte delantera de la carretilla. Cuando la calce en el recipiente, le ponés la capucha y terminamos esto lo mejor posible, me dijo mi padre. Tomá, ponete los guantes. Ya está, dijo el aprendiz queriendo disimular su estado. ¿Qué ya está?, gruñó mi padre. ¡Apurate, Abel, te digo! Coloqué la bolsa sobre la cabeza de la yegua. Mi padre ajustó la cuerda. Sin poder ver, el animal se quedó quieto. El pecho se

alzaba en sacudones. Cada vez que lo hacía, el plástico se le adhería a las narices. Y cada vez, violentamente respiraba en la bolsa que se dilataba haciendo un ruido estruendoso. De manera brusca, la bolsa se rasgó. Apareció la cabeza. Exorbitada. Blanca de sudor. Se le había desencajado la mandíbula. Sus labios con dientes le dibujaban una sonrisa de títere. El aprendiz dio un salto. Mierda… ¡No puedo! Se tapó la cara con las dos manos. ¡No puedo! Basta, dijo mi padre. Hubo un quiebre. La yegua cayó, la frente hundida por un golpe de martillo.

Volvimos a casa. Nos lavamos las manos durante largos minutos antes de sentarnos al sol. Mi padre me ofreció un Gitanes. Fumamos juntos por primera vez. Yo lo miraba pasar el cigarrillo de los dedos a la boca y me esforzaba por hacer, como él, aros de humo conteniendo las ganas de toser. Mi padre me felicitó por mi sangre fría. Pobre animal. Había que acortarle el sufrimiento. Luego, como si hablara a los girasoles que se balanceaban en la brisa, dijo, tu abuelo parecía aquel animalejo cuando lo agarraron. Golpearon a la puerta. Abrí yo. Nunca había visto a esos hombres. Sacaron a *vava* Anzar del baúl del auto. Lo tiraron al piso. Voy a recordarlo toda la vida. Estaba desnudo. La piel rasgada dejaba ver los huesos. Tenía alambre de púa alrededor del cuello. Llevaba un cartel en forma de lápida clavado en el pecho. Tenía una palabra grabada: *Khaeen*. Traidor.

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitre 9

9

Deux hommes montent dans le train à Vauxhall. L'un s'assied à côté d'Eva, l'autre à mes côtés. Ils entament une conversation animée en arabe. Celui qui me fait face me jette de temps en temps un regard complice.

Je ne parle pas la langue de mes parents. Je ne porte pas le poids de leurs traditions. Je ne connais pas une seule des prières, pas une seule des personnes qu'ils ont laissées derrière eux en venant s'installer en France, ni grands-parents, ni oncles, ni tantes, ni cousins. Cette solitude à plusieurs me tient lieu de famille.

Une douleur fantôme se réveille quand j'interroge mon origine, comme un reste de vie nomade, celle de mes ancêtres, mystérieusement enraciné. Une mémoire de l'exil, distendue entre les rives de la Méditerranée, m'a été transmise à travers mes parents. Le souvenir précoce de nos nombreux changements d'adresse, avant que nous ne nous installions à Arles, ne me quitte pas. J'ai préservé l'empreinte de notre précarité, des chambres sans chauffage, des heures d'attente dans les couloirs des préfectures pour obtenir enfin le tampon adéquat, la signature nécessaire. Je me suis attaché de manière viscérale à ces images, comme le nourrisson s'accroche au sein, parce que les enfants reconnaissent la réalité avant de savoir l'exprimer. Avec le temps, ce souvenir diffus, empli d'images effrayantes, mais aussi de baisers, a présenté toutes les qualités de la légende.

Un jour, nous avons reçu un coup de fil des abattoirs. Mon père m'a demandé de l'accompagner. Nous avons pris par le potager. La terre craquait sous nos pieds comme de la croûte de pain, et dans le silence proche, un essaim de mouches multipliait les allers-retours entre notre jardin et l'arrière-cour des abattoirs. Là-bas, une jument auréolée d'insectes faisait pirouetter ses oreilles. C'était une bête d'un jaune pisseux, soufflant avec peine et n'y voyant plus. Allongée sur le flanc, elle était couverte de plaies. Elle essayait de brouter quelques herbes aux jointures des dalles en béton. Nous avons été accueillis par un apprenti. Il était seul sur les lieux.

Mon père est allé chercher notre carriole à bras. Je suis resté avec l'apprenti. Il m'a dit qu'on lui avait livré cet animal, qu'il ne savait pas quoi faire, qu'on ne pouvait pas le laisser comme ça. Mon père est revenu avec la carriole. Il l'a placée contre la jument. Nous avons basculé la bête sur le plateau pour nous rendre vers la zone d'abattage, où nous l'avons suspendue à un palan. L'apprenti était paniqué. Il jurait. Nous avons fait pivoter et descendre la jument à la force des bras vers une bassine qu'on utilisait pour passer la viande au soufre. La vieille pute, a grondé l'apprenti. Il était blanc comme un linge. Mon père lui a demandé de se taire. Les pattes de la rosse ont fait valser le bac. Passe-lui le sac, Abel, avant qu'elle arrache tout ! J'ai tiré un sac-poubelle du caisson à l'avant de la carriole. Dès que je l'ai calée dans la bassine, tu lui enfiles la cagoule et on finit proprement, m'a dit mon père. Tiens, mets les gants. Ça va, a fait l'apprenti qui voulait se donner une contenance. Quoi, ça va ? a grondé mon père. Dépêche, Abel, je te dis ! J'ai mis le sac sur la tête de la jument. Mon père a serré la cordelette. Aveuglée, la bête s'est figée. Son poitrail se soulevait par saccades. Chaque fois, le plastique se collait à ses nasaux. Chaque fois, elle soufflait plus violemment dans le sac qui se dilatait avec fracas. Brusquement, il s'est déchiré. La tête de la jument est apparue. Exorbitée. Blanche de sueur. Elle s'était déboîté la mâchoire. Ses lèvres dentues lui faisaient un sourire de polichinelle. L'apprenti a fait un bond. Merde… je peux pas ! Il s'est pris la tête à deux mains. Je peux pas ! Ça suffit, a fait mon père. Il y a eu un craquement. La jument

s'est affaissée, le chanfrein défoncé par un coup de marteau.

Nous sommes rentrés chez nous. Nous nous sommes lavé les mains durant de longues minutes avant de nous asseoir au soleil. Mon père m'a tendu une Gitane. Nous avons fumé pour la première fois ensemble. Je le regardais faire passer la cigarette de ses doigts à sa bouche et je m'efforçais de faire des ronds de fumée, comme lui, tout en contenant mon envie de tousser. Mon père m'a félicité pour mon sang-froid. La pauvre bête. Il fallait abréger ses souffrances. Puis, comme s'il parlait aux tournesols qui se balançaient dans la brise, il a dit, ton grand-père ressemblait à cette carne quand ils l'ont attrapé. Ils sont venus frapper à la porte. J'ai ouvert. Je n'avais jamais vu ces hommes. Ils ont tiré vava Anzar du coffre de leur voiture. Ils l'ont jeté par terre. Je m'en souviendrai toute ma vie. Il était nu. Sa peau déchirée laissait voir ses os. Il avait du fil barbelé autour du cou. Une pancarte en bois, en forme de pierre tombale, était clouée sur sa poitrine. Un mot était gravé : *Khaeen*. Traître.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 15

Traducción de Sol Gil (Argentina)

15

Se fue la tormenta del cielo. Volvió el calor. Los restos de basura barridos por la lluvia se amontonaron en los bordes de las veredas y al salir de los negocios la gente los pisotea, como pisotean todo lo que les recuerda que no son más que un mero agregado de grasas y fluidos. La caja ya me empieza a pesar. Un tipo me viene a hablar en Covent Garden, la cara medio tapada por la gorra. Lleva puesto el uniforme deportivo de los voluntarios y los suplentes olímpicos. Me pregunta dónde se metió mi amiga, la chica con la máscara de Anonymous que venía conmigo en el tren de Twickenham. Dice, no llegué a darle lo que ella quería. ¿Te interesa? Hago precio. Respondo, ¿cómo? Ah... yo qué sé, podría ser, mostrame. Envuelta en papel celofán, la barra de hachís tiene dos veces su pulgar. Cerramos el trato. El chico aspira fuerte. Se rasca. Dice, amigo, me sacás de una bien jodida. Cuenta otra vez la plata. Aspira. ¡Una bien buena te debo, man! ¡Tomá! Me tiende la parte de arriba del uniforme y se pone a hacer unos pasitos de baile. ¿Qué te parece? Va de regalo, sos simpático. ¡Todo un adelanto mundial como dicen! Mi coreo. Para los Juegos. Todavía me falta practicar. ¿Cómo lo ves? Le respondo que tiene talento. Se lo ve contento. Aprovecho para negociar el buzo con capucha, será porque me transmite su euforia llena de trofeos y piruetas.

Me vuelvo a sentir realmente bien. Cuando llegue le voy a regalar el buzo a Lizzie. Va a estar para comérsela con ese disfraz de gimnasta. Por fin vamos a pasar una noche en familia. Oslo Court va a volver a ser nuestro remanso de paz. Lizzie va a poner un disco de Robert Wyatt. Dejamos el cigarrillo y otras cosas por el bebé, pero, esta noche, vamos a hacer una excepción. Nos vamos a acostar en la hamaca bien pegados. Lizzie se va a quedar dormida apoyada en mí. Voy a acordarme del día en que decidió dejar las pastillas, un día empapado de besos: unos meses después estaba embarazada.

Hace calor. La caja pesa una tonelada. Estoy a cinco minutos de Oslo Court. Voy por el parque. Hay un tumulto en la punta de la colina. Los visitantes se niegan a dejar el zoológico. Están todos juntos cerca del recinto de los leones. La campana de cierre resuena repetidas veces. Cada vez, los pájaros exóticos chillan en las jaulas, después se vuelven a dormir. Edgar observa al público. Le da la espalda a Nghala, la leona que camina de un lado a otro de reja en reja. Los cuidadores rodean a Simba tirado en el piso. Uno lo pone de costado para ayudarlo a respirar. El cachorro no reacciona. La gente carga con su cámara de fotos, pero nadie la usa. Por algún lado, un animal emite gritos indefinibles. La leona se queda inmóvil. Una vez, dos veces, tres veces, expulsa el aire de los pulmones. Simba levanta la cabeza. Busca a su mamá. Nos mira fijo, la cabeza vuelve a caer. Se terminó. Se murió.

Voy pegado a la pared del lado soleado de la calle. Huele a orina y a carne. Otra vez se oye al animal de grito indefinible. Me pregunto si enviarle un mensaje a Lizzie. Saco un cigarrillo del bolsillo. Las manos me tiemblan. Raspo el último fósforo. Se apaga. Oslo Court. Cuando llego delante de casa, me quedo ahí parado, con el cigarrillo en la boca. El edificio se recorta en el azul profundo del cielo. Levanto la cabeza, la cocina está iluminada. Lizzie aparece de tres

cuartos en el recuadro de la ventana. Está en pijama. Come una manzana apoyada en el borde de la pileta. Dejo la caja en el auto. La voy a buscar más tarde, cuando Lizzie se acueste.

La fuente de la entrada gorgotea a oscuras. Saco la llave del bolsillo; es imposible abrir. Vuelvo a probar. Nada. Intento con la otra llave. Nada. Cambiaron la cerradura. Toco el timbre, doy golpecitos. Nada. Grito a través de la puerta, Lizzie… abrime, por favor… tengo una buena noticia… ¡Lizzie! Rubí, la vecina del pasillo, sale de jogging y zapatillas arrastrando al perro. Avanzo un paso en su dirección. Se paraliza. Dice, no se me acerque, ¡o llamo a la policía! Nos quedamos así, como en un tiempo de duelo de vaqueros. Me adelanto. La vieja retrocede y se tambalea con las zapatillas de correr, me apunta con el dedo. Por fin se abre la puerta pero Lizzie permanece invisible. Entro. Las luces están apagadas, el vestíbulo desértico. Un reflejo en la cocina. La campana del extractor alumbra el pelo revuelto de Lizzie sentada en la mesa de formica entre una botella de oporto y un vaso vacío. Detrás, la heladera hace ruido de podadora. Lizzie dice, Abel, no cierres, y largate de acá. Su voz es clara. Tomá lo que necesites para esta noche, lo demás ya veremos. Dice también, si querés, te llamo un taxi. Me late fuerte el corazón. Creo que es una broma pesada. Pero cuando Lizzie se encoge de hombros con esa cara que nunca le había visto, no insisto. Está bien, Lizzie, me voy, ya no quiero pelear. Solo dejame darle un beso a Allegra… "¡Rajá!" me grita. Junto como puedo la computadora, el cargador del teléfono, una camisa, el cepillo de dientes, algunos billetes.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 15

Traducción de Melina Blostein (Argentina)

15

La tormenta abandonó el cielo. El calor volvió. La basura arrastrada por la lluvia se acumuló en el borde de las veredas y la gente la pisotea al salir de los negocios, como pisotea todo lo que le recuerda que no es más que un rejunte de fluidos y grasas. Mi caja se vuelve pesada. Un tipo se me acerca en Covent Garden, con la cara oculta bajo una gorra. Lleva el buzo de los voluntarios olímpicos. Me pregunta dónde está mi amiga, la chica de la máscara de Anonymous que me acompañaba en el tren de Twickenham. Dice que no tuve tiempo de darle lo que quería. ¿Te interesa? Te hago precio. Respondo ¿qué? Ah… No sé nada, puede ser, mostrame. La piedra de hachís, embalada en celofán, tiene dos veces el tamaño de su pulgar. Cerramos el trato. El joven aspira. Se rasca. Dice me sacás de un quilombo, amigo. Vuelve a contar mi plata. Aspira. ¡Te redebo una, che! ¡Teneme esto! Me da su buzo antes de ejecutar algunos pasos de danza. ¿Qué me decís? Te hago un regalo, sos un capo. ¡Un preestreno mundial, se podría decir! Mi coreo; para los Juegos; tengo que seguir practicando; ¿qué te parece? Le respondo que tiene talento. Está contento. Aprovecho para negociar su buzo con capucha, quizás porque me comunica su euforia llena de piruetas y trofeos.

Vuelvo a sentirme totalmente bien. Le voy a regalar el buzo a Lizzie cuando llegue. Va a quedar buenísima, disfrazada de gimnasta. Por fin vamos a pasar una verdadera noche en familia. Oslo Court volverá a ser nuestro remanso de paz. Lizzie va a poner un CD de Robert Wyatt. Abandonamos el tabaco y lo demás por el bebé pero esta noche vamos a hacer una excepción. Nos vamos a tirar uno al lado del otro en la hamaca. Lizzie se va a quedar dormida junto a mí. Voy a recordar el día en que decidió dejar las pastillas, un día mojado de besos; algunos meses después, estaba embarazada.

Hace calor. Mi caja pesa una tonelada. Estoy a cinco minutos de Oslo Court. Agarro por el parque. Se formó un tumulto en la cima de la colina. Los visitantes se niegan a abandonar el zoológico. Están reunidos cerca del recinto de los leones. La campana del cierre resuena varias veces. Cada vez, los pájaros exóticos pían en sus jaulas antes de volver a dormirse. Edgar mira al público. Le da la espalda a la leona Nghala, que camina de un lado a otro, de una reja a otra. Los cuidadores rodean a Simba, echado en el suelo. Uno de ellos lo ladea para permitirle respirar. El cachorro no reacciona. La gente tiene la cámara de fotos en la mano, pero nadie la usa. En algún lado, un animal lanza gritos indefinibles. La leona se queda quieta. Una vez, dos veces, tres veces, expulsa el aire de sus pulmones. Simba levanta la cabeza. Busca a su madre. Nos mira con insistencia, luego su cabeza vuelve a caer. Se acabó. Está muerto.

Bordeo la pared del lado soleado de la calle. Hay olor a pis y a carne. Se vuelve a oír el animal del grito indefinible. No sé si enviarle un mensaje a Lizzie. Saco un cigarrillo del bolsillo. Me tiemblan las manos. Enciendo el último fósforo. Se apaga. Oslo Court. Llego frente a nuestra casa y me quedo plantado ahí, con el cigarrillo en los labios. Nuestro edificio se recorta contra el cielo azul oscuro. Levanto la vista, la cocina está iluminada. Lizzie se me aparece de tres cuartos en el marco de la ventana. Está en pijama. Come una manzana, apoyada contra el borde de la pileta. Dejo la caja en el auto. Voy a ir a buscarla más tarde, cuando Lizzie esté acostada.

La fuente del hall borbotea en la oscuridad. Saco la llave del bolsillo, imposible abrir. Insisto. Nada. Pruebo la segunda llave. Nada. Cambiaron la cerradura. Toco timbre, golpeo. Nada. Grito a través de la puerta: Lizzie… abrime,

por favor… tengo una buena noticia… ¡Lizzie! Rubí, la vecina del piso, sale de su casa en buzo y zapatillas, arrastrando a su perro. Doy un paso hacia ella. Se paraliza. Dice ¡no se acerque o llamo a la policía! Nos quedamos así, como cowboys ante el reloj del duelo. Avanzo. La vieja retrocede temblando con sus zapatillas de correr mientras me apunta con un dedo. Nuestra puerta se abre por fin, pero Lizzie permanece invisible. Entro. Las lámparas están apagadas, el vestíbulo, desierto. Un resplandor tenue en la cocina. La luz del extractor ilumina el pelo despeinado de Lizzie, sentada sobre la mesa de fórmica entre una botella de oporto y un vaso vacío. Detrás de ella, la heladera hace un ruido de cortadora de pasto. Lizzie dice Abel, dejá abierto y rajá de acá. Su voz es clara. Agarrá lo que necesites para esta noche, el resto, vemos después. Agrega si querés, llamo un taxi. Mi corazón da un salto. Creo que es una broma de mal gusto. Pero cuando Lizzie levanta los hombros con esa cara que nunca antes le había visto, no insisto. OK, Lizzie, me voy, ya no me quiero pelear. Sólo dejame darle un beso a Allegra… ¡Andate!, grita. Junto rápidamente mi computadora portátil, el cargador de mi teléfono, una camisa, mi cepillo de dientes, un poco de efectivo.

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitre 15

15

L'orage a quitté le ciel. La chaleur est de retour. Les détritus balayés par la pluie se sont accumulés au bord des trottoirs et les gens les piétinent en sortant des boutiques, comme ils piétinent tout ce qui leur rappelle qu'ils ne sont qu'un agrégat de fluides et de graisses. Mon carton devient lourd. Un type m'aborde à Covent Garden, le visage dissimulé par une casquette. Il porte le survêtement des bénévoles et des figurants olympiques. Il me demande où est passée mon amie, la fille au masque *Anonymous* qui m'accompagnait dans le train de Twickenham. Il dit, je n'ai pas eu le temps de lui filer ce qu'elle voulait. Ça t'intéresse ? Je te fais un prix. Je réponds, quoi ? Ah… J'en sais rien, peut-être, montre-moi. La barrette de shit, emballée sous cellophane, fait deux fois la taille de son pouce. Nous concluons l'affaire. Le jeune homme renifle. Il se gratte. Il dit, tu me tires d'une sacrée merde, mon ami. Il recompte mon argent. Il renifle. Une sacrée fière chandelle, man ! Tiens ça ! Il me tend son haut de survêtement avant d'exécuter quelques pas de danse. Qu'est-ce que tu en dis ? Je te fais une fleur, t'es cool. Une avant-première mondiale, comme qui dirait ! Ma choré ; pour les Jeux ; faut encore que je m'entraîne ; t'en penses quoi ? Je réponds qu'il a du talent. Il est content. J'en profite pour négocier son sweat à capuche, peut-être parce qu'il me communique son euphorie pleine de pirouettes et de trophées.

Je me sens à nouveau tout à fait bien. J'offrirai le sweat à Lizzie en arrivant. Elle sera à croquer, déguisée en gymnaste. Nous passerons enfin une vraie soirée en famille. Oslo Court redeviendra notre havre de paix. Lizzie mettra un CD de Robert Wyatt. Nous avons abandonné le tabac et le reste à cause du bébé, mais, ce soir, nous ferons une exception. Nous nous allongerons côte à côte dans le hamac. Lizzie s'endormira contre moi. Je me souviendrai du jour où elle a décidé d'arrêter la pilule, un jour mouillé de baisers ; quelques mois plus tard, elle était enceinte.

Il fait chaud. Mon carton pèse une tonne. Je suis à cinq minutes d'Oslo Court. Je prends par le parc. Un attroupement s'est formé au sommet de la butte. Les visiteurs refusent de quitter le zoo. Ils sont rassemblés près de l'enclos des lions. Le gong de la fermeture retentit à plusieurs reprises. Chaque fois, les oiseaux exotiques piaillent dans leurs cages, avant de se rendormir. Edgar regarde le public. Il tourne le dos à la lionne Nghala qui marche de long en large d'une grille à l'autre. Les soigneurs entourent Simba étendu par terre. L'un d'eux le bascule sur le flanc pour lui permettre de respirer. Le lionceau ne réagit pas. Les gens ont leur appareil photo en main, mais personne ne s'en sert. Quelque part, un animal pousse des cris indéfinissables. La lionne s'immobilise. Une fois, deux fois, trois fois, elle expulse l'air de ses poumons. Simba lève la tête. Il cherche sa mère. Il nous dévisage, puis sa tête retombe. C'est fini. Il est mort.

Je longe le mur du côté ensoleillé de la rue. Ça sent la pisse et la viande. On entend à nouveau l'animal au cri indéfinissable. J'hésite à envoyer un message à Lizzie. Je tire une cigarette de ma poche. Mes mains tremblent. Je gratte ma dernière allumette. Elle s'éteint. Oslo Court. Arrivé devant chez nous, je reste planté là, ma cigarette aux lèvres. Notre immeuble se découpe sur le ciel bleu-noir. Je lève les yeux, la cuisine est allumée. Lizzie m'apparaît de trois quarts dans l'encadrement de la fenêtre. Elle est en pyjama. Elle mange une pomme, appuyée au bord de l'évier. Je laisse mon carton dans la voiture. J'irai le récupérerer plus tard, quand Lizzie sera couchée.

La fontaine du hall glougloute dans l'obscurité. Je sors la clé de ma poche, impossible d'ouvrir. J'insiste. Rien. J'essaie ma seconde clé. Rien. La serrure a été changée. Je sonne, je tambourine. Rien. Je crie à travers la porte, Lizzie… ouvre-moi, s'il te plaît… j'ai une bonne nouvelle… Lizzie ! Rubi, la voisine de palier, sort de chez elle en survêtement et baskets, traînant son chien. Je fais un pas vers elle. Elle se fige. Elle dit, n'approchez pas, ou j'appelle les flics ! Nous restons ainsi comme des cow-boys sous l'horloge du duel. Je m'avance. La vieille recule en flageolant sur ses chaussures de course, un doigt pointé vers moi. Notre porte s'ouvre enfin, mais Lizzie reste invisible. J'entre. Les lampes sont éteintes, le vestibule, désert. Une lueur dans la cuisine. La veilleuse de la hotte de cuisson éclaire les cheveux défaits de Lizzie, assise sur la table en formica entre une bouteille de porto et un verre vide. Derrière elle, le frigo fait un bruit de tondeuse. Lizzie dit, Abel, laisse ouvert, et débarrasse le plancher. Sa voix est claire. Prends ce qu'il te faut pour cette nuit, le reste, on verra plus tard. Elle dit encore, si tu veux, j'appelle un taxi. Mon coeur bondit. Je crois à une mauvaise plaisanterie. Mais quand Lizzie hausse les épaules avec ce visage que je ne lui ai jamais vu, je n'insiste pas. Ok, Lizzie, je m'en vais, je ne veux plus me battre. Laisse-moi juste embrasser Allegra… « Dégage ! » crie-t-elle. Je ramasse au vol mon ordinateur portable, le chargeur de mon téléphone, une chemise, ma brosse à dents, un peu d'argent liquide.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 33

Traducción de Lucía Dorin (Argentina)

33

Me preparo un baño. Me afeito el cuerpo, incluso la cabeza, pero la barba no.

Acostado en el agua caliente, me pregunto qué imagen se le cruzó al kamikaze cuando explotó. Seguramente Japón no, tampoco sus montañas nevadas, ni sus cerezos en flor. Al despegar, ¿oyó resonar el himno nacional en su cabeza o el discurso de su superior jerárquico gritando eslóganes patrióticos? ¿Imaginó a jóvenes desnudas esperándolo en una nube de kerosén para llevarlo al paraíso de los héroes?, ¿o simplemente la victoria, redonda, deseable, bella como el sol que brillaba sobre el mar? No, nada de todo eso. Nadie se mata por un ideal, ni ese chico en su carlinga, ni el que se tira delante de los tanques estadunidenses o chinos o rusos en cualquier rincón del planeta, ni el que hace explotar una embajada, un avión o un colectivo. Nadie.

El agua de la bañera entra en mis orejas y en mi boca. Estoy decidido a morir. Aunque esa elección no me pertenezca. Estoy muerto desde hace meses, al despertar aquella mañana, en nuestro living, cuando Lizzie clavó sus ojos en los míos. ¡Que todo esto se acabe! Descansar… Salir de esta penumbra… Mis brazos, mis piernas, mi cuerpo entero, se disuelven en el agua caliente. Pienso en mis padres. Escucho mi corazón latir.

Las 4.

Firouz me envía un mensaje. Lo borro sin leerlo.

Hay una asamblea reunida en el techo del Hotel Salaam. Reconozco a Luther. Su máquina de escribir está apoyada sobre una caja. Tipea sin parar bajo la luz de una lámpara portátil. Me hace señas para que me acerque y me extiende una pila de formularios de la Oficina de Migraciones. A su alrededor, los migrantes se sientan en círculo, con un Corán entre las manos. Se hablan, intercambian sus dudas, sus certezas. Esos hombres y esas mujeres provenientes del mundo entero, de prácticas diferentes, buscan y encuentran un espacio de concordia. Ya que todo los separa, hacen esfuerzos que nunca hubieran hecho de quedarse en sus casas, a la sombra de las mezquitas, escuchando a sus guías. Hoy ya no hay guías. Queda únicamente el Corán y la necesidad de comprenderse.

Con regularidad, Luther interrumpe una charla. Explica que es peligroso permanecer demasiado tiempo en el mismo centro de refugiados. Hay que cambiar de lugar con regularidad y presentar cada vez un nuevo pedido de asilo bajo una identidad diferente. Los pedidos deben ser presentados lo antes posible.

Y luego vuelven a empezar los diálogos, la religión se mezcla con la vida cotidiana, una vida hecha de las mismas dificultades, los mismos peligros, las mismas esperanzas, y, sobre todo, el mismo coraje. Los migrantes cuentan sus persecuciones y su fuga a Luther, que pone sus relatos de principio a fin; escribe la historia detallada, bastante vaga y lo suficientemente precisa para permitir a cada una, a cada uno, en un primer momento, conseguir una ayuda del gobierno, y luego, quedarse en Inglaterra. La máquina crepita. Todo el mundo habla de cómo va la vida, que estuvo por resquebrajarse tantas veces, se cuentan sus recorridos, la entrada a Europa, los desconocidos caídos en la ruta, ahogados en el mar, asesinados por pasadores de frontera, destrozados por el eje de algún camión o por un vagón de mercancías.

Luther tipea en su máquina. Cuando termina, me da el expediente. Me dice es tu turno, escribí. Me siento. Las

líneas se confunden. Se suceden los testimonios. Me llevan en una marea sangrienta que brota del horizonte.

Con el amanecer se forma la niebla. Los broches de la ropa piruetean en una soga de plástico. El viento los hace girar como hélices. Los migrantes se arrodillan. Rezan. Desaparecen las sombras, se precisan las líneas, se iluminan las caras.

Las 10.

Una chica con la que me crucé dos o tres veces en los pasillos del hotel se instaló en mi palier. Habla por teléfono pasándose esmalte sobre las uñas de los pies. Hace un calor imposible en la habitación. Le digo hola. Trabo mi puerta con el tacho de basura. La chica no responde. Habla con uno de sus clientes. Fija sus tarifas, tanto la hora, tanto por la noche. Voy a recostarme.

Eh, flaco, ¿dormís? Abro los ojos en una luz turbia. La mano de la chica está en el picaporte de la puerta. Una gran mano pálida, casi blanca. Miro a mi alrededor. No se movió nada. Las cosas están en su lugar. La chica empuja el tacho con el pie, entra como si fuera su casa, cierra la puerta. Hola. Desde hacía un tiempo sentía curiosidad por visitarme. Norlay le había hablado de un tipo sospechoso en el primer piso. ¿Parece que te estás escondiendo? ¿Tenés MTV? Agarra el control remoto, pone la búsqueda automática de programas. Mierda, qué trucha tu tele. ¿Cómo te llamás? La chica se zampa un chicle y viene a sentarse en la cama. ¡Guau! No te cagaron, el colchón es de diez. Yo te lo puedo decir, ¡los probé todos! ¿De qué trabajás? Le respondo que me echaron, pero que no me importa. La chica se pone a patalear, con las piernas en el aire. Quiere saber qué contiene el sobre que está en el borde de la ventana. Tal vez mi salvación. Insiste, ¿es guita? ¿Te ganaste la lotería? ¿Cuánto? ¿Te las tomaste para no tener que compartir? Te entiendo, guacho, ¡re cool! Enciende un cigarrillo que fuma con la punta de los dedos, soñadora. Me levanto, me pongo los zapatos. Escuchame, tenés que irte, me esperan en la ciudad. Un laburo nuevo, ¿entendés? La chica garabatea *Shady* coronado por un trébol de cuatro hojas y un número de teléfono al dorso de un posavasos que deja en la mesa de luz. Me llamás, ¿OK? Tararea *my name is… what? My name is… who? My name is… huh? Slim Shady!* Sale dando un portazo.

Las 15.

Tendrá que tener coraje…

Con el pago por anticipado, la consulta a la falsa tahitiana de *Loop Row* me costó el precio de una semana de hotel. No esperaba nada, obviamente. Solo me permití un estremecimiento al disimular mi secreto ante alguien cuyo oficio es adivinarlos. Cuando la vidente me tomó las manos, pensé en mi bomba. Pensé en mi sobre. Pensé en Lizzie. Pensé sobre todo en Allegra. La vidente repitió mucho coraje. Antes de irme, me abrazó.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 33

Traducción de Miguel Marqués (España)

33

Me preparo un baño. Me afeito el cuerpo, cabeza incluida, pero no la barba.

Sumergido en el agua caliente, me pregunto qué imagen se le pasaría por la cabeza a ese kamikaze en el momento de explotar. Seguramente ni Japón ni sus montañas nevadas y cerezos en flor. ¿Oiría el himno nacional resonándole en la cabeza o la arenga de su superior cuando despegó, vociferando consignas patrióticas? ¿Imaginaría chicas desnudas que lo estarían esperando posadas sobre una nube de queroseno para llevarlo al paraíso de los héroes o intuiría quizá simplemente la ebria victoria, deseable y hermosa como el sol que centelleaba sobre el mar? No, nada de todo eso. Nadie se mata por un ideal, ni ese muchacho en la carlinga de un avión ni el que se arroja ante los tanques americanos, chinos o rusos a lo largo y ancho del mundo ni tampoco el que vuela por los aires una embajada, un avión o un autobús. Nadie.

El agua de la bañera se me mete en los oídos y en la boca. Estoy decidido a morir, aunque esa elección no me corresponde a mí. Estoy muerto desde que me levanté en nuestro salón aquella mañana, hace meses, y Lizzie hundió sus ojos en los míos. ¡Que termine ya todo esto! Descansar… Salir de esta sombra… Los brazos, las piernas, el cuerpo entero se me disuelven en el agua caliente. Pienso en mis padres. Escucho mi corazón latir.

Las 4.

Firuz me envía un mensaje. Lo borro sin leerlo.

Se ha reunido un grupo de gente en la azotea del Salaam Hotel. Veo a Luther. Ha colocado su máquina de escribir sobre una caja. Teclea sin descanso a la luz de una lámpara de obra. Me hace una seña para que me acerque y me tiende una pila de formularios del Departamento de Inmigración. A su alrededor, los inmigrantes se sientan en círculo con el Corán entre las manos. Hablan entre sí, intercambian dudas y certidumbres. Esos hombres y mujeres venidos de todo el mundo, de distintas religiones, buscan y encuentran un terreno de entendimiento. Puesto que todo los separa, hacen el esfuerzo que no habrían hecho nunca si se hubieran quedado en casa, a la sombra de sus mezquitas, escuchando a sus guías espirituales. Ya no hay guía que valga. Solo restan el Corán y la necesidad de entenderse.

Cada tanto, Luther interrumpe un parlamento. Explica que es arriesgado quedarse demasiado tiempo en el mismo centro de refugiados. Hay que cambiar de centro regularmente y presentar cada vez una nueva solicitud de asilo con una identidad distinta. Hay que presentar las solicitudes cuanto antes.

Luego se retoman las conversaciones, la religión se mezcla con la vida cotidiana, una vida hecha de las mismas dificultades, los mismos peligros, las mismas esperanzas y, sobre todo, de la misma valentía. Los inmigrantes relatan persecuciones y huidas a Luther, quien transcribe esas historias de principio a fin. Lo hace detalladamente, con la suficiente vaguedad y la precisión justa para que todas y todos puedan, en un primer momento, obtener ayuda del gobierno y, después, quedarse en Inglaterra. La máquina crepita. Todo el mundo cuenta su vida, con sus alegrías y penas, esa vida que tan cerca ha estado de romperse tantas veces; se narran las etapas, la entrada en Europa, los desconocidos que se quedaron en el camino, ahogados en el mar, asesinados por los traficantes de personas, triturados

por el eje de un camión o un vagón de mercancías.

Luther teclea en su máquina. Cuando termina, me entrega el *dossier*. Te toca, me dice, escribe. Me siento. Las líneas se enturbian. Los testimonios se suceden. Me llevan sobre un oleaje de sangre que mana del horizonte.

Con el alba se forma la neblina. Las pinzas de la ropa giran sobre sí mismas en el cordel de material plástico. El viento las hace dar vueltas como hélices. Los inmigrantes se arrodillan. Rezan. Las sombras desaparecen, las líneas se definen, los rostros se iluminan.

Las 10.

Una chica con la que me he cruzado dos o tres veces en los pasillos del hotel se ha acomodado en el rellano de mi puerta. Habla por teléfono mientras se pinta las uñas de los pies. Hace un calor imposible en la habitación. Le doy los buenos días. Aguanto la puerta con la papelera. La chica no responde. Habla con uno de sus clientes. Le da sus tarifas, tanto la hora, tanto a la noche. Voy a acostarme.

¡Eh, tío! ¿Estás dormido? Abro los ojos a una luz sucia. La chica tiene la mano puesta en el pomo de la puerta. Una mano grande y pálida, casi blanca. Miro alrededor. Todo sigue en su sitio. Nada se ha movido. La muchacha empuja la papelera con el pie, entra como Pedro por su casa y cierra la puerta tras ella. Hola. Hacía días que tenía ganas de hacerme una visita. Norlay le había hablado del tipo chungo que vivía en el hotel. No te dejas ver, ¿eh? ¿No tienes la MTV? La chica agarra el mando a distancia y activa la búsqueda automática de canales. Joder, qué mierda de tele tienes. ¿Cómo te llamas? La chica se mete en la boca un chicle y se sienta en el borde de la cama. Guau, con esto no te has dejado mangonear, ¿eh? Esta piltra es de las buenas. Te lo digo yo, que las he probado todas. ¿A qué te dedicas? Le respondo que me han despedido de mi trabajo, pero que me da igual. Ella se pone a patalear con las piernas en alto. Quiere saber qué contiene el sobre que hay en el alféizar de la ventana. Mi salvación, quizá, respondo yo. ¿Es dinero?, insiste ella. ¿Te ha tocado la lotería? ¿Cuánto? ¿Te has quitado de en medio para no tener que compartir? Te entiendo perfectamente, joder, ¡qué fuerte! La chica enciende un cigarro y lo fuma mientras lo sostiene con las yemas de los dedos, soñadora. Yo me levanto, me pongo los zapatos. Escucha, tienes que irte. Me esperan en la ciudad. Un trabajo nuevo, ¿sabes? Al dorso de un posavasos que coloca sobre la mesilla de noche, la chica garabatea "Shady" y remata el nombre con un trébol de cuatro hojas y un número de teléfono. Llámame, ¿vale? Canturrea *my name is… what? My name is… who? My name is… huh? Slim Shady!* Sale dando un portazo.

Las 15.

Le hará falta valor…

A pagar por adelantado, la sesión con la falsa tahitiana de Loop Row me ha costado lo mismo que una semana de hotel. No esperaba nada de ella, claro está. Me he concedido a mí mismo el mero escalofrío de disimular mi secreto ante alguien cuyo trabajo es adivinarlo. Cuando la vidente me ha tomado las manos, he pensado en mi bomba. He pensado en mi sobre. He pensado en Lizzie. He pensado sobre todo en Allegra. La vidente ha repetido: mucho valor. Antes de marcharme, me ha estrechado entre sus brazos.

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitre 33

33

Je me fais couler un bain. Je rase mon corps, y compris mon crâne, mais pas ma barbe.

Allongé dans l'eau chaude, je me demande quelle image a traversé ce kamikaze au moment d'exploser. Certainement pas le Japon, ni ses montagnes enneigées, ni ses cerisiers en fleurs. A-t-il entendu l'hymne national résonner dans sa tête, ou le discours de son supérieur hiérarchique au moment de décoller, qui hurlait des slogans patriotiques ? A-t-il imaginé des jeunes filles dénudées qui l'attendaient sur un nuage de kérosène pour l'emmener au paradis des héros, ou simplement la victoire, ronde, désirable, belle comme le soleil qui brillait sur la mer ? Non, rien de tout ça. Personne ne se tue par idéal, ni ce gosse dans sa carlingue, ni celui qui se jette au-devant des chars américains ou chinois ou russes aux quatre coins du monde, ni celui qui fait sauter une ambassade, un avion ou un bus. Personne.

L'eau du bain entre dans mes oreilles et dans ma bouche. Je suis déterminé à mourir, même si ce choix ne m'appartient pas. Je suis mort il y a des mois, en me réveillant ce matin-là, dans notre salon, quand Lizzie a plongé ses yeux dans les miens. Que tout cela finisse ! Me reposer… Sortir de cette ombre… Mes bras, mes jambes, mon corps entier, se dissolvent dans l'eau chaude. Je pense à mes parents. J'écoute battre mon coeur.

4 heures.

Firouz m'envoie un message. Je l'efface sans le lire.

Une assemblée s'est réunie sur le toit du Salaam Hotel. Je repère Luther. Sa machine à écrire est posée sur une caisse. Il tape sans s'arrêter à la lumière d'une lampe de chantier. Il me fait signe d'approcher et me tend une pile de formulaires de l'Office des migrations. Autour de lui, des migrants sont assis en cercle, un Coran entre les mains. Ils se parlent, ils échangent leurs doutes, leurs certitudes. Ces hommes et ces femmes venus du monde entier, d'obédiences différentes, cherchent et trouvent un terrain d'entente. Puisque tout les sépare, ils fournissent l'effort qu'ils n'auraient sans doute jamais fourni s'ils étaient restés chez eux, à l'ombre de leurs mosquées, à écouter leurs guides. Il n'y a plus de guide aujourd'hui. Seul reste le Coran et le besoin de se comprendre.

Régulièrement, Luther interrompt un palabre. Il explique qu'il est risqué de rester trop longtemps dans le même centre pour réfugiés. Il faut en changer régulièrement, et déposer chaque fois une nouvelle demande d'asile sous une identité différente. Les demandes doivent être déposées dès que possible.

Puis les discussions reprennent, la religion se mêle à la vie quotidienne, une vie faite des mêmes difficultés, des mêmes dangers, des mêmes espérances, et, surtout, du même courage. Les migrants racontent leurs persécutions et leur fuite à Luther qui met ces récits bout à bout ; il écrit l'histoire détaillée, assez vague et suffisamment précise qui permettra à chacune, à chacun de bénéficier, dans un premier temps, d'une aide du gouvernement, puis de rester en Angleterre. La machine crépite. Tout le monde parle de la vie comme elle va, qui a failli se briser tant de fois, on raconte les filières, l'entrée en Europe, les inconnus tombés sur la route, noyés en mer, assassinés par les passeurs, broyés par un essieu de camion ou par un wagon de marchandises.

Luther tape sur sa machine. Quand il a terminé, il me tend le dossier. Il me dit, à ton tour, écris. Je m'assois. Les lignes se brouillent. Les témoignages se succèdent. Ils m'emportent dans un flot sanglant qui prend sa source à

l'horizon.

Le brouillard se forme avec l'aube. Des pinces à linge virevoltent sur un fil en plastique. Le vent les fait tourner comme des hélices. Les migrants s'agenouillent. Ils prient. Les ombres disparaissent, les lignes se précisent, les visages s'éclairent.

10 heures.

Une fille que j'ai croisée deux ou trois fois dans les couloirs de l'hôtel est installée sur mon palier. Elle téléphone en passant du vernis sur les ongles de ses pieds. Il fait une chaleur impossible dans la chambre. Je lui dis bonjour. Je coince ma porte avec la poubelle. La fille ne répond pas. Elle parle avec l'un de ses clients. Elle fixe ses tarifs, tant de l'heure, tant pour la nuit. Je vais m'allonger.

Hé, machin, tu dors ? J'ouvre les yeux dans une lumière sale. La main de la fille est posée sur le bouton de porte. Une grande main pâle, presque blanche. Je regarde autour de moi. Rien n'a bougé. Les choses sont à leur place. La fille pousse la poubelle du pied, entre comme chez elle, referme la porte. Salut. Ça faisait un moment que ça la titillait de me rendre visite. Norlay lui avait parlé d'un mec louche à l'étage. Il paraît que tu te planques ? T'as pas MTV ? Elle attrape la télécommande, lance la recherche automatique des programmes. Merde, elle est naze, ta télé. Tu t'appelles comment ? La fille enfourne un chewing-gum et vient s'asseoir au bord du lit. Woah ! Ils se sont pas foutus de toi, ton plumard, c'est la classe ! J'peux te dire, j'les ai tous essayés !… Tu fais quoi dans la vie ? Je lui réponds que j'ai été viré, mais que je m'en fous. La fille se met à gigoter, les jambes en l'air. Elle veut savoir ce que contient l'enveloppe au bord de la fenêtre. Je réponds, peut-être mon salut. Elle insiste, c'est du fric ? T'as gagné au loto ? Combien ? Tu t'es barré pour pas avoir à partager ? J'te comprends, putain, trop cool ! Elle allume une cigarette qu'elle fume du bout des doigts, songeuse. Je me lève, enfile mes chaussures. Écoute, il faut que tu partes. On m'attend en ville. Un nouveau job, tu comprends ? La fille griffonne *Shady* surmonté d'un trèfle à quatre feuilles et d'un numéro de téléphone au dos d'un sous-verre qu'elle pose sur la table de nuit. Tu m'appelles, OK ? Elle fredonne, *my name is… what ? My name is… who ? My name is… huh ? Slim Shady !* Elle sort en claquant la porte.

15 heures.

Il vous faudra du courage…

Payable d'avance, la consultation chez la fausse Tahitienne de *Loop Row* m'a coûté le prix d'une semaine d'hôtel. Je n'en attendais rien, évidemment. Je me suis seulement accordé le frisson de dissimuler mon secret à quelqu'un dont le métier est de les deviner. Quand la voyante m'a pris les mains, j'ai pensé à ma bombe. J'ai pensé à mon enveloppe. J'ai pensé à Lizzie. J'ai surtout pensé à Allegra. La voyante a répété, beaucoup de courage. Avant que je parte, elle m'a serré dans ses bras.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 34

Traducción de Elena Donato (Argentina)

34

Oslo Court, un día antes de irme al Hotel Salaam. Lizzie había lavado y puesto a secar la ropa de nuestra hija. La vieja Ruby estaba ahí; la ayudaba a vaciar el secarropas. Estoy acá, le decía, podés contar conmigo.

Entré entonces al lavadero. Le pregunté a Lizzie por qué metía la ropa de Allegra en esas bolsas del Ejército de Salvación. Estás completamente loca. Dame eso, dale, ¡a Allegra todavía le va bien! Traté de arrancarle una bolsa de las manos. Se despedazó. La ropa quedó esparcida en el suelo. Lizzie se acuclilló para levantarla. Quise impedírselo. Se puso a gritar. ¡Allegra está muerta, Abel! ¡Murió por tu culpa! Mi mano se alzó. Lizzie cayó. Ruby se me tiró encima. Agarré toda la ropa que pude y salí del lavadero. Lizzie se quedó horas ahí abajo. Sus gritos me llegaban a través del piso. Me senté en el sillón. Abrí una botella. La vacié. Lizzie no volvió a subir. Me dormí. Nada había cambiado. Ahí estaba yo, aturdido por el alcohol en ese sillón maldito. Ahí estaba, sin poder entender qué nos pasaba, igual que la madrugada en que salí a buscar una farmacia.

Sin ninguna señal mía, sin lograr ubicarme, Lizzie entró en pánico. El estado de Allegra empeoraba. Volaba de fiebre, después perdió el conocimiento. Lizzie llamó a Firouz, que llegó a casa mientras yo me emborrachaba en un estacionamiento. Firouz llamó a emergencias. Era demasiado tarde. Los médicos no pudieron reanimar a Allegra. Una meningitis fulminante, dijeron; pocas horas antes habrían podido salvar a nuestra beba.

Ya no quedaba nadie en casa cuando volví. Pensé que Lizzie y la bebita se habían dormido. No quise despertarlas. Me tiré en el sillón. A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, Lizzie estaba acodada sobre la mesa frente a mí; a su lado, Firouz, de pie. Allegra murió anoche, dijo. Y no estabas. No me dejaste llamar a la ambulancia. Mataste a nuestra hija. Pero yo estaba demasiado borracho para entender lo que me decía.

Poco antes de volverse loco, Nietzsche se abrazó a un caballo obstinado. Yo no tenía a quien aferrarme. Amaneció. Dejé la bolsa de la farmacia sobre la mesa. Lizzie ni protestó. Firouz nos dejó solos. Seguí su auto con la mirada hasta la esquina, y fui a darme una ducha. Cuando salí, había recobrado la lucidez. Le dije a Lizzie que iría a preparar la mamadera.

23.30 h.

La ceremonia de apertura ya concluyó. Dejo el estadio caminando para evitar los embotellamientos. Mañana vendré a buscar el Mustang. Una tormenta se aproxima. Bandas de jazz atrapan a los curiosos en la orilla. Los enamorados se sacan fotos. Los vagabundos acarician a sus perros. Londres está llena de pequeñas alegrías. Me acerco al borde del agua. Apoyo la mochila. Con el pie, la empujo al río. Se forma un remolino, un poco de espuma. El Támesis engulle mi bomba.

Cerca de Saint-Paul, compro un helado. La vendedora tiene una cicatriz en el labio, idéntica a la de Eva. La coincidencia no tiene ningún significado, pero me da de lleno en el corazón. Cada rostro dice la trivialidad de la vida a su manera. Lo que nos pasa, le pasa a todo el mundo. No soy más que un padre intentando superar la muerte de un hijo.

El dolor se va, me salva la risa, una carcajada estrepitosa como granizo sobre una chapa acanalada. La caminata

de regreso al Hotel Salaam me arranca de las tinieblas. Mi risa es la de Lázaro levantándose de la tumba, atravesando las calles, encandilado por la luz, con los pulmones desgarrados de olores, los oídos colmados por el canto de los pájaros; es menos una caminata que una manera de titubear y de dejarme arrastrar hacia mañana, una manera de reinventar el movimiento, de hacer emerger de una profundidad glacial la imagen petrificada de mi muerte, de la muerte de mi hija, para elevarla hasta la sensación. Mi delirio se resquebraja. Londres lo dispersa a los cuatro vientos. Unos árboles altos se balancean en el bulevar. Hundo mis pasos en esa masa ondulante, un paso, luego otro, para reconstruir mi historia, para invocar el más atroz de los sufrimientos, para enfrentarlo mirándolo a los ojos.

El Hotel Salaam, rodeado de carteles de neón, se abre como una flor en la avenida. El hall está cubierto de cajas. Norlay se dedica a desembalar los nuevos catres para los dormitorios. Resuena la máquina de escribir de Luther. Subo. La puerta de mi habitación está abierta. Alguien rompió el sobre y desparramó el contenido sobre el cubrecama. No hay carta sino una polaroid de Allegra en brazos de su madre el día del nacimiento y unas margaritas disecadas. También hay un recorte de diario con el aviso del funeral de nuestra beba. Fue un viernes. Vuelvo a colocar el sobre roto en el borde de la ventana. Levanto la hoja de vidrio. Aquí estoy, entregado a la banalidad de los días.

Allegra, de Philippe Rahmy
Capítulo 34

Traducción de Mariana Arzate Otamendi (México)

34

Oslo Court, la víspera de mi partida al Hotel Salaam. Lizzie había lavado y puesto a secar la ropa de nuestra hija. La vieja Ruby estaba con ella. La ayudaba a vaciar la máquina. Aquí estoy, le decía, puedes contar conmigo.

Entré al lavadero. Le pregunté a Lizzie por qué metía la ropa de Allegra en bolsas del Ejército de Salvación. ¡Estás loca! ¡Anda, dámela, no está tan chica, todavía le queda a Allegra! Intenté arrebatar una bolsa de las manos de Lizzie. Se rompió. La ropa se regó en el piso. Lizzie se agachó para recogerla. Quise pararla. Se puso a gritar. ¡Allegra está muerta, Abel! ¡Está muerta por tu culpa! Mi mano cedió. Lizzie cayó. Ruby se me abalanzó. Agarré toda la ropa que pude y me fui. Lizzie se quedó horas abajo. La escuchaba gritar a través del suelo. Me senté en el sillón. Abrí una botella. Me la tomé. Lizzie no volvió. Me quedé dormido. Nada había cambiado. Ahí estaba, inconsciente por el alcohol en ese maldito sillón. Ahí estaba, incapaz de comprender lo que nos pasaba, como la noche en que salí a buscar una farmacia.

Al ver que no regresaba, sin poder localizarme, Lizzie entró en pánico. El estado de Allegra empeoraba. Estaba ardiendo, luego perdió el conocimiento. Lizzie llamó a Firouz. Él corrió a la casa, mientras yo me emborrachaba en un estacionamiento. Firouz llamó a emergencias. Era demasiado tarde. Los médicos no pudieron reanimar a Allegra. Le diagnosticaron meningitis fulminante; unas horas antes, hubieran podido salvar a nuestra bebé.

Ya no había nadie en la casa cuando regresé. Creí que Lizzie y la bebé se habían dormido. No quise despertarlas. Me dejé caer en el sillón. Al día siguiente en la mañana, cuando abrí los ojos, Lizzie estaba en la mesa frente a mí. Firouz, de pie a su lado. Allegra murió anoche, dijo. No estabas aquí. Me impediste llamar a la ambulancia. Mataste a nuestra hija. Pero estaba demasiado ebrio para comprender lo que decía.

Antes de volverse loco, Nietzsche abrazó a un caballo recalcitrante. Yo no tenía a nadie a quien aferrarme. El día continuó. Puse la bolsa de la farmacia sobre la mesa. Lizzie no se inmutó. Firouz nos dejó solos. Seguí con los ojos su auto hasta el final de la calle, luego tomé un baño. Cuando terminé, tenía otra vez las ideas claras. Le dije a Lizzie que iba a preparar el biberón.

23h30

La ceremonia de inauguración ha terminado. Salgo del estadio a pie por los embotellamientos. Regresaré por el Mustang mañana. Una tormenta se avecina. Orquestas de jazz retienen a los curiosos en las banquetas. Los enamorados se toman fotos. Los indigentes acarician a sus perros. Londres está lleno de pequeñas alegrías. Me acerco al muelle. Me quito la mochila. Con el pie, la empujo hacia el río. Un remolino se forma, un poco de espuma. El Támesis engulle mi bomba.

Cerca de Saint-Paul, compro un helado. La vendedora tiene una cicatriz en el labio, idéntica a la de Eva. Esta coincidencia no significa nada, pero me pega directo en el corazón. Cada rostro reformula la trivialidad de la vida. Lo que nos pasa le pasa a todo el mundo. Tan solo soy un padre intentando sobrellevar la muerte de su hija.

El dolor me abandona, la risa me salva, una risa loca de sollozos, como granizo sobre lámina ondulada. El paseo

que me lleva a mi casa, al Hotel Salaam, me arranca de las tinieblas. Mi risa es la de Lázaro que se levanta de la tumba, que atraviesa las calles, cegado por la luz, los pulmones desgarrados por los olores, los oídos invadidos por el canto de las aves; no es realmente un paseo, es más bien una manera de titubear y de dejarme caer hacia el mañana, una manera de reinventar el movimiento, de extraer la imagen petrificada de mi muerte, de la muerte de mi hija, de las profundidades gélidas, y de izarla hasta la sensación. Mi locura se quiebra. Londres la dispersa a los cuatro vientos. Grandes árboles se mecen sobre el boulevard. Rindo mi paso a esas muchedumbres ambulantes, un paso, luego otro, para suturar mi historia, para invocar al más atroz sufrimiento, para afrontarlo a los ojos.

El Hotel Salaam, rodeado de neón, despliega sus corolas hacia la avenida. El recibidor está lleno de cajas. Norlay se ocupa de desempacar nuevos camastros para los dormitorios. La máquina de escribir de Luther crepita. Subo. La puerta de mi habitación está abierta. Alguien rasgó mi sobre, esparció su contenido sobre el cobertor. No hay carta, sino una polaroid de Allegra en los brazos de su madre, el día de su nacimiento, y algunas margaritas secas. También hay un recorte de periódico que anuncia el funeral de nuestra bebé. Tuvo lugar un viernes. Coloco el sobre rasgado en el marco de la ventana. La abro hacia arriba. Heme aquí, devuelto a la banalidad de los días.

Texto original:
Allegra, de Philippe Rahmy
Chapitre 34

34

Oslo Court, la veille de mon départ pour le Salaam Hotel. Lizzie avait lavé et fait sécher les vêtements de notre fille. La vieille Ruby était avec elle. Elle l'aidait à vider la machine. Elle lui disait, je suis là, tu peux compter sur moi.

Je suis entré dans la buanderie. J'ai demandé à Lizzie pourquoi elle fourrait les vêtements d'Allegra dans ces sacs de l'Armée du salut. Tu es folle ! Allez, donne-moi ça, ils ne sont pas trop petits, ils vont encore à Allegra ! J'ai tenté d'arracher un sac des mains de Lizzie. Il s'est déchiré. Les vêtements se sont répandus sur le sol. Lizzie s'est accroupie pour les ramasser. J'ai voulu l'arrêter. Elle s'est mise à hurler. Allegra est morte, Abel ! Elle est morte à cause de toi ! Ma main est partie. Lizzie est tombée. Ruby s'est jetée sur moi. J'ai attrapé autant de vêtements que j'ai pu et j'ai quitté la buanderie. Lizzie est restée des heures en bas. Je l'entendais crier à travers le plancher. Je me suis assis sur le canapé. J'ai ouvert une bouteille. Je l'ai bue. Lizzie n'est pas remontée. Je me suis endormi. Rien n'avait changé. J'étais là, assommé par l'alcool sur ce fichu canapé. J'étais là, incapable de comprendre ce qui nous arrivait, comme la nuit où j'étais parti à la recherche d'une pharmacie.

Ne me voyant pas revenir, n'arrivant pas à me joindre, Lizzie a paniqué. L'état d'Allegra empirait. Elle est devenue brûlante, puis elle a perdu connaissance. Lizzie a appelé Firouz. Il a débarqué à la maison, tandis que je cuvais sur un parking. Firouz a appelé les secours. Il était trop tard. Les médecins n'ont pas réussi à ranimer Allegra. Ils ont parlé de méningite foudroyante ; à quelques heures près, ils auraient pu sauver notre bébé.

Il n'y avait plus personne à la maison quand je suis rentré. J'ai cru que Lizzie et la petite s'étaient endormies. Je n'ai pas voulu les réveiller. Je me suis affalé sur le canapé. Le lendemain matin, quand j'ai ouvert les yeux, Lizzie était accoudée à la table en face de moi. Firouz, debout à ses côtés. Elle a dit, Allegra est morte cette nuit. Tu n'étais pas là. Tu m'as empêchée d'appeler l'ambulance. Tu as tué notre enfant. Mais j'étais trop ivre pour comprendre ce qu'elle disait.

Avant de devenir fou, Nietzsche a serré un cheval récalcitrant dans ses bras. Je n'avais personne à qui me raccrocher. Le jour s'est levé. J'ai déposé le sachet de la pharmacie sur la table. Lizzie n'a pas bronché. Firouz nous a laissés seuls. J'ai suivi sa voiture des yeux jusqu'au bout de la rue, puis je suis allé prendre une douche. Quand je suis revenu, j'avais à nouveau les idées claires. J'ai dit à Lizzie que j'allais préparer le biberon.

23 h 30.

La cérémonie d'ouverture est terminée. Je quitte le stade à pied à cause des embouteillages. Je récupérerai la Mustang demain. Un orage se prépare. Des orchestres de jazz retiennent les badauds sur les berges. Les amoureux se prennent en photo. Les clochards caressent leurs chiens. Londres est pleine de petits bonheurs. Je m'approche du bord du quai. Je retire mon sac à dos. Avec le pied, je le fais basculer dans le fleuve. Un tourbillon se forme, un peu d'écume. La Tamise engloutit ma bombe.

Vers Saint-Paul, j'achète une glace. La vendeuse a une cicatrice sur la lèvre, identique à celle d'Eva. Cette coïncidence n'a aucune signification, mais elle me frappe en plein coeur. Chaque visage reformule la trivialité de la vie. Ce qui nous arrive, arrive à tout le monde. Je ne suis qu'un père essayant de surmonter la mort de son enfant.

Le mal me quitte, le rire me sauve, un fou rire de sanglots, comme des grêlons sur de la tôle ondulée. La promenade qui me ramène chez moi, au Salaam Hotel, m'arrache aux ténèbres. Mon rire est celui de Lazare se relevant du tombeau, traversant les rues, ébloui par la lumière, les poumons déchirés par les odeurs, les oreilles envahies par le chant des oiseaux ; pas vraiment une promenade, plutôt une manière de tituber et de me laisser tomber vers demain, une manière de réinventer le mouvement, de tirer l'image pétrifiée de ma mort, de la mort de ma fille, des profondeurs glacées, et de la hisser jusqu'à la sensation. Ma folie se brise. Londres la disperse aux quatre vents. De grands arbres se balancent sur le boulevard. Je cale mon pas sur ces masses ondulantes, un pas, puis un autre, pour recoudre mon histoire, pour invoquer la plus atroce des souffrances, pour l'affronter les yeux dans les yeux.

Le Salaam Hotel, cerclé de néons, déploie ses corolles au bord de l'avenue. Le hall est jonché de cartons. Norlay s'affaire à déballer de nouveaux lits de camp pour les dortoirs. La machine à écrire de Luther crépite. Je monte. La porte de ma chambre est ouverte. Quelqu'un a déchiré mon enveloppe, éparpillé son contenu sur le couvre-lit. Il n'y a pas de lettre, mais une photo Polaroid d'Allegra dans les bras de sa mère, le jour de sa naissance, et quelques pâquerettes séchées. Il y a aussi une coupure de journal qui annonce les funérailles de notre bébé. Elles ont eu lieu un vendredi. Je repose l'enveloppe déchirée sur le rebord de la fenêtre. Je relève le panneau-guillotine. Me voilà rendu à la banalité des jours.

2017

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2017

Lengua: INGLÉS

Escritor: Giles Foden (Reino Unido)

Obra: *Belgrano* (en proceso de escritura)

Coordinadoras: María Laura Ramos, Lucila Cordone y Cecilia Rossi

Participantes:
Carolina Ramón, Julián Sosa, María Belén Benavides, Delfina Morganti Hernández, Mercedes Rego Perlas, Naty Barry, Karen Cresci, Yesica Lowe, María Cecilia De la Vega, Eleonora González Capria, Mariángel Mauri, Florencia Piwko, Maria Natalia Paillié Plazas, Camila Rivera, Rocío De Deco y Florencia Poggi.

Coordinadora del Taller de escritura creativa: Cecilia Rossi.

Fragmentos de *Belgrano*, novela en proceso de escritura de Giles Foden

Traducción de Mercedes Rego Perlas

Fragmento 1 - Traducción:

Bueno, yo también estoy comiendo un chicle, pero de nicotina, el problema es otro, completamente diferente. Siempre trato de tener un par de paquetes en la cartera porque estas visitas, a pesar de que las hice montones de veces, me ponen nerviosa. Trato de parecer tranquila, de parecer la típica porteña de treinta y dos años, de pelo negro largo (con un mechón que le tapa un poco la cara) remera blanca, jean y camperita negra; que habla inglés, un poco de francés y alemán, bastante italiano, y que parece tener un conocimiento aceptable de los temas sobrenaturales del *tour*. Pero no es así. Por dentro soy un mar en plena tormenta. Siempre, papá. Soy una impostora, como mi cartera Gucci china con hebilla dorada. Es verdad que tal vez ahora las Gucci auténticas también las hagan en China, pero no hay duda de que esta no es auténtica. Además, ¿con qué plata me iba a comprar yo una auténtica cartera Gucci?

Fragmento 2 - Traducción:

Así que vivo de contar historias de fantasmas. Camila Fiori, la trucha que cuenta historias truchas para comprar un poco de comida y mucho vino, y para pagar el alquiler de su monoambiente. La trucha que vende historias truchas: una especie de doble negativo que, ahora que lo pienso, debería dar un resultado positivo.

Fragmento 3 - Traducción:

Yo no creo nada. Soy solo el conducto por donde pasan todas esas creencias. Pero algunas noches, mientras hablo, tengo una sensación rara, algo que me corre por la espalda. Especialmente cuando recito el último verso de la historia de Rufina, de su cuerpo deshecho que deambula por las calles del cementerio de la Recoleta abriendo tumbas para asegurarse de que sus habitantes no hayan corrido la misma suerte que ella. Siempre pienso en mi papá cuando cuento eso, mi papá que no conozco, atrapado en su ataúd de acero, sin posibilidad de levantarse, sin posibilidad de que un soplo de oxígeno le devuelva la llama de la vida, como al fénix que en el pasado le había dado nombre a su barco.

Texto original:
Excerpts from *Belgrano*, novel-in-progress, by Giles Foden

Excerpt 1:

Now I chew gum myself, but it is nicotine gum so that is a completely different problem. I always make sure to have a couple of packets in my handbag as despite my having led them loads of times, these tours make me anxious. I try to appear calm, to appear like a typical 32-year-old porteña with long black hair (which falls a little over her face), white T-shirt, jeans and a short black jacket – one who speaks English, some French and German, pretty good Italian and appears to having a passing knowledge of the tour's supernatural subjects. But it's not the case. Inside, I am a stormy sea. Always, papa. I am a fake, like my handbag, which is a Chinese Gucci with a gold strap. Maybe the real Guccis are also made in China now but this is definitely not, else how would I have been able to afford it?

Excerpt 2:

So – I tell ghost stories for a living. Camila Fiori, the fake, tells fake ghost stories to buy a little food, a lot of wine, and to pay the rent on her apartment. I suppose that's a kind of double negative, the fake who retails fake tales, and inferentially there must be a positive.

Excerpt 3:

For myself, I do not believe. I am simply the conduit of belief. But some nights as I am speaking, I feel a strange sensation running down up my spine. This mostly happens when

I tell the coda to the story of Rufina, which is that her ruined body wanders the rows of Recoleta cemetery, opening graves to make sure they have not suffered the same fate as she did. I always think of my father as I speak of this, my unknown father sealed in his steel coffin, unable to rise again, unable to burn back to life in a flush of oxygen, like the phoenix for which his ship was formerly named.

Fragmento de *Belgrano*, novela en procesa de escritura de Giles Foden

Traducción libre de Natalia Barry[1]

1

[...] Y definitivamente todos parecen recontra dispuestos a llevarse un buen susto, con la excepción de uno, el hijo de un magnate petrolero mejicano (según lo que me contó Felipe), que mastica chicle sin parar y hace explotar un globo tras otro con la furia de una ametralladora.

Bueno, yo también estoy comiendo chicle con la furia de una ametralladora, pero es chicle de nicotina, así que otro problema por completo. Siempre me aseguro de tener unos cuantos paquetes en la cartera porque a pesar de que llevo más de mil veces guiando estos paseos, todavía me ponen nerviosa. La verdad es que trato de parecer calmada, pero por dentro soy un mar embravecido, trato de que me vean como la "típica porteña" de unos cuarenta años, morocha de pelo aunque no de piel (por eso me recubre una capa de crema que me protege del sol porteño), de remera blanca, jean y saco corto de vestir color negro (lo mínimo indispensable para parecer profesional); que habla inglés fluido y chapucea su italiano materno con errores de gramática, y que parece manejar suficiente conocimiento en cuanto a lo sobrenatural para demostrar autoridad en la materia. Pero no es así. Bajo las capas de crema, ropa e idioma, bajo los años de inglés de la escuela pública que me dan el profesionalismo necesario para la superficie del mundo global, soy una tormenta de emociones, conflictos, golpes y enfrentamientos subterráneos y cívico-militares. Desde siempre, papá, soy una fachada. Como los edificios de Plaza San Martín que debajo de una capa de mármol tienen paredes de cemento desde la crisis económica de 1930. Como mi cartera marca Prüne, que de tanto usarla en los paseos tuve que cambiarle las tiras en el zapatero de la vuelta de casa, al año de que me la regalaran los padres de tercero. Y se las cambié porque de otro modo, ¿cómo podría tener una Prüne?

En fin. Arranco con la misma perorata introductoria de siempre y les cuento que el cementerio se abrió durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Despliego mis conocimientos de historia rejuntados de la escuela primaria y cotejados con Wikipedia. Sigo por el "Tren de la Muerte" que trasladaba los cuerpos desde el barrio de Once hasta acá. Eso me los deja listos para lo macabro. Cuando arranco con el primer cuento de fantasmas, los tengo en la palma de la mano: la historia del colombiano que se colgó fluye con el inglés de mi primer premio en *English Composition*, a los trece. El ahorcado que se materializa a medianoche en la rama de un árbol. "Se dice que los que pasan por acá solos, lo ven seguro", les digo. "Un hombre de barba con un poco de acné que le asoma por entre los pelos de la cara. No era argentino, era colombiano. ¿Y saben por qué se colgó en este cementerio?".

Anotaciones de la traductora:

LISTA DE EXPRESIONES QUE CAMILA PODRÍA DECIR:

- todos parecen recontra dispuestos a llevarse un buen susto,
- algo que es RE común / lindo / frecuente / conocido / trillado
- más que "por qué creen que se ahorcó" ¿saben por qué se ahorcó?

1 Al tratarse de una novela en proceso de escritura, este no es solamente un ejercicio de traducción, sino de escritura creativa o recreación de la descripción del personaje central, Camila Fiori, con el fin de lograr una mayor verosimilitud ante los ojos de los lectores porteños.

- Me los deja preparados / los clientes se me abrigan
- La Chacarita
- rio y subimos a la *van*

HÁBITOS

cambiar las tiras en el zapatero de la vuelta de casa
ir a la panadería, verdulería, el lavadero
el cajero automático y que no haya plata
el cajero automático porque noe compró el mínimo en la farmacia / panadería / rotisería
No puede decir que no es guía turística – cómo se define a sí misma???

OTRA INSERCIÓN POSIBLE:

Cuando salimos del cementerio y subimos a la *van* que nos lleva a Recoleta aprovecho a ver si tengo mensajes en el celular. Generalmente no, pero es una excusa, una bocanada de aire, leer palabras en castellano al menos. Menos capas por un rato, volver a la que soy, o al menos a las preguntas de la que soy.

Cuando termina el paseo tengo un mensaje de Felipe. Quiere saber cómo fue. Lo que me surge decirle es "dame unos minutos que vuelva a mi cuerpo, que no me vea de afuera, que me afloje las capas", pero le contesto "todo en orden" y entro en la verdulería antes de que cierren.

2

Versión 1

Esta parte también es puro bla bla. Se les da algún dato aislado: es cierto que hubo un volcán en erupción en Colombia en 1985 y es cierto que causó veintitrés mil muertos. Y después se presenta el punto de incertidumbre, las preguntas que darán origen a la duda sobre la existencia misma del fantasma.

Versión 2

Esta parte también es pura fachada. Se les da algún dato aislado: es cierto que hubo un volcán en erupción en Colombia en 1985 y es cierto que causó veintitrés mil muertos. Y después se presenta el punto de incertidumbre, las preguntas que darán origen a la duda sobre la existencia misma del fantasma.

Otra inserción posible:

Cuando salimos del cementerio y subimos a la *van* que nos lleva a Recoleta aprovecho a ver si tengo mensajes en el celular. Generalmente no, pero es una excusa, una bocanada de aire, leer palabras en castellano al menos. Menos capas por un rato, volver a la que soy, o al menos a las preguntas de la que soy.

Cuando termina el paseo tengo un mensaje de Felipe. Quiere saber cómo fue. Lo que me surge decirle es "dame unos minutos que vuelva a mi cuerpo, que no me vea de afuera, que me afloje las capas", pero le contesto "todo en orden" y entro en la verdulería antes de que cierren.

3

A continuación, les cuento sobre las fugaces apariciones del famoso corredor de carreras, Juan Manuel Fangio: "Las vibraciones de su auto de carrera hacen que las telas de araña tiemblen sobre las tumbas, como si fueran jóvenes a punto de ser desvirgadas".

Por lo general yo no digo esto, el que lo dice habitualmente es el dueño de la empresa. Felipe Normal se llama, un vejete medio chanta que se vino del campo donde era peón, según dice, y sin un centavo, y levantó su pujante empresa (que además de los tours fantasmagóricos ofrece también los de tango y el servicio de entradas para shows y recitales) y que hoy en día atiende desde sus oficinas en el sótano de una iglesia abandonada en San Telmo. Le encanta regodearse recordando que creció en medio del ganado cimarrón y las mariposas azul celeste, y apoyarme la mano en el culo cuando ando cerca.

La única razón por la que menciono a las vírgenes hoy es para engañar al pendejo mejicano ricachón, un preadolescente —quizás de once o doce— de esos que se portan tan mal como los adolescentes, y de alguna manera son peores que un adolescente. Pero ni se inmuta con mi comentario y sigue interrumpiéndome y desautorizándome mientras hace ruido con su chicle y mastica sin parar, como una vaca que sigue rumiando su bolo alimenticio en un establo abandonado. El padre parece un hombre de negocios y se vino de traje; la madre, con una chaqueta de lana tipo *tweed*. Casi seguro tengan una estancia y ella se vista así para refregárselo a sus amigos de la ciudad, cuando va a una fiesta.

Desde la profundidad cavernosa de mi cartera, saco la gran espátula de madera pintada con el cráneo y las tibias cruzadas, que se supone que debo levantar en alto mientras nos movemos de un lugar a otro, para que el grupo me siga cual dócil rebaño de corderos que se contrae y relaja a medida que se van amontonando en torno de una tumba u otra, haciéndome detener y darme vuelta cada tanto.

Y así, de esta manera oscilante, vamos avanzando. Señalo hacia el famoso mausoleo decorado con el original del cráneo y las tibias de donde deriva el diseño de mi espátula. Les llama bastante la atención, y algunos casi parecen temblar frente a este *memento mori*, algunos entre mis mejicanos y mis estadounidenses, mis sobrios alemanes y mis aún más sobrios suizos, mis tan odiados ingleses y mis elegantes franceses e italianos.

Hoy, además de la familia de ricachones mejicanos, tenemos el placer de que nos acompañen unos pocos brasileros. Bueno, los brasileros siempre están preparados para contrarrestar mis historias con una mejor, y así sucede esta tarde justamente. Quien se encarga de hacerlo es un padre de familia gordito que no para de arrancar Marlboros de un paquete que tiene bien atorado en el bolsillo superior de su camisa leñadora.

"¡En Brasil tenemos una historia mejor! En la ruta Río de Janeiro- Petropolis, cuando hay niebla, varios han visto a una mujer rubia de tipo alemán que les hace señas con la mano al costado del camino. Las personas piensan que se le quedó el auto y paran a ayudarla. Cuando le preguntan cuál es el problema, ella dice 'hay una persona allá que necesita ayuda', y señala hacia una persona tirada en el suelo al lado de un auto chocado. Pero cuando los rescatistas se acercan al auto, ¡ven a la misma mujer rubia que enseguida desaparece en medio de la niebla!"

Insoportable. A veces también tengo japoneses en los grupos. Hoy solo hay una pareja, con un piloto largo blanco de gabardina y cinturón, los dos haciendo juego. No estoy segura de cuánto entienden de mi inglés.

Muchas de las tumbas de la Chacarita están hechas una ruina. Señalo con el dedo una estatua de Jesús partida al medio. Les muestro uno de los estantes de una catacumba, cuyo frente está caído y se ven huesos de fémur humano y cráneos humanos hasta los diez metros de profundidad. Mientras observan los huesos, les cuento que los cuerpos se

transportan hasta aquí y se los apoya sobre placas, les explico que en algunos mausoleos los esqueletos están sin sus ataúdes, y en otros hay urnas, consecuencia de las cremaciones que se hacían.

Esta parte tiene que ser especialmente aburrida, de modo que al momento siguiente, cuando saque la espátula y vuelvan a seguirme, anden medio distraídos y entonces —y así sucede hoy, en este mismísimo tour— uno de ellos dé un alarido de terror. En realidad es un alarido doble porque es la pareja japonesa de cinturón, gritando al unísono en su propia lengua. Son ellos los que encontraron la cosa peor, algo que ya raya con el mal gusto: hay una mano huesuda que asoma por entre los pastos secos de una tumba, como si su habitante estirara el brazo de vuelta a la vida desde el lado que la sucede.

El chico mejicano, como es de esperar, se arrodilla para tratar de levantarla y lo freno en seco. No puedo dejar que descubran que la mano, igual que mi cartera, igual que yo, es falsa. La mano pertenece a un esqueleto de estudio y Felipe la cercenó para plantarla en este lugar y dar al *tour* un toque de animosidad.

Y bueno… Yo vivo de contar historias de fantasmas. Camila Fiori, la falsa, cuenta historias falsas de fantasmas para comprarse un poco de comida, comprarse mucho vino y pagarse el alquiler. Diría que es una especie de doble negativo: la falsa que relata cuentos falsos. Por inferencia debe de haber un positivo.

Pero la historia más importante de mi vida no cuenta del fantasma de una persona sino del fantasma de un barco. Sé que mi padre murió, si bien jamás lo conocí porque murió cuando mi madre estaba embarazada, mi pobre madre que se murió el año pasado, después de haber pasado cada uno de los años que siguieron a mi nacimiento —es decir, entre 1982 hasta 2013— trabajando de mucama en las casas de los ricos, para poder criarme y pagarme una buena educación.

No. La historia más importante de mi vida es la del fantasma de un barco. Pero un *tour* fantasmagórico tiene su estructura propia y debemos respetarla, al menos hasta la intervención de lo sobrenatural, que nos trastorna con una conciencia desbordante de que las cosas no son lo que parecen. Al final, es probable que las visiones que codifica la razón o, lo que es más probable en el caso de Felipe, que estructura la astucia, no sean tan atemorizantes como las que no.

Subimos al micro rumbo al Cementerio de la Recoleta, nuestra próxima parada. "Es el hotel de lujo de los ricos y famosos de la ciudad y sus familias, entre ellos, nuestra querida Eva", les digo por el micrófono, y luego uso el resto del viaje para referirme a los acontecimientos más importantes de la vida de Eva Perón. Repaso mi rutina tantas veces aplicada que torna de la historia al mito con la facilidad con que un conservador se convierte en liberal, un ejército en civiles, con la docilidad con que los hombres justos se vuelven villanos y los ángeles cambian de lugar con los demonios.

Al llegar al lugar, bajamos, lo cual lleva una eternidad. Aun considerando al chico molesto, estos idiotas incrédulos suman un promedio de edad de unos 67 años. Una vez que por fin terminan de bajar, con la lengua afuera y tras el reacomodamiento de bolsos y las vueltas al micro a buscar teléfonos y billeteras hundidos entre los asientos, les cuento de Rufina Cambeceres, una joven de diecinueve años y perteneciente a la elite, que murió en 1902 cuando se preparaba frente al espejo para ir a ver una función al Teatro Colón.

"Un carruaje de caballos transportaba su cuerpo al cementerio, pero llovía y no podían enterrarla ese mismo día."

Ayuda mucho si cuando digo esto caen un par de gotas del cielo, pero mis posibilidades frente al orden cósmico tienen límites. Y, además, una tendría que poder también cerrar la canilla a tiempo, porque la lluvia por lo general no es bienvenida: hace que la gente no se concentre en el *tour*, y hace que lo que quieran es volver al hotel cuanto antes. Pero estamos en medio de un ocaso seco y gris que va bien para hoy.

"Los enterradores dejaron el féretro cerrado de Rufina en la capilla para que se lo sepultara otro día con mejor

clima. Al día siguiente, cuando salió el sol, descubrieron que la tapa del ataúd estaba levemente movida. La levantaron y encontraron el lado interior todo rasgado, además, Rufina tenía todas las uñas de las manos rotas y llenas de sangre".

El efecto no se hace esperar. Más de uno se lleva las manos a la cara. Una señora, la esposa del brasilero, directamente empieza a comerse sus propias uñas pintadas con brillo, como si la imagen infernal de las uñas rotas —y rotas por aquello que la mente casi no se anima a inferir— mereciera una reconstrucción incluso entre imágenes, si se propone creer en ella.

"Rufina no había muerto. Para nada," anuncio. "Había tenido un ataque de catalepsia, que es como un coma".

Mis oyentes (fuera del chico mejicano que por lo que descubro se llama Raúl) lanzan un grito de horror cuando relato el modo en que esa pobre chica trató de arañar el ataúd para salir, pero murió asfixiada en medio del pánico. Y después indico con el dedo el mausoleo al estilo *art nouveau*, que tiene una figura tamaño real de una mujer joven, con el cuerpo mitad fuera mitad dentro hacia el más allá.

Desde luego que después de oír esto, cada despliegue de ángeles y cada efusión barroca tallada en mármol parece naturalmente repleta de la energía espiritual de la joven muerta.

Por mi parte, yo no lo creo. Soy simplemente el conducto de la creencia. Pero hay noches en que cuando estoy hablando, tengo una sensación rara que me recorre por la espalda. Me sucede particularmente cuando cuento la historia de Rufina: su cuerpo decrépito recorre las filas del cementerio de la Recoleta y abre las tumbas para asegurarse de que nadie corra la misma suerte que ella. Siempre pienso en mi padre cuando digo esto, mi padre desconocido sellado en su ataúd de acero, impedido de volver a levantarse, impedido de arder de nuevo con vida gracias a una ráfaga de oxígeno, como el ave fénix que le dio nombre inicialmente a este barco.

Texto original:

Excerpts from *Belgrano*, novel-in-progress, by Giles Foden

1

[...] And indeed, all do seem well prepared for frights – except for a son of Mexican oil tycoon (so Felipe has told me), who is popping bubblegum with such vigour that it sounds like an artillery gun.

Now I chew gum myself, but it is nicotine gum so that is a completely different problem. I always make sure to have a couple of packets in my handbag as despite my having led them loads of times, these tours make me anxious. I try to appear calm, to appear like a typical 32-year-old porteña with long black hair (which falls a little over her face), white T-shirt, jeans and a short black jacket – one who speaks English, some French and German, pretty good Italian and appears to having a passing knowledge of the tour's supernatural subjects. But it's not the case. Inside, I am a stormy sea. Always, papa. I am a fake, like my handbag, which is a Chinese Gucci with a gold strap. Maybe the real Guccis are also made in China now but this is definitely not, else how would I have been able to afford it?

Anyway, I give them the usual introductory spiel and then begin speaking about the hanged man who materialises from one of the branches at midnight. 'If you come here alone, it is said, you will definitely see him,' I say. 'A bearded man, with slight acne showing through the hair of his beard. He was not an Argentinian, but a Colombian. And why do you think he hung in the cemetery?'

2

[...] Again, this is part of the patter. You give them some discrete fact. A volcano did erupt in Colombia in 1985, and it did kill 23,000 people. And then you introduce some point of uncertainty, the questions around which draw attention from the issue of whether there is a ghost at all.

3

[...] Next I tell them about the fleeting apparitions of a famous racing car driver, Juan Manuel Fangio. 'It is the vibrations of his racing car,' I announce, 'which make the cobwebs on these graves tremble like young virgins on the verge of deflowerment.'

I don't usually say this, it is something that the owner of the tour habitually says. Felipe Normal his name is. He is an old rogue from the countryside who came here, so he says, as a penniless peasant and now conducts his thriving business (tango tours as well as ghost tours and also ticketing for concerts and shows) from offices in an abandoned church vault in San Telmo. He likes to muse on the wild cattle and azure butterflies that he grew up among and to put his hand on my bum when I am standing next to him.

I mention the virgins tonight only to put one over the Mexican rich boy, who is one of those pre-teens, 11 or 12, who acts up like a teenager and is in some ways worse than one. But it has no effect on him whatsoever, and he continues interrupting and undermining me, meanwhile noisily macerating his gum, like a cow chewing cud in an abandoned quarry. His father is dressed in a business suit and his mother in a tweed jacket. Probably they have a ranch and she wears this jacket just to prove it at parties in the city.

From the cavernous depths of my bag I retrieve the large wooden spatula, painted with a skull and crossbones, which I am supposed to hold up while on the move, with the tour group following like docile lambs behind, expanding and contracting as they bunch around one grave or another, making me pause and turn.

In this halting manner, we walk on. I point to the famous mausoleum decorated with the original skull and crossbones from which the design on my spatula is derived. It's pretty impressive and regarding it there are some among them who almost seem to tremble before this memento mori, some among my Mexicans and my Americans, my sober Germans and even soberer Swiss, my accursed British and well-outfitted French and Italians.

This evening, as well as the wealthy Mexican family, we also have the pleasure of a few Brazilians. Now, Brazilians always want to counter my stories with their own, and that happens this evening, as a matter of fact, the role being taken by a plump family man who keeps plucking Marlboros from a packet stuffed in the top pocket of his check shirt.

'We have a better story back home! On misty days, on the road from to Petropolis from Rio, many people have seen a blonde, German-type woman waving at them from the side of the road. Thinking her car has broken down, they stop to see if they can help. When they ask her what's the problem, she says, "There is someone down there in an emergency!" She points down at a crashed car and someone lying next to it. But when the rescuers get to the car they see the same blonde woman, who then disappears into the mist!'

Very annoying. There are sometimes also Japanese in the groups. Today there is just one couple, in matching long white trenchcoats fastened at the waist. I am not sure how much of my English they understand.

Many of the tombs at Chacarita are in ruins. I point to a statue of Jesus cracked in two. I show them a catacomb shelf whose front cover has fallen away, revealing human thighbones, human skulls, ten levels deep. As they look at these bones, I speak of how bodies are transported and laid on slabs, explaining how some mausoleums contain uncoffined skeletons and some contain urns, the consequences of earlier cremations.

This part is meant to be deliberately boring so that when my spatula comes out and they follow me again, they are distracted, until – here it comes, here it is on this very tour – one gives a horrified shout. In fact it's a double shout, for it is the belted Japanese couple, calling out together in their own language. They have spotted the worst thing, the thing closest to the knuckle: a place where a bony hand protrudes from the dry grass of a grave, as if its inhabitant is reaching out reaching back to life from the zone which succeeds it.

The Mexican boy, of course, kneels down to try to grasp it and I have to be very sharp with him. I do not let on that the hand, like my bag, like me, is a fake. It is one severed from a medical skeleton and was planted here by Felipe to jazz up the tours.

So – I tell ghost stories for a living. Camila Fiori, the fake, tells fake ghost stories to buy a little food, a lot of wine, and to pay the rent on her apartment. I suppose that's a kind of double negative, the fake who retails fake tales, and inferentially there must be a positive.

But the biggest ghost story in my life is not about the ghost of a person. I know my father is dead, even

though I never knew him, as he died when my mother was pregnant, my poor mama who died last year, having spent every one of the years subsequent to my birth – that is, from 1982 to 2013 – working as a cleaner in the houses of rich people, in order to raise me and pay for my education.

No, the biggest ghost story in my life is one about the ghost of a ship. But a ghost tour has its own structure and we must keep to it, at least we must do so until the supernatural intervenes, upsetting us with a consuming flood of awareness that things are not as they seem. After all, visions codified by reason or, more likely in Felipe's case, orchestrated by cunning are not likely to be as frightening as those which are not.

We board our bus and head for the Recoleta cemetery, our next destination. 'This is the luxury hotel of the dead of rich and famous families of the city, our dear Eva among them,' I say into my microphone, using up the rest of the journey to inform them of the salient facts of Eva Péron's life. I go through the well-tried routine, which shades from history into myth as easily as conservatives morph into liberals, the army into civilians, as facilely as the just men become the villains, and the angels swap places with the devils.

Reaching the site itself, we disembark, which takes an age. Even with the annoying boy taken into account, the average age of these credulous fools must be about 67. Once it is finally done, all the huffing and puffing and the rearranging of bags and the returning to the bus to fish out phones or purses from between seats, I tell them about Rufina Cambeceres, a 19-year-old socialite who died in 1902, while putting on her make-up to go to a show at the Colón Theatre.

'A horse-drawn carriage was transporting her body here, but it was raining and she could not be buried that day.'

It helps a lot if there are a few raindrops falling from the sky as I say this, but there are limits to my cosmic ordering. And you'd need to be able to turn off the tap, too, as mostly rain is unwelcome: it has the effect of causing people on the tour to not concentrate, being anxious to return to their hotels. But we are in a dry, grey twilight and that will do well enough.

'The undertakers left Rufina's closed casket in the chapel, to be interred on a day of better weather. The following day, when the sun was shining, they discovered that the lid of the casket had moved slightly. Lifting it up, they found its underside scratched and Rufina's fingernails broken and bleeding.'

This has the required effect, several of the members of the tour lifting their hands to their faces. One lady, the wife of the Brazilian, actually begins gnawing her own glossy nails, as if the infernal fancy of nails broken – broken by what your mind hardly dares infer – must need be enacted even on falsies, if it is to be believed in.

'Rufina had not died at all,' I announce. 'She had suffered an attack of catalepsy, which is like a coma.'

My listeners (apart from the Mexican boy, who is called Raul, I've discovered) gasp in horror as I recount how this poor girl tried to scratch her way out of the casket, before dying of panic and lack of air. And then I point up to her Art Nouveau mausoleum, which shows a life-size young woman, half in, half out of the door to the afterlife.

Of course, after hearing this, every sprawling angel, every baroque effusion of marble carving, naturally seems

replete with the spiritual energy of the dead girl.

For myself, I do not believe. I am simply the conduit of belief. But some nights as I am speaking, I feel a strange sensation running down up my spine. This mostly happens when I tell the coda to the story of Rufina, which is that her ruined body wanders the rows of Recolta cemetery, opening graves to make sure they have not suffered the same fate as she did. I always think of my father as I speak of this, my unknown father sealed in his steel coffin, unable to rise again, unable to burn back to life in a flush of oxygen, like the phoenix for which his ship was formerly named.

2018

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2018

Lenguas: PORTUGUÉS e INGLÉS

Escritoras: Laura Erber (Brasil) y Julianne Pachico (Reino Unido)

Obras:
PORTUGUÉS: *Mesa de inspecção do açúcar e tabaco* (Não (edições), 2018); ensayo "Precisamos falar sobre imagens" (2014); cuento "Aquele vento na praça" (2017), en *Os melhores jovens escritores brasileiros, Granta em Portugués* Nº 9, Invierno 2012, Ed. Objetiva - Rio de Janeiro, pp 27-36.

INGLÉS: *The Lucky Ones*, Spiegel & Grau, Londres, 2017

Coordinadoras:
Julia Tomasini (portugués.), Lucila Cordone, María Laura Ramos y Cecilia Rossi (inglés)

Participantes:
PORTUGUÉS: Paula Auer, Diana Calfa, Mariana Mhel, Mariana Jodara, María Eugenia Krauss, Ailín Painé Liberman, Mariana Palomino, Valentina Ríos, María Noel Serra y Alejandra Vuotto

INGLÉS: Lourdes Bellini, Daniela Bentancur, Federico Cristante, Antuel D'Adam, Maria Florencia Ferré, Juana Issel, Agustín Klaric, Sabrina Eliana Nieto, María Soledad Prieto, Antonella Querzoli, Graciela Rappaport, Fabio Andrés Rodríguez Vásquez, Alejandra Rogante, Fernando Stagliano y Malena Velarde.

Editoras invitadas:
Julieta Mortati (Pampa Ediciones) y Andrea López (Adriana Hidalgo Editora)

Coordinación del Taller de escritura creativa:
Cecilia Rossi

Compartimos el video del panel: "El taller de traducción literaria", en las V Jornadas de traducción editorial de la AATI, en el marco de las Jornadas Profesionales de la Feria del Libro de Buenos Aires 2018:

Fragmento de *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Traducción de Daniela Bentancur, Laura Estefanía y Fernando Stagliano

—Deberías dedicarte a eso —le dice, mientras César limpia el agujero en el brazo de Pollo con un pedazo de tela andrajosa. Pollo todavía tiene los ojos cerrados y los labios apretados hacia adentro.

—Todavía no terminamos —dice César, con los ojos grandes y brillantes—. Tenemos que sacar a la madre.

Un minuto después sigue ella, enorme como una babosa, en una erupción de sangre y pus.

Pollo va directo a la hamaca; siempre es una buena idea acostarse un momento después de una sesión intensa de Extracción de Parásitos. Los ojos de César no dejan de brillar mientras recorren furtivos el campamento.

—¿Sigue usted, profe? —pregunta, esbozando una sonrisa.

Se da vuelta mientras César ríe; esa risita aguda y nerviosa lo sigue por todo el campamento como una mosca molesta.

Parece un buen momento para la transición a Pensamiento y Visualización; siempre le sirve para matar una o dos horas, siempre y cuando sea estricto consigo mismo y no abra los ojos para mirar su reloj. Por lo general, lo hace en el suelo con las piernas cruzadas, pero hoy se sienta en un banco frente a la desvencijada mesa de madera. Detrás de él alcanza a oír que César abre con los dientes un sobre de jugo en polvo Frutiño; la lengua lame ávida la superficie de aluminio. Seguramente, sabor frambuesa.

Ayer se dedicó al dormitorio de su departamento, así que hoy retoma y se concentra en la entrada. Comienza con la puerta, escaneándola de arriba abajo; su imaginación es una cámara, un artefacto tecnológico antiterrorista y antibombas de altísima efectividad. El destartalado picaporte color plata. Los rayones apenas visibles sobre la madera rojiza. La mirilla de borde dorado que nunca usó. Se toma su tiempo, procede con lentitud, reconstruye los detalles lo mejor posible (es increíble lo bien que se puede reconstruir algo que no se ve desde hace cinco años, ocho meses, dos semanas y cinco días si se pone empeño). El tapete multicolor que compró en Taganga, siempre moteado con tierra y hojas secas. Los cerámicos color crema, sobre los que era una delicia caminar descalzo en verano, con un vaso de jugo de maracuyá con hielo tintineante en la mano. Las paredes de un amarillo lavado, grietas diminutas en la pintura, ramificadas como árboles en miniatura, rodeadas de pintitas de moho negro. Allí están sus afiches: *El retorno del Jedi y Blade Runner,* arrugados por aquel viaje en la valija desde California, y un póster *retro* en blanco y negro de *Crónicas marcianas* (en español), comprado en el centro comercial Unicentro. Y sobre la mesa, un ejemplar tapa dura de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. Siguiente lectura asignada para la clase de Lengua del octavo grado.

¿Eso era todo? ¿No había nada más? ¿Tazas de café manchadas? ¿Planes de clases con anotaciones, listas de asistencia, comunicados para las reuniones de padres? ¿Botellas de plástico vacías semiabolladas, recibos de Éxito arrugados, entradas cortadas de conciertos de salsa?

Respira hondo, pero pasa lo que él temía. La cámara se pone frenética, salta rápidamente por el departamento, de objeto en objeto, de escena en escena, y la imagen vibra espasmódicamente. Cierra los ojos, trata de bajar la velocidad, de volver a examinar todo, una pieza por vez. Pero ya es demasiado tarde. Todo se vuelve borroso y, antes de que pueda evitarlo, está otra vez ahí.

En la cama. Sus ojos se abren parpadeantes y borrosos; acidez por la sesión de aguardiente de la noche anterior y la seguidilla de Marlboros con la profesora Márquez (que daba Historia Mundial de octavo grado: su conquista más

confiable desde que la señorita Simón, de tercer grado, se marchara en el 99, una escena melodramática de la que no le interesa acordarse ni ahora, ni nunca). Está en la ducha, parado bajo un débil hilito de poca presión de bendita agua caliente. (Ahora, cada vez que se baña y se despega la ropa del cuerpo para una sesión de Baño en el Río, es imposible saber si el color amarillo de su piel es ictericia o tierra.) Recorre el departamento cada vez más rápido, reviviendo los primeros momentos de la última mañana, como un enloquecido dibujo animado en cámara rápida. La forma en que se salteó el desayuno, y ni siquiera tomó café, porque sabía que podía comprárselo a la señora de los termos en el semáforo aquel y tragarlo como un *shot* de tequila en el vaso de plástico descartable. La forma en que abrió la puerta de la alacena y se quedó mirando un instante las bananas y las mandarinas, después abrió el refrigerador y apuró un trago de jugo de naranja. Ni siquiera se fijó en la caja de poliestireno con las sobras de *lemon pie* del bar francés, las botellas de salsa de ají y la cerveza Poker (¡Salsa de ají! ¡Lo que podría hacer ahora con salsa de ají! Se le hace agua la boca y traga con dificultad, cambiando de posición sobre el banco, haciendo lo posible para ignorar los chasquidos de César).

¿Cómo estará el departamento ahora? ¿Las bananas, podridas; las mandarinas, consumidas? *¿Un yanqui en la corte del rey Arturo* cubierto de moho, las páginas curvadas? ¿Habrían enviado a alguien a recoger todo, embalarlo y guardarlo en un depósito? ¿Alguien de la escuela, de la policía o de la embajada internacional? ¿Quién lo habría hecho? ¿Quién se habría molestado?

Sigue avanzando. A este ritmo está gastando como tres semanas de Pensamiento y Visualización, pero las piernas de dibujo animado lo hacen cruzar la puerta, bajar las escaleras del departamento en un remolino zumbante como el del Correcaminos. Sonríe. Saluda a Freddy, el encargado. ¿Qué más? Nada mal, un poco de guayabo, ¡ja ja! Luz gris de madrugada, edificios de ladrillo rojo. Sube al auto, el Volvo que le compró a Rover, el profesor de Lengua de octavo grado al que reemplazó en el otoño del 93, el año de su llegada.

Te va a encantar Colombia, le dijo Rover mientras atravesaban el estacionamiento. *Es un lugar muy… especial.*

¿Especial en qué sentido?

Ah, ya sabes. Rover se detuvo junto al Volvo; las camisas sueltas de los dos flameaban con la brisa (una de las ventajas de trabajar en la escuela privada internacional estadounidense, a diferencia de la británica, la alemana o la francesa, era el código de vestimenta informal; incluso se mencionaba en el folleto de postulación). *Especial como una novia con la que sabes que no deberías estar. En determinado momento, te enloqueces un poco por la paranoia constante, siempre alerta. Siempre pensando que vas a 'dar papaya'.*

"¿Dar papaya?" Las llaves del auto tintinearon cuando Rover las dejó caer en su mano.

¿Nunca oíste esa expresión? Debió haber fruncido el ceño o hecho algún gesto, porque Rover le explicó inmediatamente: *significa que no te expongas, que los otros no se aprovechen de ti. Aquí es más fácil decirlo que hacerlo.* Después Rover lanzó una risa que quizás fuese de alegría o quizás de tristeza o quizás de cierto enojo.

Suficiente, entonces: volvamos al recuerdo original (es importante no distraerse demasiado durante Pensamiento y Visualización, no perderse en la estratósfera de los infinitos y peligrosos pensamientos aleatorios). Y ahora está encendiendo el motor, camino al trabajo. Avanza por la calle. Paredes con dientes filosos de botellas rotas, portones automáticos. Le gusta vivir en las afueras de Cali, lejos del bullicio del centro, los mendigos sin piernas y las mujeres sin dientes que venden chicle, los niños que hacen malabares y acrobacias en los semáforos. Da gusto pasar por los campos de vacas y caballos, hombres en bicicletas blancas, aferrándose a la parte trasera de los autobuses, las carreteras de dos carriles que siempre se hacen de tres cuando un auto intenta pasar un camión lechero.

En la intersección, tiene que decidir cuál de las dos rutas tomará para ir a la escuela: la primera, la de costumbre, un camino exasperante a través del pesado tránsito suburbano, la segunda ruta, más larga, pero a menudo más rápida,

un camino más aislado a través del paisaje rural. Aunque los indiferentes números verdes del tablero se acercan a las nueve de la mañana, elige la segunda, gira a la derecha, sale de la Carretera Panamericana, pisando el acelerador. No lo piensa, no deja que entren en escena frases como *si hubiera…* o *debería haber…* o *por qué justo ese día…* En cambio, prefiere detenerse en este momento, con Rod Stewart cantando "Maggie May" en el estéreo, con ese solo de guitarra épico. Su lengua, ácida y atontada, anticipa la aspirina del cajón del escritorio. La sensación dividida de su estómago: una mitad temblorosa porque sabe que llegará diez minutos tarde a la primera hora, y la otra, vagamente tranquila porque sabe que hoy será fácil, pan comido, que ha enseñado *Un yanqui en la corte del rey Arturo* tantas veces que hasta podría hacerlo dormido, ni hablar con resaca. Los números del tablero marcan las 8:37.

Es difícil saber cuándo esto llegó a ser Lo que Ocurrió.

Texto original:
Excerpt from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

'You should do that for a living,' he says, as César wipes the hole in Pollo's arm with a ragged scrap of cloth. Pollo's eyes are still closed, lips curled inwards.

'We're not done yet,' César says, eyes wide and bright. 'We have to get the mother.'

A minute later she follows, enormous and slug-like, in an eruption of blood and pus.

Pollo heads immediately to the hammock—it's always a good idea to lie down for a bit after an intense session of Parasite Squishing. César's eyes are still bright, flickering slyly around the camp. 'You next, *profe*?' he says with a grin. He turns away as César laughs, the high-pitched giggle following him through the camp like an irritating fly.

It feels like a good time to transition into Thinking and Picturing—it always works to kill an hour or two, provided he's strict with himself about not opening his eyes and checking his watch. Usually he does it sitting cross-legged on the ground, but today he sits on a bench at the rick- ety wooden table. Behind him he can hear César tearing open a packet of Frutiño juice powder with his teeth, his tongue lapping greedily against the aluminum surface. Raspberry flavor, most likely.

Yesterday he was working on his apartment bedroom, so today he backtracks and focuses on the entrance. He starts with the door, scanning it up and down, his mind's eye a camera, a superbly efficient piece of bomb-detecting anti-terrorist technology. The rickety silver doorknob. The faint scratches on the reddish wood. The gold-bordered peephole he never used. He takes his time, moving slowly, reconstructing the details as fully as possible (it's amazing how well you can reconstruct something you haven't seen in five years, eight months, two weeks, and five days if you really try). The multicolored rug he bought in Taganga, constantly speckled with dirt and dead leaves. The cream-colored tiles, delicious to walk on in bare feet dur- ing the summer, holding a glass of ice-clinking passion- fruit juice. The faint yellow walls, tiny cracks in the paint branching out like miniature trees, surrounded by black mold confetti. There are his posters: *Return of the Jedi* and *Blade Runner*, wrinkled by the long-ago journey in his suitcase from California, and a vintage black-and-white poster in Spanish of *The Martian Chronicles* purchased at the local Unicentro mall. And there on the table: a hard- back copy of *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*. His next assigned reading for eighth-grade English.

Was that really it? There wasn't anything else? Stained coffee mugs? Scribbled syllabus notes for class, attendance lists, flyers for parent–teacher conferences? Empty plas- tic water bottles with the sides caved in, crumpled Éxito receipts, torn tickets from salsa concerts?

He takes a deep breath but it's happening. The camera is getting frantic, darting rapidly around the apartment from item to item, scene to scene, his vision jittering. He shuts his eyes, tries to slow down, return to examining everything one piece at a time. But it's too late. Everything is blurred, and before he can help himself he's there.

In bed. Blinking fuzzy eyes open, stomach sour from last night's *aguardiente* drinking session and Marlboro chain smoking with Ms. Márquez (eighth-grade World History: his most reliable hook-up ever since Ms. Simón from third grade moved away in '99, a weepily dramatic scene he doesn't care to dwell on, not now, not ever). He's in the shower, standing under a low-pressure trickle of blessedly hot water. (Whenever he washes himself now, peeling off his clothes for a session of River Bath- ing, it's impossible to tell if the yellow color of his skin is jaundice or dirt.) He moves through the apartment faster and faster, reliving the first moments of the last morning, a manic sped-up cartoon. The way he skipped breakfast, didn't even have coffee because he knew he could buy it from the lady with the thermos

at that one traffic light, chug it like a tequila shot in its disposable plastic cup. The way he opened the cupboard door, lin- gered briefly over the bananas and tangerines, opened the fridge next and took a quick swig of orange juice. Didn't even glance at the Styrofoam box of leftover lemon pie from the French café, the glass bottles of *ají* sauce and Poker beer (*ají* sauce! Imagine what he could do with *ají* sauce now! His mouth waters and he swal- lows hard, shifting his position on the bench, doing his best to ignore the sounds of César behind him, sucking his teeth).

What does the apartment look like now? Bananas rot- ted, tangerines shriveled into nothingness? *A Connecticut Yankee* covered in mold, pages curling? Would they have sent somebody by to pack everything up, put it all away in boxes and into storage? Somebody from the school or police or international embassy? Who would have done it? Who would have cared?

He keeps going. He's using up about three weeks' worth of Thinking and Picturing at this rate, but his cartoon-character legs keep carrying him out the door, down the apartment steps, a whirring Road Runner blur. Smiling. Greeting Freddy the doorman, *Que más? Nada mal, un poco de guayabo, jaja!* Gray early morning light, red-brick apartment buildings. Into the car, the Volvo he bought from Mr. Rover, the eighth-grade English teacher he replaced in the fall of '93, the year he arrived. *You're going to love Colombia,* Mr. Rover said as they walked across the parking lot. *It's a very . . . special place.*

Special how?

Oh, you know. Mr. Rover paused by the Volvo, their untucked shirts flapping in the breeze (one of the ben- efits of working at the American international private school, as opposed to the British or German or French one, was the casual dress code—it even got mentioned in the recruiting brochure). *Special like a girlfriend you know you shouldn't be with. At a certain point you get a bit crazy from the constant paranoia—always on the lookout. Always worried you're going to 'dar papaya.'*

'Dar papaya?' The car keys jingled as Mr. Rover dropped them into his hand.

You haven't heard that expression? He must have frowned or made a face at this, because Mr. Rover immediately said, *It means, don't put yourself in a position where others can take advantage of you. Easier said than done down here.* And then Mr. Rover laughed in a way that was maybe happy or maybe sad or maybe even a little bit angry.

Enough of that, then: back to the original memory (it's important not to get too sidetracked during Thinking and Picturing, not to go spinning off into the stratosphere of endless, dangerously random thoughts). Now he's turning the ignition key, on his way to work. Down the street. Walls with jagged teeth of broken bottles on top, auto- matic gates. He likes living on the edge of Cali, away from the hustle and bustle of the center, the legless bums and toothless women selling chewing gum, the children juggling and tumbling at traffic lights. It's a true pleasure, driving past the fields of cows and horses, men on white bicycles holding onto the backs of buses, the two-lane highways that are constantly turned into three when a car tries to overtake a milk truck.

At the intersection he has to decide which of the two main routes to take to school: the first, his usual route, a nerve-racking drive through the heavy suburban traffic, the second route longer but often quicker, a more isolated road through rural countryside. Despite the indifferent green numbers on his dashboard flicking closer to 9 a.m., he chooses the second, turning right off the Pan-American Highway, hitting the gas pedal.

He doesn't think about it, doesn't let phrases like *if only* and *I should have* and *of all days* creep into the scene. Instead he likes to linger on this moment, on Rod Stew- art singing 'Maggie May' on the CD player, that epic acoustic guitar solo. On his tongue, fuzzy and sour in his mouth, the anticipation of aspirin in his desk drawer. The split feeling in his stomach, one half shivery from the knowledge that he'll arrive for first period ten min- utes late, the other half

hazily calm with the knowledge that today will be easy, a breeze, he's taught *Connecticut Yankee* so many times he could do it in his sleep, let alone hungover. The green numbers on the dashboard say 8:37.

It's hard to know at what point it became What Hap- pened.

Fragmento de *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Traducción de Antonella Querzoli

A la hora del desayuno, cuando Pollo le lleva el café, no aguanta ni un minuto más.

—¿Por qué Julisa me odia tanto? — Espera los ojos abriéndose con exageración, la voz enfática de protesta. *¿Odiarlo? ¡No lo odia, profe! ¡Aquí todos lo cuidamos muy bien! ¿Por qué piensa eso?*

Pero Pollo responde inmediatamente y le da la taza:

—Bueno, solo está aburrida. No le gusta estar aquí. Pero tenemos que estar.

Los dedos de Pollo juguetean en dirección a él.

—Perdón —dice él. Sostiene la taza cerca del pecho. La aprieta contra el corazón, tratando de darse calor. Con cuidado para que la mano que le late con fuerza no le roce la camisa.

—Siento que Julisa esté tan… aburrida.

—Profe —dice Pollo, y hay algo filoso en su voz que no ha oído antes, algo afilado que lo hace querer quedarse muy quieto—, ha estado aquí desde los trece años. ¿Cómo no va a estar aburrida?

Él no dice nada. Pollo se queda ahí un segundo más y después se da vuelta y cierra bien la puerta detrás de él.

Arroz y frijoles. Arroz y una sola sardina enlatada. Arroz, sardina y una papa hervida. Arroz y lentejas. Arroz y papas hervidas. Sopa de sardinas, pasta y papa. Arroz con sardinas, pasta y papa. Lentejas.

Lo vienen a buscar desde el cielo. La nave espacial desciende lentamente a través de las copas de los árboles de la selva, un amarillo refulgente como un trozo de *lemon pie* cortado de la manera más hermosa que jamás se haya visto. Una cuña perfecta. Los saluda y hace una señal como si fuera un controlador aéreo experto. *Adelante, así, muy bien.* Con la piel anaranjada, con llagas rojas que le nacen por todo el cuerpo, pero con una sonrisa: el último sobreviviente de un apocalipsis mundial, un náufrago en una isla desierta.

Proyectan la luz blanca azulada de sus linternas e iluminan un objeto por vez: la mesa de picnic de madera, las hamacas, las tazas de hojalata, las botas negras de goma con suela amarilla, los sobres de jugo de fresa en polvo Frutiño, los envoltorios de galletas Saltine, los enormes bloques de azúcar de panela sin refinar envueltos en bolsas de plástico. Examinan el teléfono solar recargable y la maltrecha computadora portátil negra con un incrédulo sentido de asombro. ¿Quiénes eran estas criaturas?, se preguntan mientras hacen sonar las mandíbulas, y, ¿qué hacían con una colección tan extensa de películas de Silvester Stallone?

Él los lleva a recorrer el cobertizo. Cuatro pasos en esa dirección, cinco pasos y medio en aquella otra. Les muestra sus posesiones: la cobija, las dos velas, la lapicera de tinta negra (no menciona el cuaderno, trata de no pensar en la orilla del río). *Ah, qué ingenioso de su parte*, dicen cuando él les muestra el trapo viejo que usa para guardar pedazos de papa en caso de tener un antojo nocturno. *Qué inteligente*. Expresan un gran interés por el manual de la computadora de 1990, los ojos misteriosos que se abren, los tentáculos viscosos que se ondulan. *Ah, por favor. Realmente fascinante.*

Tratan de compartir su conocimiento con él: la intrincada experiencia de viajar en el tiempo, su habilidad para explorar las profundidades de los universos paralelos y los mundos virtuales. Le muestran un mundo donde los números verdes del tablero cambian a 8:38 y él pasa de largo el control de la carretera sin hacer caso a los brazos de los soldados

que le hacen señas para que frene el auto. Le muestran un mundo donde se despierta a tiempo, sin resaca, y llega a la escuela por la ruta de siempre. Un mundo donde tomó un empleo en Bogotá en vez de en Cali; donde ni siquiera fue a Colombia, eligió Indonesia en cambio. Se quedó en California; nunca se fue. En lugar de estudiar literatura, estudió negocios y contaduría. Sus padres no tomaban; nunca tuvo nada que ver con el sistema de adopción.

Basta, tiene que decir finalmente. *Por favor.* Se cubre los ojos. Canta la primera frase de la canción de Fleetwood Mac una y otra vez, " *I don't want to know*", tan obstinado y caprichoso como un niñito que juega en la plaza, hasta que los tentáculos lo tocan impacientes mientras le ruegan: *Está bien. Lo sentimos, no nos dimos cuenta, no deberíamos haberlo hecho. Por favor, mejor sigue mostrándonos tu mundo. Dinos: ¿Qué es esto?*

Entonces él les explica con gran detalle cómo funciona todo y se asegura de que ellos lo entiendan. *Esta es la cadena y este es el candado. Así se cierra el candado y así se cierra el collar alrededor del cuello. Hay muchas cosas que pueden hacerse con los eslabones. Puedes colgártelos sobre el hombro como si fueran una bufanda o ponértelos alrededor del cuello como si fueran una polera (¡asegúrate de dejar espacio suficiente para respirar si eliges esta opción!). Los diferentes lugares a los que te pueden encadenar incluyen el bloque de cemento que está fuera y… eso es todo. El bloque de cemento es el único lugar.*

Sí, sí, dicen los extraterrestres, las bocas pegajosas que se abren, los globos oculares fotográficos telepáticos que escrutan con furia todo lo que pueden y descargan en sus cerebros del tamaño de una computadora las imágenes del cobertizo y su contenido. *Asombroso, increíble.*

Lo sé. Se pone mejor. ¿Ven esto de aquí? ¿Este parche húmedo de madera que está sobre estas tablas? Lo he probado. Si haces la fuerza suficiente, se rompe en pedazos. Un par de buenos golpes y ya está.

Ah, no, dicen los extraterrestres mientras parpadean con furia. *Pero entonces tendrás un agujero en tu casita.*

Exactamente. Pero no es una casa, es un cobertizo. Entiéndanlo bien. Como sea, ese es el punto: puedo abrir un agujero de una patada y, después, ¿saben lo que puedo hacer? Treparé esas montañas en la oscuridad. Me quitaré las cadenas de alguna forma; no lo sé. Huiré y me esconderé hasta que no haya moros en la costa, hasta que esté a salvo. Y entonces… entonces…

La voz se le quiebra, la imagen apenas se forma. Él jadea en la oscuridad, las linternas se mueven en círculos detrás de él mientras atraviesa los arbustos. Avanza con apuro, con determinación, hacia… ¿qué? ¿Hacia dónde?

Entonces, ¿qué esperas?, dicen los extraterrestres, y ahora, de repente, ya no aparentan ser tan extraterrestres. Fruncen el ceño, entrecruzan los brazos, dan golpecitos con los pies sobre el suelo. Julisa bosteza de aburrimiento, Pollo mira con impaciencia por sobre el hombro. Él está de pie, en vano frente a la clase, los alumnos lo miran fijamente con incredulidad. ¿Por qué no ir ahora? Aplástales las cabezas; golpéalos en el estómago. Hazlo; ¡acciona!

Porque, dice. *Porque, porque, porque.* La mano le late, pero se esfuerza por no mirar. No hay necesidad de ver, no hay necesidad de saber. Y así, de repente, el cobertizo está silencioso y vacío. No hay nadie salvo él. Ni siquiera la luz de la linterna de César que brilla a través de las rajaduras. No hay imágenes de corridas, no hay una cámara que gira. Su mente está vacía, despejada. Un perfecto trozo de blanco.

Se despierta temprano con el sonido de un zumbido distante. ¿Helicópteros? ¿Aviones?

Esta vez es César quien está en la puerta. Chupa ruidosamente un chupetín de cereza, destraba la puerta retirando las cadenas con un solo movimiento rápido, eficiente.

—Prepárese —dice César mientras sostiene los eslabones sobre el brazo como si fuera la servilleta de un camarero.

—Nos vamos.

—¿A dónde? — La voz que dice las palabras suena como rasgada, como si perteneciera al monstruo de un cuento de hadas que habla por primera vez.

La cabeza de César hace un sutil movimiento, el costado de su cráneo se mueve hacia el oeste. Hacia las montañas.

—¿Marchamos?

—Sí.

—¿Por qué? — La voz todavía es rasgada, pero las palabras salen más claras ahora, con menos crudeza.

—¿Dónde está Julisa?

César se traza el contorno de la boca con el chupetín como si, en una ensoñación, se aplicara lápiz labial.

—¿Está... llegando el ejército?— ¿Es esa la palabra adecuada? ¿Cuánto tiempo hay que vivir en un lugar para aprender el idioma?

César frunce los labios, ya del insolente rojo brillante de una chica de dieciséis años, y señala con ellos en dirección a las montañas.

—Empaque, profe.

Le lleva menos de cinco minutos. Ropa, cobija, trapo con comida, velas. Deja la revista *Semana* y el catálogo de la computadora de 1990. Tiene cuidado de no mirarse la mano, la piel ya hinchada y endurecida que ha tomado la forma del sombrero de un hongo. No mira la picadura. La picadura no necesita que se la vea.

La mesa ya no está, así que se sienta sobre la mochila. La luz del sol hace que todo se vea hiperpigmentado, un fragmento sobresaturado de película fotográfica. No puede dejar de pestañear. César camina con brío de un lado para otro entre las tiendas de campaña llevando pilas de ropa arrugada y bolsas de plástico también arrugadas, que arroja al suelo. El sonido débil de un helicóptero zumba sobre sus cabezas de nuevo y se desvanece de a poco.

—Julisa —dice él con ese graznido áspero, cuando César surge desde adentro de una tienda, los brazos colmados de películas de Silvester Stallone —. ¿Dónde está?

—No se preocupe por eso, profe —dice César. Deja caer todos los DVD al mismo tiempo con un gran estrépito; los estuches se rompen y le rebotan cerca del pie. Parece complacido ante el ruido que hacen y aplaude como un niñito.

—No se preocupe —repite César mientras saca otro chupetín del bolsillo—. Esas cosas no le incumben.

Él no escucha. Se levanta balanceándose, vacilante. Mirando la pila de ropa que está sobre el suelo, mirando algo conocido. Algo que es suyo.

Texto original:
Excerpts from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

At breakfast, when Pollo brings him coffee he can't hold it back any longer: 'Why does Julisa hate me so much?' He waits for the exaggerated widening of the eyes, the emphatic voice of protest. *Hate you? She doesn't hate you,* profe! *We all take good care of you here! Why would you think that?*

But Pollo answers immediately, passing the mug to him: 'Well, she's just bored. She doesn't like it out here. But we have to stay because, well, you know.'

Pollo's fingers twiddle in his direction.

'Sorry,' he says. He holds the mug close to his chest. Presses it against his heart, trying to create warmth. Care- ful not to let the throbbing hand brush against his shirt. 'I'm sorry that Julisa is so . . . bored.'

'Profe,' Pollo says, and there's a sharpness to his voice that he hasn't heard before, an edginess that makes him want to stand very still. 'She's been out here since she was thirteen. Why wouldn't she be bored?'

He doesn't say anything. Pollo stands there a second longer, then quickly turns away, shutting the door tight behind him.

Rice and beans. Rice and a single canned sardine. Rice, sardine, and a boiled potato. Rice and lentils. Rice and boiled potatoes. Soup of sardines, pasta, and potatoes. Rice with sardines, pasta, and potatoes. Lentils.

They come for him out of the sky. Their spaceship slowly descends through the jungle canopy, glowing yellow like the most beautifully cut slice of lemon pie there ever was. A perfect wedge. He waves them in, signaling like an expert air-traffic controller. *Come in, just like that, there you go.* Orange-skinned, with red sores blooming all over his body, but smiling: the last survivor of a worldwide apocalypse, a desert-island castaway.

They cast their bluish-white searchlights over the camp- site, slowly illuminating one item at a time: the wooden picnic table, the hammocks, the tin cups, the black rub- ber boots with yellow bottoms, the packets of Frutiño strawberry juice powder, the Saltine cracker wrappers, the enormous blocks of unrefined *panela* sugar in plastic bags. They examine the rechargeable solar phone and the bat- tered black laptop with an incredulous sense of wonder. *Who were these creatures?* they ask, mandibles clicking, *and what were they doing with such an extensive collection of Sylvester Stallone DVDs?*

He gives them a tour of the shed. Four steps this way, five-and-a-half steps that way. He shows off his posses- sions: the blanket, the two candles, the black-ink pen (he doesn't mention the notebook, tries not to think of the riverbank). *Oh, how resourceful of you,* they say when he shows them the discarded rag he uses to store bits of potato for late-night snacks. *How very clever.* They express great interest in the 1990s computer manual, fishy eyes widening, waving their slimy tentacles around. *Oh my. How fascinating indeed.*

They try to share their own knowledge with him: their intricate experience of time travel, their ability to explore the depths of parallel universes and mirroring worlds. They show him a world where the green num- bers on his dashboard flick to 8:38 and he drives right on by the roadblock, ignoring the waving arms of the soldiers instead of pulling over. They show him a world where he wakes up on time, not hungover, and makes it to school via his usual route. A world where he took a job in Bogotá instead of Cali; where he never went to Colombia at all, chose Indonesia instead. He stayed in California; he never left. Instead of studying litera- ture he majored in business and accounting. His par- ents didn't drink; he never had anything to do with the foster-care system.

Stop, he has to eventually say. *Please.* He covers his eyes. He sings the first line of the Fleetwood Mac song over and over again, 'I Don't Want to Know,' as obstinate and stub- born as a little kid on a playground, until they're touching him urgently with their tentacles, begging him: *It's okay. We're sorry, we didn't realize, we shouldn't have. Please con- tinue to show us your world instead. Tell us: what's this?*

So he explains in great detail how everything works, making sure they understand. *This is the chain, and this is the lock. This is the way the lock clicks shut, and this is how the collar attaches around your neck. There are several things you can do with the links. You can drape them over your shoulder like a scarf, or wrap them around your neck like a turtleneck—be sure to leave yourself enough breathing room if you choose this option! The different places you can be chained to include the concrete block outside and . . . that's it. The concrete block is the only place.*

Yes, yes, the aliens say, sticky mouths falling open, furiously scanning everything they can with their photo- graphic telepathic eyeballs, downloading the images of the shed and its contents into their computer-sized brains.

Amazing, incredible.

I know. It gets better. See this here? This wet patch of wood on these boards? I've tested it. With enough force it ought to crumble to bits. A couple of good hard kicks, and that'll do it.

Oh my, the aliens say, blinking furiously. *But then you'll have a hole in your little house.*

Exactly. Except it's not a house, it's a shed. Make sure you get that right. Anyway, that's the point: I can kick open a hole, and then you know what I can do? I'll scramble up that mountainside in the dark. I'll get unchained somehow; I don't know. I'll run away and hide until the coast is clear, until it's safe. And then . . . then . . .

His voice falters, the picture barely forming. Him panting in the darkness, flashlights swirling behind him as he charges through the underbrush. Marching busily, purposefully, on his way to—what? Towards where?

Then what are you waiting for? the aliens say, and now all of a sudden they don't seem so alien-like anymore. Frowning, crossing their arms, tapping their feet against the ground. Julisa yawning in boredom, Pollo glancing impatiently over his shoulder. Him standing helplessly before the classroom, students staring at him incredulous- ly. *Why not go now? Smash them over their heads; punch them in the stomach. Do it; take action!*

Because, he says. *Because, because, because.* His hand throbs, but he forces himself not to look. There's no need to see—no need to know. And just like that, the shed is silent and empty. Nobody here but him. Not even the light of César's flashlight shining through the cracks. No racing pictures, no spinning camera. His mind is empty, uncluttered. A perfect wedge of blankness.

He wakes early to the sound of far-off buzzing. Helicop- ters? Planes?

It's César at the door this time. Slurping on a cherry- flavored lollipop, he unlocks the door, pulling the chains off in one brisk, efficient motion. 'Get ready,' César says, slinging the links over his arms like a waiter's napkin. 'We're going.'

'Going where?' The voice saying the words sounds rag- ged, like a fairy-tale monster speaking for the very first time.

César's head jerks slightly, the side of his skull nodding west. Towards the mountains.

'We're marching?' 'Yes.'

'Why?' The voice is still ragged but the words are com- ing through clearer now, less raw. 'Where's Julisa?'

César traces the outline of his mouth with the lollipop, as though dreamily applying lipstick.

'Is the army—arriving?' Is that the right word? How long did you have to live somewhere before you learned

the language?

César puckers his lips, now the saucy bright red of a sixteen-year-old girl, and points them towards the mountains. 'Pack up, *profe.*'

It takes him less than five minutes. Clothes, blanket,

food rag, candles. He leaves the *Semana* magazine and 1990s computer catalog. He is careful not to catch a glimpse of his hand, the skin now swollen and hardened into a shape like a mushroom cap. He doesn't look at the bite. The bite has no need to be looked at.

The table is gone, so he sits on top of his backpack. The sunlight makes everything look hyper-pigmented, an oversaturated piece of film. He can't stop blinking. César marches briskly back and forth between the tents, carrying out wrinkled stacks of clothing and crumpled plastic bags, dumping them on the ground. The faint sound of a helicopter buzzes overhead again and gradually fades.

'Julisa,' he says in that scratchy croak, when César emerges from a tent, his arms stacked with Sylvester Stallone films. 'Where is she?'

'Don't worry about it, *profe*,' César says. He lets the DVDs fall all at once with a giant clatter, the case lids breaking off and bouncing near his foot. He seems pleased by how much noise it makes, clapping his hands like a toddler. 'Don't worry,' César repeats, taking another lol- lipop out of his pocket. 'These things don't concern you.' He's not listening. He's rising to his feet, swaying unsteadily. Staring at the pile of clothes on the ground, at something familiar. Something that's his.

Fragmento de *Lemon Pie*, de Julianne Pachico

Traducción de Alejandra Rogante y Federico Cristante

[...]

Quizá fue cuando vio a los soldados parados a un costado del camino, con sus uniformes a rayas atigradas y sus M16 haciéndose visibles a medida que se acercaba.

O quizás fue cuando obedeció las señas que le hicieron con los brazos y se detuvo, o cuando vio sus pañoletas y notó el pelo de un soldado, unas rastas negras y grasosas que le llegaban hasta los hombros.

O cuando el soldado se le inclinó al lado de la ventanilla, y le indicó con el fusil que parara detrás del camión, y él le vio la palabra "EJÉRCITO" pintada con esténcil en letras negras y toscas (peores que las escritas por un niño) arriba del bolsillo de la camisa.

Las botas negras de goma. Las gorras a lo Fidel Castro. La forma en que se pasaban entre sí su tarjeta de identificación de la escuela, hablando tan rápido que en su español solo pudo entender una palabra: *gringo*. Ir dándose cuenta de que no, en realidad, esos no eran soldados del ejército colombiano. Eran otra cosa.

Y ahora abre los ojos, parpadea en la luz tenue del sol, el verdor del musgo y de las hojas y de los helechos envolviéndolo con la densidad de una niebla, y ya que medio la cagó, bien podría cagarla por completo. Deja que la mirada baje hasta el reloj negro de plástico que lleva puesto.

Ni siquiera diez minutos.

La cena es arroz, lentejas y papas fritas blandas. Julisa no le trae ni café ni chocolate para tomar, y cuando él le pide, ella solo dice "No".

—¿Se nos acabaron?

—No.

—¿Entonces por qué...?

Se queda sin energía a mitad de la pregunta, deja que su voz tenga una muerte abrupta, como si la hubiera alcanzado la bala de un francotirador. En el aire se siente un aroma leve a pescado frito, y si acaso Julisa diera un paso más y se acercara a la luz fluctuante de la vela, él está seguro de que le vería la grasa alrededor de la boca, las espinas delgadas entre los dientes, la mancha oscura de los restos de café en la lengua.

—Porque yo lo digo, profe —dice Julisa, mientras le saca el plato. Se va y la brillantina de la gomita que tiene en el pelo centellea a la luz de la vela.

Se vuelve hacia el Pollo.

—¿Alguna novedad hoy? —le pregunta.

—No. —El Pollo come de parado, con el plato cerca de la boca, embuchando rápido —. Mañana, profe.

—Ayer dijiste hoy.

—Mañana. Tendremos novedades mañana.

—¿Por qué el cambio?

—¿Quién sabe? —La mandíbula del Pollo hace un movimiento descolocado, como si estuviera tragando una goma de mascar enorme.

Un recuerdo al azar se le cruza por los ojos, una escena en cámara lenta, un *flashback* cinematográfico: esa chica mirándolo con malicia, pegando una bola enorme de goma de mascar rosa chillón debajo de su banco. Primera fila, tercer banco. La cabeza hacia atrás, el pelo cayéndole por la espalda como una cascada, el castaño volviéndose rubio si la luz del sol le da en el ángulo correcto. ¿Cómo era que se llamaba? ¿No sé cuánto Lansky? ¿Qué le pasó?, ¿adónde se fue?

—¿Y las órdenes llegarán pronto? —dice, en voz bien alta para ahuyentar la imagen —. ¿Del comandante?

—Vaya a saber. —El Pollo sorbe las últimas lentejas de su plato —. Igualmente, todo va a estar mejor a mitad del año que viene, profe. Los caminos y senderos van a estar despejados. Va a ser más fácil soltarlo en ese momento.

Mitad de 2009. En dos días es Halloween de 2008. En Halloween van a ser exactamente cinco años, ocho meses, tres semanas.

Julisa vuelve con el candado. Su acné está más abultado que nunca, unos granos furiosos e hinchados debajo de la piel.

—¿Cómo? ¿Tan temprano?

—Órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Órdenes.

—¿De quién? ¿Tuyas?

—Ya le dije —dice ella, la voz aún apagada—. Son órdenes.

Él se rasca las picaduras de la muñeca.

—Bueno, primero tengo que ir a la letrina.

—No.

—¿Por qué? *¿Porque yo lo digo?* —Él le imita la voz, lo más agudo y cruel que puede, desagradable como un grupo de chicas chismoseando en un baño. Julisa no dice nada, se queda ahí parada, sosteniendo el candado. Él aprieta los puños, no quiere que le tiemblen las manos.

Ya dentro de la choza, escucha el tintineo de la cadena de acero mientras Julisa la enrolla alrededor del picaporte. Cae en la cuenta como si cayera en un pozo. Finalmente ha sucedido.

El día de hoy—cinco años, ocho meses, dos semanas y cinco días—ha llegado oficialmente a su fin.

Mañana, al igual que ayer —y antes de ayer, y el día antes de ayer—no empezará por horas. Y horas. Y horas.

—*No parece, es, señora; yo no sé parecer* —dice. Los alumnos escuchan respetuosos; a la distancia, César tose con catarro. Que anoche lo hayan encerrado temprano le dio todavía más tiempo para garabatear citas en su cuaderno. Originalmente, el debate de hoy se iba a enfocar en el fantasma ("¿Real o imaginario? ¿Del Cielo o del Infierno? ¡Empiecen!"), pero está bien, ya llegarán a eso. Tienen tiempo.

—*Estas, ciertamente, parecen* —dice. Se pasa la mano por su barba pelirroja, con un leve sonido áspero—. *Puesto que son acciones que un hombre puede efectuar; pero llevo eso en mi interior, que trasciende lo visible; no son más que el boato y las súplicas de la desgracia.*

Los alumnos aplauden, y él hace una pequeña reverencia.

—Entonces —dice —, ¿qué pensamos de la relación de Hamlet con Claudio?

La hoja amarilla opina tentativamente que es interesante que sea Gertrudis a quien Hamlet hace caso, y no Claudio, cuando finalmente acepta quedarse en Dinamarca en lugar de irse para estudiar en la universidad. (¿Adónde

era que iba a ir Hamlet? Gira rápidamente la cabeza para fijarse en el cuaderno que tiene a su espalda, sobre el pasto: Wittenberg).

—Buen punto —dice —. Observen la inquietud de Hamlet respecto de las apariencias versus la realidad. Esto nos dice mucho acerca de su relación con Claudio. *Que uno puede sonreír y sonreír, y ser un villano.* — Se rasca la mano, siente algo mojado. Sale líquido transparente del centro de una de las picaduras; se ha agrandado, tiene el tamaño de una moneda de cincuenta pesos. ¿Esas tenían el mismo tamaño que las monedas de cinco centavos de dólar? ¿Qué tamaño tenían las monedas de cinco centavos? Deja caer la mano, que cuelga contra su pierna.

—*Oh, si siquiera mi carne tan sólida se derritiera hasta convertirse en rocío* —le dice al atónito helecho, que estuvo intentando contener la carcajada toda la mañana y que probablemente ande de risitas con las ramitas durante la hora del almuerzo. Él sigue, la voz firme—: ¡Qué pesados, marchitos, sosos e inútiles se me antojan el mundo y sus haceres! ¡Al demonio con él! ¡Al demonio! ¡Es un jardín descuidado, echado a perder! — Hace una nota mental de reacomodar los escritorios: el helecho y las ramitas están haciendo demasiada camarilla, sentándose juntos todo el tiempo. Va a ser positivo reorganizar un poco las cosas, hacerlos interactuar con distintos grupos sociales. Mantenerlos alerta.

—Presten atención —les dice con severidad a las piedras del río, que se están distrayendo con un escarabajo negro y brillante que se arrastra por la arena— a las temáticas del hedor y la repugnancia. Ese tipo de lenguaje va a surgir una y otra vez. Cosas pudriéndose, en mal estado. *Hay algo podrido en el reino de Dinamarca*. Algunos de ustedes quizás quieran tenerlo en cuenta como posible tema de ensayo. Sí, va a haber ensayos —dice levantando la voz por sobre el coro de lamentos de las hojas, inevitablemente las más inclinadas a quejarse —. Ya tocaremos el tema la clase que viene. ¿Alguna otra pregunta?

Se queda ahí parado. Esperando. Pero ahora nadie tiene nada que decir. Incluso las ramas por encima de él guardan silencio, apenas moviéndose en la brisa tenue.

En momentos como este, es difícil no alejar un poco la cámara, observar cómo se ve realmente. Una fila de palitos y piedras en el suelo. Ramitas, hojas, minuciosamente acomodadas para que parezcan prolijas y ordenadas. Un hombre desahuciado, con manchas blancas en las uñas, dientes frágiles, pómulos hundidos como marcas de dedos en arcilla. Caminando a un costado del río, sacudiendo los brazos, despotricando y divagando a la nada.

Una persona podría pensar que algo anda mal, si ve a alguien comportarse de esa manera. Una persona podría incluso preocuparse.

—Muy bien —dice en voz alta, y esta vez se hace difícil evitar que le tiemble la voz —. Que tengan un exquisito almuerzo.

El almuerzo es arroz y lentejas con sorpresa: pedazo largo y nudoso de mondongo frito. Justo cuando él lleva el tenedor hacia la boca, el Pollo dice de repente:

—Nos iremos pronto.

Él mira el dorso de sus manos. Las picaduras de insectos siguen patrones como Pangea, separándose de a poco y formando distintos continentes. Uno parece un blanco de tiro, y tiene una lonja minúscula de piel en carne viva en su centro, de un rojo chillón y brilloso.

El Pollo aún sigue hablando.

—Es cierto. Al campamento principal, en Meta. Órdenes del mismísimo comandante.

Notas de los traductores

- ¿Bandana? No lo encontré en diccionarios de uso.
- Lo del idioma no figura explícito en el original.
- O "Ya que medio la cagó, bien podría cagarla por completo".
- La cuchara no figura en el original, pero "paleando" no es suficiente para dejar clara la imagen.
- El original habla de estaciones, me pareció más natural no usarlas.
- Le cae la ficha como un ladrillazo en la nuca.
- ¿Rasposo?
- Especificar lo de los ojos bien abiertos me dejaba una oración kilométrica.
- No es exactamente "not being right", pero no me quedaba natural ponerlo de esa manera.

Texto original:
Excerpts from *Lemon Pie*, by Julianne Pachico

Maybe it was when he saw the soldiers standing on the side of the road, their tiger-striped fatigues and M16s slowly coming into view as he approached.

Or maybe it was when he obeyed their waving arms and pulled over, saw their knotted bandannas, noticed the way one soldier's hair fell to his shoulders in black greasy locks.

Or when the soldier leaned in close to the window, motioning with his rifle for him to pull up behind their truck, and he saw the word *EJÉRCITO* stenciled in clumsy black letters (worse than a child's handwriting) above the soldier's shirt pocket.

The black rubber boots. The Fidel Castro hats. The way they passed his school ID card back and forth among themselves, chattering so rapidly that he only caught one word: *gringo.* His slow realization that no, actually, these were not soldiers from the Colombian army. That they were part of something else.

And now he's opening his eyes, blinking in the dim sunlight, the greenness of the moss and leaves and ferns closing in around him with the density of a fog, and because he's fucked it up this much, he might as well fuck it up even more. He lets his eyes drift down to the black plastic watch on his wrist.

Not even ten minutes.

Dinner is rice, lentils, and soggy fried potatoes. Julisa doesn't bring him any chocolate or coffee to drink, and when he asks her if he can have some, she just says, 'No.'

'Did we run out?'

'No.'

'Then why . . .'

He loses energy mid-sentence, lets his voice die an abrupt death, as if by sniper fire. Somewhere in the air is the faint scent of fried fish, and if only Julisa were to take a step forward, stand closer to the flickering candle, he bets he would see it: smears of grease around her mouth, thin slivers of bone stuck between her front teeth, the dark stain of coffee dregs on her tongue.

'Because I said so, *profe*,' Julisa says, reaching for his plate. Her glittery hairband sparkles in the candlelight as she walks away.

He turns towards Pollo. 'Any news today?' he asks. 'No.' Pollo is eating while standing, holding the plate close to his lips, rapidly shoveling in the food. 'Tomor- row, *profe.*'

'Yesterday you said today.'

'Tomorrow. We'll have news tomorrow.' 'Why the change?'

'Who knows?' Pollo's jaw makes a twisted motion, as though swallowing an enormous piece of gum. A random memory swims across his eyes, a slow-motion cinematic flashback sequence: that one girl slyly looking at him, sticking a huge wad of bright-pink gum under her desk. First row, third desk. Head tilted back, hair streaming down her back like a waterfall, brown turning to blond if the sunlight hit it the right way. What was her name again? Something Lansky? What happened to her; where did she go?

'Do you think orders will come soon?' he says, speaking loud enough to chase the image away. 'From *el*

comandante?'

'Who knows?' Pollo slurps up the last of his lentils. 'It'll be better in summer next year anyway, *profe*. The roads and trails will be clear. It'll be easier to release you then.'

Summer 2009. In two days, it'll be Halloween 2008. Halloween will be five years, eight months, three weeks exactly.

Julisa reappears, carrying the padlock. Her acne looks puffier than ever, angry and swollen beneath her skin.

'What?' he says. 'So early?' 'Orders.'

'What orders?' 'Just orders.' 'From who? You?'

'I already said,' she says, voice still flat. 'They're orders.'

He scratches the bites on his wrist. 'Well, I have to go to the latrine first.'

'No.'

'Why? *Because I said so?* ' He mimics her voice, as high- pitched and mean-sounding as he can make it, as nasty as a group of girls gossiping in a bathroom stall. Julisa doesn't say anything, just keeps standing there, holding the padlock. Clenching his fists is a good way to stop his hands from trembling.

Inside the hut, as he listens to the clinking sounds of Julisa outside looping the steel chain around the door handle. It hits him like a sharp intake of breath. It's finally happened.

Today—five years, eight months, two weeks, and five days—is officially over.

Tomorrow, just like yesterday—and the day before that—and the day before that—won't begin yet for hours. And hours. And hours.

'*Seems, madam!* ' he says, '*nay, it is; I know not seems.*' The students listen respectfully, while in the distance César lets out a loud phlegmy cough. Getting locked up early last night meant he had even more time to scrawl down quotes in his notebook. Discussion today was originally supposed to focus on the ghost ('Real or imaginary? From Heaven or Hell? Go!'), but it's fine, they'll get to it soon enough. They've got time.

'*These, indeed, seem,*' he says. He rubs his sienna-colored beard, making a dull rasping sound. '*For they are actions that a man might play; but I have that within, which passeth show; these, but the trappings and the suits of woe.*'

The students applaud, and he gives a modest half-bow. 'So,' he says. 'What do we think about Hamlet's relationship with Claudius?'

The yellow leaf tentatively says it's interesting how it's Gertrude that Hamlet listens to, not Claudius, when he finally concedes to staying in Denmark instead of going away to college. (Where was Hamlet going again? He quickly twists his head around, consulting the notebook on the grass behind him: Wittenberg.) 'Good point,' he says. 'Notice Hamlet's concern with appearances ver- sus reality. This says a lot about his relationship with

Claudius. *That one may smile, and smile, and be a villain!* ' He scratches his hand, feels something wet. One of the bites is leaking clear liquid from the center—it's gotten bigger, now the size of a 50-peso coin. Was that the same size as a nickel? How big were nickels again? He lets his hand fall, flopping towards his leg.

'*O that this too solid flesh would melt, thaw and resolve itself into a dew,*' he says to the wide-eyed fern, who's been trying to hold back laughter all morning and will likely giggle later with the twigs during lunch break. He keeps going, voice steady: '*How weary, stale, flat and unprofitable seem to me all the uses of this world! Fie on't! O fie! 'tis an unweeded garden that grows to seed.*' He makes a mental note to rearrange the desks: the fern and twigs are getting too cliquey

anyway, sitting next to each other all the time like that. It'll be good to shake things up a bit, make them interact with different social groups. Keep them on their toes.

'Pay attention,' he says sharply to the river stones, who are getting distracted by a shiny black beetle crawl- ing across the sand, 'to the motifs of rank and grossness. This kind of language will keep popping up again and again. Things rotting, not being right. *Something is rot- ten in the state of Denmark.* Some of you might even want to consider it as a potential essay topic. Yes, there will be essays,' he says, voice rising over the chorus of moans from the leaves, who are inevitably the most inclined to complain. 'We'll get to those next class. Any other questions?'

He stands there. Waiting. But nobody has anything to say this time. Even the branches overhead are silent, bare- ly rustling in the faintest of breezes.

At times like this, it's hard not to let the camera zoom out, see what it really looks like. A row of sticks and stones on the ground. Twigs, leaves, painstakingly arranged to look neat and ordered. An emaciated man, white spots on his nails, brittle teeth, sunken cheekbones like thumb- prints in clay. Pacing by the river, waving his arms around, ranting and rambling to thin air.

A person might think that there was something wrong, seeing somebody behave like that. A person might even be worried.

'All right then,' he says loudly, and this time it's hard to keep his voice from trembling. 'Have a great lunch.'

Lunch is rice and lentils with a surprise: a long, stringy piece of fried tripe. As he raises the fork towards his mouth, Pollo abruptly says, 'We'll be leaving soon.'

He looks down at the backs of his hands. The insect bites are in patterns like Pangaea, slowly splitting apart into separate continents. One has a tiny sliver of raw, exposed skin in the bull's-eye center, bright red and shiny. Pollo's still talking. 'It's true. To the main camp in

Meta. Orders from *el comandante* himself.'

Fragmento de *Aquel viento en la plaza*, de Laura Erber (Primera parte)

Traducción de María Eugenia Krauss, Diana Calfa y Valentina Ríos

No fui por los tratamientos dentales, ni por la danza gitana, ni por la *tuică* ni por el Castillo de Bran. Tampoco fui a cobrar deudas hereditarias, a hacer búsquedas genealógicas ni a comprar raros ejemplares de la vanguardia literaria rumana. No me interesaba la brisa que peina el Dâmboviţa, el canto nocturno del *strigoi* o la vida salvaje del Delta del Danubio. Tampoco fui para olvidar un amor perdido o seguir mis propios rastros. Fui porque me lo pidieron, y conocí a Martina. Los cabellos más perfumados del Este, los caravaggiescos cabellos de Martina Ptyx. Ellos me perturbaron y me atrajeron como una invitación a la unión de los cuerpos. ¿Fetiche? Sí, también. Pero nada de eso importa ahora, ni importó tanto en aquellos días. Fui a Bucarest tras las cajas de Neagu, conocí a Martina y regresé con las cosas del viejo Stefan.

Murió el jueves pasado a los 66 años, el artista de origen rumano Paul Neagu, que vivía en Holloway, al norte de Londres. Había nacido en Bucarest en 1938 y se mudó a la capital británica en los años setenta. Fanático del ciclismo, del yoga y de la natación, a Neagu le gustaba exhibir su envidiable estado físico en extenuantes perfomances a las que bautizó "ritos posapocalípticos". Sin embargo, en sus últimos años de vida enfrentó varios problemas de salud, agravados por el excesivo consumo de café y cigarrillo sin filtro. En 1989 su hermana le donó un riñón. Era obstinado y persistente; cuanto más se expandían las dolencias, más monumentales eran sus esculturas.

Influenciado por Victor Brancusi –y quizá también por su padre, un zapatero especializado en calzados femeninos– abandonó la pintura para dedicarse a las formas tridimensionales. Neagu unió su interés por las formas simbólicas a una fuerte intuición filosófica. En la famosa serie de esculturas *Hífen*, representó la trinidad geométrica formada por triángulo, cuadrado y círculo espiralado. Estudió en profundidad la geometría sagrada, al punto de creer que las formas básicas determinan todos los aspectos de la vida, incluso la imaginación y los actos creativos.

En 1969 conoció a Richard Demarco, que le presentó a Tadeuz Kantor y a Joseph Beuys, quien luego se volvió un gran amigo. Para sobrevivir en Londres, daba clases en varias escuelas de arte (Horsney, The Slade, Chelsea y Royal College of Art). Artistas como Antony Gormley, Anish Kapoor y Rachel Whiteread asistieron a sus cursos.

En 2001 un derrame comprometió su habla, pero de todas formas continuó trabajando y no dejó de comunicar sus ideas. En 2003 la Tate realizó una muestra para conmemorar la adquisición de una parte importante de su obra. Se lo vio por última vez la noche de la apertura con un lienzo de seda tornasolada.

Cuando mi padre entró en coma, el señor Bernard Marmonier me contactó inmediatamente. Nos reunimos por casi dos horas, tiempo suficiente para venderle los laboratorios de champú que mi padre había imaginado cincuenta años atrás. Marmonier se transformaba así en el rey de los champús alisantes, antiondas, antirrulos y antifrizz. Yo no tenía ninguna intención de administrar ese monstruo. Los Marmonier estaban en el negocio de los cabellos hacía más de un siglo. Monsier Bernard era sobrino nieto del doctor Marmonier de Marseille, miembro emérito de la Sociedad Real de Dermatología y Sifilografía, autor del primer manual europeo de higiene capilar *Soins de propreté et hygidsène de la cheveleure.*

Celebré la venta con mi vecino de al lado, Nick, que vivía solo con una perra *poodle*. Siempre que surgía algo importante que festejar o lamentar, buscaba su compañía. Al final de la noche, la perra de Nick tuvo un ataque de epilepsia. Volví a casa pero no pude dormir. Encendí el televisor con la esperanza de conjurar la imagen de aquella mascota de algodón largando espuma y arrastrándose por la alfombra. Tuve la sensación de que algo terrible o sorprendente estaba a punto de ocurrir.

Cambié de nombre, me convertí en artista y me hice famoso como Phillip Honneysuckle. Con ese nombre robado realicé obras de las que hoy me avergüenzo un poco. Ese nombre había pertenecido a uno de los cuatro miembros del Generative Art Group, un grupo ficticio creado por Paul Neagu en 1972 y del que también formaban parte Husney Belmood, Anton Padiola y el propio Neagu.

Algunos críticos consideran que esos nombres ficticios le dieron a Neagu un margen de libertad creativa. Así fue que, después de consagrado, logró lanzarse a nuevos lenguajes sin tener que enfrentar la resistencia demencial y la desconfianza pueblerina de los críticos ingleses.

"Mi" Honneysuckle hacía objetos de papel plegado –"pobres origamis de un pobre joven esforzado", decía Nick— que fluctuaban sin cesar gracias a la acción de ventiladores súper potentes (microturbinas adaptadas). Después de algunos años de viajes y premios decidí dar por finalizada la carrera de Honneysuckle. En esa misma época me encontré con un amigo de la infancia recién contratado por la Tate Modern, aunque su verdadera pasión fueran las alfombras caucásicas del siglo XVI y su mayor deseo, envenenar al director de la sección de tapicería del Victoria and Albert Museum e instalarse allí con sus habanos hasta el fin de los tiempos. Lo único que yo sabía sobre el Cáucaso, además de los genocidios, lo había escuchado en una canción de Loreena McKennit que hablaba de una cabalgata nocturna entre relámpagos, árboles silenciosos y luna. Él me explicó que Cáucaso en ruso se dice *Kaykaz*, en turco se dice *Kafkas*, y que en el lugar donde Zeus encadenó a Prometeo existe hoy una enorme cantera de metales no ferrosos. Creía que los antiguos sabían y desconfiaban de la existencia de alguna materia poderosa en ese lugar. "Kafka habla de una versión de la leyenda en la que Prometeo, después de sufrir mucho por los picotazos de las águilas, se contrae tanto que se transforma en roca". Mi amigo también tenía teorías sobre el mercado del arte. Decía que el dinero iba a migrar, incluso ya había migrado, a los deportes, que él mismo tenía dos amigos millonarios que ahora preferían invertir su fortuna en pases de jugadores latinoamericanos. Cerca de las once se puso sentimental, habló de su divorcio litigioso, del tratamiento psiquiátrico de la hija, de rocambolescas historias de su ex mujer que, cada tanto, amenazaba con un suicidio a la Puccini. Con una voz cada vez más blanda y entrecortada, terminó la noche exaltando las colecciones públicas de arte contemporáneo. Finalmente, brindamos a la salud de los hombres y de los niños y nos despedimos. Dormí y soñé con una mujer que me pedía la hora con un hilo de sangre entre los dientes.

Una semana después recibí un llamado del mismo amigo, que quería saber si aceptaría trabajar en las nuevas colecciones de la Tate. "Necesitamos gente discreta que sepa viajar sin grandes lujos y que conozca los esquemas de compraventa de los países poscomunistas". Yo no conocía los esquemas, pero la idea de viajar rumbo al Este en un momento en que nada me ataba a nada o a nadie o a ningún lugar era ideal. Pagaban bien e imponían plazos razonables. Firmé el contrato y enseguida me enviaron a Bucarest para comprar obras censuradas de Paul Neagu. "El año que viene haremos la exposición *Este desconocido*. Fuentes confiables aseguran que todavía hay en Bucarest muchas obras producidas por Neagu entre los años cincuenta y sesenta. Están en manos de ex colegas, ex novias y parientes. Probablemente gente sencilla que tiene poca o ninguna relación con el ambiente artístico". Sugirieron que antes de partir me encontrara con Paul Overy, autor de un breve estudio sobre la trayectoria artística de Neagu. Tras varias tentativas frustradas, Overy me pasó el contacto de un hombre llamado Stefan Ptyx. "Escríbele de parte mía,

él se debe acordar".

El hombre con quien debía encontrarme me esperaba a las nueve de la mañana en la entrada del Teatro Nacional de Bucarest, una mole sin gracia, construida sobre las ruinas del antiguo teatro bombardeado por los alemanes en el año 44. Mientras esperaba apareció una joven de vasta cabellera color vino. Gusté inmediatamente de sus orejitas. Me extendió la mano y dijo que había venido por pedido del señor Paul Overy. Se presentó como Martina Ptyx y, en un inglés bastante correcto, dijo que su padre, Stefan Ptyx, infelizmente estaba muy débil y enfermo para dejar el pueblo donde vivían, a unos cincuenta kilómetros de Bucarest. Dijo también que si yo quería podíamos ir juntos hasta allá. Yo pernoctaría en la casa de una vecina o, de preferirlo, volvería en el último tren.

Tomamos un tren lleno de viejos campesinos curtidos, creo que tardamos más de dos horas en llegar al pueblo. Durante el viaje pregunté si le interesaba el arte. Respondió que sí, pero que no tenía nada inteligente o interesante que decir sobre ese tema; el padre sí, el padre tenía muchas opiniones, lástima que ahora estaba enfermo y no articulaba muy bien. Decidí no hacer más preguntas. El tren frenó de repente, bajamos en medio del campo y seguimos por un camino que bordeaba una plantación de remolachas.

Había un extraño magnetismo en aquella joven, y no era belleza, o no era solo belleza. Parecía salida de una novela de Franz Hellens; como si en cualquier momento pudiera ponerse a bailar en medio de las remolachas, entonces los agricultores formarían un coro en círculo y la realidad se transformaría en un show de Diamantina Galás dirigido por Lars Von Trier. Por la devoción con la que los vecinos la saludaban, entendí que no era solo yo, el pueblo estaba bajo el mismo extraño hechizo. ¿Cómo esos cabellos habían sobrevivido a los champús de Ceaușescu? ¿Qué hacía aquella joven en su tiempo libre? Si es que tenía tiempo libre. Por lo que me había dado a entender, pasaba noche y día protegiendo a su padre de los accidentes domésticos, culpa del síndrome atípico cuyo nombre ella no sabía pronunciar. En lo demás, su historia era simple. La madre había muerto hacía varios años y desde entonces ella prefería vigilar al padre en vez de vigilar el crecimiento de las plantaciones. Le pregunté si en Bucarest no tendría más opciones, pero "la capital apesta" era un argumento difícil de refutar, incluso sin saber a qué olor se refería. Después de casi media hora de caminata, nos detuvimos frente a una casa de madera idéntica a todas las ocho casas de madera por las que habíamos pasado. El calor, el cansancio, la sed y el perfume que se desprendía de los cabellos de Martina me habían dejado en un estado mezcla de euforia y náusea, y ya ni recordaba lo que había ido a hacer a aquel fin del mundo.

Fragmento de *Aquel viento en la plaza*, de Laura Erber (Segunda parte)

Traducción de Mariana Mhel y Paula Auer

La casa de los Ptyx apestaba a gato. Una nube de moscas jugaba a despegar y a aterrizar en un plato de leche. Al fondo de la sala había algo inclinado sobre un escritorio y montañas de libros. Parecía una masa muerta, pero era un viejo. Nuestra llegada perturbó sobre todo la serenidad del hombre, que comenzó a mecerse y a refunfuñar en una agitación inútil. Martina intentó tranquilizarlo, le explicó quién era yo y de dónde venía. Era evidente que el viejo no estaba al tanto de mi visita o estaba demasiado senil para recordar. De repente, se levantó y vino hacia mí. Me extendió la mano, lo saludé; sin embargo, continuó saludando todo lo que encontraba a su paso por la sala: "Buenas tardes, mesa de madera; buenas tardes, candelabro; buenas tardes, lámpara; buenas tardes, moscas en el plato de leche; buenas tardes, plato de leche; buenas tardes, máquina de coser; buenas tardes, ventana; buenas tardes, cajitas de Neagu". Sobre un aparador había una colección de cajitas de papel y yeso, un *Hombre-pastel* y un *Antropocosmos (hombre de 23 pisos).* Las obras de Neagu no tenían gran impacto visual, pero valían por la fuerza metafórica; en cualquier caso, eran rastros materiales de una época, de una manera de comprender y de hacer arte.

Aunque solo hubiera visto a Paul Neagu una vez en la vida, y de lejos, el rostro del viejo Stefan Ptyx me hizo pensar en la posibilidad de un parentesco entre ellos. Martina trajo té y nos sentamos delante de la ventana que daba a una plantación de remolacha. Stefan Ptyx había retomado su posición inicial. Le pregunté a Martina qué estaba haciendo el viejo. Ella se acomodó y sacó un libro que se había perdido entre los almohadones. "Mi papá es un apasionado de Balzac. Es su obsesión desde la adolescencia, no, desde antes. Heredó sus libros de un tal Barthes que dirigía el Instituto de Cultura Francesa de Bucarest, poco antes de la llegada del comunismo. Mi papá hacía la limpieza en la biblioteca del Instituto. Decía que mi madre era Henriette de Mortsauf de Turnu Severin". Martina soltó una risotada. "¿Y qué está escribiendo?". "Reescribe". "¿Traduce?". "Se despierta, se sienta en ese rincón y se pasa los días copiando libros de Balzac". "¿Qué, citas?". "No, reescribe línea por línea, página por página, todas las páginas de cada uno de los libros, desde el primero, y pretende llegar al último, pero yo tengo miedo, no quiero que termine, ¿comprende?".

Observé a Stefan Ptyx, parecía feliz, sumergido por completo en el deleite de escribir, como si no hubiera nadie más en la sala o como si una entidad arcaica o un fantasma peligroso lo obligara a diseñar cada letra de cada palabra de cada frase.

Un artista canadiense se encerró durante varios meses en una galería para transcribir delante del público todos los libros del siglo pasado que tuvieran un personaje escriba. Un artista brasileño pasó un año echado en una hamaca leyendo *En busca del tiempo perdido* frente a una cámara. Las grabaciones se proyectaron íntegramente sobre la fachada de la antigua casa de Proust en Illiers-Combray. Sin embargo, aquel viejo Ptyx, sin ambiciones aparentes más allá del placer alienante de copiar a mano las palabras impresas de su autor favorito, me pareció algo de una fuerza muy superior. "¿Qué escribes, papá?". "Gobseck, Martina, Gobseck". Martina soltó otra risa y sentí que los dos intercambiaban confidencias con la mirada.

Tal vez fuera un teatro exótico especialmente preparado para visitantes idiotas como yo. Tal vez esas cajas no fueran las "verdaderas" cajas de Neagu, tal vez el viejo no estaba loco ni enfermo, tal vez esa no fuera la casa donde vivían, tal vez no fueran padre e hija, tal vez no se llamaran Martina y Stefan. ¿Ptyx? Un apellido demasiado poético

para ser real.

Intenté averiguar un poco más sobre la obsesión del viejo, pero Martina no quería o no sabía entrar en detalles. Sólo me dijo que el viejo hacía eso todos los días desde antes del diagnóstico y que los médicos lo incentivaban, les parecía que era una buena ocupación. Tocaron a la puerta, y una voz femenina cuchicheó algo inaudible. Las moscas se habían mudado del borde del plato a la cabeza del *Hombre-pastel*. Martina cerró la puerta y regresó con dos porciones de papanasi. "No sé mucho, pero sé que tiene que ver con nombres de personas que conoció hace muchos años en Pitesti. Probablemente, usted nunca haya oído hablar de ese lugar. Es una ciudad al noroeste de aquí, donde se encuentran el Arges y el Doamnei. Quienes van a Pitesti visitan el dique de Vidraru, en las montañas de ahí cerca; es un lugar bonito, debería usted ir. En lo alto del dique hay una escultura de Constantin Popovici, un monumento a la electricidad, un Prometeo de brazos extendidos, que a usted le gustaría". Entendí que prefería cambiar de tema. "Lamentablemente, mi estancia aquí es muy breve. Quizá sería bueno conversar con su padre sobre las obras de Paul Neagu que tiene guardadas". Miré hacia el aparador. Las cajas ni siquiera tenían mucho encanto. ¿Perseguir los últimos ejemplares de la vanguardia en casuchas sucias del este europeo no era el colmo del fetichismo? Sin embargo, aquel Stefan Ptyx, el modo como se inclinaba sobre la mesa, la caligrafía de monje benedictino, la sonrisa hacia la nada por nada cada vez que llegaba al final de una página era hipnótico y sencillo, y yo no quería que terminara. Decidí pernoctar en el pueblo.

La muchacha que trajo los papanasi se llamaba Dimitra y vivía en compañía de una tía y de su hermano retrasado, Emeric. Las dos mujeres me hospedaron sin mucha amabilidad. El chico jugaba con un balero y de vez en cuando me miraba y sonreía como si nos conociéramos de toda la vida. Dormí en un cuartito sin ventana, pero con una abertura en el techo, cubierta con un plástico sucio. Tuve una noche de sueño sin sueños y desperté con el taca taca del balero. Dimitra me llevó de vuelta a la casa de los Ptyx. Martina estaba en la cocina con un vestido blanco de puños de encaje. El viejo Stefan llenaba un plato de leche, las moscas, entusiasmadas, volvían a circular. Noté que las obras de Neagu ya no estaban en el aparador; en su lugar, había miniaturas del horóscopo chino. Martina me entregó una bolsa de plástico con todos los objetos de Neagu que tenían en la casa. Me cobró el equivalente a 300 libras. Le pagué 400 y le dejé mi contacto para que, si un día iba a Londres, me buscara. Me pidió que nunca, bajo ninguna circunstancia, le dijera algo a su padre sobre la venta de aquellas "cosas". Le pregunté si les podía enviar el catálogo de la exposición, que incluiría fotos de las cajas. Prefería no recibirlo, pero dijo que si le quisiera hacer un regalo, si tuviera tiempo, si no fuera molestia, le encantaría recibir un libro de Paulo Coelho. "Cualquier título menos *Brida*", que había leído con entusiasmo en la primavera. Quise despedirme del viejo Stefan, pero se había retirado a su habitación. Martina me acompañó a la calle y me indicó el lugar donde paraba el tren.

El tren de regreso parecía más nuevo que el del día anterior. Me hundí en la butaca y me dejé hipnotizar por el paisaje en movimiento. Sentí el cabello grasoso en la nuca, pensé en Bernard y en las fórmulas infalibles. Pensé en la extraña fertilidad de los enanos, pensé en Nick limpiando la alfombra antes de dormir. Recordé a mi padre delirando con mariposas en el techo del hospital en sus últimos días, recordé el adiós fúnebre y al sacerdote que no dejaba de toser. Recordé las moscas en la casa de los Ptyx y la historia del Prometeo contraído. Y, por un segundo, todo tenía tan poco sentido que sentí alivio. Ni el arte, ni los viajes, ni las pitonisas de Delfos, ni la constancia del luto, ni la opinión escandalosa, ni las manifestaciones divinas, ni la riqueza inmobiliaria y los metales pesados, ni el genio verdadero, ni el cálculo de placer, ni la niña mortal que lame una paleta a mi lado, nada de eso formaba una red real de significado. Nada garantizaba que la vida fuera más que una colección de hombres quebrados y novelas copiadas. Pensé en Paul Neagu haciendo objetos táctiles para los amigos que nunca más vería. Sería bueno volver a ver a Martina y saber si Stefan

Ptyx sufrió o sonrió al llegar a la última página de la *Comedia Humana.* Sería bueno volver a ver a Martina Ptyx aun sin motivo. Aunque Martina Ptyx no fuese Martina Ptyx. Aunque Martina Ptyx fuese una harpía, una bandida frustrada, una Amelia Sach sin corazón. "Hay que esperar el otoño para hacer el amor", ¿qué personaje diría una frase así?

Bajé en la Gard du Nord, donde un grupo de gitanas trató de leerme el futuro a gritos. La ciudad estaba cubierta por una polvareda azulada. Atravesé la plaza Unirio como si escalara el Fitz Roy. La bolsa estaba a punto de reventar y había tanto viento que era imposible mantener los ojos abiertos.

Texto original:
Aquele vento na praça, de Laura Erber

(Primera parte)

Não fui pelos tratamentos dentários, nem pela dança cigana, nem pela *tuică*, nem pelo Castelo de Bran. Também não fui cobrar dívidas hereditárias, fazer buscas genealógicas ou comprar exemplares raros de *avanguardea literarea romaneasca*. Não me interessava a brisa que alisa o Dambovita, o canto noturno do *strigoi* ou a vida selvagem no Delta do Danúbio. Também não fui para esquecer um amor perdido ou seguir rastros de mim mesmo. Fui porque outros me pediram e conheci Martina. Os cabelos mais perfumados do Leste, os caravaggiescos cabelos de Martina Ptyx. Eles me perturbaram e me atraíram como um convite de união anatômica. Fetiche? Também. Mas nada disso importa muito agora, nem importou tanto assim naqueles dias. Fui a Bucareste atrás das caixas de Neagu, conheci Martina e voltei com as coisas do velho Stefan.

Faleceu na última quinta-feira, aos 66 anos, o artista de origem romena Paul Neagu, morador de Holloway, norte de Londres. Nascido em Bucareste em 1938, mudou-se para a capital britânica nos anos setenta. Apaixonado por ciclismo, yoga e natação, Neagu gostava de exibir sua invejável forma física em extenuantes performances que havia batizado de *ritos pós-apocalípticos*. Apesar disso, nos últimos anos de vida enfrentou vários problemas de saúde, agravados pelo consumo exagerado de café e cigarro sem filtro. Em 1989 sua irmã lhe doou um rim. Era teimoso e persistente, quanto mais as doenças se alastravam, mais monumentais eram suas esculturas. Sob a influência de Victor Brancusi –e talvez também de seu pai, um sapateiro especializado em calçados femininos– desviou-se da pintura em direção às formas tridimensionais. Neagu aliou a pesquisa das formas simbólicas a uma forte intuição filosófica. Na famosa série de esculturas *Hífen*, representou a trindade geométrica formada por triângulo, quadrado e círculo espiralante. Estudou profundamente a geometria sagrada, a ponto de acreditar que as formas básicas determinam todos os aspectos da vida, incluindo a imaginação e os atos criativos. Em 1969 conheceu Richard Demarco, que o apresentou a Tadeuz Kantor e Joseph Beuys, de quem logo se tornou um grande amigo. Para sobreviver em Londres dava aula em várias escolas de arte (Horsney, The Slade, Chelsea, Royal College of Art), artistas como Antony Gormley, Anish Kapoor e Rachel Whiteread seguiram seus cursos. Em 2001 sofreu um derrame que comprometeu sua fala, mesmo assim continuou a trabalhar e a comunicar suas ideias. Em 2003 a Tate realizou uma mostra comemorando a aquisição de parte importante do seu espólio. Neagu foi visto pela última vez na noite de abertura com um lenço de seda furta-cor.

Quando meu pai entrou em coma fui imediatamente procurado pelo senhor Bernard Marmonier. Nos reunimos por quase duas horas, tempo suficiente para que eu lhe vendesse os laboratórios de shampoo que meu pai havia imaginado cinquenta anos antes. Marmonier tornava-se assim o imperador dos shampoos alisantes, antiondas, anticachos e antifrizz. Eu não tinha nem sombra de vontade de administrar aquele monstro. Os Marmonier estavam há mais de um século no negócio dos cabelos, Monsieur Bernard era sobrinho neto do Docteur Marmonier de Marseille, membro emérito da Sociedade Real de Dermatologia e Siphilografia, autor do primeiro manual europeu de higiene capilar, *Soins de propreté et hygiène de la cheveleure*. Comemorei a venda com meu vizinho de porta, o Nick, que morava sozinho com uma cadela poodle. Sempre que surgia algo importante a celebrar ou lamentar era a companhia dele que

eu buscava. No fim da noite a cadela de Nick teve um ataque epilético. Voltei pra casa mas não consegui dormir. Liguei a tevê na esperança de conjurar a imagem daquele bicho de algodão espumando e se arrastando pela carpete. Tive a sensação de que algo terrível ou surpreendente estava prestes a acontecer.

Mudei de nome, tornei-me artista, fiquei famoso como Phillip Honneysuckle. Com esse nome roubado realizei obras das quais hoje me envergonho um pouco. O nome tinha pertencido a um dos quatro membros do Generative Art Group, um grupo fictício criado por Paul Neagu em 1972 e do qual também faziam parte Husney Belmood, Anton Padiola e o próprio Neagu. Alguns críticos acreditam que essas assinaturas ficcionais deram a Neagu uma margem de liberdade criativa; assim, depois de consagrado ele conseguiu se lançar em novas linguagens sem ter de enfrentar a resistência demencial e a desconfiança caipira dos críticos ingleses.

O "meu" Honneysuckle fazia objetos de papel dobrado — "poveiros origamis de um poveiro rapaz esforçado", dizia Nick— que flutuavam sem cessar graças à ação de ventiladores superpotentes (microturbinas adaptadas). Depois de alguns anos de viagens e prêmios decidi dar por encerrada a carreira de Honneysuckle. Nessa mesma época topei com um amigo de infância recém-contratado pela Tate Modern, embora sua verdadeira paixão fossem os tapetes caucasianos do século XVI e o seu maior desejo, envenenar o diretor da seção de tapeçaria do Victoria and Albert Museum e lá se instalar com seus charutos até o fim dos tempos. A única coisa que eu sabia sobre o Cáucaso, além dos genocídios, vinha de uma canção de Loreena McKennit que falava de uma cavalgada noturna entre relâmpagos, árvores silenciosas e lua. Ele explicou que Cáucaso em russo se diz *Kavkaz*, em turco se diz Kafkas, e que no lugar onde Zeus acorrentou Prometeu existe hoje uma enorme jazida de metais não ferrosos. Ele acreditava que os antigos soubessem o desconfiassem da existência de alguma matéria poderosa naquele local. "Kafka fala de uma versão da lenda em que Prometeu, depois de muito agoniar por causa das bicadas das águias, se contrai tanto que se transforma em rocha". O amigo também tinha teorias sobre o mercado de arte. Dizia que o dinheiro ia migrar, aliás, já tinha migrado para os esportes, que ele mesmo tinha dois amigos milionários que agora preferiam injetar a fortuna em passes de jogadores latino-americanos. Lá pelas onze ele ficou sentimental, contou sobre o divórcio litigioso, o tratamento psiquiátrico da filha, rocambolescas histórias da ex-mulher que, de tempos em tempos, ameaçava um suicídio à la Puccini. Com uma voz cada vez mais mole e escandida ele fechou a noite exaltando as coleções públicas de arte contemporânea. Finalmente brindamos à saúde dos homens e das crianças e nos despedimos. Dormi e sonhei com uma mulher que me pedia as horas com filete de sangue entre os dentes.

Uma semana depois recebi um telefonema do mesmo amigo, querendo saber se eu toparia trabalhar nas novas coleções da Tate. "Precisamos de gente discreta que saiba viajar sem grandes luxos e que conheça os esquemas de compra e venda dos países pós-comunistas". Eu não conhecia os esquemas, mas a ideia de viajar rumo ao Leste num momento em que nada me prendia a nada ou a ninguém ou a lugar algum parecia ótima. Pagavam bem e impunham prazos razoáveis. Assinei o contrato e logo me enviaram a Bucareste para comprar obras censuradas de Paul Neagu. "Ano que vem faremos uma exposição *Leste desconhecido*. Fontes confiáveis garantem que ainda há em Bucareste muitas obras produzidas por Neagu entre os anos cinquenta e sessenta. Estão em mãos de ex-colegas, ex-namoradas e parentes. Provavelmente gente simples que tem pouca ou nenhuma relação com o meio de arte". Sugeriram que antes de partir eu me encontrasse com Paul Overy, autor de um pequeno estudo sobre a trajetória artística de Neagu. Depois de várias tentativas frustradas, Overy me passou o contato de um homem chamado Stefan Ptyx. Escreva em meu nome, ele deve se lembrar."

O homem com quem eu devia me encontrar me aguardava às nove da manhã na entrada do Teatro Nacional de Bucareste, um edifício sem graça e pesadão, construído sobre as ruínas do antigo teatro bombardeado pelos alemães em 44. Enquanto eu esperava surgiu uma jovem de vasta cabeleira cor de vinho. Gostei imediatamente das suas orelhinhas. Estendeu-me a mão e disse que tinha vindo a pedido do Senhor Paul Overy. Apresentou-se como Martina Ptyx e, num inglês bastante correto, disse que o pai, Stefan Ptyx, infelizmente estava muito fraco e doente para deixar o vilarejo em que viviam, a cerca de cinquenta quilômetros de Bucareste. Disse também que, caso eu desejasse, poderíamos ir até lá juntos. Eu pernoitaria na casa de uma vizinha ou, se preferisse, retornaria no último trem. Pegamos um trem cheio de velhos camponeses enrugados, acho que levamos mais de duas horas para chegar ao vilarejo. Durante a viagem perguntei se ela se interessava por arte. Respondeu que sim, mas que não tinha nada de inteligente ou interessante a dizer sobre o esse assunto, o pai sim, o pai tinha muitas opiniões, pena que agora estava doente e não articulava muito bem. Decidi não fazer mais perguntas. O trem freou de repente, descemos no meio do campo e seguimos por um caminho que ladeava uma plantação de beterrabas.

Havia um estranho magnetismo naquela moça, e não era beleza, ou não era só a beleza, ela parecia ter saído diretamente de uma novela de Franz Hellens. Como se a qualquer momento fosse começar a dançar no meio das beterrabas, os agricultores formariam um coro em círculo e a realidade se converteria na realidade de um show de Diamantina Galás dirigido por Lars Von Trier. Pela devoção com que os vizinhos a cumprimentavam, entendi que não era sou eu, o vilarejo estava sob o mesmo estranho feitiço. Como aqueles cabelos tinha sobrevivido ao shampoos de Ceaucescu? O que aquela moça fazer no seu tempo livre? Se é que havia tempo livre. Pelo que tinha dado a entender, passava noite e dia protegendo o pai dos acidentes domésticos, culpa da síndrome rara cujo nome ela não sabia pronunciar. No mais, sua história era simples. A mãe tinha morrido há vários anos e desde então ela preferia vigiar o pai a vigiar o crescimento das plantações. Perguntei se em Bucareste ela não teria opções, mas "a capital fede" era um argumento difícil de refutar, mesmo sem saber a que fedor se referia. Depois de quase meia hora de caminhada paramos diante de uma casa de madeira, idêntica a todas as oito casas de madeira pelas quais tínhamos passado. O calor, o cansaço, a sede e o perfume que se desprendia dos cabelos de Martina tinham me deixado num misto de euforia e náusea, eu já nem lembrava o que tinha ido fazer naquele cafundó.

(Segunda parte)

A casa dos Ptyx fedia a gato. Um bando de moscas brincava de decolar e pousar sobre um pires de leite. No fundo da sala havia alguma coisa debruçada sobre uma escrivaninha e montes de livros. Parecia uma massa morta, mas era um velho. Nossa chegada perturbou principalmente a serenidade do homem, ele começou a se mexer e a resmungar numa agitação estéril. Martina tentou acalmá-lo, explicou quem eu era e de onde vinha. O velho certamente não sabia da minha visita ou estava esclerosado demais para lembrar. De repente ele se ergueu e caminhou na minha direção. Estendeu a mão, cumprimentei-o mas ele continuar a caminhar pela sala cumprimentando o que encontrava pela frente, "boa tarde mesa de madeira, boa tarde castiçal, boa tarde lustre, boa tarde moscas no pires de leite, boa tarde pires de leite, boa tarde máquinas de costura, boa tarde janela, boa tarde caixinhas de Neagu". Sobre um aparador havia uma coleção de pequenas caixas de papel e gesso, um *Homem-torta e um Antropocosmos (homem de 23 andares).* As obras de Neagu não tinham tanto impacto visual, mas valiam pela força metafórica; em todo caso eram rastros materiais de uma época, de um modo de se entender e de se fazer arte.

Embora eu só tivesse visto Paul Neagu uma vez na vida, e mesmo assim de longe, o rosto do velho Stefan Ptyx

me fez cogitar a possibilidade de um parentesco entre eles. Martina trouxe um chá e nos acomodamos diante da janela que dava para a plantação de beterraba. Stefan Ptyx tinha retomado sua posição inicial. Perguntei a Martina o que ele estava fazendo. Ela se ajeitou e resgatou um livro perdido entre as almofadas. "Papai é apaixonada por Balzac. É uma obsessão, desde adolescência, não, desde antes. Herdou esses livros de um Senhor Barthes que dirigia o Instituto de Cultura Francesa de Bucareste, logo antes da chegada do comunismo. Papai fazia faxina na biblioteca do Instituto. Ele disse que minha mãe era Henriette de Mortsauf de Turnu Severin", Martina soltou uma risadinha estridente. "E o que ele escreve?", "Rescreve". "Traduzi?", "Ele acorda, senta aí naquele canto e passa o dia copiando livros de Balzac", "Citações que ele anota?", "Não, ele reescreve linha por linha, página por página, todas as páginas de cada um dos livros, desde o primeiro e pretende chegar ao último, mas eu tenho medo, não quero que isso termine, entende?" Olhei para a Stefan Ptyx, ele parecia feliz, inteiramente tomado pela volúpia do escrever, como se não houvesse mais ninguém na sala, ou como se uma entidade arcaica ou um fantasma perigoso o obrigasse a realizar o desenho de cada letra de cada palavra de cada frase.

Um artista canadense trancou-se durante vários meses numa galeria para transcrever diante do público todos os livros do século passado em que havia um personagem escriba. Um artista brasileiro passou um ano deitado na rede lendo *Em busca do tempo perdido* com uma câmera ligada. As filmagens foram projetadas na íntegra sobre a fachada da antiga casa de Proust, em Illiers-Combray. Mas aquele velho Ptyx sem ambições aparentes além do prazer alienante de copiar manualmente as palavras impressas de seu autor favorito me pareceu algo de uma força muito superior. "O que está escrevendo hoje, papai?" "Gobseck, Martina, Gobseck". Martina soltou outra risadinha e senti que os dois trocavam confidências com o olhar.

Talvez aquilo fosse um teatro exótico montado especialmente para visitantes idiotas como eu. Talvez aquelas caixas nem fossem as "verdadeiras" caixas de Neagu, talvez o velho não fosse doido nem doente, talvez aquela nem fosse a casa onde viviam, talvez nem fossem pai e filha, talvez nem se chamassem Martina e Stefan. Ptyx? Um sobrenome poético demais para ser real.

Tentei saber um pouco mais sobre a obsessão do velho. Martina não queria ou não sabia entrar em detalhes. Disse apenas que o velho fazia isso todos os dias, desde antes do diagnóstico, e que os médicos incentivavam, achavam que era uma boa ocupação. Bateram na porta e uma voz feminina cochichou alguma coisa inaudível. As moscas tinham se transferido da borda do pires para a cabeça do *Homem-torta*. Martina fechou a porta e voltou trazendo dois potes de papanasi. "Não sei muito, mas sei que tem a ver com nomes de pessoas que ele conheceu há muitos anos em Pitesti. Provavelmente o Senhor nunca ouviu falar desse lugar, é uma cidade a noroeste daqui, onde o Arges e o Doamnei se encontram. Quem vai a Pitesti gosta de visitar a barragem de Vidraru, nas montanhas ali perto; é um lugar bonito, o Senhor devia ir. Bem no alto da barragem tem uma escultura de Constantin Popovici, é um monumento à eletricidade, um Prometeu de braços erguidos, o Senhor ia gostar". Entendi que preferia desconversar. "Infelizmente meu tempo aqui é bem curto. Talvez fosse bom conversar com seu pai sobre as obras de Paul Neagu que ele guarda aqui". Olhei para o aparador, as caixas não tinham mesmo muito encanto. Perseguir os últimos exemplares da vanguarda em casebres sujos no Leste europeu não era o cúmulo do fetichismo? Mas aquele Stefan Ptyx, o modo como se curvava sobre a mesa, a caligrafia de monge beneditino, o sorriso para o nada — para nada — toda vez que chegava ao fim de uma página, era hipnótico e singelo e eu não queria que terminasse. Decidi pernoitar no vilarejo.

A moça que trouxe os papanasi se chamava Dimitra e vivia na companhia de uma tia e do irmão mongoloide, Emeric. As duas mulheres me acolheram sem muita amabilidade. O garoto brincava com um bilboquê, de vez em

quando me olhava e sorria como se nos conhecêssemos desde sempre. Dormi num pequeno quarto sem janela mas com uma abertura no teto coberta por um plástico sujo. Tive uma noite de sono sem sonhos e acordei com o pleque-pleque do bilboquê. Dimitra me reconduziu até a casa dos Ptyx. Martina estava na cozinha com um vestido branco de punhos de renda, o velho Stefan despejava leite no pires, as moscas animadas voltavam a circular. Notei que as obras de Neagu não estavam mais no aparador; no lugar delas, figurinhas do zodíaco chinês. Martina me entregou uma sacola de plástico com todos objetos de Neagu que tinham em casa. Cobrou o equivalente a 300 libras. Paguei 400 e deixei meu contato, se um dia viesse a Londres que me procurasse. Ela pediu que não, em hipótese alguma, que eu nunca dissesse nada ao pai sobre a venda daquelas "coisas". Perguntei se podia enviar o catálogo da exposição que incluiria fotos das caixas. Ela preferia não receber, mas disse que se eu quisesse fazer um agrado, se tivesse tempo, se pudesse, se não fosse um incômodo, que ela adoraria receber um livro de Paulo Coelho, "Qualquer título menos *Brida*", lindo com entusiasmo durante a primavera. Tentei me despedir do velho Stefan, mas ele tinha se recolhido no quarto. Matina me acompanhou até a estrada e indicou lugar onde o trem iria parar.

O trem da volta parecia mais novo do que o do dia anterior. Afundei na poltrona e me deixei mesmerizar pela paisagem em movimento. Senti o cabelo oleoso na nuca, pensei em Bernard e nas fórmulas infalíveis. Pensei na estranha fertilidade dos anões, pensei em Nick limpando o carpete antes de dormir. Lembrei dos últimos dias do meu pai delirando com borboletas no teto do hospital, lembrei do adeus fúnebre e do padre que não parava de tossir. Lembrei das moscas na casa dos Ptyx e da história do Prometeu fechado em copas. E por um segundo tudo fazia tão pouco sentido que me senti aliviado. Nem a arte, nem as viagens, nem as pitonisas de Delfos, nem a constância do luto, nem a visão escandalosa, nem as manifestações divinas, nem as riquezas móveis e os metais pesados, nem o gênio verdadeiro, nem o cálculo de prazer, nem a criança mortal chupando pirulito ao meu lado, nada disso formava uma rede segura de significação. Nada garantia que a vida fosse mais do que uma coleção de homens tortos e romances copiados. Pensei em Paul Neagu fazendo objetos táteis para os amigos que nunca mais encontraria. Seria bom rever Martina e saber se Stefan Ptyx sofreu ou sorriu ao chegar à última página da *Comédia humana*. Seria bom rever Martina Ptyx mesmo sem motivo. Mesmo que Martina Ptyx não fosse Martina Ptyx. Mesmo que Martina Ptyx fosse uma harpia, uma bandida estéril, uma Amélia Sach sem coração. "É preciso esperar o outono para fazer amor", que personagem diria uma frase assim?

Saltei na Gara de Nord onde um grupo de ciganas tentou ler meu futuro aos berros. Uma poeira azulada cobria a cidade, atravessei a Praça Uniriio como se escalasse o Fitz Roy. A sacola estava prestes a arrebentar, ventava tanto que era impossível manter os olhos abertos.

Tenemos que hablar sobre las imágenes, de Laura Erber

Traducción Alejandra Vuotto

El título de este texto no es una convocatoria, un llamamiento, ni una invocación, no es credo íntimo ni estético, sólo se trata de la banal constatación de que las imágenes, muchas, nos incitan a hablar. Y como si no bastase con la elocuencia visual que muchas tienen, también hablamos por ellas, en su nombre, como si nos viéramos forzados a traducirlas, transformando lo visible en legible. Hablamos tanto... y tal vez, entre otras razones, porque a pesar de la avalancha diaria a la que estamos sometidos y con la cual también contribuimos, la definición de lo que es una imagen tal vez todavía sea un poco escurridiza, y percibirla genere problemas. O deducimos de las fotografías lo que estaría detrás de lo que muestran, una especie de subtexto que hay que extraer y explicar, o las usamos para acallar los discursos mediante la fuerza de una evidencia visual que nos parece indiscutible.

La historia reciente de la mirada también es la historia de un ojo amenazado por el exceso de lo visible y por la falta de imágenes. La fotografía elocuente, a través la cual algo nos habla, y la fotografía como elemento de comprobación, muda e inhibidora del verbo, son sólo dos maneras posibles de confrontarnos con lo visible que nos rodea. Y aún así, aunque tal vez no se trate de imágenes en un sentido más pleno o radical, aceptamos que la existencia de una imagen depende no tanto de su capacidad de afirmar lo que es visible, sino de hacer que la mirada dude ante aquello que ve. Es entonces que surge esa paradoja, en la cual, aunque en forma excesiva, sigue haciendo falta la imagen, como algo que se desprende de lo visible.

Tomaré como ejemplo el Facebook, ese espacio de murmullos y lamentos, sin entrada ni salida, ese jardín de narcisos en flor, pulsiones escópicas cotidianas y esa compulsión a compartir links que generalmente son más eficaces para que la información sobreviva que para que ésta sea metabolizada. También es el espacio del desacuerdo, del desagravio, de los gritos, de las citas y de los gatos. Lo que podría ser -y a veces lo es- un dispositivo de enlace crítico o poético entre el texto y la imagen, termina reducido a un tic de redundancia ilustrativa o del subtítulo infinito, generalmente bajo la forma lapidaria del comentario breve. El diseño de los muros verticales incentiva, o por lo menos no impide, la tensión entre las imágenes y los textos.

Sin embargo, en ese entorno toda imagen ya funciona de antemano como comentario, entonces no es demasiado importante si el tema es la última novedad futbolística, la catástrofe urbana del día, el menú del almuerzo de este domingo o la nena que se está bañando con agua contaminada en su ciudad. Las condiciones de visibilidad de una imagen en las redes son precarias, y las razones, entre otras, son que el entorno mediático en el cual todo se comparte tiene como modelo la información periodística, el mensaje. Por más diferentes que sean las fotos que se diseminan, todo queda al mismo nivel, por la ilusión de transparencia y por la inmediatez con la que la sociedad lo decodifica. Entonces, el mundo de las imágenes a menudo es tomado por una imagen del mundo, mediante fotos que afirman o que muestran y muestran lo que afirman.

(Ver fotos en el original)

Las dos fotos que observamos arriba constituyen escenas de lectura de imágenes desarrolladas en entornos museológicos. Una de ellas forma parte de mi archivo personal, la otra recientemente se viralizó en las redes sociales en

la cual se muestra un grupo de jóvenes que le están dando la espalda a *La ronda de noche,* de Rembrandt, pero no es solo eso, también muestra el magnetismo que poseen las pequeñas pantallas de sus celulares, mientras la gran tela queda evidenciada atrás, por abandono. En ese caso, según parece, al compartir la imagen también se compartiría la idea de que un cierto mundo de la percepción habría llegado a su fin. Son jóvenes alienados, ya no hay más espectadores como los de antes, etc. Aquella mirada táctil, que supone una inmersión en la concentración, la capacidad de experimentar una pintura extraordinaria en toda su potencia plástica y estética se perdió. Y es el fin del mundo, o por lo menos de un cierto mundo en el cual todavía teníamos la capacidad de detectar una verdadera imagen en el fango de la mediocridad circundante.

Esa melancolía tiene un cierto fundamento. Sin embargo, dejando de lado posiciones apocalípticas y volviendo atrás en la lectura, puede ser que la foto nos diga bastante menos sobre el fin de los tiempos de lo que afirma sobre la condición perceptiva en tiempos de hipermediación de lo visible. Ante la foto, como ante una escena a la que sorprendemos en un determinado instante, tal vez lo que se muestra no sea más que un grupo de jóvenes con cabellos muy rubios, probablemente estudiantes de enseñanza secundaria, sentados unos cerca de los otros y con la vista clavada en sus celulares. En el fondo, un gran cuadro oscuro con hombres "de los de antes" buscando a alguien o algo en un ambiente de sombras que es atravesado por un haz de luz.

No voy a discurrir aquí sobre la historia del cuadro, cuyo título es en cierta manera falso, ya que en realidad no se trata de una ronda propiamente dicha, ni de una escena nocturna. La fotografía me atrae por dos motivos: en primer lugar, porque la pintura siempre vuelve como un fantasma para la imagen digital, y es exactamente de ese modo, como algo fantasmagórico, al mismo tiempo distante y presente, que el cuadro aparece en la foto. Por otro lado, la escena constituye un emblema de un problema bastante contemporáneo: ¿cómo lograr que una imagen gane reconocimiento en toda su potencia, que realmente sea mirada en medio de todo ese tumulto visual? El desafío de la formación de público se depara entonces con el problema todavía más escurridizo que constituye la formación de la mirada.

Dado que el campo artístico ha perdido prestigio, muchos museos han redefinido su misión cultural con un intento, a modo de prueba, de hacer un ajuste entre esas cuestiones -vale recordar que el Museo de Arte de Río de Janeiro (MAR) creó la denominada Escuela de la Mirada ("Escola do Olhar")- aliando esa necesidad de formar público a una cierta pedagogía de la mirada. Sin restarle importancia a esos programas, (inclusive yo misma ya participé en alguno como artista), y reconociendo el importante desafío que asumen, debo decir que en la veloz proliferación de esas iniciativas existe el riesgo de que los museos se transformen en entidades pedagógicas y de arte, a modo de clases *ad infinitum.*

Independientemente de cuál sea la clase social, o del tipo de público que se pretende atraer hacia los museos, los procedimientos no siempre propician exactamente una experiencia de la mirada. Eso se da a menudo cuando, en forma desordenada o apresurada, se intenta facilitar la comprensión de las obras apelando a recursos lúdicos no tan cuidadosamente formulados como se debería. En el peor de los casos, el arte se transforma en un pretexto de lujo para actividades colaterales que infantilizan al espectador. El espectador emancipado queda encarcelado en los proyectos de emancipación de su propia mirada.

Pero volviendo a los jóvenes visitantes del Rijksmuseum, el hecho de que estén de espaldas y desatendiendo el cuadro no significa que rechacen la pintura de Rembrandt. Molestos por los comentarios agresivos, funcionarios del Rijksmuseum publicaron en Facebook que en realidad los jóvenes estaban consultando en sus celulares la nueva aplicación del museo, por lo tanto seguían interesados en el cuadro, tal vez en su historia, ya que la aplicación también ofrece la posibilidad de ampliar partes y detalles de las obras.

La pertinencia de ese tipo de aplicación para la formación de la mirada puede ser cuestionable; no obstante, a pesar de la indignación generalizada, es bastante poco probable que la nueva *app* del Rijksmuseum sea más nociva que una audioguía mal preparada o un texto excesivamente pedagógico. Recuerdo a un profesor que iba como acompañante de mi grupo del Liceo Gaudenzio Ferrari a la Galleria degli Uffizzi de Florencia que hablaba tanto que desviaba nuestra visión. Obviamente, la voz de un profesor también tiene la capacidad de acercar nuestro ojo a la potencia de lo que se ve, del mismo modo en que las nuevas aplicaciones también han permitido que investigadores y profesores de Historia del Arte puedan visualizar toda la complejidad de la pintura, ampliando detalles como nunca se había logrado. Estas brindan la posibilidad de establecer un contacto visual exploratorio, casi arqueológico.

También es interesante no separar totalmente el debate que existe en torno de las tecnologías de visión del contexto universitario de enseñanza del arte, ya que en Brasil hay una fuerte dependencia de la reproducción de imágenes. De este modo, el problema podría desviarse del entediado rechazo o del deslumbramiento fútil que ocurre con los nuevos dispositivos de visualización, ya que debemos tomar en cuenta que ver no es lo mismo que percibir. Tanto la mirada supersónica como el exceso de información biográfica no garantizan por sí solos una percepción más refinada ni un encuentro decisivo con un hecho u objeto artístico. Si el problema de la formación de la mirada dependiera exclusivamente del crecimiento óptico, no serían necesarias historias del arte, ni arqueologías, ni antropólogos de la imagen ni la misma crítica.

Por otro lado, es ingenuo creer que somos capaces de vivir una experiencia puramente visual de lo visible. La famosa isla de pureza sensorial exterior a la condición mediada de la imagen en la que, para bien o para mal, estamos inmersos, no existe. No hay manera de escapar por completo de las "aplicaciones" que orientan la comprensión de una imagen, ya sean las tradicionales guías turísticas, los discursos históricos, las herramientas conceptuales de la teoría del arte, la pedagogía museológica o nuestra propia inercia perceptiva.

El acceso a la parte invisible de lo visible no necesariamente pasa por aumentar la capacidad óptica o por una desenfrenada erudición; pasa por adoptar una actitud de una cierta cautela ante la imagen. Tal como sugiere John Berger, tal vez se trate de un buen momento para hacerse preguntas ingenuas cuyas respuestas pueden ser cualquier cosa menos sencillas. ¿Qué es lo que viene impulsando al hombre a pintar, desde el Paleolítico hasta la actualidad? ¿Qué tienen en común todas las pinturas? Quizá sea una mirada digresiva, una aproximación al mundo imagético -en las lagunas que separan a la materia del espíritu- de los íconos bizantinos, una larga mirada sobre el retrato asombrosamente cercano de una joven del siglo I en El Fayoum o el asombro que despiertan las pinturas prehistóricas, cada vez más atrás en el tiempo, ayuden a desarmar algunas trampas de lo visible que nos rodea.

(Texto original en: https://blogdoims.com.br/precisamos-falar-sobre-as-imagens/)

Fragmentos de *Mesa de inspecção do açúcar e tabaco*, de Laura Erber

Traducción de Ana Conti y Mariana Palomino

MESA DE INSPECCIÓN DE AZÚCAR Y TABACO

decile al tiempo que disponga los cuerpos y traiga el vino
será oro sobre azul tabaco noche y brea
sombra con sombra

*

vuelvo a tu siglo como si volviera a casa y digo lo que no pienso

*

te espero con ámbar vainilla miel vacaciones de estas dudas

*

tenemos un talento para arder en ironía y decir más de lo que vemos

*

en la *Praça das Amoreiras* en el banco de concreto entre el farol pálido y la memoria de la seda el caserío recibe el viento interrogatorio de agua dura espera mientras nos reímos de un cuento sin final la escena repercute en la biblioteca de los días donde leemos las palabras que queremos

*

del otro lado de la noche transitan hombres raídos otros inconvenientes –en la novela quedaría claro: aventureros– segunda persona inspecciona a la primera el grano de azúcar acá nadie moriría por exceso o falta de tabaco de silencios

*

entramos en la noche por el lado inverso un pasaje de piedra devuelve color al matorral ¿y después?
un acueducto
una fuente
¿y después?

*

todos los mundos son buenos para deleitarnos incluso este donde crece el enebro la carne se estremece morimos por anticipado y dudamos del violeta como si todo lo que enturbia fuera solo confusión en los dominios del azul un poema siempre crece inseguramente

*

aún es temprano
lo que tenemos ya es nuestro y continúa
como el invento de la seda en la fábula china de un capullo cayendo
dentro de una taza de té

*

el nervio les dice a los ojos que algo se salvó en una historia de como si rodeada de cipreses enebros sucesivos aromas erizados higos con damasco, transposición del miedo

*

los ojos les dicen a los nervios que les digan a los huesos que los muertos caminan de espaldas y los fantasmas de perfil

*

las manos les dicen a los labios que no diciendo nada les digan a los ojos que solamente los fluidos dicen las tardes como una historia de casi morirse con azul y púrpura algo naciendo entre las piernas víspera impaciencia

*

hay una posibilidad de que estos cuerpos durmientes les digan a las imágenes que todo está hecho de esa misma urgencia salvaje de un ajuste de pesas como ciertos campanarios manteniendo el equilibrio de la pintura

*

la mano le dirá al nervio que le diga a la piel que les diga a los pensamientos que le digan a la muerte que se calme ahora

*

hay una posibilidad de que los labios se traguen el paladar y los sucesivos aromas astillen los nervios

*

despertamos en el intervalo de otro libro los días que se escriben como un rapto entre promesa y pérdida una vez más la duda abre espacio

*

puedo escribir abril en mayo pero no dos veces el aire la palabra mamut por eso traigo vino verde chocolate en la bolsa cinco veces el mismo verso que confunde los nombres de la espera la clave ternaria –*Atlântico Praça*

Cochonilha– quiero de todo el todo de a poco mientras avanzamos por la ladera de musgo por una grieta antigua tierra mal vista y caemos en el ridículo del siglo caemos de risa “no puede ser” esperame espero y huye

*

después del último sentido de un domingo que emanciparía todo el año de los sueños de humo surge un objeto atlántico tabaco en tiempos de paz una pietà entera y vítrea con apariencia de cuerpo quieto pero tirando los pedazos contra la pared

*

vamos a saltar después de la gran ola de malos presentimientos – a veces escribir se parece tanto a saltar –
¿qué hacer después de las rimas?
lo extraño es estar continuamente en peligro y saber que todo puede explotar al final del día y recomenzar por lo que no termina

*

te robaré del miedo en la plaza de la canción

Texto original:

MESA DE INSPECÇÃO DO AÇÚCAR E TABACO
(Não (edições), 2018)

diga ao tempo para dispor os corpos e trazer o vinho
será ouro sobre azul tabaco noite e breu
sombra com sombra

*

volto para o seu século como se voltasse para casa e digo o que não penso

*

te espero chegar com âmbar baunilha mel férias destas dúvidas

*

temos um talento para arder em ironia e dizer mais do que vemos

*

na Praça das Amoreiras no banco de convés entre a lâmpada fraca e a memória da seda o casario recebe o vento interrogatório de água dura espera enquanto rimos de um conto sem final a cena repercute na biblioteca dos dias onde lemos as palavras que queremos

*

do outro lado da noite trafegam homens rasgados outros inconvenientes – no romance ficaria claro: aventureiros – segunda pessoa inspeciona a primeira o grão do açúcar aqui ninguém morreria por excesso ou falta de tabaco de silêncios

*

entramos na noite pelo lado inverso uma passagem de pedra devolve cor ao matagal e depois?
um aqueduto
uma fonte
e depois?

*

todos os mundos são bons para nos deliciarmos inclusive este onde cresce o zimbro a carne freme morremos por antecipação e duvidamos do violeta como se tudo que turva fosse apenas confusão nos domínios do azul um poema sempre cresce inseguramente

*

o nervo diz aos olhos que algo foi salvo em uma história de como se rodeada de ciprestes zimbros sucessivos cheiros eriçados figos com damasco, transposição do medo

*

os olhos dizem aos nervos que digam aos ossos que os mortos caminham de costas e os fantasmas de través

*

as mãos dizem aos lábios que não dizendo nada digam aos olhos que somente os fluidos dizem as tardes como uma história de quase morrer com azul e púrpura algo nascendo entre as coxas véspera impaciência

*

há uma chance de que estes corpos dormentes digam às imagens que tudo é feito dessa mesma urgência selvagem de um ajuste de pesos como certos campanários sustentando o equilíbrio da pintura

*

a mão dirá ao nervo que diga à pele que diga aos pensamentos que diga à morte que se acalme agora

*

acordamos no intervalo de outro livro nos dias que se escrevem como um rapto entre promessa e perda mais uma vez a dúvida abre espaço

*

posso escrever abril em maio mas não duas vezes o ar a palavra mamute por isso trago vinho verde chocolate na sacola cinco vezes o mesmo verso que confunde os nomes da espera a senha em trinca – Atlântico Praça Cochonilha – quero de tudo o todo aos poucos enquanto avançamos pela encosta de musgo por uma fenda antiga terra mal vista e caímos no ridículo do século caímos de rir "não é possível" me espera espero e foge

*

depois do último sentido de um domingo que emanciparia o ano todo dos sonhos de fumaça surge um objeto atlântico tabaco em tempos de paz uma pietà inteira e vítrea com aparência de corpo quieto mas batendo os cacos contra o muro

*

vamos saltar depois da grande onda de maus pressentimentos – às vezes escrever se parece tanto com saltar –
o que fazer depois das rimas?
estranho é estar continuamente a perigo e saber que tudo pode explodir no fim do dia e recomeçar pelo que não acaba

*

te roubarei do medo na praça da canção

2019

ESCUELA DE OTOÑO DE TRADUCCIÓN LITERARIA 2019

Lenguas: ALEMÁN e INGLÉS

Escritoras: Gianna Molinari (Suiza) y Katherine J. Orr (Reino Unido)

Obras:
"Loses Mappe", extracto de *Hier ist noch alles möglich*, Aufbau Verlag, Berlin, 2018
"Disappearances", en *Light Box*, Daunt Books, Londres, 2015

Coordinadoras:
Martina Fernández Polcuch (alemán), Eleonora Gonzáles Capria (inglés)

Participantes:
ALEMÁN:
Susana Mogollón, Florencia Millán, Carolina Previderé, Enrique Salas von Buchwald, María Porciel Crosa, María Tellechea, Mónica Lago, Nicole Narbebury, Susana Goldmann y Susana Hampe.

INGLÉS: Graciela Garavaglia, Vanesa Venditti, Agustina Fredes, Beatriz Petersen, Carolina Astudillo, David Reyes, Diana D. López, Diana Ortega, Emilia Pérez, Luciana Di Paolo, Sara Borrego Márquez, Soledad Konic, Soledad Maradei, Vanesa Fusco, Valeria Wald y Alejandro Ferrero.

Editora invitada:
Julia Saltzmann

Coordinadora del Taller de escritura creativa:
Cecilia Rossi

Compartimos el video de la mesa redonda: "Los caminos del texto. Experiencias en primera persona", que tuvo lugar en las VI Jornadas de traducción editorial de la AATI, en el marco de las Jornadas Profesionales de la Feria del Libro 2019.

Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de Susana Goldmann

Un collar, una remera y un jean. ¿Qué revela un jean sobre un hombre que cayó del cielo?

Que solía usar jean.

Que por azar ese día llevaba puesto un jean.

Que, si el pantalón era viejo y estaba gastado, lo había usado muchas veces.

Esto último permitiría concluir, entre otras cosas, que le gustaba usarlo o que tenía pocos pantalones.

***

Lose juntaba en una carpeta todo lo relacionado con el hombre que cayó del cielo. De cartón compacto, tamaño súper A cuatro. En la tapa leo H.q.c.d.c.

Hombre que cayó del cielo, explica Lose la abreviatura. Ahí está todo lo que pude encontrar, mejor dicho, lo que quedó de él. Abro la carpeta y voy hojeando artículos de diarios y fotografías.

No es mucho, dice Lose.

Son artículos recortados, determinadas partes de los textos están marcadas con un círculo rojo o subrayadas. Muchas veces se sintió como un arqueólogo que intenta unir los fragmentos en una totalidad. Tal vez Lose me resulte simpático porque hay cosas que no lo sueltan. Tal vez Lose también advirtió que en ese punto nos parecemos. Cuando le pregunté por la cruz en el borde del bosque, qué fue lo que había sucedido, quién había muerto y Lose me evadía, yo seguí preguntando hasta que me trajo la carpeta.

Lose no le había mostrado la carpeta a nadie. Tal vez porque tenía cargo de conciencia, porque no bajó de su mirador ni se fijó cuando vio caer algo del cielo. Tal vez, pensó, el hombre todavía se podría haber salvado, habría sobrevivido, si él, Lose, no hubiera sido tan vago, no hubiera sido tan apático y no se hubiese quedado en su asiento con su café en la tapa del termo, delante de él el olmo, (al que nadie puede reprocharle nada, que simplemente está ahí, dejando atrás las vidas de los hombres, al que no se le advierte que ahí cerca un hombre perdió la vida) que será talado en algún momento, convertido en leña o en tablas de una mesa, que estará en un comedor o en una cocina. Por qué debería haber pensado en un hombre, dijo Lose, cuando me entregó la carpeta.

***

Lose todavía se acuerda bien. Se levantó temprano esa mañana. Se vistió. Desayunó, un trozo de pan con una gruesa capa de manteca, como todas las mañanas. Preparó café, lo echó en un termo y lo colocó en su mochila, también una manzana y sus prismáticos. Tomó la mochila y su rifle y salió de su casa en dirección al bosque. Todavía estaba oscuro o ya clareaba, eso ya no puede decirlo con certeza. Llegó a la orilla del bosque, al mirador y subió la escalera; con cuidado. Se había quebrado un peldaño, un año atrás. Nadie se había lastimado, pero nunca se sabe. Más después de todo esto, nunca se sabe.

Una vez arriba, apoyó su rifle y la mochila en el banco de madera y se sentó. Llenó con café la tapa del termo y mientras bebía, pensó en venados y jabalíes, en el silencio.

Miró a través de los prismáticos abarcando el campo. El pequeño olmo entró en su campo visual y captó su atención la rapidez con que había crecido en el último año y mientras pensaba en el olmo y su crecimiento, vio caer algo. Era grande. Era increíblemente rápido. Pensó en un pájaro gigantesco que se arroja sobre su presa en el campo, en

rocas caídas desde el espacio, en un meteorito, en una pieza de un satélite artificial, alguna pieza de metal. Pensó que envejecía y que sus ojos empeoraban y que había niebla, no espesa, pero niebla al fin, y que constantemente se veían aviones en el cielo y que una pieza de metal no era lo más descabellado, o la luz de un avión, que lo había irritado. Tal vez una mancha en su retina, falta de concentración, una conexión errónea en su cerebro. Se aferró a eso y volvió a mirar hacia el olmo y no pensó más en lo caído, sino otra vez en venados y jabalíes.

Lose vio caer una persona del cielo y mientras la veía, no pensó en una persona. En el lugar en que el hombre impactó en el suelo, allí donde más tarde lo encontraron, ahora hay una cruz, soldada, con soldadura visible, el metal, por el aire y la lluvia, oxidado y poroso en algunas partes.

***

Conozco a Lose de la fábrica. Nos dividimos los turnos de la vigilancia. Todos los meses nos alternamos en los turnos tarde y noche. Uno de nosotros comienza a las 17, cuando los empleados abandonan la fábrica. A media noche hay cambio de turno. Comienza entonces el segundo turno, que se extiende hasta que los primeros ingresan a la planta, en bicicleta, en auto o a pie, por la entrada principal.

Las funciones de los empleados de vigilancia comprenden la realización de recorridas al anochecer y durante la noche. Desde la nave de producción hasta la nave de almacenamiento, por el predio central hasta la entrada principal, a lo largo del cerco perimetral y de regreso. Las funciones de los empleados de vigilancia comprenden el control de las puertas, que estén cerradas con llave, y la obligación de iluminar con la linterna los ventanales de vidrio superiores e inferiores, estar atentos a movimientos o a sombras que aparezcan. Si se observa algún movimiento, hay que tratar de esclarecer su origen. Muchas veces creí haber visto un movimiento, pero después, en la mayor parte de los casos, no había nada. Eventualmente un animal, una rata o un zorro.

La primera vez que vi a Lose me dijo que no era habitual que hubiese mujeres trabajando en la vigilancia. Que no lo había visto nunca en toda su carrera. Y yo le respondí que, según eso, su carrera de vigilante tenía poco que ver con la realidad. Ese fue un comienzo con ironía. Pero la continuación del comienzo fue que cada noche me alegro de ver a Lose.

***

En la carpeta de Lose encuentro una ilustración de Ícaro, con los brazos cubiertos de plumas, la cabeza hacia abajo y, debajo de él, el mar. Me parece que se cae únicamente porque conozco la historia de Ícaro y porque sé de las leyes de la gravitación. Y, porque creo en las leyes de la gravitación como también en historias, veo su impacto, su hundimiento en el mar. En la ilustración se lo ve aprisionado en el aire, en algún lugar a mitad de camino.

Recorte de diario

> En un bosque cercano a un riacho se encontró el cadáver de un hombre de piel oscura. El peritaje médico legal determinó que el cuerpo presentaba distintas fracturas. Se cree que se trataría de un refugiado africano, que viajaba como polizón en el hueco del tren de aterrizaje de una aeronave. Se sospecha que ya debió sufrir congelamiento en el transcurso del vuelo y que, en la aproximación previa al aterrizaje, cayó al vacío. La identidad del hombre todavía no fue establecida.

Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de María Porciel Crosa

Por las inclemencias del tiempo crece moho en las paredes exteriores de la fábrica y se desmorona el revoque del interior de la planta. El tiempo traza delgadas grietas en la pared, los marcos de los ventanales están oxidados y seguramente se oxidarán aún más.

Veo que el jefe, de hombros caídos, atraviesa el recinto. Me pregunto qué importancia tiene para él la fábrica, si le angustia que cierre pronto. Me pregunto si buscó otras soluciones aparte de darles la jubilación anticipada a trabajadores como Lose. Ya no nos podemos dar el lujo de tener dos personas para la vigilancia, dijo el jefe. Dentro de poco, Lose dejará la fábrica.

Dentro de poco, se detendrá la producción. Se fabricarán cajas de cartón plegables unos meses más. Y, después, se apagarán las máquinas, se apagará el interruptor principal. Llegará la hora de trancar puertas y ventanas, de guardar las rampas de carga. Llegará la hora de cerrar.

El recinto de la fábrica tiene forma de cuadrado y está alambrado. En varias partes, la maleza crece trepándose al alambre. El alambrado además está torcido en varios lugares. Parte de las tareas de vigilancia es inspeccionar el alambrado por la noche. Descubrí tres lugares donde los agujeros son tan grandes que podría meterme por ahí. Es más probable que sean a causa de la intemperie o la herrumbre, y no de una pinza.

Bien podría no haber alambrado y bien no habría por qué tener vigilancia. Hasta ahora nunca tuvimos que defender la fábrica de nada. De la fábrica no pueden llevarse más que cartón. A Lose le gustaría que entraran a robar. Alguna vez yo también deseé lo mismo.

En el pasillo del comedor, en la pared, se lee "HIGH FIDELITY", en letras de metal de color bronce. Debajo hay colgados retratos de los empleados más antiguos. Algunas fotos están torcidas, en algunas filas hay huecos. Hay una fotografía de Lose, que luce más joven, con más cabello y menos arrugas alrededor de los ojos. No hay ninguna foto mía.

La galería de antepasados de la fábrica es la historia de la fábrica, dice Lose.

Fluctuante, digo yo.

Desde la perspectiva del jefe, todo un éxito. Dieciocho años y ni un robo, no es poca cosa. Es algo para enmarcar y colgar de la pared.

Abro la puerta del comedor y dejo pasar a Lose.

En la mesa, junto a Lose y a mí, está sentado un camionero, y me parece que es el mismo que vi una vez en el comedor de la fábrica. Me pregunto dónde estará su compañera de trabajo; si, como nos pasa en la vigilancia, por el cierre inminente de la fábrica en ese sector también se reduce a la mitad el número de empleados. A Lose también le llamó la atención.

Y Erika dónde está, le pregunta desde el otro lado de la mesa.

Engripada, dice el camionero y se pone de pie. Los hombres se despiden haciendo un gesto con la cabeza y el camionero se va del comedor.

Nunca fue muy conversador.

Vos tampoco, digo.

Sí que soy conversador.

Fragmento de *La carpeta de Imancio*, de Gianna Molinari

Traducción de Florencia Millán

Un collar, una camiseta y un jean. ¿Qué dice un jean acerca de un hombre que cayó del cielo?

Que era de usar jeans.

Que de casualidad, ese día, usaba un jean.

Si estaba viejo y desgastado, que había usado ese pantalón con frecuencia.

De esto último podría deducirse, entre otras cosas, que a él le gustaba usarlos o que solo tenía pocos pantalones.

***

Imancio reunía todo acerca del hombre que cayó del cielo, en una carpeta. Cartón, A4 plus. Sobre la carpeta, leo: h. q. c. d. c.

Hombre que cayó del cielo, Imancio pronuncia la sigla. Ahí está todo lo que pude encontrar, eso es lo que quedó de él. Abro la carpeta y hojeo entre artículos de diario y fotos.

No es mucho, dice Imancio.

Los artículos están recortados, ciertos pasajes están circulados o subrayados con rojo. Dice haberse creído muchas veces como un arqueólogo, que intenta unir los fragmentos para formar un todo. Quizás es por eso que Imancio me cae tan simpático, porque a él las cosas se le pegan. Quizás Imancio también notó que en ese sentido tenemos un parecido. Cuando le pregunté por la cruz en el linde del bosque, qué había pasado allí, quién había muerto allí e Imancio me eludió, y yo seguí preguntando hasta que me trajo la carpeta.

Imancio nunca le mostró la carpeta a nadie. Quizás porque tenía cargo de conciencia, porque no había bajado del puesto de guardia y no había controlado cuando vio caer algo del cielo. Quizás, así pensaba él, aún se hubiera podido rescatar al hombre, quizás hubiera sobrevivido solo si él, Imancio, no hubiera sido tan vago, solo si no hubiera sido tan perezoso, solo si no se hubiera quedado simplemente sentado, con su café en la tapa del termo, delante suyo el olmo, al que nadie le puede comprobar culpa, que sencillamente está ahí, que sobrevive a vidas humanas, que en algún momento es talado y convertido en leña o en tablón, que queda como mesa en un living o en una cocina. Pero por qué tendría que haber pensado en una persona, dijo Imancio al darme la carpeta.

***

Imancio se acuerda bien. Esa mañana se levantó temprano. Se vistió. Desayunó, un pedazo de pan con una gruesa capa de manteca, como cada mañana. Hizo café y lo vertió en un termo, que guardó en su mochila, también una manzana y su largavistas. Tomó la mochila y su rifle y salió de la casa en dirección al bosque. Todavía estaba oscuro o ya amaneciendo, ya no lo puede decir con seguridad. Llegó al linde del bosque y al puesto de guardia, subió la escalera, con cuidado. Se había roto un escalón, un año antes. Cuando pasó, nadie resultó herido, pero nunca se sabe. Más después de todo eso, nunca se sabe.

Al llegar arriba, apoyó el rifle y la mochila en el banco de madera y se sentó. Luego, llenó la tapa del termo con café, se lo tomó, y mientras, pensaba en ciervos y jabalíes, en el silencio.

Miró hacia el campo por el largavistas. El pequeño olmo entró en su campo visual y le llamó la atención que hubiese crecido tanto el año pasado y, mientras pensaba en el olmo y su crecimiento, vio caer algo. Era grande. Fue sumamente rápido. Pensó en un pájaro enorme que se abalanza sobre su presa en el campo, en rocas del espacio, en un meteorito, en una pieza de un satélite, algo de metal. Pensó que envejecía y que sus ojos empeoraban y que había

niebla, no densa, pero niebla al fin y que todo el tiempo se podían ver aviones en el cielo, que una pieza metálica no era lo más descabellado, o luz de un avión que lo hubiera confundido. Quizás una mancha en su retina, desconcentración, un falso contacto en su cerebro. Se aferró a eso y volvió a mirar hacia el olmo y no pensó más en lo caído, sino otra vez en ciervos y jabalíes.

Imancio vio caer a una persona del cielo y no pensó en una persona. En el lugar donde el hombre impactó en el suelo, ahí donde lo encontraron después, ahora hay una cruz, mal soldada, la soldadura visible, el metal oxidado y poroso en algunas partes por el aire y la lluvia.

***

[...]En la carpeta de Imancio encuentro una imagen de Ícaro, con brazos emplumados, la cabeza hacia abajo y debajo de él, el mar. Solo creo que cae porque conozco la leyenda de Ícaro y porque sé de las leyes de gravedad. Y dado que creo tanto en las leyes de gravedad como en las leyendas, veo su impacto, su hundimiento en el mar. Pero en la imagen está atrapado en el aire, en algún lugar intermedio.

7 de mayo de 2010

En un área boscosa, cerca de un pequeño río, fue encontrado el cadáver de un hombre de tez oscura. Las investigaciones forenses determinaron que el fallecido presenta diferentes fracturas. Se presume que el hombre sea un refugiado africano que habría volado como polizón en el pozo del tren de aterrizaje de un avión. Se parte de la premisa de que ya se haya congelado durante el vuelo[1] y que se haya precipitado al suelo al momento de iniciarse el aterrizaje. La identidad del hombre aún no fue esclarecida.

[...]

26 de mayo de 2010

Para las autoridades, el caso está cerrado. El peritaje de la autopsia está concluido, la identidad del hombre no pudo ser establecida. La Dirección de Sanidad determina lo que pasará de aquí en más con el cuerpo. Esta informa que el municipio donde se descubrió al fallecido es responsable del entierro. La ley también prescribe que le corresponde pagar los costos de la inhumación al municipio donde el hombre murió, así como la tasa por el espacio en el cementerio[2]. Sin embargo, este municipio señala que se desconoce el lugar exacto del deceso. El hombre solo fue descubierto en el municipio. Que no puede asegurarse que haya muerto allí donde se lo encontró. Que habría muerto por congelamiento en algún punto durante el vuelo, muy lejos del municipio.

Acompaño a Imancio por el camino de pedregullo hasta la calle principal. Con frecuencia viene a pie a la fábrica. Le pregunto qué decidió el municipio, quién asumió los costos del entierro, si el hombre fue enterrado, si él estuvo presente, si otras personas asistieron al entierro.

El municipio desmintió la información de los medios, dice Imancio, informó que en ningún momento había manifestado no querer asumir los costos del entierro. Primero debían establecerse definiciones oficiales: la causa del deceso, la hora de la muerte, el lugar del fallecimiento; así se procedería en cada caso extraordinario de defunción. Luego, el municipio determinó una inhumación en tierra, ya que se desconocía si el muerto pertenecía a alguna religión. Al entierro asistieron entre veinte y veinticinco personas. No solo yo pasé, dice Imancio.

1 N. del E.: En el original, un círculo dibujado envuelve a las palabras “durante el vuelo”.
2 N. del E.: En el original, un círculo dibujado envuelve las palabras “tasa por el espacio en el cementerio”.

Entonces, una tumba ha de recordar aquí durante algún tiempo todo lo que fue este hombre desconocido, proveniente del continente lejano, hasta que también el último recuerdo humano que se tenga de él se haya desdibujado y disipado. Conservé esta frase del párroco, dice Imancio. De las personas que se acercaron a la tumba, ninguna tenía un recuerdo del fallecido. Me pregunté qué puede disiparse entonces, excepto el recuerdo de los que lo conocieron, pero que probablemente ni siquiera saben que murió. Reflexioné sobre la palabra disiparse durante mucho tiempo y tiempo después del entierro comencé a reunir noticias sobre el muerto. Esto, señala la carpeta en mi mano, esto es lo que permanece.

Indulgente, sigo a Imancio con la mirada, cómo va por el camino de pedregullo, cómo se balancea su brazo izquierdo de aquí para allá y su brazo derecho está un poco rígido al costado del cuerpo, cómo se detiene de pronto y se agacha a buscar algo, una piedra, quizás una planta, cómo sigue después, gira una vez más y me saluda con la mano.

***

La policía intentó rastrear la identidad del hombre por medio de su vestimenta. En la carpeta de Imancio encuentro las imágenes policiales: un collar, una camiseta y un jean. Se los llevó a un laboratorio y se investigó entonces qué tenían para decir, cómo estaban fabricados, cuán viejos eran, cuál era su utilidad, de dónde provenían. No develaron mucho sobre su antiguo dueño. ¿Qué pasa con las cosas cuando no se puede encontrar a los familiares? Nadie puede recibir las posesiones del desconocido. Quizás fueron depositadas en una caja de archivo, provista de un número policial de registro y almacenada en una sala para pruebas. Quizás ahora aún sigan ahí, entre puñales y armas de fuego, entre drogas y computadoras. Pero más probable es que hayan sido destruidas, incineradas luego de cerrado el caso. Y que sólo las fotografías comprueben que realmente existió este collar, esta camiseta, este jean, que existió el hombre al que le pertenecían.

***

Paratexto (nota de la traductora):

¿Por qué rebautizar al protagonista?

Desde que comencé a leer el texto, tuve la impresión de que el personaje principal tenía un "nombre que habla". *Lose* tiene relación con lo suelto, lo flojo, etc., y se relata que a este personaje, las cosas no "lo sueltan". Comencé jugando con las variantes que ofrecía esa idea, hasta optar por su opuesto, por el afán de *Lose* de reunir y fijar toda la información que consiguiera acerca del hombre que vio (sin ver) caer del cielo y que confunde con algo metálico, quizás. Me decidí por el imán y sus variantes (ahora, las cosas pasaron a "pegarse al personaje"), porque reúne al metal disperso y además permite deslizar la idea de cómo ese lugar al otro lado de la frontera o del mar ejerce un poder de atracción tal, que uno está dispuesto a arriesgar la vida para alcanzarlo.

Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción de Carolina Previderé

Salgo de la fábrica y tomo el ripio hasta la ruta, voy por ruta bordeando campos y otras fábricas, doblo en el acceso principal y, al pasar el cartel de bienvenida, empiezan a verse algunas casas aisladas que a medida que avanzo se vuelven más numerosas y próximas entre sí.

Qué hubiera pasado si no hubieran encontrado el muerto. Lose jamás se habría enterado de que vio caer del cielo un ser humano, tampoco yo, nadie. No existirían la carpeta de Lose ni el intento de averiguar quién era el muerto. Aun así, sigue siendo un desconocido, sin nombre.

Si no hubieran encontrado el muerto, se lo habrían comido los animales o lo habrían cubierto las hojas. Habría desaparecido bajo tierra igual que acá en el cementerio. Solo que sin sepultura. O puede que sí lo hubieran encontrado. Que fueran arqueólogos a excavar a ese sitio por casualidad. En busca de objetos de valor histórico. De hallazgos de los que sacar conclusiones y sobre los cuales ellos pudieran luego escribir un artículo, en alguna revista de relevancia para arqueólogos y hallazgos históricos. Solo que no encontrarían restos de muros, fragmentos de vidrios o monedas sino huesos humanos además de restos de ropa, el collar.

Inspecciono por hileras las tumbas del cementerio, camino por entre fechas de defunción y años de vida. Los años de vida están resumidos en un guión entre las fechas de nacimiento y las fechas de defunción. Una raya para toda una vida. Da lo mismo que haya sido emocionante, abrumadora, triste, desesperada, aburrida o arriesgada, da lo mismo que haya durado dieciocho u ochenta y un años: idéntica raya siempre.

Al final de una hilera encuentro su tumba. En la placa verde falta la fecha de nacimiento. También la raya.

***

Si Lose deja la fábrica, la fábrica ya no será la misma. Tendré que cubrir los turnos yo sola. Ya no me cruzaré a nadie por la noche. No ingresará alguien nuevo. Lose ya no va a contarme lo inmensa que se veía la luna, o que le había parecido ver una sombra en el cerco pero que al final no era nada, o que había oído de nuevo a la lechuza y también visto una comadreja desaparecer debajo de un *samping*, y que en ningún momento lo había vencido el sueño ni había siquiera cabeceado un solo instante.

Si no iba a oponerse a que lo jubilen antes de tiempo, le pregunto a Lose, si no es que deberíamos hacer un paro.

En otra época lo hubiera hecho en el acto, dice Lose, habría sido de los primeros en hacerlo. Pero necesitan gente con ojos más despabilados. Los míos ya no sirven. En eso el jefe tiene razón. Dejémoslo así. Y me palmea el hombro.

Se me ocurre que Lose va a extrañar el trabajo nocturno. No puedo imaginármelo en el futuro viviendo de día, paseando y yéndose de excursión, jugando a las cartas con el contingente. Probablemente continúe saliendo de noche por ahí con el largavistas infrarrojo colgado al cuello. Recorriendo cercos al azar, iluminando fachadas con su linterna, contento de haber visto una lechuza o un murciélago.

Fragmento de *La carpeta de Lose*, de Gianna Molinari

Traducción grupal

Un collar, una remera y un jean. ¿Qué revela un jean sobre un hombre que cayó del cielo?

Que solía usar jean.

Que por azar ese día llevaba puesto un jean.

Que, si el pantalón era viejo y estaba gastado, lo había usado muchas veces.

Esto último permitiría concluir, entre otras cosas, que le gustaba usarlo o que tenía pocos pantalones.

***

Lose juntaba todo lo relacionado con el hombre que cayó del cielo en una carpeta. De cartón compacto, tamaño súper A cuatro. En la tapa leo H.q.c.d.c.

Hombre que cayó del cielo, explica Lose la abreviatura. Ahí está todo lo que pude encontrar, mejor dicho, lo que quedó de él. Abro la carpeta y voy hojeando artículos de diarios y fotografías. No es mucho, dice Lose.

Son artículos recortados, determinadas partes de los textos están marcadas con un círculo rojo o subrayadas. Muchas veces se sintió como un arqueólogo que intenta unir los fragmentos en una totalidad. Tal vez Lose me resulte simpático porque hay cosas que no lo sueltan. Tal vez Lose también advirtió que en ese punto nos parecemos. Cuando le pregunté por la cruz en el borde del bosque, qué fue lo que había sucedido, quién había muerto, y Lose me evadía, y yo seguí preguntando hasta que me trajo la carpeta.

Lose no le había mostrado la carpeta a nadie. Tal vez porque tenía cargo de conciencia, porque no bajó de su mirador ni se fijó cuando vio caer algo del cielo. Tal vez, pensó, el hombre todavía se podría haber salvado, habría sobrevivido, si él, Lose, no hubiera sido tan vago, no hubiera sido tan apático y no se hubiese quedado en su asiento con su café en la tapa del termo, delante de él el olmo, (al que nadie puede reprocharle nada, que simplemente está ahí, dejando atrás las vidas de los hombres, al que no se le advierte que ahí cerca un hombre perdió la vida) que será talado en algún momento, convertido en leña o en tablas de una mesa, que estará en un comedor o en una cocina. Por qué debería haber pensado en un hombre, dijo Lose, cuando me entregó la carpeta.

***

Lose todavía se acuerda bien. Se levantó temprano esa mañana. Se vistió. Desayunó, un trozo de pan con una gruesa capa de manteca, como todas las mañanas. Preparó café, lo echó en un termo y lo colocó en su mochila, también una manzana y sus prismáticos. Tomó la mochila y su rifle y salió de su casa en dirección al bosque. Todavía estaba oscuro o ya clareaba, eso ya no puede decirlo con certeza. Llegó a la orilla del bosque, al mirador y subió la escalera; con cuidado. Se había quebrado un peldaño, un año atrás. Nadie se había lastimado, pero nunca se sabe. A más tardar después de todo esto, nunca se sabe.

Una vez arriba, apoyó su rifle y la mochila en el banco de madera y se sentó. Llenó con café la tapa del termo y mientras bebía, pensó en venados y jabalíes, en el silencio.

Miró a través de los prismáticos abarcando el campo. El pequeño olmo entró en su campo visual y captó su atención la rapidez con que había crecido en el último año y mientras pensaba en el olmo y su crecimiento, vio caer algo. Era grande. Era increíblemente rápido. Pensó en un pájaro gigantesco que se arroja sobre su presa en el campo, en rocas caídas desde el espacio, en un meteorito, en una pieza de un satélite artificial, alguna pieza de metal. Pensó que

envejecía y que sus ojos empeoraban y que había niebla, no espesa, pero niebla al fin, y que constantemente se veían aviones en el cielo y que una pieza de metal no era lo más descabellado, o la luz de un avión, que lo había irritado. Tal vez una mancha en su retina, falta de concentración, una conexión errónea en su cerebro. Se aferró a eso y volvió a mirar hacia el olmo y no pensó más en lo caído, sino otra vez en venados y jabalíes.

Lose vio caer una persona del cielo y mientras la veía, no pensó en una persona. En el lugar en que el hombre impactó en el suelo, allí donde más tarde lo encontraron, ahora hay una cruz, soldada, con soldadura visible, el metal, por el aire y la lluvia, oxidado y poroso en algunas partes.

[...] En la carpeta de Lose encuentro una ilustración de Ícaro, con los brazos cubiertos de plumas, la cabeza hacia abajo y, debajo de él, el mar. Me parece que se cae únicamente porque conozco la historia de Ícaro y porque sé de las leyes de la gravitación. Y, porque creo en las leyes de la gravitación como también en historias, veo su impacto, su hundimiento en el mar. En la ilustración se lo ve aprisionado en el aire, en algún lugar a mitad de camino.

7 de mayo de 2010

En un bosque cercano a un riacho se encontró el cadáver de un hombre de piel oscura. El peritaje médico legal determinó que el cuerpo presentaba distintas fracturas. Se cree que se trataría de un refugiado africano, que viajaba como polizón en el hueco del tren de aterrizaje de una aeronave. Se sospecha que ya debió sufrir congelamiento en el transcurso del vuelo1 y que, en la aproximación previa al aterrizaje, cayó al vacío. La identidad del hombre todavía no fue establecida.

Traducción de Susana Goldmann

***

Por las inclemencias del tiempo crece moho en las paredes exteriores de la fábrica y se desmorona el revoque del interior de la planta. El tiempo traza delgadas grietas en la pared, los marcos de los ventanales están oxidados y seguramente se oxidarán aún más.

Veo que el jefe, de hombros caídos, atraviesa el recinto. Me pregunto qué importancia tiene para él la fábrica, si le angustia que cierre pronto. Me pregunto si buscó otras soluciones aparte de darles la jubilación anticipada a trabajadores como Lose. Ya no nos podemos dar el lujo de tener dos personas para la vigilancia, dijo el jefe. Dentro de poco, Lose dejará la fábrica.

Dentro de poco, se detendrá la producción. Se fabricarán cajas de cartón plegables unos meses más. Y, después, se apagarán las máquinas, se apagará el interruptor principal. Llegará la hora de trancar puertas y ventanas, de guardar las rampas de carga. Llegará la hora de cerrar.

El recinto de la fábrica tiene forma de cuadrado y está alambrado. En varias partes, la maleza crece trepándose al alambre. El alambrado además está torcido en varios lugares. Parte de las tareas de vigilancia es inspeccionar el alambrado por la noche. Descubrí tres lugares donde los agujeros son tan grandes que podría meterme por ahí. Es más probable que sean a causa de la intemperie o la herrumbre, y no de una pinza.

Bien podría no haber alambrado y bien no habría por qué tener vigilancia. Hasta ahora nunca tuvimos que defender la fábrica de nada. De la fábrica no pueden llevarse más que cartón. A Lose le gustaría que entraran a robar. Alguna vez yo también deseé lo mismo.

1 N. del E.: En el original, un círculo dibujado envuelve las palabras “en el transcurso del vuelo”.

En el pasillo del comedor, en la pared, se lee "HIGH FIDELITY", en letras de metal de color bronce. Debajo hay colgados retratos de los empleados más antiguos. Algunas fotos están torcidas, en algunas filas hay huecos. Hay una fotografía de Lose, que luce más joven, con más cabello y menos arrugas alrededor de los ojos. No hay ninguna foto mía.

La galería de antepasados de la fábrica es la historia de la fábrica, dice Lose.

Fluctuante, digo yo.

Desde la perspectiva del jefe, todo un éxito. Dieciocho años y ni un robo, no es poca cosa. Es algo para enmarcar y colgar de la pared.

Abro la puerta del comedor y dejo pasar a Lose.

En la mesa, junto a Lose y a mí, está sentado un camionero, y me parece que es el mismo que vi una vez en el comedor de la fábrica. Me pregunto dónde estará su compañera de trabajo; si, como nos pasa en la vigilancia, por el cierre inminente de la fábrica en ese sector también se reduce a la mitad el número de empleados. A Lose también le llamó la atención.

Y Erika dónde está, le pregunta desde el otro lado de la mesa.

Engripada, dice el camionero y se pone de pie. Los hombres se despiden haciendo un gesto con la cabeza y el camionero se va del comedor.

Nunca fue muy conversador.

Vos tampoco, digo.

Sí que soy conversador.

Traducción de María Porciel Crosa

Clava el tenedor en la porción de tarta de limón que tiene en el plato. En el noticiero informaron sobre el muerto, dice. Después de eso me presenté a la policía. Y entonces vinieron a mi casa. Miré por la ventana y vi el patrullero y a dos policías que se bajaron y en seguida me tocaron el timbre. Les abrí y dijeron que eran de la policía, cosa que me pareció que estuvo de más, si llevaban uniforme. Los policías querían saber dónde estaba el mirador exactamente y qué había visto exactamente y por qué no había bajado a ver. Respondí que no creí lo que estaba viendo y que, la verdad, en ningún momento pensé en una persona y que recién después, cuando vi el noticiero, cuando reconocí el lugar y escuché decir a la periodista que el hombre ya había estado ahí hacía rato, recién ahí me volví a acordar.

Los policías iban y venían por mi casa. Tenían barro pegado en los zapatos. Uno de los policías se dio cuenta de que lo estaba mirando y codeó a su compañero. Y luego se miraron los pies el uno al otro.

Disculpe, dijo uno de los policías; el otro se agachó, desparramó el barro con un pañuelo y lo convirtió en una mancha marrón claro. Y después se fueron.

Lose aparta su plato. Los ojos, dice, son las herramientas más importantes para un servicio de vigilancia. El observar con precisión, el ver y reconocer. Ya no puedo confiar más en mis ojos.

Me gustaría decirle a Lose que no es posible ver todo correctamente en el momento correcto, que no es frecuente que un ser humano caiga del cielo y que también es comprensible que no haya, inmediatamente..., que se haya quedado sentado, que no haya bajado a ver. En cambio, no digo nada y paso la mano por la superficie de la mesa para quitar las migas de tarta de limón que ni siquiera están ahí.

***

Encuentro a Lose junto al alambrado. Cambio de turno, digo. Lose me alcanza los prismáticos con función de visión nocturna que me presta todas las noches. ¿Pasó algo?, pregunto.

Un búho por el depósito.

Por lo menos un búho. Comienzo mi ronda. Las noches son tranquilas. Apenas se escucha algo. Por la noche las máquinas de la nave de producción están paradas. Rara vez un ave. Rara vez el ruido de un auto desde la ruta. Me pregunto si la noche me transforma, si mi piel se pone más pálida, si mi cabello crece menos rápidamente. Tal vez en la oscuridad vea más de lo que todavía veía hace algunas semanas. Tal vez mis ojos se vuelvan más competentes de alguna manera.

La linterna no hace que la noche sea más clara. Al contrario. La luz intensa sólo desplaza la noche hacia un lado. Pero por fuera del cono de luz se extiende tanto más oscura.

A veces la oscuridad me resulta incómoda. Pero más incómodo me resulta el hecho de que haya seres humanos que caen del cielo, que haya seres humanos que se metan en un tren de aterrizaje.

Con mis manos proyecto sombras chinescas sobre la pared, un ave que bate sus alas, un perro que abre y cierra el hocico.

Desde que sé que cerca de la fábrica un hombre cayó de un avión y que fue encontrado como un desconocido y que siguió siendo un desconocido, ya no me parecen seguras ni las cosas más elementales: la pertenencia a una familia, el propio nombre.

El hombre que cayó del cielo tenía padres, probablemente hermanos y hermanas. Probablemente sus parientes y sus amigos estén esperando de él una señal de vida. Tal vez lo estén buscando, tal vez no sepan que está muerto. Para ellos quizá esté desaparecido. Tal vez también presuman su muerte porque sabían de su proyecto, conocían los riesgos.
[...]

Traducción de Mónica Lago

26 de mayo de 2010

Para las autoridades, el caso está cerrado. El peritaje de la autopsia está concluido, la identidad del hombre no pudo ser establecida. La Dirección de Sanidad determina lo que pasará de aquí en más con el cuerpo. Ésta informa que el municipio donde se descubrió al fallecido es responsable del entierro. La ley también prescribe que le corresponde pagar los costos de la inhumación al municipio donde el hombre murió, así como la tasa por el espacio en el cementerio.[1] Sin embargo, este municipio señala que se desconoce el lugar exacto del deceso. El hombre solo fue descubierto en el municipio. Que no puede asegurarse que haya muerto allí donde se lo encontró. Que habría muerto por congelamiento en algún punto durante el vuelo, muy lejos del municipio.

Acompaño a Lose[2] por el camino de pedregullo hasta la calle principal. Con frecuencia viene a pie a la fábrica. Le pregunto qué decidió el municipio, quién asumió los costos del entierro, si el hombre fue enterrado, si él estuvo

1 N. del E.: En el original, un círculo dibujado envuelve las palabras "la tasa por el espacio en el cementerio".

2 Desde que comencé a leer el texto, tuve la impresión de que el personaje principal tenía un "nombre que habla". Lose tiene relación con lo suelto, lo flojo, etc., y se relata que a este personaje, las cosas no "lo sueltan". Comencé jugando con las variantes que ofrecía esa idea, hasta optar por su opuesto, por el afán de Lose de reunir y fijar toda la información que consiguiera acerca del hombre que vio (sin ver) caer del cielo y que confunde con algo metálico, quizás. Me decidí por el imán y sus variantes y, en mi traducción individual, lo llamé Imancio (ahora, las cosas pasaron a "pegarse al personaje"), porque reúne al metal disperso y además permite deslizar la idea de cómo ese lugar al otro lado de la frontera o del mar ejerce un poder de atracción tal, que uno está dispuesto a arriesgar la vida para alcanzarlo.

presente, si otras personas asistieron al entierro.

El municipio desmintió la información de los medios, dice Lose, informó que en ningún momento había manifestado no querer asumir los costos del entierro. Primero debían establecerse definiciones oficiales: la causa del deceso, la hora de la muerte, el lugar del fallecimiento; así se procedía en cada caso extraordinario de defunción. Luego, el municipio determinó una inhumación en tierra, ya que se desconocía si el muerto pertenecía a alguna religión. Al entierro asistieron entre veinte y veinticinco personas. No solo yo pasé, dice Lose.

Entonces, una tumba ha de recordar aquí, durante algún tiempo, todo lo que fue este hombre desconocido, proveniente del continente lejano, hasta que también el último recuerdo humano que se tenga de él se haya desdibujado y disipado. Conservé esta frase del párroco, dice Lose. De las personas que se acercaron a la tumba, ninguna tenía un recuerdo del fallecido. Me pregunté qué puede disiparse entonces, excepto el recuerdo de los que lo conocieron, pero que probablemente ni siquiera saben que murió. Reflexioné sobre la palabra disiparse durante mucho tiempo y tiempo después del entierro comencé a reunir noticias sobre el muerto. Esto, señala la carpeta en mi mano, esto es lo que permanece.

Indulgente, sigo a Lose con la mirada, cómo va por el camino de pedregullo, cómo se balancea su brazo izquierdo de aquí para allá y su brazo derecho está un poco rígido al costado del cuerpo, cómo se detiene de pronto y se agacha a buscar algo, una piedra, quizás una planta, cómo sigue después, gira una vez más y me saluda con la mano.

***

La policía intentó rastrear la identidad del hombre por medio de su vestimenta. En la carpeta de Lose encuentro las imágenes policiales: un collar, una remera y un jean. Se los llevó a un laboratorio y se investigó entonces qué tenían para decir, cómo estaban fabricados, cuán viejos eran, cuál era su utilidad, de dónde provenían. No develaron mucho sobre su antiguo dueño. ¿Qué pasa con las cosas cuando no se puede encontrar a los familiares? Nadie puede recibir las posesiones del desconocido. Quizás fueron depositadas en una caja de archivo, provista de un número policial de registro y almacenada en una sala para pruebas. Quizás ahora las cosas aún sigan ahí, entre puñales y armas de fuego, entre drogas y computadoras. Pero más probable es que hayan sido destruidas, incineradas luego de cerrado el caso. Y que sólo las fotografías comprueben que realmente existió este collar, esta remera, este jean, que existió el hombre al que le pertenecían.

Traducción de María Florencia Millán

***

Salgo de la fábrica y tomo el ripio hasta la ruta, voy por ruta bordeando campos y otras fábricas, doblo en el acceso principal y, al pasar el cartel de bienvenida, empiezan a verse algunas casas aisladas que a medida que avanzo se vuelven más numerosas y próximas entre sí.

Qué hubiera pasado si no hubieran encontrado el muerto. Lose jamás se habría enterado de que vio caer del cielo un ser humano, tampoco yo, nadie. No existirían la carpeta de Lose ni el intento de averiguar quién era el muerto. Aun así, sigue siendo un desconocido, sin nombre.

Si no hubieran encontrado el muerto, se lo habrían comido los animales o lo habrían cubierto las hojas. Habría desaparecido bajo tierra igual que acá en el cementerio. Solo que sin sepultura. O puede que sí lo hubieran encontrado. Que fueran arqueólogos a excavar a ese sitio por casualidad. En busca de objetos de valor histórico. De hallazgos de los que sacar conclusiones y sobre los cuales ellos pudieran luego escribir un artículo, en alguna revista de relevancia para arqueólogos y hallazgos históricos. Solo que no encontrarían restos de muros, fragmentos de vidrios o monedas sino huesos humanos además de restos de ropa, el collar.

Inspecciono por hileras las tumbas del cementerio, camino por entre fechas de defunción y años de vida. Los años de vida están resumidos en un guión entre las fechas de nacimiento y las fechas de defunción. Una raya para toda una vida. Da lo mismo que haya sido emocionante, abrumadora, triste, desesperada, aburrida o arriesgada, da lo mismo que haya durado 18 u 81 años: idéntica raya siempre.

Al final de una hilera encuentro su tumba. En la placa verde falta la fecha de nacimiento. También la raya.

***

Si Lose deja la fábrica, la fábrica ya no será la misma. Tendré que cubrir los turnos yo sola. Ya no me cruzaré a nadie por la noche. No ingresará alguien nuevo. Lose ya no va a contarme lo inmensa que se veía la luna, o que le había parecido ver una sombra en el cerco pero que al final no era nada, o que había oído de nuevo a la lechuza y también visto una comadreja desaparecer debajo de un autoelevador, ni que en ningún momento lo había vencido el sueño o había siquiera cabeceado un solo instante.

Si no iba a oponerse a que lo jubilen antes de tiempo, le pregunto a Lose, si no es que deberíamos hacer un paro.

En otra época lo hubiera hecho en el acto, dice Lose, habría sido de los primeros en hacerlo. Pero necesitan gente con ojos más despabilados. Los míos ya no sirven. En eso el jefe tiene razón. Dejémoslo así. Y me palmea el hombro.

Se me ocurre que Lose va a extrañar el trabajo nocturno. No puedo imaginármelo en el futuro viviendo de día, paseando y yéndose de excursión, jugando a las cartas con el contingente. Probablemente continúe saliendo de noche por ahí con el largavistas infrarrojo colgado al cuello. Recorriendo cercos al azar, iluminando fachadas con su linterna, contento de haber visto una lechuza o un murciélago.

Traducción de Carolina Previderé

Texto original :
Fragmento de *Loses Mappe*, de Gianna Molinari

Eine Halskette, ein T-Shirt und eine Jeans. Was sagt eine Jeans über einen Mann aus, der vom Himmel fiel?
Dass er Jeansträger war.
Dass er per Zufall an diesem Tag eine Jeans trug.
Dass, wenn sie alt und abgewetzt war, er diese Hose oft getragen hatte.
Aus Letzterem ließe sich unter anderem schließen, dass er sie gerne trug oder nur wenige Hosen besaß.

***

Lose sammelte alles über den Mann, der vom Himmel fiel, in einer Map- pe. Vollkarton, A4 plus. Auf der Mappe lese ich M. d. v. H. f.

Mann, der vom Himmel fiel, spricht Lose die Abkürzung aus. Da istalles drin, was ichfindenkonnte, das ist, was vonihmübrig geblieben ist. Ich öffne die Mappe und blättere durch Zeitungsartikel und Bilder. Es ist nicht viel, sagt Lose.

Die Artikel sind ausgeschnitten, bestimmte Textstellen sind rot umkreist oder unterstrichen. Er sei sich oft wie ein Archäologe vorge- kommen, der versucht, die Bruchstücke zu einem Ganzen zu fügen. Vielleicht ist mir Lose darum so sympathisch, weil ihn Dinge nicht mehr loslassen. Vielleicht hat auch Lose bemerkt, dass wir darin eine Ähnlichkeit besitzen. Als ich ihn nach dem Kreuz am Waldrand fragte, was dort passiert sei, wer dort gestorben sei und mir Lose auswich, und ich solange weiterfragte, bis er mir die Mappe brachte.

Lose hat die Mappe noch nie jemandem gezeigt. Vielleicht, weil er ein schlechtes Gewissen hatte, weil er nicht vom Hochsitz hinuntergeklet- tert war und nachgeschaut hatte, als er etwas vom Himmel fallen sah. Vielleicht, so dachte er, wäre der Mann da noch zu retten gewesen, hätte er überlebt, wenn er, Lose, nur nicht zu faul, nur nicht zu träge, nur nicht einfach sitzen geblieben wäre, mit seinem Kaffee im Thermoskannen- deckel, vor sich die Ulme, der niemand etwas anhaben kann, die einfach dasteht, die Menschenleben überdauert, der nicht anzusehen ist, dass ganz in ihrer Nähe ein Mensch sein Leben verlor, die irgendwann gefällt und zu Brennholz oder zu Brettern verarbeitet wird, als Tisch in einem Wohnzimmer steht oder in einer Küche. Warum hätte ich denn an einen Menschen denken sollen, sagte Lose, als er mir die Mappe gab.

***

Lose erinnert sich noch gut. Er stand früh auf an diesem Morgen. Er zog sich an. Er frühstückte, ein Stück Brot mit einer dicken Schicht Butter, wie jeden Morgen. Er machte Kaffee und goss ihn in eine Ther- moskanne und diese packte er in seinen Rucksack, auch einen Apfel und sein Fernglas. Er nahm den Rucksack und sein Gewehr und ging aus dem Haus Richtung Wald. Es war noch dunkel oder schon dämm- rig, das kann er nicht mehr mit Sicherheit sagen. Er erreichte den Waldrand und den Hochsitz, kletterte die Leiter hoch; vorsichtig. Es war eine Sprosse gebrochen, ein Jahr zuvor. Dabei war niemand zu Schaden gekommen, aber man wisse ja nie. Spätestens nach all dem, wisse man nie.

Oben angekommen lehnte er das Gewehr und den Rucksack an die Holzbank und setzte sichhin. Dannfüllte er den Thermoskannendeckel mit Kaffee und trank daraus und dabei dachte er an Rehe und an Wild- schweine, an die Stille.

Er blickte durch das Fernglas über das Feld. Die kleine Ulme kam ihm ins Blickfeld und ihm fiel auf, dass sie schnell gewachsen war im letzten Jahr und als er an die Ulme und ihr Wachsen dachte, da sah er etwas fallen. Es war groß. Es war ungemein schnell. Er dachte an einen riesigen Vogel, der sich auf seine Beute im Feld stürzte, an Brocken aus dem All, an einen Meteoriten, an einen Teil von einem Satelliten, irgend- ein Metallstück. Er dachte, dass er alt werde und dass seine Augen schlechter werden und dass es Nebel gab, nicht dichten, aber Nebel und dass andauernd Flugzeuge am Himmel zu sehen seien, dass ein Metall- stück nicht das Abwegigste sei, oder ein Flugzeuglicht, das ihn irritiert habe. Vielleicht ein Fleck auf seiner Netzhaut, Unkonzentriertheit, eine falsche Verbindung in seinem

Gehirn. Daran hielt er fest und schaute wieder zur Ulme und dachte nicht mehr an das Gefallene, sondern wie- der an Rehe und Wildschweine.

Lose hat einen Menschen vom Himmel fallen sehen und dabei nicht an einen Menschen gedacht. An der Stelle, an der der Mann auf den Boden aufprallte, dort wo er später gefunden wurde, steht jetzt ein Kreuz, grob geschweißt, die Schweißnaht zu erkennen, das Metall von Luft und Regen an manchen Stellen rostig und porös.

***

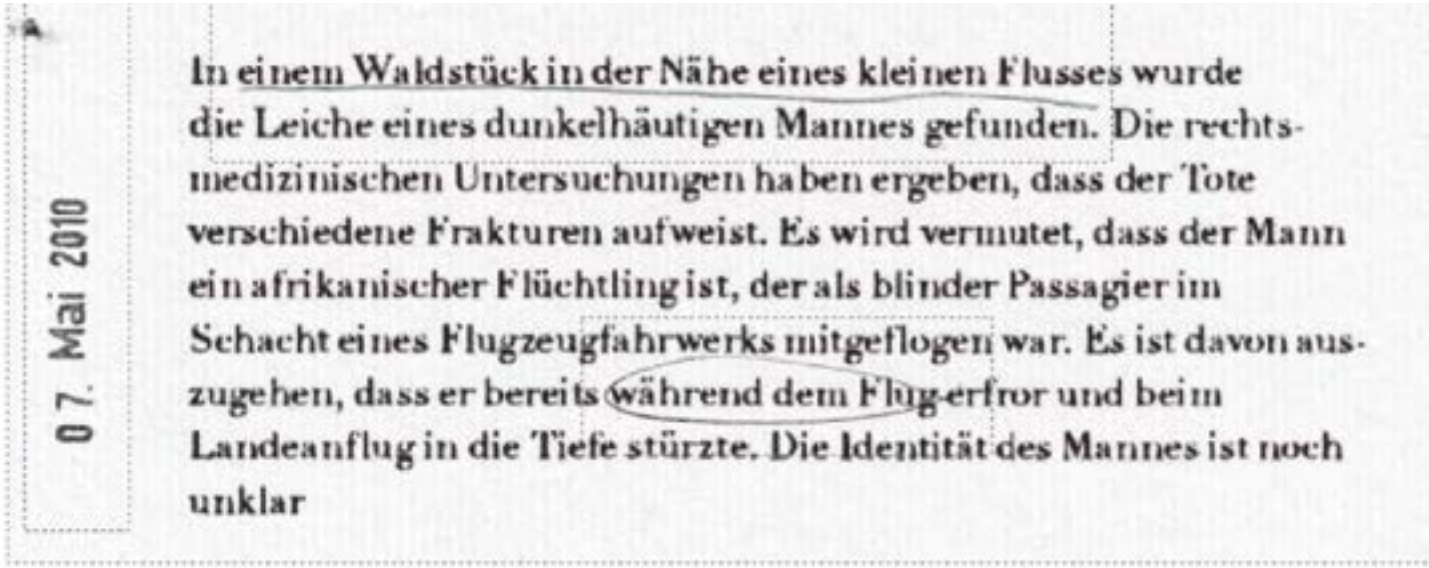
Ich kenne Lose aus der Fabrik. Wir teilen uns die Schichten als Wach- dienst. Im Monatsrhythmus tauschen wir die Spät- und die Nacht- schicht. Einer von uns beginnt um 17 Uhr, wenn die Mitarbeiter die Fabrik verlassen. Um Mitternacht ist Schichtwechsel. Dann beginnt die zweite Schicht bis die Ersten um 7 Uhr mit dem Fahrrad, dem Auto oder zu Fuß durch den Haupteingang auf das Fabrikgelände kommen.

Zum Aufgabenbereich des Wachdienstes gehört es, am Abend und in der Nacht Rundgänge abzugehen. Von der Produktionshalle zur Lagerhalle, über das Zentralgelände zum Haupteingang, den Zaun ent- lang und zurück. Zum Aufgabenbereich des Wachdienstes gehört es, zu kontrollieren, ob Türen abgeschlossen sind und mit der Taschenlampe die oberen und unteren Fensterfronten abzuleuchten, sich auf Bewegungen zu achten, auf auftauchende Schatten. Wenn eine Bewe- gung ausgemacht wird, muss ihrer Ursache nachgegangen werden. Ich habe schon oft gemeint, eine Bewegung zu sehen, aber dann war da doch meistens nichts. Im besten Fall ein Tier, eine Ratte oder ein Fuchs.

Das erste Mal, als ich Lose sah, sagte er mir, dass es unüblich sei, dass Frauen im Wachdienst arbeiten würden. Das habe er in seiner ganzen Wachdienstkarriere noch nie erlebt. Und ich antwortete, dass seine Karriere als Wachdienst demnach wenig mit der Realität zu tun habe. Das war ein Anfang mit Tücken. Die Weiterführung des Anfangs aber war, dass ich mich jede Nacht freue, Lose zu sehen.

***

In Loses Mappe finde ich ein Bild von Ikarus, mit federbesetzten Armen, den Kopf nach unten und unter ihm das Meer. Ich meine nur, dass er fällt, weil ich Ikarus' Geschichte kenne und weil ich von den Gesetzen der Schwerkraft weiß. Und weil ich sowohl an die Gesetze der Schwer- kraft als auch an Geschichten glaube, sehe ich seinen Aufprall, sein Ver- sinken im Meer. Auf dem Bild aber ist er gefangen in der Luft, irgendwo dazwischen.



07. Mai 2010

In einem Waldstück in der Nähe eines kleinen Flusses wurde die Leiche eines dunkelhäutigen Mannes gefunden. Die rechtsmedizinischen Untersuchungen haben ergeben, dass der Tote verschiedene Frakturen aufweist. Es wird vermutet, dass der Mann ein afrikanischer Flüchtling ist, der als blinder Passagier im Schacht eines Flugzeugfahrwerks mitgeflogen war. Es ist davon auszugehen, dass er bereits während dem Flug erfror und beim Landeanflug in die Tiefe stürzte. Die Identität des Mannes ist noch unklar

***

Die Witterung lässt Moos an den Außenwänden der Fabrik wachsen und den Verputz im Innern der Hallen bröckeln. Die Zeit zeichnet feine Risse an die Wand, die Fensterkreuze sind verrostet und rosten wohl noch weiter.

Ich sehe den Chef mit hängenden Schultern über das Gelände gehen. Ich frage mich, wie viel ihm die Fabrik bedeutet, ob es ihn schmerzt, dass die Fabrik bald schließen wird. Ich frage mich, ob er nach anderen Lösungen gesucht

hat, als Mitarbeiter wie Lose in die Frühpension zu schicken. Zwei Personen im Wachdienst können wir uns nicht mehr leisten, sagte der Chef. Es wird nicht mehr lange dau- ern, dann wird Lose die Fabrik verlassen.

Es wird nicht mehr lange dauern, dann wird die Produktion einge- stellt. Es werden hier noch wenige Monate lang Faltschachteln aus Voll- karton hergestellt. Dann werden die Maschinen abgestellt, der Haupt- stromschalter auch. Es gilt dann, die Fenster und Türen zu verriegeln, die Laderampen hochzufahren. Es gilt abzuschließen.

Das Fabrikgelände hat einen quadratischen Grundriss und ist umzäunt. An vielen Stellen wächst Unkraut am Drahtgitter hoch. Auch ist der Zaun vielerorts verbogen. Zu den Aufgabenbereichen des Wachdiens- tes gehört es, in der Nacht den Zaun zu kontrollieren. Ich entdeckte drei Stellen, an denen er so große Öffnungen freigibt, dass ich hindurch- schlüpfen könnte. Es ist wahrscheinlicher, dass sie durch die Witterung, durch den Rost entstanden sind als durch eine Zange.

Es könnte genauso gut keinen Zaun geben, wie es auch keinen Wachdienst geben müsste. Wir mussten die Fabrik bis jetzt vor nichts beschützen. Mehr als Karton ist in der Fabrik nicht zu holen. Lose wünscht sich Einbrecher. Auch ich habe diesen Wunsch schon gehabt.

***

Im Flur vor der Kantine steht in Messingbuchstaben HIGH FIDELITY an der Wand. Darunter sind Porträts von langjährigen Mitarbeitern aufgehängt. Einige Bilder hängen schief, die Reihen sind lückenhaft. Auf einer Fotografie ist Lose abgebildet, der viel jünger aussieht, mit vollerem Haar und weniger Falten um die Augen. Von mir hängt kein Bild.

Die Ahnengalerie der Fabrik, das ist Fabrikgeschichte, sagt Lose. Unbeständig, sage ich.

Mit den Augen des Chefs betrachtet eine Erfolgsgeschichte. Acht- zehn Jahre ohne Einbruch, das ist schon was. Da kann man schon mal eingerahmt an die Wand gehängt werden.

Ich halte Lose die Kantinentür auf.

Am Tisch neben Lose und mir sitzt ein Lastwagenfahrer und ich meine zuerkennen, dassesderselbe Lastwagen- fahrerist, denichschoneinmal inder Fabrikkantine gesehenhabe. Ichfrage mich, wo seine Kolleginist, ob die baldige Schließung der Fabrik wie bei uns im Wachdienst dazu führt, dass die Anzahl der Teammitglieder halbiert wird. Auch Lose ist es aufgefallen.

Wo ist denn Erika, fragt er über den Tisch hinweg.

Grippe, sagt der Lastwagenfahrer und steht auf. Die Männer nicken sich zu und der Lastwagenfahrer verlässt die Kantine.

Der war noch nie sehr gesprächig. Du ja auch nicht, sage ich.

Natürlich bin ich gesprächig.

Lose sticht in das Stück Zitronenkuchen auf seinem Teller. In den Nachrichten wurde über den Toten berichtet, sagt er. Daraufhin mel- dete ich mich bei der Polizei. Sie kamen dann zu mir nach Hause. Ich schaute aus dem Fens- ter und sah das Polizeiauto und zwei Polizisten, die ausstiegen und kurz darauf an meiner Haustür klingelten. Ich öff- nete ihnen, und sie sagten, dass sie von der Polizei seien, was ich als überflüssig empfand, da sie ja Uniformen trugen. Die Polizisten woll- ten wissen, wo genau sich der Hochsitz befinden würde und was genau ich gesehen hätte, warum ich nicht hinuntergeklettert sei, um nach- zuschauen. Ich antwortete, dass ich meinen Augen nicht getraut und dass ich wirklich keinen Moment an einen Menschen gedacht hätte, dass ich erst später, als ich die Nachrichten sah, als ich den Ort erkann- te und die Pressesprecherin sagen hörte, dass der Mann schon länger da gelegen habe, da hätte ich mich wieder erinnern können.

Die Polizisten gingen in meiner Wohnung umher. An ihren Schu- hen klebte Dreck. Einer der Polizisten bemerkte meinen Blick und schubste seinen Kollegen an. Und dann schauten sie sich gegenseitig auf die Füße.

Entschuldigen Sie, sagte der eine Polizist, der andere bückte sich und verstrich den Dreck mit einem Taschentuch zu einer hellbraunen Fläche. Und dann sind sie gegangen.

Lose schiebt den Teller von sich weg. Die Augen, sagt er, sind die wichtigsten Werkzeuge für einen Wachdienst. Das genaue Beobachten, das Sehen und Erkennen. Ich kann meinen Augen nicht mehr trauen.

Ich würde Lose gerne sagen, dass man nicht alles sehen kann oder nicht alles im richtigen Moment richtig sehen

kann, dass nicht oft Men- schen vom Himmel fallen, dass es auch verständlich ist, dass er nicht sofort, dass er sitzen geblieben, dass er nicht hinuntergeklettert war, um nachzuschauen. Stattdessen sage ich nichts und wische Zitronenkuchenkrumen von der Tischplatte, die dort gar nicht sind.

***

Ich finde Lose beim Zaun. Schichtwechsel, sage ich. Lose reicht mir sein Fernglas mit Nachtsichtfunktion, das er mir jede Nacht leiht. Etwas vor- gefallen, frage ich.

Eine Eule bei der Lagerhalle.

Immerhin eine Eule. Ich beginne meinen Rundgang. Die Nächte sind ruhig. Kaum etwas ist zu hören. Nachts stehen in der Produktions- halle die Maschinen still. Selten ein Vogel. Selten das Geräusch eines Autos von der Straße her. Ich frage mich, ob die Nacht mich verändert, ob ich blassere Haut bekomme, meine Haare weniger schnell wachsen. Vielleicht sehe ich im Dunkeln mehr als ich noch vor einigen Wochen gesehen habe. Vielleicht werden meine Augen fähiger auf die eine oder andere Weise.

Die Taschenlampe macht die Nacht nicht heller. Im Gegenteil. Das grelle Licht drückt die Nacht lediglich zur Seite. Außerhalb des Lichtke- gels aber liegt sie umso dunkler.

Manchmal ist mir die Dunkelheit unangenehm. Aber noch unange- nehmer ist mir die Tatsache, dass Menschen vom Himmel fallen, dass Menschen in Fahrwerke steigen.

Ich werfe mit meinen Händen Schattentiere an die Wand, einen Vogel, der mit den Flügeln schlägt, einen Hund, der sein Maul auf und zu reißt.

Seit ich weiß, dass nicht weit von der Fabrik ein Mann aus einem Flug- zeug fiel und als Unbekannter gefunden wurde und ein Unbekannter blieb, scheinen mir die einfachsten Dinge nicht mehr sicher zu sein: die Zugehörigkeit zu einer Familie, der eigene Name.

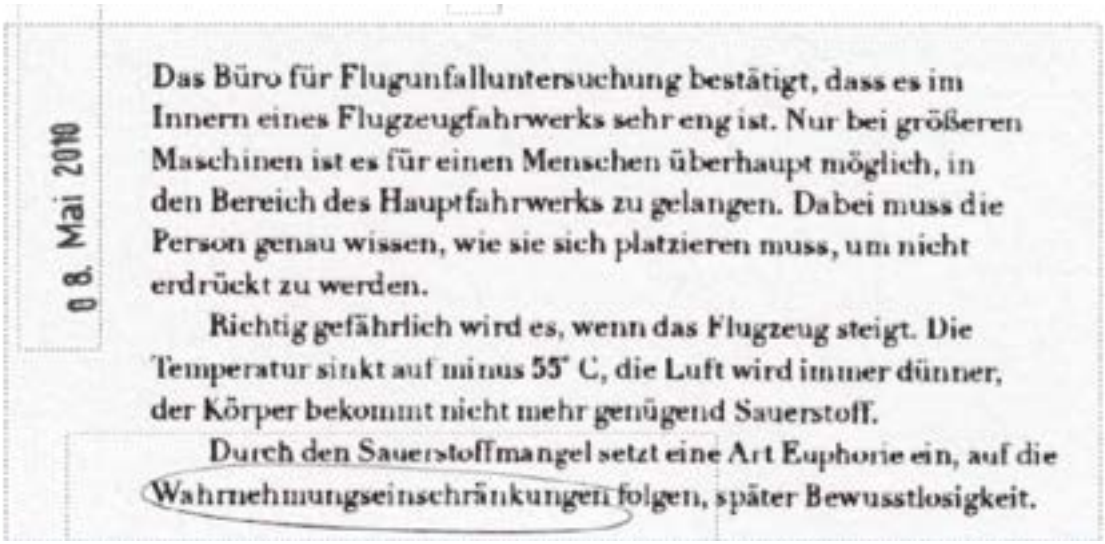
Der Mann, der vom Himmel fiel, hatte Eltern, möglicherweise Geschwister. Vielleicht warten seine Verwandten und Freunde auf ein Lebenszeichen von ihm, vielleicht suchen sie ihn, vielleicht wissen sie nicht, dass er tot ist. Für sie ist er vielleicht verschollen. Vielleicht vermuten sie auch seinen Tod, weil sie von seinem Vorhaben wussten, die Risiken kannten.

***

Der Chef beklagt sich über Katzen, Hunde oder Füchse, die in der Nacht auf das Fabrikgelände kommen und in den Containern nach Essensres- ten aus der Kantine suchen. Eine Sauerei verursachen diese Viecher, was das denn für einen Eindruck hinterlässt, wenn überall Müll herumliegt, da kann er ja gleich dicht machen. Man muss die Löcher im Zaun aus-

und den Zaun in der Erde verankern.

gehört nun zum Aufgabenbereich des Wachdienstes, die Löcher a essern und den Zaun in der Erde zu verankern.



08. Mai 2010

Das Büro für Flugunfalluntersuchung bestätigt, dass es im Innern eines Flugzeugfahrwerks sehr eng ist. Nur bei größeren Maschinen ist es für einen Menschen überhaupt möglich, in den Bereich des Hauptfahrwerks zu gelangen. Dabei muss die Person genau wissen, wie sie sich platzieren muss, um nicht erdrückt zu werden.

Richtig gefährlich wird es, wenn das Flugzeug steigt. Die Temperatur sinkt auf minus 55° C, die Luft wird immer dünner, der Körper bekommt nicht mehr genügend Sauerstoff.

Durch den Sauerstoffmangel setzt eine Art Euphorie ein, auf die Wahrnehmungseinschränkungen folgen, später Bewusstlosigkeit.

***

Die Artikel in Loses Mappe sind sorgfältig ausgeschnitten und datiert. Warum hat er gewisse Wörter umkreist? Was hat ihn stutzig gemacht, dass er sie heraushob aus dem restlichen Text?

Bei gewissen Stellenmeine ichdie Gründe zukennen. Zulesen, dass der Mann bereits im Flug starb, muss ihn erleichtert haben. Er hätte dem Mann nicht mehr helfen können, auch wenn er vom Hochsitz herunter- geklettertwäre, um nachzuschauen. Das Wort Wahrnehmungseinschrän- kungen hat ihn vielleicht an sich selber erinnert, an den Morgen auf dem Hochsitz, an sein Versäumnis, nicht im richtigen Moment das Richtige gesehen zu haben.

In einer Höhe von 8000 Metern friert der menschliche Körper langsam ein, lese ich in Loses Mappe, auf der Seite neben dem Bild von Ikarus.

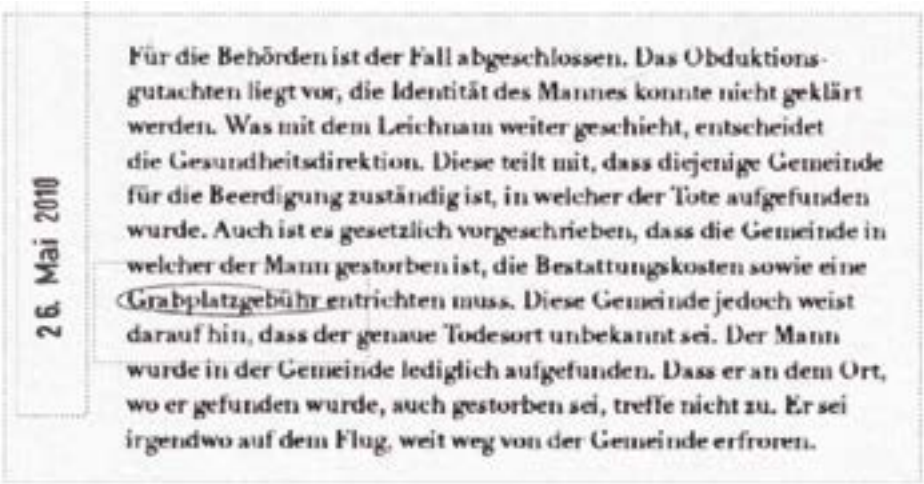
Der Mann sitzt im Hauptfahrwerk des Flugzeugs. Es ist eng, es ist laut. Das Flugzeug rollt und hebt ab. Das Hauptfahrwerk wird einge- fahren. Der Mann sitzt im Hauptfahrwerk. Das Flugzeug steigt. Es wird

kälter, je höher, desto kälter. Das Flugzeug setzt zur Landung an. Das Hauptfahrwerk wird ausgefahren. Ein Erfrorener fällt.

***

Die Hautfarbe, die Geschlechtszuordnung, Knochenbrüche, eine Hals- kette, ein T-Shirt und eine Jeans.

An der Halskette trug der Mann ein Amulett. Was sagt ein Amulett über einen Menschen aus? Trug der Mann das Amulett zum Schutz? Zum Schutz wovor? Kein Schutz vor Höhe, nicht vor Kälte.



26. Mai 2010

Für die Behörden ist der Fall abgeschlossen. Das Obduktionsgutachten liegt vor, die Identität des Mannes konnte nicht geklärt werden. Was mit dem Leichnam weiter geschieht, entscheidet die Gesundheitsdirektion. Diese teilt mit, dass diejenige Gemeinde für die Beerdigung zuständig ist, in welcher der Tote aufgefunden wurde. Auch ist es gesetzlich vorgeschrieben, dass die Gemeinde in welcher der Mann gestorben ist, die Bestattungskosten sowie eine Grabplatzgebühr entrichten muss. Diese Gemeinde jedoch weist darauf hin, dass der genaue Todesort unbekannt sei. Der Mann wurde in der Gemeinde lediglich aufgefunden. Dass er an dem Ort, wo er gefunden wurde, auch gestorben sei, treffe nicht zu. Er sei irgendwo auf dem Flug, weit weg von der Gemeinde erfroren.

Ich begleite Lose den Schotterweg entlang bis zur Hauptstraße. Er kommt oft zu Fuß in die Fabrik. Ich frage ihn, wie die Gemeinde ent- schieden habe, wer die Begräbniskosten übernommen habe, ob der Mann beerdigt worden sei, ob er dabei gewesen sei, ob andere Leute am Begräbnis teilgenommen hätten.

Die Gemeinde dementierte die Medienmitteilung, sagt Lose, sie teilte mit, sie habe zu keinem Zeitpunkt verlauten lassen, dass sie die Kosten für das Begräbnis nicht übernehmen wollte. Zuerst mussten behördliche Abklärungen stattfinden, die Todesursache, der Todeszeit- punkt, der Todesort, das werde bei jedem außergewöhnlichen Todesfall so gemacht. Die Gemeinde entschied sich dann für eine Erdbestattung, da nicht bekannt war, ob der Tote einer Religion angehörte. Zwanzig bis fünfundzwanzig Personen nahmen an der Beerdigung teil. Auch ich bin hingegangen, sagt Lose.

So soll hier eine Zeit noch ein Grab erinnern an alles, was dieser unbekannte Mann aus dem fernen Kontinent gewesen, bis auch die letzte menschliche Erinnerung an ihn verblasst und verweht ist. Dieser Satz des Pfarrers ist mir geblieben, sagt Lose. Von den am Grab anwesenden Personen hat niemand eine Erinnerung an den Toten. Was also ver-weht werden kann, fragte ich mich, außer der Erinnerung derjenigen, die ihn kannten, die aber wahrscheinlich gar nicht wissen, dass er tot ist. Ich dachte über das Wort verwehen lange nach und nach der Be- erdigung habe ich begonnen, Artikel über den Toten zu sammeln. Das hier, er zeigt auf die Mappe in meiner Hand, das hier bleibt.

Ich schaue Lose nach, wie er den Schotterweg entlanggeht, wie sein linker Arm hin und her baumelt und sein rechter Arm etwas starr an sei- ner Körperseite liegt, wie er plötzlich stehen bleibt und sich nach etwas bückt, nacheinem

Stein, einer Pflanze vielleicht, wie erdannweitergeht, sich noch einmal umdreht und mir zuwinkt.

***

Die Polizei versuchte anhand der Kleidung des Mannes, dessen Identi- tät zu ermitteln. In Loses Mappe finde ich die Polizeibilder: eine Hals- kette, ein T-Shirt und eine Jeans. Sie wurden in ein Labor gebracht und daraufhin untersucht, was sie zu erzählen haben, wie sie beschaffen sind, wie alt sie sind, was ihr Nutzen war, woher sie stammen. Sie haben über ihren ehemaligen Besitzer nicht viel preisgegeben. Was geschieht mit den Dingen, wenn die Angehörigen nicht ausfindig gemacht wer- den können? Niemand kann das Eigentum des Unbekannten in Emp- fang nehmen. Vielleicht wurden sie in eine Fundkiste gelegt, mit einer polizeilichen Registrationsnummer versehen und in einem Aufbewah- rungsraum für Beweismittel archiviert. Vielleicht liegen sie jetzt noch dort zwischen Messern und Schusswaffen, zwischen Drogen und Com- putern. Wahrscheinlicher aber ist, dass sie nach Abschluss des Falls vernichtet wurden, verbrannt. Und nur noch die Fotografien beweisen, dass da wirklich diese Halskette war, dieses T-Shirt, diese Jeans, dass es den Menschen gab, dem sie gehörten.

Ich verlasse das Fabrikgelände und gehe den Schotterweg bis zur Land-straße, die Landstraße entlang, an Feldern und weiteren Fabrikanlagen vorbei, biege in die Hauptstraße ein und gehe weiter bis zum Ortsschild und noch weiter an vereinzelten Häusern vorbei, die stetig mehr werden und dichter beieinanderstehen.

Was wäre gewesen, wenn der Tote nicht gefunden worden wäre. Lose hätte nie erfahren, dass er einen Menschen vom Himmel fallen sah, auch ich nicht, niemand. Loses Mappe gäbe es nicht, und nicht den Versuch herauszufinden, wer der Tote war. Trotzdem bleibt er ein Unbe-kannter, namenlos.

Wenn der Tote nicht gefunden worden wäre, dann wäre er von Tie-ren gefressen oder vom Laub verdeckt worden. Er wäre unter der Erde verschwunden so wie hier auf dem Friedhof. Nur ohne Grab. Vielleicht wäre er irgendwann doch gefunden worden. Vielleicht hätten per Zufall Archäologen an dieser Stelle gegraben. Hätten nach Dingen von histori-schem Wert gesucht. Nach Funden, aus denen Schlüsse gezogen werden könnten und über die sie einen Artikel schreiben könnten, in einer Zeit-schrift, die von Bedeutung ist für Archäologen und für historische Fun-de. Aber sie würden keine Mauerreste, keine Scherben und keine Mün-zen finden, sondern menschliche Knochen und daneben Überreste der Kleidung, die Halskette.

Auf dem Friedhof gehe ich die Grabreihen ab, gehe durch Sterbe-daten und Lebensjahre. Die Lebensjahre sind als Striche zwischen Geburtsdaten und Sterbedaten zusammengefasst. Ein Strich für ein ganzes Leben. Egal ob es aufregend, aufreibend, traurig, verzweifelt, langweilig oder gefährlich war, egal ob es 18 oder 81 Jahre dauerte: Der Strich ist immer gleich.

Am Ende einer Reihe finde ich sein Grab. Auf der grünen Tafel fehlt das Geburtsdatum. Es fehlt auch der Strich.

Ich verlasse das Fabrikgelände und gehe den Schotterweg bis zur Land-straße, die Landstraße entlang, an Feldern und weiteren Fabrikanlagen vorbei, biege in die Hauptstraße ein und gehe weiter bis zum Ortsschild und noch weiter an vereinzelten Häusern vorbei, die stetig mehr werden und dichter beieinanderstehen.

Was wäre gewesen, wenn der Tote nicht gefunden worden wäre. Lose hätte nie erfahren, dass er einen Menschen vom Himmel fallen sah, auch ich nicht, niemand. Loses Mappe gäbe es nicht, und nicht den Versuch herauszufinden, wer der Tote war. Trotzdem bleibt er ein Unbe-kannter, namenlos.

Wenn der Tote nicht gefunden worden wäre, dann wäre er von Tie-ren gefressen oder vom Laub verdeckt worden. Er wäre unter der Erde verschwunden so wie hier auf dem Friedhof. Nur ohne Grab. Vielleicht wäre er irgendwann doch gefunden worden. Vielleicht hätten per Zufall Archäologen an dieser Stelle gegraben. Hätten nach Dingen

von histori-schem Wert gesucht. Nach Funden, aus denen Schlüsse gezogen werden könnten und über die sie einen Artikel schreiben könnten, in einer Zeit-schrift, die von Bedeutung ist für Archäologen und für historische Fun-de. Aber sie würden keine Mauerreste, keine Scherben und keine Mün-zen finden, sondern menschliche Knochen und daneben Überreste der Kleidung, die Halskette.

Auf dem Friedhof gehe ich die Grabreihen ab, gehe durch Sterbe-daten und Lebensjahre. Die Lebensjahre sind als Striche zwischen Geburtsdaten und Sterbedaten zusammengefasst. Ein Strich für ein ganzes Leben. Egal ob es aufregend, aufreibend, traurig, verzweifelt, langweilig oder gefährlich war, egal ob es 18 oder 81 Jahre dauerte: Der Strich ist immer gleich.

Am Ende einer Reihe finde ich sein Grab. Auf der grünen Tafel fehlt das Geburtsdatum. Es fehlt auch der Strich.

Bildnachweis: Kantonspolizei Zürich / Medienberichte

“Desapariciones”, de Katherine J. Orr

Traducción colectiva: Graciela Garavaglia, Vanesa Venditti, Agustina Fredes, Beatriz Petersen, Carolina Astudillo, David Reyes, Diana D. López, Diana Ortega, Emilia Pérez, Luciana Di Paolo, Sara Borrego Márquez, Soledad Konic, Soledad Maradei, Vanesa Fusco, Valeria Wald y Alejandro Ferrero.

Buenos Aires, 18 de septiembre

El comienzo es bastante simple: de pronto me encuentro en el parque debido a un ansia repentina e imperiosa de ir al museo.

Muchos hablan del síndrome del jubilado. Advierten sobre la posibilidad de sufrir una depresión profunda. Sin embargo, no creo que eso vaya a pasarme a mí. La vida que supe construir aquí con los años me mantiene muy ocupado, más allá del trabajo. Por eso me toma por sorpresa: esta sensación de nervios e inseguridad al despertar. Parece que solo pudiera abordar el día vacilando, como un pretendiente neurótico.

Mi inquietud se traduce cada vez más en impulsos abruptos. Para decirlo sin vueltas, el ansia se presenta como la necesidad de orinar o defecar, y exige una acción inmediata. Es precisamente por un impulso de ese tipo que de pronto me encuentro en los escalones del museo a una hora ridícula de la mañana sin motivo alguno.

El museo —fundado hace muchos años y en parte con dinero de mi familia— alberga una módica colección de arte europeo, principalmente pinturas y algunas esculturas, en un edificio de importancia histórica digno de interés y preservación. Hace tiempo que no voy. Desde el año 93, quizás.

Está cerrado, desde luego. Todo está cerrado a esta hora del día.

Analizo mis opciones. Podría regresar al departamento. Dentro de poco llegará Carolina para prepararme el café y el desayuno. Por otro lado, cuando me desperté el cielo estaba despejado y sigue así. La caminata por el parque no fue ni larga ni desagradable. Dadas las circunstancias, decido seguir caminando.

Los jacarandás están empezando a florecer. Es primavera, y tan temprano que todavía se pueden encontrar algunos momentos de paz antes de que el tráfico de la ciudad comience a escupir gases y ruidos.

De pronto me veo atraído hacia el final del parque, con la idea de ubicar un puesto de diarios antes de dirigirme a casa.

Es curioso que los lugares que nos rodean puedan permanecer invisibles por tanto tiempo… hasta que un día se nos presentan sin más.

El café se encuentra en la esquina de lo que, de día, es una avenida muy transitada. De todas formas, está retirado, separado por rejas, una amplia curva de adoquines y el comienzo de una larga hilera de columnas.

Cruzo la avenida y miro hacia adentro. Veo una barra de caoba y unas mesitas redondas. No hay nadie a la vista.

Empujo la puerta; se abre. Entro y me siento.

Desde mi mesa se ve el parque enfrente, con sus prolijos canteros de colores, sus caminos de grava y fuentes decorativas.

Mientras espero, veo entrar la luz por las ventanas *art déco* que dan a las columnas. Veo los verdes y rojos y

azules de los vitrales jugar sobre las baldosas blancas y negras del piso. Se entrometen en su ordenada geometría.

Levanto la vista y veo a una mujer parada detrás de la barra. No la había notado. Lleva una camisa blanca entallada y un largo delantal negro bien ajustado a la cintura.

Cafecito, por favor.

Cuando me lo sirve, reparo en sus manos.

[...]

Nuestras mañanas continúan. Los días son cálidos. Los jacarandás florecen como puños que se abren bajo el cielo despejado.

Irene Varela-Morales. Una conocida, que anda por los cincuenta. No me ve sentado en el rincón, y no tengo deseo alguno de que me vea.

Le di una nariz refinada. Mejoró inmensamente y ella lo sabe bien. Cuando se mueve siempre deja ver de pleno su perfil.

Irene parece impaciente, reacia a sentarse y a quedarse de pie en la barra (aunque se asegura de quedar de costado a la moza que se aproxima). Hay un breve intercambio —no mira a mi Beatriz— y se sienta en una mesa cerca de la puerta. Se acomoda de espaldas a la barra, mirando hacia a la calle.

Beatriz se retira para preparar lo que le han ordenado, pero la vuelven a llamar. Irene se pone de pie y —visiblemente irritada, aunque siempre de perfil, sin mirar a Beatriz— le arroja el chal por encima de la mesa, directo a la cara, con fuerza. Tal es su sorpresa, y la velocidad con la que viaja el chal, que Beatriz solo atina a atraparlo antes de que caiga al piso.

Lo agarra, lo alisa y lo cuelga en el perchero que está junto a la puerta. Irene misma podría haberlo hecho. El perchero está justo ahí.

Beatriz no dice nada. Regresa a la barra.

Vuelve a la mesa poco después, con un café, leche, agua y medialunas.

Apenas se va, Irene la llama de nuevo. Habla en inglés con un falso acento norteamericano, alargando las vocales.

—No quiero esto —dice, refiriéndose a las medialunas—.Y te pedí leche caliente. Llevátelo.

Beatriz no contesta. Mira la jarra que Irene está sosteniendo.

—Leche. Caliente— dice Irene, esta vez en español, de manera pausada.

Beatriz vuelve a la barra y, un momento después, regresa con otra jarra.

—No debería ser tan complicado— dice Irene. Habla primero en inglés y luego lo repite en español.

Sigue con el jueguito un buen rato.

Más agua.

Hielo.

Otra cuchara.

Una limpia.

Beatriz sale a acomodar el toldo de las ventanas, a Irene le da el sol en los ojos. Cuando se marcha, no deja propina.

Es cierto que la gente puede ser maleducada aquí en Recoleta, un barrio adinerado. La gente de plata a menudo se olvida de los buenos modales, tal vez porque no tienen motivos para recordarlos. A veces pareciera que no se trata de un olvido, sino que hay una clara intención de su parte, una forma de demostrar lo importantes que son; una artimaña que a menudo les funciona; en apariencia, al menos.

Puedo verlo en el rostro de Beatriz.

Es cierto que muchos de ellos son mis vecinos. Esta es la clase de gente que he conocido, algunos incluso son mis amigos; aunque hasta ahora no ha habido razón para hablarlo con ella. Los límites de nuestra relación siempre estuvieron claros.

Beatriz mueve la silla que está frente a mí y vuelve a sentarse. Enciende un cigarrillo.

—Cuando se quieren tomar su tiempo, se toman su tiempo —dice—. Cuando quieren irse rápido, se van rápido. Quieren lo que quieren y te lo hacen saber. "Esto es lo que quiero. Esto no es lo que quiero. ¿Y esto qué es? Esto no es lo que pedí. Que venga el encargado; mi doméstica llamó para hacer una reserva y, como unos idiotas, no lo anotaron". Esta gente te tira el dinero a la cara. Nunca te miran a los ojos. Les gusta tomarte por estúpida. Quizás así les parece más divertido.

Se encoge de hombros. Apaga el cigarrillo y me dedica esa sonrisa suya.

—Esta gente —dice.

No sé qué responder. Extiendo el brazo para tomar un sorbo de café, pero sin saber muy bien por qué (me tiembla la mano, hace un tiempo que me pasa) lo vuelco.

—Qué estúpido —digo—, perdón.

—Han trabajado mucho, estas manos. Dales un respiro —me dice.

Toma mi mano entre las suyas.

No consigo recordar si mi relación con Irene era simplemente profesional o si hubo algo más.

Por mi vida han pasado muchas mujeres. El término «pasar» es, sin lugar a dudas, acertado. Nunca fui de tener alianzas a largo plazo.

Estuve casado una vez. Una experiencia frustrante, estéril.

Me acostumbré tanto a desarmar a las mujeres, a descoser sus rostros, a imaginarlas constantemente como algo que no son.

No es que no las haya disfrutado —al contrario—, pero no son ni más ni menos que la suma de sus partes.

Para mí es lo normal.

Irene Varela-Morales regresa al café. Llega con una amiga, Valentina; no recuerdo bien, pero creo que el apellido es Suárez.

Invaden mi mesa.

—Te dije que se estaba escondiendo en este lugar.

Asegura haberme visto desde el primer momento, estaba *convencida* de que era yo, pero la despistaba la ropa *espantosa* que llevaba puesta.

Valentina dice con ímpetu:

—¡Mirate! *¿En serio* creíste que te ibas a salir con la tuya?

—Eso no se hace. ¡Qué niño travieso! —agrega Irene.

Imposible fingir que no las conozco, que se han equivocado. No reacciono a tiempo. Es demasiado complicado intentarlo siquiera.

Se sientan sin ser invitadas. Beatriz se acerca. Trato de decir lo justo, aunque sé que el daño está hecho.

Ellas ordenan en inglés. Yo pido otro café, en español.

Beatriz se aleja. Veo cómo agacha la cabeza, igual que una niña.

La conversación continúa. Trato de evitar el tema de los conocidos mutuos, pero me dura poco. Es imposible estar ahí sentado sin decir nada.

Estas mujeres hablan fuerte. Dominan cualquier lugar en el que están. Es su manera de ser. Si Beatriz estuviera escondida en la cocina, igual escucharía cada palabra.

—Viste que murió Alfredo Martínez.

— Ya era hora.

—¡Irene! ¡Sos terrible! —bufa Valentina.

—Bueno, pero si es cierto. Era vetusto. Definitivamente lo *rellenaron* para el ataúd. Había perdido *mucho* peso.

—Y supo ser un hombre tan buen mozo. Realmente, podrían haberle hecho un trabajito antes de semejante exhibición pública.

—*Mal* de tu parte no ofrecerlo, Julio Ortiz. Un caballero como vos.

—Ya no puedo. Como tal vez ustedes sepan, estas manos... —digo—. Y todavía no es una práctica *común* hacerle un retoque facial a un cadáver.

—A mí podés darme un toquecito cuando quieras —dice Irene, pícara, arrastrando las palabras—. Viva o muerta. —¡A mí también! —agrega Valentina.

—Pero ¿qué pasa con tus manos? No vas a decirme que perdieron el don.

—Irene.

—Vamos, no seas tímido. ¡Todos sabemos quién es el de los dedos mágicos en B. A.!

Ambas se ríen. Están tentadas por la picardía.

No puedo evitarlo; también me río entre dientes.

Se van antes que yo, pero prometemos juntarnos muy pronto para unos tragos.

Me quedo en el café, sin saber bien qué estoy esperando. Beatriz ha dejado la cuenta sobre la mesa. No hay necesidad de que vuelva. Sé que no va a volver.

Saco la billetera y hurgo en busca de unos billetes. Me tiembla la mano, otra vez, y se me cae todo al suelo.

Tengo que arrodillarme. Junto los billetes caídos, levanto la billetera y, acalorado, vuelvo a sentarme en la silla.

Todavía estoy apretando el manojo de billetes. Los separo y dejo el monto exacto de la cuenta, ni más ni menos, en cambio chico.

Me levanto de la mesa y salgo, sin mirar atrás. Siento una profunda tristeza. La puerta se cierra de un golpe.

.

Presten atención, esto es importante.

Ella no es hermosa, no tiene un rostro simétrico. La regla de oro para la belleza es la simetría y, como les sucede a muchas personas, las dos mitades de su rostro no coinciden.

Tiene el ojo izquierdo más grande que el derecho; cuando está cansada, el ojo derecho parece semicerrado. En efecto, hay cierta pesadez en la mitad derecha del rostro, como si de algún modo fuera más propensa a… ¿la gravedad, el sufrimiento?

El labio inferior es más grueso que el superior, y hay algo irregular en el contorno del labio superior que no concuerda con el resto. En la mejilla derecha, tiene un hoyuelo que está tomando la forma alargada de un surco.

Fuma. Es más, hemos fumado juntos. Es una pasión que compartimos. Sin embargo, por las marcas que tiene en el labio superior, nuevamente, del lado derecho, sé que fuma desde hace tiempo.

El lado izquierdo es otro asunto. El ojo es luminoso y alerta, un sentido del humor siempre dispuesto. Tiene ojos verdes, creo que no lo he mencionado. Mientras que del lado derecho las arrugas que se agrupan alrededor del ojo le suman años y un poco de tristeza, del izquierdo parecen evidenciar risa, *joie de vivre.*

Tiene una pequeña hendidura en el mentón —casi otro hoyuelo— que le imprime al rostro una fortaleza general.

Cuando fuma, pone el cigarrillo entre los dientes, bien en el medio, mientras lo enciende. La primera pitada es, por lo tanto, directa, determinante; luego el cigarrillo se desvía hacia la derecha y cuelga ligeramente, como si se le fuera a caer de los labios.

Tiene el pelo oscuro, le llega a los hombros y casi siempre lo lleva recogido.

Es bastante alta.

Ella tiene, a juzgar por las bolsas bajo los ojos, las arrugas que ya se dejan ver en la frente, los labios que perdieron el volumen de la juventud, treinta y largos.

Tiene la cintura pequeña. Tiene cicatrices en las manos.

Texto original:
"Disappearances", in *Light Box*, by Katherine J. Orr

September 18, Buenos Aires

The beginning is simple enough: I find myself in the park due to a sudden and overwhelming urge to go to the museum.

People speak of the shock of retirement. They warn of the possibility of profound depression. However, this is not something I expect for myself. The life I have built here over the years keeps me more than occupied, regardless of work. And so it comes as a surprise to me – this nervous and shifty feeling on waking. It is as if I can only sidle up to the day, like a neurotic suitor.

My restlessness increasingly translates itself into abrupt impulses. To put it bluntly, an urge presents itself much in the manner of the need to urinate or defecate, and demanding immediate action. It is due to just such an impulse that I find myself on the steps of the museum at an absurdly early hour without any real justification for being there.

The museum – established many years ago, and in part with my family's money – houses a moderate collection of European art, mostly paintings, some sculpture, in a building of national importance, warranting both attention and preservation. It is a while since I've been there. Not since '93 perhaps.

It is closed, of course. Everywhere is closed at this time of day.

I consider my options. I could return to the apartment. Carolina will be there soon enough to make my coffee and breakfast. However I have woken to a clear sky and it remains fine. It has been neither a long walk nor an unpleasant one, passing through the park. Under the circumstances I decide to walk on.

The jacarandas are coming into bloom. It is spring – and early enough in the day to find some moments of peace before the city's traffic starts spewing noise and fumes.

I find myself gravitating to the edge of the park in the hope of locating a newspaper stand before heading for home.

It is odd how places local to us can remain invisible for so long – until one day they simply present themselves.

The café sits directly on the corner of what is, by day, a busy avenue. It is set back however, separated by railings, a broad curve of paving stones, and the beginnings of a long colonnade.

I cross the avenue and look in. I see a mahogany bar and small, round tabletops. There is no one in sight.

I try the door; it opens. I enter, and take a seat.

From my table I can see the park opposite, with its careful beds of colour, its gravelled paths and ornamental fountains.

As I wait, I watch light enter through the deco windows that overlook the colonnade. I watch greens and reds and blues from the stained glass play across the black and white tiling on the floor. They meddle with its orderly geometry.

I glance up and see a woman standing behind the bar. I have not been aware of her. She wears a pressed white shirt, a long black apron tied tight about her waist.

Cafecito, por favor.

When she serves me I notice her hands.

*

[...]

Our mornings continue. The days are warm. The jacarandas bloom like fists unfurling underneath clear skies.

Irene Varela-Morales. She is an acquaintance – in her fifties. She doesn't see me sitting in the corner, and I have no particular wish to be seen.

I gave her a noble nose. It improved things immeasurably and she's well aware of it. She carries herself in such a way that her profile is always seen to full advantage.

Irene stands impatiently – though making sure she's side-on to the approaching waitress – unwilling, it seems, either to take a seat or stand by the bar. There is a brief exchange – she doesn't look at my Beatriz – and then she takes a table near the door. She faces away from the bar, towards the street.

Beatriz leaves to fulfil the order she has been given but is called back. Irene stands, and – visibly irritated, still side-on, without looking at Beatriz – casts her wrap across the table, into her face, with great force. Such is her surprise, and the speed with which it is slung, that it is all Beatriz can do to catch the thing before it slips to the floor.

She takes it, smooths it, hangs it on the stand beside the door. Irene could have done it herself. The stand is right there.

Beatriz says nothing. She returns to the bar.

Soon she is back at the table, putting down a coffee, milk and water, with a plate of *medialunas*.

The moment she has gone Irene calls her back. She speaks in English with a phoney American drawl. She says, 'I don't want that,' of the *medialunas*, and 'I asked for hot milk. Take this back.'

Beatriz doesn't answer. She looks at the jug that Irene's holding out. 'Leche. Caliente,' Irene says slowly.

Beatriz goes back to the bar and, moments later, returns with another jug.

'It really shouldn't be this complicated,' Irene says. She speaks first in English and then follows it with Spanish.

She plays this game a good while.

More water.

Ice.

Another spoon.

A clean one.

Beatriz adjusts the awning over the windows, outside – the sun is in Irene's eyes.

When she departs, she doesn't leave a tip.

It is true that the people can be rude here in Recoleta, where there is so much money. The very wealthy too often forget their manners – maybe because they have no cause to remember them. Often they give the impression that it is not forgetfulness at all but clear intention that makes them do it, a kind of assertion of their greater importance in the world; a ruse of sorts that often works – at the very least, superficially.

I see it in Beatriz's face.

It is true that many of them are my neighbours – these people are the sort of people I have known, my friends, even; though I have had no reason to discuss this with her. We have set the parameters of our acquaintance.

She pulls out the chair that sits across from me a second time. She lights a cigarette.

'When they want to take their time, they take their time,' she says. 'When they want to get out of here quickly, they do. They want what they want and they make it known. "This is what I want. This is not what I want. What is this? This is not what I ordered. Get the manager – my maid called to reserve and this idiot didn't write it down." These people – they throw their money at you. They never look you in the eye. They like to assume that you are stupid. Maybe it's more fun that way.'

She shrugs. She stubs out her cigarette, and then she gives me that smile. 'These people,' she says.

I don't know how to respond. I reach across the table to take a sip of coffee but somehow – my hand is trembling, it's been happening of late – I spill it. 'Stupid,' I say. 'I'm so sorry.'

'They have been working hard, these hands. Give them a break,' she says.

She takes my hand between her palms.

I cannot remember whether my acquaintance with Irene was simply professional, or more.

I have been acquainted with a number of women. The term 'acquaintance' is undoubtedly correct. I have not been one for long alliances.

I was married – once – an odd, abortive affair.

I have been so used to unravelling women, peeling back their faces, constantly imagining them into something other than they are.

It is not that I have not enjoyed them – far from it – but they are no more or less than the sum of their parts.

It's natural.

Irene Varela-Morales returns to the café. She brings a friend, Valentina – I forget, but I think the surname is Suarez.

They assault my table.

'I told you he was hiding out in this place.'

She claims she spotted me from the first – knew she recognised me, but couldn't place me in those ghastly clothes.

Valentina launches herself. 'Look at you! I can't believe you thought you'd get away with it!'

'What a bad, bad, naughty boy,' adds Irene.

Impossible to pretend that I don't know them, that they've made a mistake. I'm just not quick enough off the mark. It's far too complicated to attempt.

They seat themselves. Beatriz approaches. I try not to say more than I need, although the damage is done.

They order in English. I order another coffee, in Spanish.

She walks away. I watch her shoulders become small, like those of a child.

The conversation develops. I try to resist the talk of mutual acquaintances but can't for long. Impossible to sit there and say nothing.

They talk loudly these women. They dominate any space they are in. It's their way. If Beatriz were hiding in the kitchen she would hear every word.

'So, Alfredo Martinez is dead.'

'Not before time.'

'Irene! Terrible!' Valentina snorts.

'Come on, but it's true. He was ancient. They absolutely stuffed him for the coffin. He'd lost a lot of weight.'

'And such a handsome man once. He really could have done with some work before such a public display.'

'Mean of you not to offer, Julio Ortiz. A gentleman like you.'

'I'm no longer able, as perhaps you know – my hands,' I say. 'And it's not yet standard practice to offer a facelift to a corpse.'

'You can do me any day,' Irene drawls. 'Dead or alive.'

'Me too!' Valentina adds.

'But what about your hands? Don't you try to tell me that they've lost their touch.'

'Irene.'

'Now, don't be coy. We all know who has the magician's fingers in BA!'

They laugh together. They are in fits at this smut.

I can't help it; I am chuckling too.

They leave ahead of me, with promises of drinks, very soon, from all of us.

I linger on in the café, not sure what it is that I am waiting for. Beatriz has left the bill on the table. There is no further need for her to appear. I know she will not.

I take out my wallet and rifle for notes. My hand is shaking, yet again, and I drop it on the floor.

I have to get down on my knees. I gather up the notes that have fallen, pick up my wallet and, overheated, sit back in my chair.

I am still clasping a handful of notes. I put them away, and leave the precise amount on the bill, no more, no less, in small change.

I walk away from my table and out of the door, without looking back. I feel profound melancholy. The door swings shut.*

Pay attention. This is important.

She is not beautiful. Her face is not symmetrical. As a rule of thumb beauty requires symmetry, and as with so many people, the two sides of her face don't match.

Her left eye opens wider than her right – when she is tired her right eye can look half closed. In fact, there is a kind of heaviness to the right side of her face, as if it were somehow more susceptible – to what . . . gravity, grief?

Her lower lip is larger than her upper, and there is a jaggedness to the outline of the upper that is at odds with the whole. She has a dimple that is stretching to a deep line on her right cheek.

A smoker. Indeed, we have smoked together. It is a passion we share. I know, regardless, that she has smoked for some years, from the traces of lines on her upper lip; again, on the right.

Her left-hand side is something else. Her eye is bright and alert, a sense of humour always close at hand. She has green eyes, I may not have mentioned. Whereas on the right the lines that cluster around her eye add age and some sadness, on the left they appear to bear witness to laughter, joie de vivre.

She has a minimal cleft in her chin – almost another dimple – which lends her face strength overall.

When she smokes, she plants the cigarette between her teeth, in the very centre, as she lights it. Her first drag then is forthright, determined, before the cigarette wanders off to the right and hangs loosely, as if it might drop from her lips.

She has dark hair. It is of medium length, and most often tied back.

She is moderately tall.

She is – to hazard a guess, taking into account the puffiness beneath the eyes, the lines now visible on her forehead, the loss of youthful volume in her lips – in her late thirties.

She has a small waist. She has scarred hands.

Reseñas y testimonios

En este espacio, transmitimos las palabras de participantes de las primeras cinco ediciones de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.
Agradecemos nuevamente a quienes nos las hicieron llegar.

Tengo un gran recuerdo de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria. Hablo alemán desde mi niñez (me crie en un hogar bilingüe) y trabajé durante muchos años traduciendo textos sin haber tenido una formación académica en el oficio. Para mí fue muy interesante poder aproximarme a la traducción desde una forma más consciente y menos "innata", por decirlo de alguna forma. Este espacio me sirvió para reflexionar acerca del oficio del traductor y pensar en sus recursos y estrategias. El intercambio con otros traductores fue además muy enriquecedor, porque permitió transparentar esto que ya sabemos pero que es tan fabuloso: que hay muchas maneras de decir la misma cosa.

Astrid Riehn
EOTL 2019 (alemán)

Crónica de una utopía poética

No es habitual para un traductor trabajar con el autor. No es habitual tener la posibilidad de traducir poesía con la poeta sentada muy cerca, en la misma mesa de trabajo. Tampoco es habitual para un traductor trabajar en equipo. De hecho, suele decirse que traducir es una actividad solitaria. Sin embargo, el taller de traducción de las poesías de Fiona Sze-Lorrain, en el marco de las actividades de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, fue una feliz excepción a todas y cada una de estas premisas.

En la charla previa al taller, que fue una actividad abierta para toda la comunidad del IES en Lenguas Vivas J.R. Fernández, Fiona habló sobre su trabajo como poeta y como traductora, y leyó algunos de sus textos. Una reflexión muy interesante que hizo y que fue un paradójico preludio al trabajo del taller fue que "la escritura es un ejercicio de silencio que se hace en silencio, y la traducción también es un arte de silencio y en silencio, pero más que nada, de resistencia".

El taller consistió en dos encuentros de tres horas cada uno, que también tuvieron lugar en el Lenguas Vivas. Antes del primer encuentro, los traductores teníamos que elegir tres poemas que quisiéramos traducir de una selección de obras de Fiona. Podía haber dos traductores para un mismo poema, pero la idea era que no quedara ninguno sin traductor.

Llegamos al primer encuentro, en el que nos conocimos, con muchas expectativas y no poca incertidumbre, dada nuestra escasa –por no decir nula– experiencia en traducción de poesía.

Quiso el azar que trabajáramos juntas en la traducción del poema "Given Silence", un poema breve y a simple vista sencillo. Aunque todos sabemos que esas apariencias son poco confiables, tanto en la traducción, como en la poesía. Y la realidad es que la traducción nos puso frente a varios obstáculos que, por suerte, tuvimos el privilegio de abordar con la ayuda de la autora y los aportes y mirada de las coordinadoras y los otros participantes del taller.

Un aspecto que nos enfrentó con las primeras decisiones fue la estructura: el poema está escrito en interlineado doble, a diferencia del resto de los poemas de la selección. Por otra parte, los versos impares están escritos en cursiva. Esto nos hizo pensar, más allá de que no hubiera ningún otro indicio en esa dirección, que se trataba de dos poemas en uno. Fiona nos confirmó que efectivamente era así y nos explicó también que el espacio entre los versos representaba un silencio. No había duda de que era imperioso respetar estas particularidades.

Otra decisión importante fue la estructura de la versión traducida, porque el original no tiene un patrón en cuanto a métrica. En este punto, la intervención de Eleonora G. Capria, coordinadora del taller, fue muy valiosa. Ella sugirió ajustar la traducción a algún tipo de métrica, más allá de la estructura del original. Sin darnos cuenta, al invertir el orden de dos frases, habíamos construido un verso alejandrino. Eleonora nos planteó el desafío de que toda la poesía siguiera ese patrón. No con poca dificultad, lo logramos.

Surgieron también algunas dudas léxicas y, en esos casos, la contribución de Fiona fue especialmente reveladora. Y eso, claro, nos dejó un sabor agridulce. Por un lado, sabernos privilegiadas de poder llegar al verdadero origen, tal vez insondable, de algunas imágenes. Y, por el otro, la sensación –cercana a la certeza– de que sin el autor, el traductor nunca podría llegar a ese mismo lugar por sus propios medios.

Una vez traducido el poema, surgió la dificultad de traducir el título. Descartamos múltiples opciones como "Silencio otorgado", "Silencio conferido", "Silencio concedido" y "Silencio dado", entre otras porque, en un último intercambio, Fiona nos reveló que el valor de "given" era el de condición. Sin embargo, esta suerte de epifanía no nos resolvió el problema por completo y estuvimos hasta último momento entre dos opciones que transmitían esa idea. Finalmente optamos por "Dado el silencio".

El cierre del taller, que consistía en la lectura, junto con la autora, de los originales y nuestras traducciones, fue en el MALBA. La estructura de nuestro poema invitaba a leerlo a dos voces, un verso cada una de nosotras, y así darle una voz a cada uno de esos dos poemas que dialogan.

No fue fácil; cuesta no sentirse a la sombra del trabajo de Fiona, tanto en el texto como en la lectura. Especialmente porque la forma que tiene Fiona de leer su poesía agrega una profundidad que probablemente no hayamos logrado reflejar. En cualquier caso, con estas voces que le dimos a "Given Silence", cerramos este proceso de poesía y traducción que, esta vez, tuvo poco de silencioso y menos aún de solitario.

Nos llevamos dos cosas esenciales de este enorme privilegio de trabajar mano a mano y palabra a palabra con la autora: la satisfacción de saber que pudimos llegar a la esencia del texto y la felicidad de ver que ella también estaba agradecida por este intercambio.

Mercedes Rego Perlas y Valeria Wald
Laboratorio 2017 (inglés)

Participé de la edición de la EOTL de francés en 2016 coordinada por Gabriela Villalba y con la participación del escritor suizo Philippe Rahmy. Tradujimos varios fragmentos de su novela Allegra, una obra conmovedora que nos sostuvo en vilo hasta el final de su lectura y de la experiencia misma de la EOTL.

La posibilidad de un intercambio directo con Rahmy forjó entre les participantes, el autor y sus traductores un lazo entrañable entre nosotres. De hecho, hoy seguimos planeando juntes algunos proyectos de traducción que enlazan el respeto tanto entre cada une de les participantes como por las variedades lingüísticas del español que surgieron durante

el desarrollo de la EOTL. La muerte del frágil Philippe Rahmy, un tiempo después, nos dejó un amargo dolor que logramos canalizar en proyectos que divulguen sus textos.

En lo personal, me llevé conmigo de esa experiencia: la forma de trabajo de Gabriela Villalba, del equipo de la EOTL, Estela Consigli y Lucila Cordone, y del IES en Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández, que aseguraron una vez más la confianza en mi propio proceso y trabajo de traducción, que ya realizaba desde hace tiempo; la mirada amorosa y alegre de Philippe Rhamy sobre nuestro trabajo tuvo un plus significativo en mi vida: un nuevo escenario florecía; el encuentro con colegas con más o menos experiencia, con otras culturas y otras prácticas hizo que pudiera volver a reflexionar sobre las prácticas de traducción en nuestra vasta lengua. Con algunas personas, se trató en realidad de un reencuentro, saber que siempre estarán allí para mí. Porque el aprendizaje y el intercambio son constantes. La literatura y la traducción literaria lo necesitan.

La otra parte de la EOTL, menos íntima pero no menos rica, sucedió en las Jornadas de Traducción (AATI) y en los pasillos de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Ahí, el campo editorial, con varios de sus pormenores y todo su atractivo, se integró claramente a la experiencia de la práctica que desarrollamos en el taller de traducción.

Gracias EOTL, y en este espacio, quiero mencionar en especial a Lucila Cordone, con quien desde ese entonces y hasta su partida en 2020, tuve la posibilidad de intercambiar opiniones y sugerencias.

Lucía Dorin
EOTL 2016 (francés)

Ya pasaron dos otoños completos desde que tuve la inmensa suerte de participar en la querida Escuela de Otoño de Traducción Literaria. Decir que fue una experiencia verdaderamente inspiradora puede sonar a frase hecha, y sin embargo recuerdo todavía sentir que volvía a mi casa en La Plata, después de esa semana de abril en Buenos Aires, en el Lenguas Vivas, en la Feria del Libro, en el Museo de la Memoria, con ganas renovadas, llena de energías nuevas y, sobre todo, con una caja de herramientas poderosa y una red de contactos, y futura contención y amistad: un sentido de comunidad y de posibilidad al que los traductores de literatura, aferrados a esta antigua costumbre de trabajar en soledad, rara vez nos habituamos. Creo que, sin desmerecer las enseñanzas y el intercambio de saberes específicos en torno a la traducción de literatura y al rol de los traductores, esa fue, sigue siendo, la mayor riqueza, la mayor fortaleza de la EOTL: reunirnos alrededor de nuestro oficio, acercarnos, y así fortalecernos humana y profesionalmente.

Mariángel Mauri
EOTL 2017 (inglés)

¿Qué decir de la edición 2016 de la Escuela de Otoño que no sean recuerdos hermosos? Recién acababa de volver

a la Argentina, pero la incertidumbre del regreso se disolvió por unos días al entrar por primera vez al Lenguas Vivas y conocer a Lucila Cordone, a Estela Consigli, a Gabriela Villalba, que coordinó el taller, a Lucía Dorin, una compañera con la que luego armé otro taller de traducción... personas generosas y que me enseñaron muchísimo de la traducción a lo largo de los años que siguieron. Conocí también a un grupo de traductoras y traductores de lo más ecléctico e interesante, con quienes compartimos desayunos, charlas y mil formas de españoles para traducir.

Y conocí a Phillipe Rahmy, un ser tan sensible como amoroso y sabio. Fue un placer traducir un poco de su Allegra. Recuerdo su sonrisa, su brillo, y las flores que nos trajo el último día. Me conmueve pensar en él y releer ahora sus textos y nuestras traducciones. Y así como con nuestra querida Lucila, siento mucho agradecimiento y alegría por haberlos encontrado.

Julia Tomasini
EOTL 2016 (francés)

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria

Se dice que los seres humanos somos seres emocionales con intelecto, así que espero que sepan dispensar mi reflexión un poco sentimental, si se quiere, acerca de lo que significa/significó la Escuela de Otoño de Traducción Literaria para mí.

La EOTL despierta una variedad de sentimientos y sensaciones inesperadas en mi interior. El sentimiento más claro y fuerte es gratitud. Por un lado, fue un honor participar de esta maravillosa experiencia y ser parte de la primera camada. Sentí que tanto la propuesta como el sentido del programa eran la respuesta a mis plegarias durante mis años de estudio y formación. Me devolvió esperanzas y revivió mi sueño de traducir libros, que, de hecho, había sido el motivo original por el que había decidido estudiar en el IES en Lenguas Vivas. Otros sentimientos distintivos son satisfacción y alegría. Es que, por otro lado, hacer esta reflexión precisamente en este momento es muy especial, ya que la EOTL fue la semilla para que tradujera mi primer libro, que saldrá a la luz en una semanas. Se llama *Adiós Babel*, es de Michael Erard y fue editado por editorial Autoría.

El programa no solo nos dio a las y los traductores un lugar para compartir, repensar la traducción y poder conversar con el autor del capítulo que tradujimos en conjunto, sino que también fue un espacio de motivación para esforzarnos más y tomar la iniciativa para trabajar en el campo editorial. Me quedó claro que si uno no lucha por sus sueños y no busca cómo realizarlos, el tan mentado acceso al mundo editorial a través del editor tío-de-la-prima-de-tu-vecino es solo para algunos. Unos años después de la Escuela, me enamoré del libro de Erard y decidí que yo sería su voz en español. Mandé a varias editoriales un fragmento del libro, información sobre el autor, mi CV resumido y fundamentación de por qué ofrecía este libro para traducir. Lucila Cordone generosamente me ayudó a revisar este material. Nuevamente, gratitud.

Laura Rodríguez O'Dwyer
EOTL 2015 (alemán)

La Escuela de Otoño, o mis mejores vacaciones académicas

Si tuviera que resumir la experiencia de haber asistido a la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, me alcanzarían solo dos palabras: agotadora y la mejor experiencia de toda mi vida académica. Bueno, fueron más de dos palabras, pero el concepto queda claro. Fue una semana en la que trabajamos a pleno en una traducción, en la que asistimos a charlas excelentes y en la que tuvimos la Feria del Libro vacía para recorrer *a piacere*. Claro, fue una semana en la que todo nuestro tiempo fue para la Escuela de Otoño; al menos en mi caso, mi vida personal quedó relegada a un segundo plano. Entonces, si en serio tuviera que usar dos palabras para describir esa semana, creo que hablaría de vacaciones académicas. Y podría seguir párrafos y párrafos describiendo la felicidad con que durante esos días me levanté a las seis de la mañana y llegué a casa a última hora, pero el espacio impreso puede ser tan cruel como el tiempo en la televisión, así que vayamos al punto.

La Escuela en sí se trató de un taller de traducción en el que trabajamos con un fragmento de la novela *The Lucky Ones*, de Julianne Pachico. Esto podría sonar parecido a cualquier clase de Traducción Literaria de la facultad, pero ahora no solo tuvimos la fortuna de tener un compañero colombiano dentro del equipo de trabajo —lo que resultó de mucha utilidad, pues la novela transcurre en Colombia—, sino que contábamos también con la presencia de la propia Pachico. Ella nos habló sobre su juventud en Colombia y sobre su experiencia a la hora de escribir la novela (lo que nos dio un contexto de escritura), y nos despejó todo tipo de dudas sobre la historia, algo muy valioso en la traducción literaria. Obviamente, no puedo hablar por ella, pero fue un espectáculo ver las caras de completo asombro que ponía cuando una frase nos tenía debatiendo durante media hora. Creo que esta experiencia ha cambiado su perspectiva y opinión sobre los traductores; sin lugar a dudas, se ha dado cuenta de que no estamos bien.

Además del taller de traducción, también tuvimos una sesión de escritura creativa y las ya mencionadas charlas sobre traducción en el ámbito editorial. Charlas que no se dieron en el Lenguas Vivas, sino en la Feria del Libro, que ya mencioné que estaba vacía. ¿Mencioné que la Feria estaba vacía?

Pasaron semanas ya y todavía no me repongo de la sensación de éxtasis. Las charlas, como ya dije, fueron excelentes. Para alguien recién recibido (como quien escribe), fueron completamente iluminadoras respecto de la vida profesional del traductor, y estuvieron llenas de información muy útil sobre subsidios, casas de formación traductológica, normativa y contratos, por mencionar algunos temas. Por supuesto, a la larga nada supera la experiencia propia, pero en este tipo de actividades el traductor novel encuentra una dirección en la que dar sus primeros pasos, con un objetivo concreto.

En fin, como conclusión, en un momento tan ríspido como el que estamos viviendo (respecto de las instituciones de formación docente y cierto proyecto de ley que quiere tratarlas como trapo de piso), contar con instancias académicas tan completas y de nivel tan elevado deja en claro que necesitamos que los institutos sigan con su tradición formadora, pues están haciendo bien su trabajo. Mi comentario para quienes quieran hacer carrera con la traducción literaria es que el primer paso es la Escuela de Otoño. Cuesta ingresar —los cupos son muy limitados—, y una vez adentro, la tarea se torna

agotadora, pero se trata de una experiencia única y aprovechable al máximo.

Para terminar, quisiera dedicar unas palabras de agradecimiento para las coordinadoras de la parte de inglés de la Escuela: Lucila Cordone, María Laura Ramos y Cecilia Rossi. Realmente pusieron lo mejor de ellas para que todo saliera redondo y pudiéramos llevarnos una experiencia positiva. Además, el hecho de que no me hayan echado después del primer día dice muchísimo de su paciencia y tesón.

Federico Cristante

EOTL 2018 (inglés)

Participé de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria en 2017, antes de recibirme, en el último año de mi formación. En aquella edición, el escritor invitado fue Giles Foden, y la temática tratada fueron los años del Proceso de Reorganización en Argentina; en particular, el hundimiento del *Belgrano*. Por mi historia familiar, era una temática que me tocaba de cerca.

Por otro lado, la Escuela de Otoño me llegó en un momento "atorado" de la carrera de traducción. En lo laboral, con frecuencia me decían que yo no terminaba de "autorizarme" en lo que presentaba. Y en la formación, recibía cantidad de correcciones acerca de la "naturalidad" de la lengua que usaba o la falta de "fidelidad" de mis traducciones. En una palabra, parecían decir que me autorizaba demasiado. Era desconcertante. Estaba en una encrucijada entre la libertad excesiva y la camisa de fuerza. Y sobre todo, sin herramientas para posicionarme.

En años anteriores, yo había asistido a las charlas abiertas organizadas por la Escuela y había presenciado lecturas de las traducciones producidas. Siempre me llamaba la atención la creatividad cuidadosa con que se intercambiaban ideas y, sobre todo, la relación con lxs autorxs presentes en los eventos. Sentía que había respeto —sin duda— pero no se santificaba la palabra de nadie.

Entonces cuando tuve la fortuna de quedar seleccionada y vivirlo en carne propia, me sumergí a replantearme qué era traducir desde la creatividad y a autorizarme con la fidelidad necesaria al autor. ¡En este caso estaba presente! Era una excelente oportunidad. Y no solo estaba presente, estaba ávido de escucharnos, de preguntar, de cuestionar. Para mí hablar de ese período histórico siempre remueve temas intensos. Y notar que aportaran al trabajo creativo fue muy gratificante. Si hoy cierro los ojos y recuerdo esos días de trabajo en 2017, esos días intensos de ejercicios de escritura, conferencias, salidas, reflexiones... lo primero que se me viene al cuerpo es el enorme disfrute y el enorme sosiego. Un remanso del tironeo en que me encontraba. Porque a la hora de intercambiar (textos, ideas, traducciones... lo que fuera) había espacio para cuestionarse y para equivocarse. Y había espacio para dialogar sobre los aciertos aun en medio de una equivocación. Había lugar para respirar: un espacio verdaderamente creativo. Pasar por ese espacio en ese momento fue fundante para mí.

Hoy, casi tres años más tarde, ya recibida y con más experiencia recorrida, comprendo la dimensión que tuvo ese tiempo, la impronta que dejó en el camino al tipo de traductora literaria que deseo ser. Hoy en día puedo escuchar a unx autorx que me confía su trabajo y dialogar flexiblemente: ponerme la camisa de fuerza de ser necesario o salir a volar juntxs si es el momento propicio. Pasar por los cuestionamientos que el material convoca y contribuir desde la mirada traductora. Con creatividad y fidelidad al mismo tiempo. Y sobre todo: con una escucha sosegada que tomé de aquellas prácticas de la Escuela de Otoño. Con calma y asertividad, con respeto no santificado.

Me siento agradecida de haber pertenecido a ese espacio en que se validaba la contribución de lxs traductorxs y se incentivaba la escritura creativa. En un momento en que el trabajo de lxs traductores lucha por ser visibilizado, en que lxs traductores debemos encontrar maneras de "autorizarnos", como me reclamaban, entiendo que hay una línea delicada que más une que divide a traductorxs y autorxs que se comunican con respeto y flexibilidad. Entiendo que así son los límites que permiten crecer.

Felicitaciones por este trayecto maravilloso. Sobre todo, gracias.

Y feliz aniversario, Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

Natalia Barry
EOTL 2017 (inglés)

Pero, sobre todo, soy yo

In memoriam

Uno de los requisitos para entrar a la EOTL es una prueba de traducción. Y no es cualquier prueba, hay que traducir un fragmento del mismo autor que se trabajará en el taller. Así fue como llegó a mis manos el primer capítulo de Cemento armado de Philippe Rahmy. Creo que nunca he puesto tanto empeño en una traducción. Mi objetivo era entrar a la EOTL, pero, al traducir, me atrapó la voz del narrador desde las primeras líneas, su descripción de un viaje: "Un tumulto, un infinito de perspectivas, de ángulos y de superficies amplificando el escándalo".

Cuando supe que me habían aceptado en la EOTL, esperé ansiosa para conocer a Rahmy. Era la primera vez que tenía contacto con el autor de lo que traducía y, habiéndome movido tanto el texto de la convocatoria, dibujé en mi mente la figura cliché de un "autor serio": vestimenta formal, semblante parsimonioso, personalidad rebuscada. Y, de repente, entró al salón, rompiendo todos los paradigmas de "autor serio" que he tenido, haciéndome crecer solo con su presencia. Sencillo y brillante, Rahmy se acercó a nosotros, sus traductores, con ternura y delicadeza. Nunca voy a olvidar lo primero que le pregunté:

-¿Hasta qué punto tu escritura es autobiográfica?

- Soy yo y no soy yo. Pero, sobre todo, soy yo.

¡Y vaya que era él! Mientras nos hablaba de cómo escribir había sido su manera de vivir, de cómo había trabajado su dolor entre líneas, tuve un privilegio que, como traductores, soñamos con tener: entendí de otra manera su texto, desde un lugar íntimo, y ese sentimiento ha permanecido conmigo hasta ahora.

La EOTL fue una experiencia maravillosa por muchos motivos. De entre todos, comparto un cuestionamiento que sembró en mí y que he integrado a mi proceso de traducción: ¿qué quiso decir el autor? Y luego, ¿cómo puedo decirlo yo? Porque, como dijo Rahmy, al traducir, soy yo y no soy yo. Pero, sobre todo, soy yo.

Mariana Arzate Otamendi
EOTL 2016 (francés)

La escuela significó un encuentro con preocupaciones e intereses semejantes entre -en alemán podríamos decir- Gleichgesinnten ¿cómo lo traducimos? Podríamos tener largas conversaciones sobre este término como las tuvimos sobre tantos otros. Fue un placer discutir esas dudas para concluir que, en la mayoría de los casos, las dudas se mantienen, pero tiene otro peso después de compartidas. todo el taller de principio a fin, fue puro crecimiento.

Al final del taller, tradujimos una parte del texto de Gianna Molinari en distintos grupos. Fue la traducción que se presentó en el cierre. Creo que sería bueno que ese texto nos representara a todos (perdón, todes).

Muchas gracias por todo y un abrazo,

Susana Hampe
EOTL 2019 (alemán)

El idioma, la ciudad, la vida

Cuatro años han pasado desde que nos juntamos en Buenos Aires unos cuantos chicos y chicas amantes de la lengua francesa y la castellana, y de la literatura, reunidos en torno al muy tristemente desaparecido novelista suizo Philippe Rahmy. Fue gracias a la convocatoria de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria del IES en Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández. Cuatro años, transcurridos como un relámpago reflejado en el cristal de los huesos de Philippe, que terminaron de romperse demasiado pronto. Ninguno llegamos a conocerlo a fondo en esos días de trabajo en común y complicidad, pero todos nos llevamos un regalo inmenso, que tras cuatro años permanece vívido en el recuerdo, y lo hará otros cuarenta.

Supongo que es señal de mediana edad hablar por primera vez en estos términos sobre alguien que ya no está: Philippe Rahmy, suizo de padre norteafricano y madre —según él mismo contó— renegada de una familia filonazi, fue un novelista, crítico, poeta y egiptólogo ("Miguel Jones", me apodó en una dedicatoria; le había confesado —ahora siento pudor— que mi héroe de infancia fue el famoso arqueólogo), pero ante todo, fue un hombre que tenía muy presente la gran

acotación que, por la osteogénesis imperfecta que lo aquejaba, era para él su tiempo en el mundo. Cada palabra, cada gesto, cada sonrisa, cada mirada, cada chiste, cada evidencia tenían para él la solidez y el peso de que sus huesos carecían. Lo ha relatado nuestra compañera Mariana Arzate en otro texto: entró en el aula en su silla de ruedas, tocado con su sombrero siempre —su señal, como Indy—, ayudado por su esposa siempre atenta, repartiendo reflexiones, sonrisas y algún consejo sobre la vida y la literatura desde un cuerpo frágil y unos ojos oscurecidos por un paño plomizo. Nos obnubiló a todos, y nos sometieron su presencia, su apostura y sus palabras. A él lo habíamos estado traduciendo desde hacía algunas semanas como ejercicio preparatorio para entrar en la EOTL; con él y con su literatura íbamos a bregarnos durante varios días de feliz trabajo común en aquel amplio salón de clase con vistas a la 9 de Julio.

Esta es parte de la dedicatoria con que me firmó el ejemplar de *Allegra*, la novela que tradujimos por fragmentos: *À ces journées de traduction, joyeuses et intenses, sur la scène du langage, rien d'autre, et la vie-ville tout autour*. "En estas jornadas de traducción, alegres e intensas; sobre el escenario, el idioma, y nada más; alrededor, la vida-ciudad". El idioma, la traducción, la ciudad, la vida. Nada más. Dejaba a un lado el autor su nombre y su literatura, objeto de nuestro esfuerzo estético y lingüístico. *Allegra*: título sugerente para una historia por lo demás inquietante, vital, claroscura, energizante. En parte, como su autor.

En Buenos Aires conocimos y despedimos a Philippe Rahmy, a su literatura, a *Allegra* y sus personajes. Yo viajaba por primera vez desde España a Argentina: este país llevaba demasiado tiempo ocupando un lugar prominente en mi imaginario. Fue durante mi adolescencia grunge y medio atormentada una Arcadia intelectual y sentimental: Borges, el rock rioplatense, el tango, Les Luthiers, el folclore, el dulce de leche, el mate y el asado, el fútbol de Maradona, el cine de Adolfo Aristaráin. Todo eso había cambiado; era una guitarra dejada no en un trastero pero sí en la esquina del dormitorio, destempladas ya sus cuerdas. Pero era preciso volver a ella, sin haberla tenido nunca; volver a afinarla y rasguearla.

No había plan mejor que haber ser invitado por la Escuela para traducir a Rahmy junto con compañeros y compañeras de la esfera hispanohablante: Argentina, Uruguay, México y España. Resultó muy vivificante y agradable trabajar con personas con las que el vínculo no siempre se ha mantenido en estos cuatro años, pero con las que nació una cercanía instantánea; unidas por la ciudad, por la vida, por el idioma y —aunque él no lo habría querido quizá explicitar así— por la literatura de Rahmy. Sería entrar en demasiado detalle describir las jornadas de trabajo, los ejercicios, los debates, la puesta en común, las opiniones de los compañeros, de las profesoras, del propio Rahmy. Inolvidable aquel divertido broche final en que leímos partes seleccionadas de la traducción de *Allegra* en las distintas variantes de nuestro rico idioma común. Rahmy quizá no percibía esas diferencias pero nos veía reír y sonreír, y sonreía él también.

Inexcusable olvidar el otro extremo de la ecuación: las profesoras y coordinadoras. El amable personal, también, de la embajada suiza, auspiciadora del evento. Las personas que decidieron que la literatura de Philippe Rahmy merecía ser trabajada en una ocasión como aquella y lo hicieron posible, quienes guiaron la reflexión y el trabajo: Gabriela Villalba, Estela Consigli, Lucila Cordone, Silvia Calabrese. Gracias, y enhorabuena por aquella edición; sin duda la siguientes debieron de ser igualmente exitosas.

Yo llegué como uno de los pocos chicos, el único hablante de español europeo, traductor principalmente de lengua

inglesa. Me resultó tan enriquecedor que me costaría explicarlo en pocas palabras. Fueron muchos los retos: por ejemplo, traduje desde mi segunda lengua de trabajo (la primera es el inglés); esto no es baladí, porque el cómo encarar la labor traductora y qué relación mantener con el texto y el autor es algo que puede variar entre la tradición anglosajona —no sabría realmente cómo definirla; más laxa, quizá, o más comunicativa— y la francesa —más fiel, en general; más semántica, más de «hacer al lector acercarse al texto», como dijo Schleiermacher—, máxime teniendo en cuenta la tradicional reverencia que desde el Cono Sur se ha tenido por la intelectualidad gala. Aprendí muchísimo a este respecto, y eso no fue todo. Despuntaba ya el lenguaje inclusivo y de género, del que es punta de lanza en español el Cono Sur, y seguía en pie el debate del sempiterno gigantismo de la industria editorial española, el antiguo colonialismo lingüístico, la necesidad de una autonomía mayor en la edición, los libros y la traducción latinoamericana en general y argentina en particular. Escuché, presenté argumentos, debatí, vi nuevas realidades, me convencí. Llegué en busca de tocar de nuevo aquella vieja guitarra rioplatense desafinada y me volví con una reluciente valija llena de notas y partituras para otro tipo de música, llena de español y de América Latina.

Solo me queda un "gracias" y un "ojalá", ambos de muy largo aliento, para la Escuela, para sus profesoras y organizadoras, para mis compañeras y compañeros, para *Allegra*, y para Philippe, allá donde pare.

Miguel Marqués
EOTL 2016 (francés)

Participar en la Escuela de Otoño fue un placer. Fue un placer ser partícipe de ese espacio de trabajo minucioso donde aprender era, cada día, la consecuencia invariable del debate y la reflexión colectiva. Coordinado por Martina con una gran destreza, hemos discutido cosas grandes y cosas pequeñas con igual intensidad, más de una vez incluso, con igual convicción de que nos enfrentábamos a lo insoluble. Y al final, nuestras versiones del texto, o acaso sus variantes (cada quien sabrá desde dónde mirar), a mí en particular me han demostrado una vez más que, en traducción, lo múltiple es el feliz reverso de lo imperfecto.

Trabajamos separados juntos. Separados juntos, así, sin ningún "pero" intermediando o poniéndonos condiciones, como el modo posible de lo colectivo.

Carolina Previderé
EOTL 2019 (alemán)

La EOTL del 2016, además de ser una ocasión para poner en práctica y compartir nuestros conocimientos traductoriles, fue un momento para intercambiar experiencias con colegas y afianzar vínculos. Tal es así, que con algunos compañeros de taller aún hoy en día estamos en contacto e intercambio. Asimismo, el hecho de haber trabajado con el autor y consultarle directamente "¿qué fue lo que quiso usted decir en tal o cual fragmento?" fue muy esclarecedor y contribuyó a hacer una traducción directa desde el pensamiento del escritor. El resultado final fueron traducciones con distintas voces

internacionales y una experiencia enriquecedora en múltiples sentidos. ¡Ojalá algún día podamos volver a trabajar en equipo y con suerte sacar a la luz los textos de Rhamy en español!

Ezequiel Martínez Kolodens
EOTL 2016 (francés)

Reflexión sobre la Escuela de Otoño de Traducción Literaria edición 2017

Somos, sobre todo, palabras. Nuestra construcción como seres humanos se basa en un discurso social que se fue gestando a través de generaciones con el objetivo inconsciente de crear una identidad y abrazar significados únicos y propios que nos permiten tener una mirada más amplia del contexto en el que estamos trabajando para poder entendernos ayer, hoy y mañana.

Fue así que las palabras mutaron y se embebieron de nuestra cultura y nuestra visión del mundo, algo que generó intercambios provechosos y, numerosas veces, graciosos. Me otorgó la posibilidad de cuestionar la construcción discursiva del texto original y entender al autor o autora también como un humano igual a nosotros que, muchas veces, también necesitan del apoyo de colegas y de una ferviente investigación, lo cual nos lleva a derribar el mito de que todas las decisiones tomadas por él o ella están justificadas en su totalidad. Aprendí a entendernos como un todo en la producción de una historia, cuya existencia necesita del soporte mutuo y de los intercambios producidos con base en experiencias personales y colectivas, lo cual no nos sitúa únicamente en un presente, sino que también nos transporta a otros momentos determinados de la historia, en donde la mente de alguna otra persona nos dejó un claro legado afianzado a la eternidad del tiempo y una historia tangible frente a nuestros ojos.

El entendernos como sujetos inmersos en un océano más grande de amor, miedo y perversidad nos da la posibilidad de extendernos hacia otros horizontes que asemejan lejanía, pero que resultan estar a solo un paso dentro de la propia ciudad que habitamos. La empatía en la incomodidad de visitar lugares muy cargados de memorias, de reconectarse con el tiempo y comprender que nuestra tarea como traductores es ser los portadores y conectores de ese discurso social hacia un futuro que tiende al olvido, al rechazo, es uno de los regalos más importantes que me dejó la Escuela de Otoño de Traducción Literaria en el 2017 y uno que, indudablemente, será de los más difíciles de perder.

Julián Alejo Sosa
EOTL 2017 (inglés)

"Opoe" en la Escuela de Otoño

La Escuela de Otoño de Traducción Literaria es un lujo, tanto por la organización general, las interesantísimas actividades que ofrece y la coordinación de los talleres, como por la presencia de autoras y autores y por la participación de traductoras y traductores de distintos ámbitos. Los días de abril en que se desarrolla ya tienen un lugar inamovible en nuestro calendario. Participé dos veces, la última en 2019, y podría volver a hacerlo infinitas veces más.

Esta vez tocó "Opoe", un fragmento de la obra del mismo nombre, del joven autor suizo Donat Blum. Al momento de leerlo, y luego al traducirlo, no sabía mucho más. Después averigüé, entre otras cosas que no vienen mucho al caso aquí, que "Opoe" es el apelativo cariñoso para abuela, en neerlandés.

Leí el texto e inmediatamente recordé a mi tía Blanca. Blanca vivía sola y le gustaba que fuera a su casa. Siempre impecable. El cabello blanco y plumoso era poquito y estaba lleno de aire. Siempre con algún detalle, un collar o un prendedor. Me acordé de ella, de que iba a su casa en mi época de estudiante, de que me quedaba allí porque con ella podía estar cómoda y tranquila y porque en su casa disponía de un cuarto para mí, de un lugar donde estudiar, incluso con mis compañeras o compañeros. Recordé también el aroma a colonia fresca que sentía ni bien me acercaba. Blanca era un personaje especial, todos la queríamos. Vivimos para servir, decía, y lo sentía, estoy segura. Y si no servimos, ¿para qué vivimos? Siempre sonriente y sabia; de sabios silencios también. Le gustaba contar historias divertidas y reír. Sobre algún momento triste en su vida prefería callar. Así imaginaba yo a Opoe.

Me puse a traducir el texto al castellano. Como dije antes, es un fragmento, una pequeña historia, en medio de una historia más larga. En algún momento de esa historia más larga vamos para atrás, al momento en que el protagonista viaja a lo de su abuela en Berna, a lo de Opoe.

Hacía ocho años del día en que viajé a Berna, a lo de Opoe, con un morral al hombro y arrastrando un carry-on. Quedó así, después de haber probado con una mochila y con una valija con rueditas. Me gustaron más el morral al hombro y el arrastrar del carry-on: se escuchaba el ruido de las ruedas mientras el protagonista avanzaba por la estación. Crucé la estación principal, vi a mis pies la ciudad vieja, levantada en arenisca verde militar hacía cientos de años y en el horizonte los Alpes, que vestidos con drapeados daban una imagen de tarjeta postal. Ahlalá, pensé, antes de ponerle el punto al parrafito, ¿qué hacemos con esto? ¿Qué hiciste con "aufdrapiert"?, me preguntó mi amiga Flor, que estaba con el mismo problema. Era relindo en alemán; vi los Alpes escarpados, parcialmente cubiertos de nieve, me imaginé cucuruchos de helado y vestidos de fiesta con faldones plegados. Un drapeado no se usaría hoy si no fuese para una fiesta, para una gala. Es decir que eso tenía que quedar. Engalanados no era suficiente. Relacioné con "aufgetakelt", medio vieja la expresión, como "emperifollados", demasiado vieja y medio cursi también. Las montañas debían verse majestuosas y vestidas de gala. En la Escuela seguramente escucharemos muchos más divagues sobre la expresión, poco usual por cierto. Sólo la encontré en dos textos, una vez en una publicación de Zug (Suiza) y otra en un libro de un autor vienés del siglo XIX. En el texto de Blum quedaba preciosa. En el mío, quién sabe, ojalá. Una imagen apenas conocida para mí en las llanuras del norte de Suiza, donde viví hasta tres horas antes.

Podía quedarme en lo de Opoe hasta que se liberara para mí mi primer cuarto propio. Estaba asomada a la ventana del quinto piso. Asomada es un decir, otro verbo debería indicar que su cuerpo se veía parcialmente por fuera de la ventana. Vi relucir desde lejos el brushing blanco y la blusa de seda azul celeste. Con una mano cuidaba de que no se cayeran sus anteojos de sol, con la otra acariciaba el aire, daba palmaditas al aire, literalmente: que esperase hasta que bajara las escaleras. Ahí el hollín había coloreado de negro la fachada de arenisca. Una mujer policía ordenaba el tránsito en la bocacalle frente al edificio. Izquierda, derecha, izquierda, Opoe me besó en las mejillas.

—¡Qué lindo que esté aquí! - dijo radiante, con un fuerte acento holandés que envolvía sus palabras en un susurrar. Ese acento holandés cubría sus palabras ¿con un manto? de murmullos, con un murmurar. Raro, porque el sonido que cubría las palabras de Opoe era como cuando se pisan hojas secas, o el sonido que hacen las hojas de los árboles con el viento. ¿Cómo se llama ese sonido? No van "crujir" ni "crepitar"; me haría falta una biblioteca de sonidos. No murmuraba ni susurraba ni ronroneaba. Me hablaba de usted, como solía hacer cuando usaba frases hechas. "Disculpe usted" y "vuelva pronto", como si recién hubiera sacado esas fórmulas de su libro de lengua.

Sin saber qué decir, conté los escalones que subí delante de ella. A pesar de que Opoe era mi abuela, apenas la conocía. Que a Max no le gustaba juntarse con gente, decía mi madre sobre su padre, sobre el esposo de Opoe. Sólo nos visitaron pocas veces. Solo pocas veces fuimos nosotros a verlos a Berna.

Cuando me di vuelta después del escalón número 51 se había sentado en el antepecho de la ventana. Apretó su espalda contra éste y me saludó por sobre su hombro, como la reina Isabel en visita de estado. La Queen es la reina Isabel, no una reina cualquiera. Había que aclararlo. Vi el brillo suave de su collar de perlas. También había brillado, con un brillo diferente, la blusa.

—Sólo para disfrutar de la vista - dijo para disipar la preocupación en mi mirada y señaló hacia los Alpes cubiertos de nieves eternas, aunque la certeza respecto de esto estuviera disminuyendo.

Durante las siguientes tres semanas dormí sobre la "cousch". Así llamaba ella el sofá-cama, en una mezcla de "couch" y "mullido" pero con acento francés. Yo iba al trabajo, Opoe cocinaba y ambos mirábamos televisión. Pero por qué sucedió que en la despedida me invadió esa mezcla de sentimientos que ardían punzantes y a la vez me abrigaban agradablemente como un vasito de licor o de vino de Oporto, es algo que no pude dilucidar.

La habitación en el departamento compartido se había liberado y Opoe me volvió a detener en la puerta:

—¡Qué lindo que haya venido!- dijo y continuó en voz muy baja cuando ya me había dado vuelta- . Vuelva a pasar otro día, ¿sí?

Cada tanto me llamaba mi madre y me hablaba de esto o de aquello, dando un rodeo antes de referirse a Opoe.

—¡Ella te adora! -decía luego-. Está tan sola, ¿no quisieras darte una vuelta por su casa?

El departamento que compartía con Katka, una estudiante de física de Leipzig, estaba a sólo pocos minutos en bicicleta. Así que iba, por mi madre, por Opoe, porque mi autoimagen así lo quería, y trepaba por la escalera que, mes a mes, separaba a Opoe cada vez más del mundo exterior.

Sólo una vez me llamó ella, es lo que recuerdo. Me llamó poco antes de mi cumpleaños, que si podía invitarme a comer. Que podíamos cocinar juntos un pan de carne, propuse. La receta de su madre escrita a mano y la olla, tan negra que no se la debía secar con un repasador sino en el horno tibio, eran algunas de las pocas cosas que relacionaba con ella, ya desde mi niñez. Titubeó. Que ya no quería cocinar, dijo finalmente. Que ya no sentía el sabor de los condimentos. Que si no podíamos ir al restaurante de Migro. Las albondiguitas de carne, las bärentatzen, eran muy smakelijk y por lo menos tan deliciosas como su propio pan de carne, lo podía asegurar. Son dos platos diferentes las albondiguitas de carne y las bärentatzen, hubo que buscar estas últimas en imágenes y recetarios. Pensé bastante en intercalar una "y" o un "también",

pero Blum no lo hizo... El significado de "smakelijk" lo tendrá que buscar quien lo lea y lo quiera saber.

Estos últimos párrafos no complicaron tanto, salvo por los guiones de diálogo. En alemán es diferente, se usan las comillas. ¡Qué fácil resulta leer los diálogos con los guiones, qué bueno que eviten tantos "dijo", "replicó" o "contestó"! Lástima que yo, cada vez que los quiero usar, debo acudir a algún libro con muchos diálogos y buscar las estructuras parecidas. Me resulta más fácil eso que estudiar los instructivos, nunca logré aprenderme las reglas. Esta vez me ayudó un cuento de Eduardo Sacheri. No estoy segura, sin embargo, de que todos estén bien.

Tomó uno de los periódicos gratuitos que estaban dispuestos al lado de la escalera mecánica y lo colocó sobre la bandeja junto a los cubiertos y a la servilleta. El cocinero, de gorro blanco y delantal salpicado de grasa, la saludó por su nombre.

—Grüezi Sra. Bergé. ¿Lo de siempre? -Ella sonrió y movió la cabeza; no estaba claro si temblaba, si negaba o si asentía.

—¿Y acompañamos con manteca con hierbas? -preguntó él e introdujo la cuchara en la masa jaspeada bajo el protector del mostrador.

—No se preocupe -dijo ella y en realidad pensaba que sí, que el cliente manda.

Nos sentamos enfrentados. Alrededor nuestro plantas de plástico, mesas blancas y jubilados.

—¿Te gusta? —preguntó. Asentí con la cabeza y pensé que ella debió haber sabido que no como ajo. Charlamos, pero ¿de qué? Había algunas historias que solía contar; de la época de la guerra en Holanda, de su hermano, de un viaje a México y de otro a Indonesia. De cualquier modo, no hizo preguntas, ni a mí ni se las hizo ella; tampoco al curso de la vida.

Seguramente ésta no es la última versión de mi traducción; me cuestan los puntos finales. Falta un mes para la Escuela, ahí tendremos oportunidad de escuchar otras versiones, de abrir más significados, de encontrar mejores soluciones. Y también, quizá, nos ocurra como nos ocurrió alguna vez, que el autor simplemente nos diga: "Mmm, no sé, la verdad, no pensé nada en particular cuando elegí esta palabra". La palabra, la frase, simplemente surgieron, saltaron al papel. Ahí se convirtieron en nuestro desafío, un desafío que nos encanta y nos apasiona. Que nos hace pensar y repensar, que se agiganta, se aliviana, se reduce o se multiplica y nos tiene en vilo hasta que al fin, somos capaces de domesticarlas y clavar el punto final.

Mónica Lago
EOTL 2019 (alemán)

Cuando me postulé por primera vez, en 2017, yo me había recibido hacía relativamente poco y la EOTL ya tenía su prestigio bien ganado; la posibilidad de participar venía con la carga de expectativa y ansiedad que tiene todo lo que puede ser una experiencia bisagra. Busco en mi casilla de correo y encuentro la respuesta de Lucila y Estela (todavía la tengo guardada):

Lamentablemente, te informamos que esta vez no has quedado seleccionada, pero te invitamos a postularte para una nueva edición de la EOTL.
Como ya habíamos comentado, hubo muchos postulantes y la cantidad de cupos es muy limitada. Y debemos decir que gran parte de los interesados estaba en condiciones de participar (como vos), por lo que la selección fue muy difícil.
Agradecemos nuevamente tu interés en el programa.

Es muy probable que, en ese momento, me haya quedado con la primera oración solamente. Me acuerdo de la sensación de desaliento, hubo un poco de enojo también. Por suerte, esa primera oración tenía dos partes, y en la segunda, me invitaba a insistir al año siguiente. Hoy, la EOTL es parte de mi historia y, por eso, con el tiempo, fue ganando matices y se resignificó. Más adelante, también pude leer la puesta en valor: Lucila y Estela también me decían que estaba en condiciones de participar, que había sido un tema de cupos. Y, a la distancia, en ese comentario, veo lo que iba a ser una de las marcas de la escuela: la valoración de todas, absolutamente todas las producciones, de todas las formas de traducir, de todas las formas de pensar la traducción.

La Escuela consistió en una semana hábil (lunes a viernes) de inmersión en la traducción literaria. La jornada tenía dos partes: por la mañana, bien temprano, el taller de traducción propiamente dicho, en el Lenguas y, una vez que terminábamos ahí, las jornadas profesionales en la Feria del Libro, en la Rural de Palermo.

Del taller de traducción tengo, por un lado, la imagen de Lucila, Cecilia y María Laura en la coordinación, junto a Julianne Pachico, la escritora inglesa con la que trabajamos ese año. Por otro lado, nosotrxs, lxs traductorxs, un grupo heterogéneo, diverso —la convocatoria había atraído a colegas de todo el país y también del exterior—, entonces, ahí, muchas formas distintas de transitar esa negociación constante que es la traducción y también la experiencia colectiva que la potencia y enriquece. Y me parece que ese intercambio, que implica el esfuerzo, por momentos (y no exagero) titánico, de incluir miradas tan distintas a la propia, encarna algo que es esencial a nuestra tarea y es el hecho de que, en esencia, traducir es hacer lugar a otro idioma, a otra cultura, a otra forma de organizar la experiencia, en definitiva, a la otredad. Lo que pasó en nuestro laboratorio de traducción, ni más ni menos.

Eso en cuanto al trabajo al interior de la traducción literaria, pero como toda buena escuela, también nos llevó de la mano al mundo y a la realidad que transcurre fuera de ella. Ahí entra la Feria del Libro. No voy a mencionar el placer de poder recorrer la Feria casi vacía y la cantidad de libros que pasaron a engrosar mi biblioteca, pero sí la posibilidad de escuchar a editores, a traductores profesionales, poder conversar con ellos, conocer cómo se encara un proyecto de traducción; una apertura a un mundo al que, generalmente, hay alguien que te tiene que invitar a entrar. Y ese alguien fue la EOTL.

Hoy en día, estoy trabajando como traductora literaria. Además, hice amigos en la EOTL, adorables, todxs ellxs. Esa es, ni más ni menos, la importancia que tuvo para mí.

Para finalizar, lo único que me queda es agradecer a Lucila, a María Laura, a Cecilia, a Estela, a toda la AATI, que

estuvo siempre ahí, en la organización, en definitiva, a todos los que, año tras año, nos van recibiendo con tanta dedicación y amor.

Graciela Rappaport
EOTL 2018 (inglés)

Mi experiencia en la Escuela de Otoño fue muy enriquecedora pero sobre todo fue un gran descubrimiento, ya que cuando me inscribí no sabía bien de qué se trataba, en verdad fui un poco a "ciegas", pero más allá de mis expectativas, fue una experiencia que colmó ampliamente todo lo que hubiera imaginado.

¿Qué fue lo que me sorprendió? En primer lugar, el contacto con el autor de la obra que iba a ser traducida, que más allá de tratarse de un ser humano excepcional, como lo era Philippe Rhamy, se trataba del autor presente en cada una de las sesiones en las que nos encontrábamos traductores y traductoras.

También me enamoró la organización del evento ya que tenía en cuenta hasta el más mínimo detalle y aquí se impone un recuerdo a nuestra querida Lucila, siempre con su sonrisa a flor de labios.

El encuentro de traductores de distintas variedades lingüísticas fue una de las claves para convertir esta experiencia en algo importantísimo en mi vida de traductora. Trabajar codo a codo, en mi caso, con una traductora uruguaya, sumado a la presencia del español y mexicano, convirtió nuestros encuentros en momentos de reflexión lingüística, sobre todo, en las partes de la obra donde aparecían escenas de la vida íntima de los personajes, donde se usaba un registro familiar y coloquial. Creo que ahí fue cuando se volvieron más interesantes las reuniones.

Creo que con esto resumo mi experiencia, que por supuesto, recomiendo a partir de la mía, a todo traductor y traductora egresada del Lenguas Vivas.

Silvia Calabrese
EOTL 2016 (francés)

Yo no sabía qué era exactamente la Escuela de Otoño de Traducción Literaria pero con el nombre me alcanzó para saber que quería ir. Pronto me enteré de que, por empezar, había que postularse con CV y una traducción, que iba a estar el autor del texto por traducir y que el grupo iba a ser grande. Confieso que preparé con muchos nervios y esmero mi versión porque conocía a Lucila, a Estela y a María Laura pero ellas nunca habían leído ninguna traducción mía y sufro de algo cuya mejor definición es miedo escénico pero en papel (o documento de Word). En cuanto a la presencia del autor, me intrigaba ver hasta dónde podríamos hostigarlo con nuestras preguntas más allá del decoro. El trabajo en grupo me generaba menos interrogantes, seguramente por mi historia personal.

Por fin, pude asistir en el año 2018, cuando vino Julianne Pachico y tradujimos uno de los cuentos de su libro *The Lucky Ones*. La primera actividad propiamente dicha fue también una de las más intensas: redactar una versión grupal del pasaje que nos había tocado. El hecho de que en mi grupo fuésemos tres personas nos permitió zanjar los debates trabados mediante el método del dos contra uno: leíamos nuestras versiones, opinábamos sobre pros y contras de la

propia y la ajena, proponíamos la definitiva y votábamos. No fue tan aséptico como suena, claro: admiración por un acierto ajeno, tajante desacuerdo ante una opción estructural, orgullo por un acierto ante los demás, derrota colectiva ante alguna solución que no gustaba a nadie pero que no lográbamos sortear y satisfacción profunda cuando, entre los tres, lográbamos encontrar alguna solución que ninguno había hallado en primer lugar. Después de tanta adrenalina, las preguntas a la autora perdieron dramatismo y fueron un agradable intercambio, casi un pedido de datos que disfrutamos mucho, sobre todo por la perplejidad de la autora ante las preguntas de todos los grupos.

Tres años después, no solo seguimos en contacto, sino que nos reencontramos en proyectos, viajes, cafecitos y excusas varias. En otras palabras, empezamos una amistad.

Otra actividad que "germinó" sin que me lo esperase fue el ejercicio de escritura creativa. Hacia el final de la semana de trabajo, Cecilia Rossi nos propuso que escribiéramos nuestra primera experiencia infantil, con los sabores, olores y sensaciones del caso y, si bien no logré ni siquiera terminar el ejercicio (soy muy lenta para lo nuevo), poco después se me ocurrió usar una consigna parecida para romper el hielo de mis primeras clases de Introducción a la Traducción Literaria y señalarles a mis estudiantes un problema lingüístico de la traducción al castellano sin aburrirlos con tecnicismos. La idea de hacerlos escribir en función de una traducción futura ya venía de antes, pero no encontraba ni consignas efectivas ni una relación que mis estudiantes pudieran establecer claramente entre el ejercicio de escritura y las traducciones posteriores. Al año siguiente, con el impulso del curso de verano del BCLT, que inspiró la EOTL, pude pensar más actividades similares que también funcionaron como yo quería, de manera tal que mis estudiantes pasaran por la experiencia de producir sus propios textos narrativos breves en función de cuestiones lingüísticas, textuales y literarias que usamos luego para analizar y traducir los textos de la materia.

Entonces, fui a buscar ideas y me reencontré con las mías… solo que ahora empezaron a funcionar.

De yapa, pocos meses después nos propusieron participar del taller de traducción de poesía con Fiona Szé-Lorrain, residente del MALBA. El estrés casi me convenció de no ir pero llegué, como pude, a cumplir con la mitad de las consignas. La recompensa fue ver a Eleonora González Capria encontrar el tesoro de los textos ajenos, orientar las traducciones para que funcionasen con la misma gracia que los originales y motivar a todo el mundo a trabajar como locos en sus versiones, con los objetivos claros y las herramientas también (sonará sencillo y evidente pero no lo es). En cuanto a la autora, Szé-Lorrain es traductora; quizá por eso no la sorprendieron nuestras preguntas. Como pude hacer un solo poema, me quedé con las ganas de completar el segundo, así que la contacté poco después para hacerle algunas preguntas… y ya vamos por los veinte poemas traducidos.

Mi próximo paso es buscarles hogar en alguna editorial.

Este anecdotario es una muestra de lo que me llevé yo de la Escuela de Otoño, que poco tuvo que ver con los nervios y los interrogantes del principio. Sé que otros asistentes recuperaron una motivación que habían perdido; otros descubrieron las Jornadas de la Feria del Libro; otros aprendieron de los abordajes del texto que hacían los demás. No sé qué les espera a los próximos asistentes, pero sé que me va a encantar enterarme.

Posdata: Quiero agregar un agradecimiento más a Lucila, que no solo "inventó" la EOTL, sino que logró llevar a cabo el proyecto. Gracias para siempre. Te queremos mucho.

Daniela Bentancur
EOTL y Laboratorio 2018 (inglés)

Crónica de una Escuela de Otoño muy esperada

Día 1:

Estoy en el Lenguas Vivas. Todavía no lo puedo creer. Había quedado en lista de espera, como el año anterior. Pero como a veces sucede lo inesperado, a último momento una persona no pudo asistir al taller, y me preguntaron a mí si estaba interesada. Contesté que sí sin dudar: ya iba a ver cómo me las arreglaba. Lo que no sabía era que solo faltaba una semana para el evento. Así y todo, las cosas se acomodaron muy bien, y fue una de las experiencias más maravillosas de mi vida.

Llego al salón donde nos dan la bienvenida: un desayuno alucinante. Conozco a mis compañeros, gente con distinta formación en traducción, provenientes de España, Alemania, Chile, Colombia y, dentro de Argentina, de La Plata, Mar del Plata, Córdoba y Río Negro. Nos sacamos una foto con gente conocida y otras personas que iré conociendo a medida que transcurra la semana. No puedo creer que estoy acá (ya lo dije, ¿no?).

Pasamos al aula donde vamos a trabajar. Nos separamos en grupos de acuerdo al fragmento que nos tocó traducir a cada uno. Con mi grupo vemos que trabajamos muy bien y que no nos cuesta ponernos de acuerdo, porque tenemos una visión de la traducción bastante parecida. Lo que sí, tardamos horas en resolver cada oración.

Terminamos el día en el Malba, donde asistimos a una mesa de diálogo. Gianna Molinari, K.J. Orr, Cynthia Rimsky y Katia Pizzi hablan sobre la identidad, la cultura y las migraciones en el espacio de la ficción y leen fragmentos de sus obras. Muy interesante lo que cuenta cada una y escuchar fragmentos de sus textos. Por suerte había intérpretes, sobre todo cuando hablaba Gianna Molinari: tengo muy poco conocimiento del alemán (por no decir nada). Fue muy conmovedor que Katia Pizzi preparara su discurso en castellano, idioma que no maneja del todo bien. Mención aparte merece la escritora chilena, Cinthia Rimsky: sus emotivos relatos y los fragmentos que leyó hicieron que todos los que participamos en la EOTL quedáramos admirados.

Día 2:

Taller de escritura, a cargo de "nuestra" autora, Katherine Orr, y coordinado por Cecilia Rossi: recorro el Lenguas Vivas y elijo un lugar. Lo observo durante cinco minutos y comienzo a escribir sobre los detalles que veo. Siempre supe que el edificio es hermoso, pero observarlo con atención es una experiencia sensorial indescriptible. Volvemos al salón, leemos nuestras producciones; la segunda consigna es un poco más acotada, crear un personaje con todos esos detalles.

Luego, seguimos con la traducción de nuestro texto: un fragmento del cuento "Disappearances", que forma parte del libro *Light Box*. Volvemos loca a Katherine con preguntas que nunca se imaginó que alguien pudiera hacerle; no puede creer lo que nos demoramos discutiendo cada frase, la dedicación con la que trabajamos el texto. Trabajar con este equipo

es maravilloso. Somos cinco personas y se arman discusiones interesantísimas. Katherine es realmente amorosa y, aunque le sorprende nuestro nivel de minuciosidad, trata de responder con precisión todas nuestras preguntas.

Terminamos de traducir por el día de hoy: el cuento transcurre en un bar de Buenos Aires. Con los compañeros del taller de inglés, salimos a buscar ese bar. Caminamos por una de las zonas más lindas de la ciudad, la tarde de sol radiante acompaña nuestro estado de ánimo. Creemos, casi con certeza, que es el bar del Museo de Arte Decorativo; Croque Madame, se llama. De paso, visitamos el museo.

Le preguntamos a Katherine si el bar es el que nosotros pensamos, y nos contesta muy amablemente, pero se las arregla para no terminar de respondernos la pregunta. Le gusta dejar cabos sueltos.

El día termina en la Biblioteca Nacional, donde Patricia Wilson presenta su libro *Página impar*. Si bien yo había leído textos de ella, nunca la había visto en persona. Quedé maravillada ante su enfoque de la traducción y su manera de desarrollarlo. También ante su claridad y desenvoltura para responder las preguntas que le hacían.

Día 3:

Asistimos a las Jornadas AATI de la Feria del Libro. La memoria y la traducción. Hay una mesa redonda, sobre Los caminos del texto. Experiencias en primera persona. También escuchamos sobre los pueblos originarios y su lucha por mantener su cultura. Muy interesantes los distintos puntos de vista, y cómo los traductores trabajan y están inmersos también en esa temática. Me impactó mucho eso de sacarle la "invisibilidad" al traductor. Uno escribe desde uno y con su historia también, por más que respete al autor. Por esa misma razón, nunca hay dos traducciones iguales, aunque las dos sean "correctas". Y también por eso, el traductor es autor de esa traducción. La escritora uruguaya Vera Giaconi contó una anécdota muy divertida: una vez, le preguntaron si sentía como propia la traducción de un texto suyo, y ella dijo que difícilmente pudiera sentir como propio un texto en un idioma que no maneja para nada.

Volvemos al Lenguas para festejar el cumpleaños de la quinta edición de la EOTL, con una torta deliciosa en forma de número cinco.

Vuelvo a mi casa y siento que es imposible ser tan feliz.

Día 4:

Seguimos traduciendo el cuento de Katherine. Avanzamos lento pero seguro. Bueno, lento.

A la tarde viene al Lenguas Vivas la editora Julia Saltzmann, que nos cuenta cómo presentar un proyecto a una editorial independiente. Es increíble todo lo que aprendo y lo que me gusta este mundo tan difícil pero hermoso de la traducción literaria.

Día 5:

Muy intenso. Terminamos la traducción del cuento de Katherine. Después de un almuerzo con mucho clima de festejo, ensayamos la lectura para la Feria del Libro.

Quedé asombrada de lo bien que quedó la totalidad. Tres equipos de cinco personas cada uno, coordinados por Eleonora Gonzalez Capria, dieron como resultado un texto intenso y profundo, con una cohesión y coherencia increíbles. Una de las dificultades fue que el personaje principal tiene una muletilla (*I find myvself*) que nos quedaba como un calco.

Trabajamos mucho con Eleonora para lograr resolverlo y que todos los grupos lo pusieran de la misma forma: "De pronto me encuentro". Mucho no me convencía como solución, pero al leer la historia completa vi que no solo encaja perfectamente sino que da un ritmo y una coherencia increíbles a todo el conjunto.

Destaco el compañerismo los coordinadores y los compañeros, que ayudan y alientan mientras preparamos la lectura de "Disappearances". Trabajar en equipo y con la autora presente, no en solitario, como es habitual, no tiene precio. Y leer entre todos el cuento en la Feria del Libro frente a un público desconocido es una experiencia hermosa que nunca olvidaré.

Último día:

Visita al Parque de la Memoria y Museo de los Inmigrantes. Fuertísimo. En un momento que recorremos la pared con los nombres de los desaparecidos intento contener las lágrimas hasta que veo que estamos todos llorando, que nos sentimos igual. Me siento muy afortunada de estar ahí, viviendo todo esto con mis compañeros. Y si bien estoy cansadísima, no quiero que se termine.

Cecilia Rossi nos pasa la última tarea del taller, para hacer en casa: escribir sobre qué nos dejó la Escuela de Otoño. Yo le había contado una experiencia relacionada con el Parque de la Memoria. Me sugiere que escriba sobre eso. Esa experiencia personal terminó en un cuento que, modestia aparte, porque lo escribí yo, me encanta. También descubrí que escribir me apasiona casi tanto como la traducción literaria.

El día después:

El cuerpo me pasa tremenda factura. Pero quién me quita lo bailado (o lo traducido, en este caso).

Volví a mi querido Lenguas Vivas, me reencontré con personas entrañables y conocí gente maravillosa.

Gracias totales a las coordinadoras de la Escuela de Otoño 2019, Lucila Cordone, María Laura Ramos, Estela Consigli, y a las autoridades del IES en Lenguas Vivas Juan Ramón Fernández, por estos encuentros académicos tan gratificantes y de alta calidad, tan necesarios en estos tiempos que corren.

Valeria Wald
EOTL 2018 (inglés)

CRÓNICAS DE UNA TRADUCTORA LITERARIA EN BUENOS AIRES

1

Un lugar llamado destino[1]

A mitad de camino entre el Instituto Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" y el hotel, hay un lugar llamado Destino. No es grande y tampoco llama demasiado la atención si uno lo compara con los negocios que adornan Avenida Pellegrini entre Arenales y Posadas.

Son las siete y veinte de la tarde. Ya está oscureciendo en Buenos Aires. Sin dudarlo, entro a Destino porque llegué hace unas pocas horas y necesito una lágrima para contrarrestar los efectos de estar pisando un suelo casi desconocido.

El bar está casi vacío, así que elijo una mesa de cuatro y opto por sentarme del lado que permite ver andar la calle y la gente pasar. Apenas empiezo a desplegar mi arsenal para escribir, se me acerca un muchacho para tomarme el pedido. Una lágrima, grande, y una medialuna dulce.

Aprovechando que alguien interrumpió un ritual que hace bastante que no me daba el lujo de iniciar en público, dejo la cartuchera y el cuadernillo a un costado y me detengo voluntariamente a observar el lugar y la avenida desde mi rinconcito en Destino. No hay mucho para ver hasta que, a dos mesas de distancia, pero en otra fila, descubro a dos estudiantes, también en una mesa de cuatro, hablando mitad en inglés, mitad en español. Aparto la mirada y aguzo el oído. Están debatiendo sobre cómo traducirían al español una frase que aparece en una novela en inglés. Hablan de traducción y literatura o, lo que es lo mismo, de traducción.

—¿Pero te parece que lo diríamos así? —pregunta una de ellas, la más despierta, y se contesta—: No, nosotros no lo diríamos así acá.

La otra asiente o niega con la cabeza o hace que busca algo en Internet. No sé si es indiferente o si en verdad no sabe bien por dónde meter bocado. Entonces me pregunto, ¿se puede traducir de a dos? ¿Existe la coautoría en la vida real?

Llega mi lágrima con la medialuna y, por un momento, me distraigo. Al reanudar la escucha, entiendo que están buscando equivalentes para la frase "set along" en relación con unas casas que, según aparecen en la ficción, están rodeadas de árboles. Estoy tentada de proponerles un sinónimo a las expresiones que ya han debatido, pero me digo que no corresponde. Hasta que me animo y les hablo, desde mi mesa, que está en diagonal a la suya, justo en el vértice opuesto.

La estudiante que venía pensando en voz alta habla tan fuerte y está tan empecinada en resolver el asunto que ni me escucha. La otra tampoco. Y yo las entiendo. Están inmersas en ese maravilloso momento en que a los traductores se nos escapan las palabras aunque las tengamos en la punta de la lengua porque lo que nos conmueve y, al mismo tiempo, nos engaña no es la lengua ni la mente ni la operación en sí misma, sino la ambición que todos sentimos alguna vez —muchos, unas cuantas— de querer dar en la tecla al traducir literatura, como si fuera posible trabajar con equivalentes absolutos.

Les doy unos segundos de gracia y retomo la osadía.

—Chicas —levanto la voz para asegurarme de que esta vez no se me escapen.

1 Texto publicado en formato de blog [https://www.traduccionescreativas.com/blog-traduccion/cronicas-de-una-traductora-literaria-en-buenos-aires-un-lugar-llamado-destino], 14-5-2017.

Cuando la más sumisa de ellas gira levemente sobre la silla para mirarme, le propongo dos sinónimos. No son tan buenos, pero no importa. El punto era encontrar una excusa interesante para entablar conversación y hacerme lugar en un debate que no me incumbe.

La estudiante que me presta algo de atención esboza una sonrisa tímida cuando, acto seguido, le digo que me disculpe por interrumpirlas, que no pude evitarlo. Me responde algo así como que la intervención es bienvenida. Tu compañera no parece opinar lo mismo, tengo ganas de decirle, porque la otra, en realidad, ni siquiera hace contacto visual conmigo; no existo.

Desvío la mirada en un ademán de misión cumplida y no digo nada más. Ellas retoman el debate y yo aprovecho a retomar la lágrima que se está enfriando y a probar la medialuna. No es tan rica la medialuna, pero es mejor de lo que esperaba. Entonces caigo en la cuenta de las vueltas del destino. El bar, las estudiantes que trabajan en una traducción literaria y yo, a unas cuadras del Lenguas Vivas. El cuadro se me presenta como una metamorfosis de las coincidencias en causalidades. Ahora el viaje no podrá ser en vano, me digo; este instante lo anticipa. Tengo que escribir sobre este instante. Tengo que empezar una serie de relatos sobre una traductora rosarina que ha venido a Buenos Aires luego de quedar seleccionada, junto a otros traductores, para participar en un proyecto que desconoce casi por entero, pero que atrae por donde se lo mire.

Consulto el reloj y pido la cuenta. La estudiante más tímida también está recogiendo sus cosas; la otra, la charlatana que a mí me negó la palabra, parece que se va a quedar un rato más trabajando en la traducción. Hace bien; no hay que conformarse.

Recorro una vez más el bar con la mirada. Cuando viene el muchacho a cobrarme le pregunto el horario de atención, sabiendo que, probablemente, no vuelva a entrar a Destino porque momentos como este es difícil que se repitan y, en realidad, prefiero que no se repitan, así me hago creer que la escena quedará intacta en mi memoria hasta que yo termine de escribirla.

Al salir del bar se respira una noche fresca, algo húmeda, de esas en las que una remera de mangas largas no alcanza pero un buzo de algodón estaría de más. El tránsito sigue igual, constante, y todavía hay bastante gente caminando por la vereda ancha sobre la que nos encontramos Destino y yo. A pesar del dolor de cabeza, emprendo el camino hacia calle Santa Fe para no quedarme con las ganas de transitar un poco la ciudad de noche. Mañana empieza la verdadera aventura y, con ella, el ritmo vertiginoso que vaticina la agenda de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

2

Yo vine a matar al autor[2]

Son las nueve y media de una mañana fresca y soleada en Buenos Aires. Hoy, viernes 21 de octubre, es el primer día oficial en la agenda de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

Entro al Instituto Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" por la puerta equivocada, porque yo estoy buscando el

2 Texto publicado en formato de blog [https://www.traduccionescreativas.com/blog-traduccion/cronicas-de-una-traductora-literaria-en-buenos-aires], 14-5-2017.

salón 400, que está en el cuarto piso del edificio nuevo, pero la verdad es que mis camaradas están en el Rectorado del edificio viejo y aún no me enteré.

Creyendo que llego tarde, trepo por los escalones hasta el cuarto piso, pero en el salón 400 hay una reunión de padres que, según me informan dos vendedoras de la librería SBS, debe estar por terminar. Espero unos minutos inútiles. Bajo. Consulto nuevamente al portero de la entrada. Cuando hablo por segunda vez de la Escuela de Otoño se le dibuja una media sonrisa como si le estuviera nombrando un programa infantil que sale por canal 9. No tiene idea. Por un momento creo que nunca voy a llegar al desayuno de bienvenida que nos espera hoy en el marco de esta maravillosa oportunidad de práctica profesional en traducción literaria. Sin embargo, un hombre que andaba cerca me interrumpe para aportar el dato:

—Están en el Rectorado.

Asiento con la cabeza. Acto seguido, me pregunta:

—¿Sabés dónde es Rectorado?

El buen hombre me escolta casi hasta la puerta y así es como me entero de que no hace falta salir a la calle para llegar al salón correcto, sino que el edificio nuevo se comunica con el edificio viejo gracias a un par de pasillos y otro par de escaleras, sobre los que empieza a deslizarse, algo tímido todavía, el sol de Buenos Aires.

Al entrar a Rectorado, me encuentro con una elipse de gente parada y sonriente que presta atención mientras una de las coordinadoras del programa está terminando el discurso de apertura de la EOTL. Me inserto como puedo en la figura ovalada y, a los pocos segundos, la coordinadora nos da la bienvenida y nos invita a disfrutar de los bocaditos que engalanan una mesa larga, la cual aguarda serena nuestra devoción. Finalizado el discurso, aprovecho a dejar la bolsa y la carpeta junto al montón de carteras, bolsos y demás pertenencias que llenan el vacío debajo de una mesita en un rincón. Cuando me doy vuelta, la ronda se ha disuelto para dar lugar a varios círculos de colegas que interactúan mientras toman un café, un té o un café con leche y degustan un cuadradito de pastafrola, una cocada o un brownie. Saco algunas fotos para registrar el lugar y el momento. Voy rodeando algunos subgrupos manteniéndome dentro de los límites de la mitad segura del salón, esa en la que sé que no me voy a cruzar con Giles Foden, el escritor invitado a trabajar con nosotros durante la semana que dura la EOTL. Evito los grupos limítrofes con el autor porque prefiero ir acercándome de lejos: así es como tomo algunas fotos también de Foden, sin perder esa distancia prudente que conserva todo fotógrafo de revistas como la *National Geographic*, para cuidar el ángulo y darme un tiempo para formar una primera impresión. Está confirmado: el autor escucha, habla, sonríe, toma café, come, respira, camina, devuelve un saludo, conversa… Es un ser humano como cualquier otro.

* * *

Una vez terminado el desayuno de bienvenida, nos dirigimos, ahora sí, al salón 400 del edificio viejo. Otra vez conformamos una elipse, aunque ahora sentados, y empezamos a presentarnos en inglés porque el autor, que se encuentra entre las coordinadoras, pero dentro del mismo círculo imperfecto, no habla español. Al llegar mi turno, digo mi nombre, ciudad de origen y profesión, y explico que mi principal motivación al postularme para esta convocatoria fue que no creo demasiado en traducir con el autor al lado. Hago una pausa, pero Foden ni se inmuta. Precisamente por eso espero que la

presencia de un autor de carne y hueso, cuya obra vamos a traducir en el transcurso del taller, sea un desafío intelectual por lo menos peculiar para una traductora-escritora que descree de la función autor como garante del sentido. Eso no lo digo, pero lo pienso. Giles Foden me observa tranquilo; sigue inmutable.

Cuando todos nos presentamos, Lucila, la principal coordinadora del programa, le cede la palabra al escritor. Entonces Foden nos cuenta que, por lo general, intercambia un mínimo de tres correos electrónicos con los traductores que traducen sus libros y que, para él, el hecho de que lo publiquen bien implicaría que lo traduzcan bien. Además, hace referencia al desafío que afrontan los escritores de hoy en día a la hora de dar cuenta de la globalización y comenta que a él le interesa, sobre todo, la posibilidad de integrar diversas lenguas en sus textos. Casi como respondiendo a mi presentación, aunque seguramente sin plantearse ese objetivo, Foden menciona la palabra "intención" y hace un comentario en inglés que yo traduje así:

—A diferencia de lo que se hace en crítica literaria, los traductores siempre tratan de intuir cuál fue la intención del autor. La verdad es que los autores no son plenamente conscientes de sus intenciones.

Y agrega:

—A veces la sinopsis que elabora un autor acerca de su obra difiere hasta en un cincuenta por ciento del texto final. La intención es algo que se va revelando durante el proceso de escribir. Todo es provisorio; todo puede mantenerse bastante provisorio hasta justo antes de que se publique la obra.

Sorprendida ante la confesión del autor, desisto de tomar nota de cada palabra para seguir escuchando. Al cabo de un tiempo, hacemos una pausa para recobrar energías, y el autor arremete ahora contra el famoso concepto de "lector ideal". ¿Quién es mi lector ideal?, se pregunta. Bueno, si no lo sabe él... Pero no, no puede saberlo. Puede imaginarlo, puede creer que lo sabe, puede construirlo, pero no deja de ser otro artificio, un supuesto tranquilizador para darse un horizonte más o menos claro, más o menos concreto, de para quién escribe, si es que se escribe para alguien (muchos dirán que sí).

—El concepto de lector ideal se quiebra a cada instante—dice Foden, haciendo hincapié en que todo lector está atravesado por circunstancias geográficas, históricas, culturales diferentes.

* * *

Son casi las siete de la tarde. El día de taller fue largo, pero se pasó volando. El grupo se dirige ahora al café "La Poesía" de San Telmo para la cena de bienvenida. Yo no doy más de la jaqueca que me provoca desde temprano, así que emprendo la vuelta al hotel por Suipacha en busca de aire fresco.

Suipacha parece una calle típica de aldea o de pueblo comparada con la Avenida Pellegrini con la que es paralela. Encima están construyendo y el tránsito está cortado, así que hay pocos transeúntes a la vista. Cuando llego a Santa Fe y doblo en la esquina en dirección a la 9 de julio, miro curiosa, pero sin detenerme, hacia el interior de un bar que no había visto antes. Mi visión se ve interrumpida por un hombre de traje gris que me pasa rápido por al lado.

—Walter Kerr —digo bajito, asombrada. Apenas empezó la EOTL y ya conocí a Giles Foden, Cecilia Rossi, Catherine Davies y, ahora también, al intérprete presidencial Walter Kerr.

Quiero llamar su atención para contarle que somos colegas, aunque no soy intérprete de Cancillería; que es un

ejemplo a seguir, que me alegra haberlo visto en persona, porque el año pasado iba a ir a una charla que vino a dar a Rosario pero no llegué, que... Kerr va tan rápido y yo estoy tan cansada que no llego a reunir las fuerzas para exteriorizar el entusiasmo. No importa, otra vez será.

Mientras la figura de Kerr se aleja hacia Pellegrini, me digo que ahora tengo que descansar. Mañana nos espera una larga jornada de historia y memoria argentinas para la que valdrá la pena estar viva y despierta.

Delfina Morganti Hernández
EOTL 2017 (inglés)

En 2018 tuve la oportunidad de participar en la Escuela de Otoño de Traducción Literaria, organizada por el IESLVJRF. Allí tradujimos algunos fragmentos de *The Lucky Ones* (2017). Fue muy provechoso contar con la presencia de la mismísima autora, Julianne Pachico, pero lo que más me gustaría destacar es la excelente selección de participantes por parte de las coordinadoras. No tanto por la profesionalidad del grupo, que era intachable, sino por su heterogeneidad. Veníamos de lugares distintos, con formaciones, estilos y puntos de vista muy diferentes que, sin embargo, contribuyeron a que el producto de esa semana, las traducciones, fueran, a mi juicio, mucho mejor. Muchas veces nuestra tarea (por lo menos para los que no traducimos literatura habitualmente) es solitaria, contrarreloj y repetitiva. Tomarme el tiempo para debatir largo y tendido con otros colegas igualmente apasionados por la traducción fue un antídoto para el tedio y un redescubrimiento de nuestra profesión.

Antuel D' Adam
EOTL 2018 (inglés)

En el año 2018 participé en la cuarta edición de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria en la que tradujimos "Lemon Pie", uno de los relatos del libro The Lucky Ones de la autora Julianne Pachico. Pienso que la EOTL es una oportunidad única de encuentro con la obra y con el universo de la autora, pero lo que más me nutrió como traductora fue el intercambio con los otros traductores que participaron de esa edición. Creo que es muy valioso escuchar otras voces durante el proceso de traducción que suele ser tan solitario en la vida profesional. Durante mi experiencia en la EOTL, hice amigos nuevos, fortalecí amistades, se me ocurrieron ideas para trabajar en mi proyecto personal de traducción, compré libros, conocí autores y aprendí sobre las experiencias de otros traductores.

Antonella Querzoli
EOTL 2018 (inglés)

¿Qué puedo decir sobre la Escuela de Otoño de Traducción Literaria? La primera palabra que me viene a la mente es "REGALO".

Regalo, por la calidez de sus organizadoras, las incansables Lucila Cordone, Estela Consigli y María Laura Ramos, que hacen este programa realidad cada año desde hace ya 5 años. Por el maravilloso recibimiento que nos dieron ellas, junto con Mónica Herrero, secretaria académica, y la actual rectora Patricia Altamiranda, entre otros miembros entrañables de la comunidad del Lenguas Vivas, que además fue donde estudié, así que la emoción fue doble. Nos hicieron sentir como en casa desde el primer momento. Y eso fue muy importante, porque los miembros de nuestros grupos de trabajo, que este año fueron de inglés y de alemán, éramos no solo de acá, sino de varias ciudades del país y también de otros países de América Latina, e incluso contamos con una compañera de España.

Regalo, por la calidad de las profesionales que nos guiaron durante esa semana intensiva de aprendizaje: las coordinadoras Martina Fernández Polcuch, del grupo de alemán, y Eleonora González Capria, que junto con Cecilia Rossi, de la Universidad de East Anglia, coordinaron nuestro grupo de inglés.

Regalo también por el lujo de contar con la presencia de las autoras de los textos que tradujimos: las escritoras Gianna Molinari (Suiza, en el grupo de alemán) y Katherine J. Orr (Reino Unido, en el grupo de inglés). El hecho de escuchar a la autora del cuento que tradujimos fue sumamente enriquecedor. Se generó un intercambio muy valioso, un ida y vuelta muy estimulante que nos enriqueció a ambas partes. Nos enriqueció y nos cambió, porque uno no ve el proceso de traducción de la misma manera una vez que vive esta experiencia. Gracias al trabajo en equipo, a la dinámica especial que se genera, tan estimulante, por el diálogo entre la autora y las traductoras y traductores, la traducción se abre a múltiples caminos, relaciones y reflexiones. Es imposible no salir de esta experiencia cambiados.

Doble regalo, porque además de haber aprendido cosas del ámbito de nuestra profesión, tuvimos actividades extracurriculares que nos enriquecieron en lo humano, como haber visitado el Parque de la Memoria y el Museo de Inmigrantes, dos formas distintas pero complementarias (y necesarias) de conectarnos con nuestro pasado, nuestra identidad y nuestra memoria.

Y el valor agregado es haber conocido a gente tan maravillosa en el grupo de traductores/as. Tanto, que nos quedamos con ganas de seguir en contacto. Y ¿quién sabe? compartir juntos futuros proyectos. Por todo eso, ¡gracias, EOTL!

Diana Ortega
EOTL 2019 (inglés)

Un taller de traducción que deja una huella en el alma

Tuve el inmenso placer de participar en la edición 2019, en el grupo de traductores de inglés. Al terminar la EOTL, sentí que esa semana la traducción casi había pasado a un segundo plano, por todas las emociones vividas y compartidas. Conocí gente nueva e intercambié experiencias con colegas no solo de otras provincias sino de otros países. Me reencontré con el Lenguas Vivas, en el que viví tantos momentos significativos durante tantos años, y con compañeras de estudio que ahora dictan clase allí. Participé por primera vez en una presentación en la Feria del Libro. Me conmoví hasta las lágrimas recorriendo el monumento a los desaparecidos en el Parque de la Memoria y me llené de alegría al encontrar un registro de

la llegada de mi bisabuelo a la Argentina en el Museo de la Inmigración. ¡Fue una verdadera montaña de rusa de emociones!

Hubo dos cosas propias del trabajo en sí que me marcaron: por un lado, el taller de escritura creativa. Debo confesar que siempre me escudé en las palabras de otro. Me encanta escribir, pero las pocas veces que lo hice "de cero" fue cuando escribí algunos libros para la enseñanza de lectura en español en Estados Unidos, con una estricta guía de ilustraciones, cantidad máxima de palabras, tipos de estructuras oracionales e incluso palabras de uso frecuente que debía incluir. Hace tanto que escribo lo que dice otro que casi pensaba imposible escribir algo propio, y me sorprendió muy gratamente el resultado del taller que hicimos con Katherine Orr, nuestra autora invitada. No me animé a compartir mi texto en el taller, pero sí lo mandé a las amigas que aún conservo de mi paso por el Lenguas, porque estaba inspirado en ellas. Y ahí fue otra de las emociones de la semana, porque todas se conmovieron con el recuerdo compartido. Fue el puntapié inicial para animarme a escribir, aunque sea para mí. Me dio ganas de buscar ratitos de tranquilidad, sentarme en algún lado y escribir lo que salga, volver a conectarme conmigo misma de alguna manera.

Por otro lado, haber tenido la oportunidad de meterme en la cabeza de una escritora, conocer un poco su proceso de escritura, su forma de pensar el texto, de construir el relato, el ambiente, los personajes, fue invaluable. Sin dudas, cambió mi forma de abordar un texto literario antes de encarar la traducción. Igual de invaluable fue conocer su propia impresión al escuchar su texto traducido, y también ver en vivo y en directo la reacción del público al escuchar la traducción en la Feria del Libro.

Lucila, Eleonora, María Laura, Cecilia y Estela se merecen un GRACIAS gigante por el esfuerzo y la dedicación con la que organizaron este taller, que más que taller fue una experiencia de vida de la que me llevo muchos tesoros. Es un verdadero orgullo que esta actividad se haga en el Lenguas, y espero que puedan aprovecharla muchísimos traductores más.

También me quedé pensando en el "impact" del que habló Cecilia al describir su proyecto de investigación. Al terminar la EOTL, sentía que esa semana la traducción casi había pasado a un segundo plano, por todas las emociones vividas y compartidas. Ya me extendí demasiado, así que cierro este correo con un GRACIAS gigante por el esfuerzo y la dedicación con la que organizaron este taller, que más que taller fue una experiencia de vida de la que me llevo muchos tesoros. Es un verdadero orgullo que esta actividad se haga en el Lenguas, y espero que puedan aprovecharla muchísimos traductores más.

Un fuerte abrazo,

Vanesa

Vanesa Fusco
EOTL 2019 (inglés)

Nuevos proyectos generados por la EOTL

Las diferentes ediciones de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria gestaron proyectos e iniciativas que enriquecen la formación de traductores y traductoras, revalorizan su tarea y le dan una nueva dimensión en el mundo de las letras y los libros.

Algunos de esos proyectos se han concretado y quedaron como actividades complementarias e inseparables de la EOTL. A saber:

- **El Taller de escritura creativa**, que comenzó en 2016 por iniciativa de Lucila Cordone y Cecilia Rossi, y que refuerza el aspecto creador de los traductores y las traductoras.
- **El Laboratorio de traducción**, que comenzó en 2018 a raíz del interés que la Escuela despertó en el departamento de Literatura del Museo de Arte Latinoamericano. Se trata de un taller de traducción de una jornada, en el que un grupo de traductores y traductoras, guiados por un profesional experimentado, trabajan sobre textos, con la presencia activa de un escritor o una escritora de lengua extranjera que forma parte del programa de Residencia para escritores del MALBA. Esa actividad se complementa con una presentación para la comunidad del IES en Lenguas Vivas J. R. Fernández y otra abierta al público en el Museo.
- **El Taller de traducción teatral**, otra idea de Lucila Cordone, cuyo objetivo era relacionar dos mundos que tenían mucho en común, pero se conocían demasiado poco: la traducción y el teatro. Desde 2019, un equipo interdisciplinario de traductores, traductoras, dramaturgos, dramaturgas, actores, actrices, directoras y directores de teatro de Argentina y de Inglaterra, se unen una vez al año en formato presencial o virtual para traducir obras y ponerlas en escena en un formato semimontado.

Otros se plasmaron en publicaciones de traducciones u otras actividades realizadas por los y las participantes de la EOTL:

- **Publicación digital y de acceso libre** de la traducción de un ensayo de Philippe Rahmy, a pedido de la editorial suiza Éditions d'en bas, de Lausana, para homenajear al autor, fallecido en 2017. Se trata de la publicación de acceso libre y gratuita en línea *Propositions démocratiques - Democratic Proposals - Propuestas democráticas - Vorschläge für die Demokratie* (2018), en cuatro lenguas: francés, inglés, español y alemán. La versión en español estuvo a cargo de traductores y traductoras de la EOTL 2016: Mariana Arzate Otamendi, Melina Blostein, Estela Consigli, Elena Donato, Lucía Dorín, Yenny Enríquez, Érika Geymonat, Miguel Marqués, Ezequiel Martínez Kolodens y Julia Tomasini. http://enbas.net/data/uploads/rahmy_propositions_democratiques-4_langues_libre.pdf
- La revista *Colofón* (s.f.) incluye en una entrevista las **traducciones de dos poemas de la autora invitada para el Laboratorio de Traducción 2018, Fiona Sze-Lorrain**. Las traducciones son de Eleonora González Capria,

coordinadora del Laboratorio, y de una de las participantes, Daniela Bentancur. Se trata de *"Towering"* (con el título *"Imponente"*) y *"Jeux d'eau"*: https://revistacolofon.com.ar/la-poesia-es-una-resistencia-a-la-manera-en-que-se-dicta-el-tiempo/

- Otro feliz desprendimiento de este laboratorio se produjo en la revista *Granta en español*, que publicó en su sección "Oddly" (s.f.) **el poema traducido** también por Daniela Bentancur "Listening to Tchaikovsky, rain suddenly pours" con el título "Suena Tchaikovsky: de golpe cae la lluvia": https://www.granta.com.es/2019/01/suena-chaikovsky-de-golpe-cae-la-lluvia/
- **Ciclo de entrevistas virtuales** realizadas por los y las participantes y las coordinadoras de cada uno de los cuatro talleres en los que se divide la edición 2020 - 2021 de la EOTL. Contaron con el soporte técnico de la AATI y se publicaron a finales de 2020 en los sitios web y redes sociales de la Asociación y del IES en Lenguas Vivas J. R. Fernández:

  1- Taller de traducción de portugués-español EOTL 2020-2021

  Entrevista a la escritora y poeta portuguesa ANA LUÍSA AMARAL, a cargo de las participantes seleccionadas para este taller: Alejandra Vuotto, Sofía Sopa, Jimena Reides, María Noel Melgar, Diana López Olmos, Tiele Kawarlevski, Mariana Jodara, Marta Fanti, Miriam Chaira, Laura Cabezas, Sandra Brachet-Cota y Paula Auer. Coordinación: Mónica Herrero.

  2- Taller de traducción de francés - español EOTL 2020 - 2021

  Entrevista a la escritora francesa IRMA PELATAN, a cargo del grupo de participantes seleccionadas y seleccionados para este taller: Irene Amuchástegui, Natalia Bastías Vergara, María Del Carmen Bernardo Martínez, Natalia Dávalos, Nidia María Díaz, Renata Farías, Laura Gebetsberger, Melina Guevara, Elina Kohen, María Lucero Saá, Ignacio Mackinze, Lucía Palermo, Sabina Ramallo, Natalia Rodríguez Blanco y Agustín Vélez. Coordinación: Lucía Dorin.

  3- Taller de traducción de alemán - español EOTL 2020 - 2021

  Entrevista al escritor suizo DONAT BLUM, a cargo del grupo de participantes seleccionadas y seleccionados para este taller: Maia Avruj, Daniela Campanelli, Laura Ragucci, Natalia Gendelman, Mónica Lago, Natalia Lobo, Florencia Millán, Mónica Peralta, Carolina Previdere, Jacqueline Rajmanovich, Ercilia Ratto Nielsen, Ricardo Ruiz León y Tatiana Schaedler. Coordinación: Martina Fernandez Polcuch.

  4- Taller de traducción de inglés - español EOTL 2020 - 2021

  Entrevista al escritor británico GILES FODEN, a cargo del grupo de participantes seleccionadas y seleccionados para este taller: Carolina Ramón, Rodrigo Germán Gordillo, Julián Sosa, María Belén Benavides, Delfina Morganti Hernández, Mercedes Rego Perlas, Natalia Barry, Karen Cresci, Yesica Lowe, María Cecilia De la Vega, Mariángel Mauri, Florencia Piwko, Maria Natalia Paillié Plazas, Camila Rivera, Rocío De Deco y Florencia Poggi. Coordinación: Eleonora González Capria.

Finalmente, nuevos proyectos están en camino a concretarse:

- **La traducción de una de las primeras obras de Philippe Rahmy, *Béton armé*** (Éditions La table Ronde, París, 2013), a cargo de una de las participantes de la EOTL 2016, Yenny Enríquez. Actualmente, esta versión en español está en proceso de edición con el título *Shanghái, cuerpo a cuerpo*, en la editorial mexicana Librosampleados.
- ***Allegra*** (Éditions La Table Ronde, París, 2016), la novela de Philippe Rahmy que fue material de trabajo de la EOTL 2016, está **en proceso de traducción** para la Editorial Praxis (Cuernavaca, México), a cargo de un grupo de participantes de la mencionada edición.

- **La traducción de *Hier ist noch alles möglich***, de Gianna Molinari (Aufbau Verlag, Berlín, 2018), a cargo de una de las participantes de la EOTL 2019 (taller de alemán-español), Nicole Narbebury, bajo la revisión de Carla Imbrogno. La edición en español está en proceso de edición con el título (a confirmar) *Lobos. Acá todo puede suceder.*

Laboratorio de traducción

EOTL 2018- Ing > Esp

Organizado en colaboración con el Programa de Residencias para Escritores (REM) del MALBA

Del 6 al 12 de julio de 2018

Escritora:
Fiona Sze-Lorrain (Francia)

Obra:
Poemas seleccionados de The Ruined Elegance (Princeton University Press, 2016), My Funeral Gondola (El León/ Mãnoa Books, 2013) y Water the Moon (Marick Press, 2010)

Coordinadora:
Eleonora González Capria

Participantes:
Maria Florencia Ferre, Florencia Poggi, Mariángel Mauri, Mercedes Rego Perlas, Valeria Wald, Federico Cristante, María Belén Benavides, Karen Cresci, Daniela Bentancur, Mariana Jodara, Mabel Sumi y Sandra Gallardo.

El 12 de julio el laboratorio cerró en la Biblioteca del MALBA con la lectura de poemas originales y poemas traducidos por los participantes. Compartimos el video: Lectura: Poesía entre lenguas. Participan: Fiona Sze-Lorrain y traductores invitados

Jeux d'eau

Traducción de Daniela Bentancur

Hasta que las corcheas sean plumas de una fuente, Ravel es una bestia que arremete por el cuarto. Cualquier sol sostenido o si bemol es cuatro veces más inestable. Frases deformes; las notas se agitan como peces sin pecera. Los arpegios, dice Martha, tienen que ser agua, tocados a temperatura ambiente y sin aristas. Los staccatos son piedras negras donde hay que meterse. No se puede saltar demasiado; hay que pesar menos que las piedras. Tengo nueve años y aquí, se supone, empieza la sabiduría. *Très doux. Très expressif. Très rapide*. Busco tres maneras de entrar en una fuente. Encuentro cinco. Imaginate mariposas en una bóveda de luz. Imaginate un cinturón de nubes que te envuelve la cintura. Esas dos son las mejores para mantener el vuelo. Gastar todo el pedal. Traicionar el título. Si solo supiera que las fuentes nunca son iguales.

Texto original:

Jeux d'eau

Until the quavers become feathers of a fountain, Ravel remains a beast that charges through the room. G sharps and B flats are four times as restless. Phrases unshapely, notes flutter like fish out of an aquarium. Arpeggios, says Martha, must be water, touched at room temperature and without edges. Staccatos are black stones you go inside. You can't jump too high, you must weigh less than the stones. I am nine and here is where wisdom should begin. *Très doux. Très expressif. Très rapide*. I am working on three ways to enter a fountain. I found five. Imagine butterflies in a lightful dome. Imagine clouds a belt around your waist. These are the best two to sustain the flight. To spend the pedal. To betray the title. If only I knew fountains never look the same.

© Fiona Sze-Lorrain, *MY FUNERAL GONDOLA* (El Leôn/Mânoa Books, 2013)

Notas de mi funeral

Traducción de Federico Cristante

Caras
Asistentes ignotos
invitados donde el buffet espera
con fruta del dragón, maki de salmón
damascos cocidos, aceitunas, pato
al jengibre… mis platos favoritos servidos
tras odas africanas. Unos cantos
tibetanos dan fin a un entierro celeste
de ficción. Con respecto a
mi institutriz irlandesa, un cura
estará presente. Pero, ay,
todavía no sabe pronunciar
bien mi nombre.
Treinta años mayor que yo, mi esposo
se sienta. En un banco del fondo,
una sonrisa siempre triste
y treinta años de pensamientos.
Por primera vez, sin dar uso
a pedal o trinos, mi hermano pianista
fusiona a Liszt con Dylan.
Mi ataúd es redondo.
Fengshui perfecto.
Estoy acostada como el Hombre del Vitruvio.
Los tambores de dioses salvajes en mi alma.
Me poso donde el viento
me lleva. De un estado de gratitud
a otra provincia.
Los ojos sin cerrar. Espero
el florecer de mi último
deseo: *Se solicita el honor*
de su presencia en la recepción de su propio
funeral. RSVP.

Texto original:
Notes from My Funeral

Faces.
Anonymous guests
invited where a buffet awaits
with dragon fruit, salmon maki,
baked apricots, olives, ginger
duck . . . My favorite food is served
after African odes. Tibetan
chants end a virtual
sky burial. With respect
to my Irish governess, a priest
will be there. Alas,
be still can't pronounce
my name in full.
Thirty years my senior, my husband finds
his seat. On a bench at the back,
a permanently sad smile
and thirty years of thoughts.
For the first time, without pedal
and trills, my pianist brother
mixes up Liszt with Dylan.
My coffin is round.
Perfect *fengshui*.
I lie like Leonardo's Vitruvian Man.
The sound of wild gods drumming in my heart.
I settle where the wind
blows me. From one state of gratitude
to another province.
Eyes unshut. I wait for the flowering of my last
wish, *The honor of*
your presence
is requested at your own funeral
reception. RSVP.

© Fiona Sze-Lorrain, *MY FUNERAL GONDOLA* (El Leôn/Mânoa Books, 2013)

Dado el silencio

Traducción de Mercedes Rego Perlas y Valeria Wald

La saliva apretada sobre el papel de seda

taza de porcelana, con grietas que me evocan

un alce negro y triste

asesinado en su shock postparto

banquete de palacio, fortuna derrochada

de atrás hacia adelante distorsionan la historia

más cerca de la risa; perfume de paulonia

una monja a mi lado, *qué piedra en cuál caja*

Texto original:
Given Silence

saliva pressed on wax paper

in a china cup, the cracks let me think

a black sorrowful elk

assassinated in its postpartum shock

luck wasted at a state banquet

backward and forward the story is doctored

closer to laughter—the smell

of paulownia

a nun stood beside me, *which stone in what box*

© Fiona Sze-Lorrain, *THE RUINED ELEGANCE*. (Princeton University Press, 2016)

Imponente

Traducción de Eleonora González Capria

¿Te interesa robar
instintos? ¿O explicar
los secretos de un mundo
que gobierna con tiempo y equidistancia?

Capa tras capa, el viento
busca un mensaje,
una voz para el Destino. El sol,
sus mares,
hasta el pájaro que pasa,
imponen ciencia a fuerza de voluntad.
Una existencia
ajena a la estación.

Tanto de lo insondable de una vida.
Un universo esférico con planes para el futuro,
nunca da su última palabra.

No puedo hablar por otros accidentes,
tan solo formas, versos:
pensamientos que se estiran hasta el diálogo
en cartas o en el agua.
No te miento,
son pocas las respuestas

aunque viajes un día
en años luz,
aun cuando la luz se haga infinita
mientras una estrella muere, hay otra
que emerge, con asombro
y sin razón alguna.

Texto original:
Towering

Are you interested, in stealing
instincts? Or in explaining
secrets of a world
that rules with age and equidistance?

Layer by layer, wind
seeks a message,
a voice for Fate. The sun,
its seas,
even birds in passing,
dictate science at the bidding of will.
An existence
unaffected by seasons.

So much about an unfathomable life.
A round universe with plans for tomorrow,
never its final word.

I can't speak for accidents elsewhere,
only forms, lines—
thoughts stretching to dialogue
on charts or water.
Believe me,
answers are small

even if one day you travel
in light years,
even when light becomes endless
as a star dies, another
emerges, in astonishment
and for no reason.

© Fiona Sze-Lorrain, *THE RUINED ELEGANCE*. (Princeton University Press, 2015)

Laboratorio de traducción

EOTL 2019- Pt > Esp

Organizado en colaboración con el Programa de Residencias para Escritores (REM) del MALBA

Del 26 de mayo al 12 de junio

Escritora:
Luisa Geisler (Brasil)

Obra:
Contos de mentira (Editora Record, 2011)

Coordinadora:
Carol Pfeiffer

Participantes: Paula Auer, Marta Fanti, Ailin Painé Liberman Ares, Sopa Sofía, Iris Sánchez Echevarría, Daniela Busson, Silvia Pergamo, Marlos Drumond Villalba, Silvina Álvarez y Juliana Escobar.

El 12 de junio el laboratorio cerró en la Biblioteca del MALBA con la lectura de fragmentos originales y las correspondientes traducciones realizadas por los participantes. Compartimos el video del encuentro: Lectura: Narrativa en dos lenguas

Reproducimos aquí los textos que los y las participantes leyeron en esa ocasión junto a Luisa Geisler.

1. APENAS ESTE RÉQUIEM PARA TANTAS MEMÓRIAS – LEE MARTA	
PORTUGUÉS	ESPAÑOL
Parei de fumar. Mas, os dedos continuam amarelos. Deve ser o excesso de comida amarela. Meu pai sempre dizia "Comida amarela demais deixa a pele amarela. Tem que comer colorido." Ou era minha mãe? O que meu pai dizia? Noite necessário somente o necessário o extraordinário é demais isso é de um desenho meu pai cantava a música do desenho ou era só aquele mamutezinho do desenho que cantava o mamute daí o chimpanzé cantava junto tipo ele e o lucas tri contentes seria meu pai um chimpanzé noite noite the point is eu continuo amarelo Os dedos. Continuam maigres. Que nem aquele salgadinho. Umas varetinhas compridas. Mas amarelas. Como chama aquele salgadinho? Não vou lembrar o nome agora. Tenho que ligar pra agência e falar com o Lucas. Comprar os souvenirs pra minha vó, pra minha mãe. A Nikon na minha mão. Minha Nikon D3000 tá comigo je ne sais pas depuis combien d'années. No sentido técnico, a câmera é o de menos. Lentes duram. O menu. Vejo as primeiras fotos que tirei com aquela câmera. Aeroportos, lugares. Pessoas, lembranças. Flughafen München Franz Josef Strauß. Vous avez l'heure s'il vous plaît? Azul, cinza. Paredes de vidro. Som de aviões, inscrições amarelas em placas pretas. Elevadores, ruídos. Piso branco. Idiomas nos avisos, nas chamadas pra voos, nas pessoas, nos cheiros de tempero, no ar limpo. Parei de fumar. É sério dessa vez. Geisler, Luisa. *Contos de mentira*. Record. Kindle Edition.	Dejé de fumar. Pero los dedos siguen amarillos. Debe ser el exceso de comida amarilla. Mi padre siempre decía "Demasiada comida amarilla te pone la piel amarilla. Hay que comer colorido". ¿O era mi madre? ¿Qué decía mi papá? Noche. necesario solamente lo necesario lo extraordinario está de más eso es de un dibujo animado mi padre cantaba la canción del dibujo o era solo ese mamutcito del dibujo que cantaba el mamut de ahí cantaban con el chimpancé tipo él y Lucas tri contentos mi padre sería acaso un chimpancé noche noche The point is que sigo amarillo. Los dedos. Siguen maigres. Ni que fuera ese snack. Unas varillitas largas. Pero amarillas. ¿Cómo le dicen a ese snack? Ahora no me voy a acordar del nombre. Tengo que llamar a la agencia y hablar con Lucas. Comprar los souvenirs para mi abuela, para mi madre. En mi mano la Nikon. Tengo la Nikon D3000 je ne sais pas depuis combien d'années. Técnicamente, la cámara es lo de menos. Los lentes duran. El menú. Veo las primeras fotos que saqué con esa cámara. Aeropuertos, lugares. Personas, recuerdos. Flughafen München Franz Josef Strauß Vous avez l'heure s'il vous plaît? Azul, gris. Paredes de vidrio. Sonido de aviones, inscripciones amarillas en avisos de fondo negro. Ascensores, ruidos. Piso blanco. Idiomas en los avisos, en las llamadas para los vuelos, en las personas, en el olor a condimentos, en el aire limpio. Dejé de fumar. Esta vez es en serio.

	2. O VINCO – LEEN IRIS Y SILVIA	
	PORTUGUÉS	ESPAÑOL
SILVIA	Ela passa os dedos sobre o papel para origami sobre a classe. Encara o papel quadrado: — Todo mundo vai ser o vilão da história de alguém, eventualmente. Ao entrar na USP, os alunos da Escola Politécnica devem escolher apenas duas possibilidades entre três: sono suficiente, boas notas ou vida social. Moradores de repúblicas, os politrecos, em geral, têm quartos com cheiro a mofo, suor e resíduos de comida. Rodrigo Haruo Kawasaki, contudo, tentaria limpar tanto o perfume de livro novo como de mofo. Morava num quarto de república composto de uma cama, um armário, uma janela e uma escrivaninha. Os ruídos de conversas, passos e risos invadiam o silêncio do quarto em quase todos os momentos. Rodrigo relevava os excessos de euforia e de ruído dos três colegas de república assim como eles relevavam seus desejos de privacidade. Rodrigo gostava de ter um quarto só para si. O quarto exclusivo dele tornava a república uma raridade. Rodrigo era um estudante de Engenharia Civil com boas notas e boas noites de sono. Falava com os pais duas vezes por mês via telefone.	Ella pasa los dedos sobre el papel de origami sobre la mesa. Mira el papel cuadrado: -Eventualmente, todo el mundo va a ser el villano de la vida de otro. Cuando se ingresa en la USP, los alumnos de la Escuela Politécnica deben elegir dos opciones de tres: descansar bien, buenas notas o vida social. Los que viven en residencias estudiantiles, llamadas politrecos, en general, viven en cuartos con olor a humedad, sudor y restos de comida. Rodrigo Haruo Kawasaki, sin embargo, trataría de sacar no solo el olor a perfume de libro nuevo, sino también el de humedad. Vivía en un cuarto que tenía una cama, un armario, una ventana y un escritorio. Los ruidos de las conversaciones, pasos y risas invadían el silencio del cuarto casi todo el tiempo. Rodrigo relevaba los excesos de euforia y de barullo de los tres compañeros de la residencia así como ellos relevaban sus deseos de privacidad. A Rodrigo le gustaba tener un cuarto para él solo. El cuarto exclusivo era algo raro en una residencia. Rodrigo era un estudiante de Ingeniería Civil con buenas notas y buenas noches de sueño. Llamaba por teléfono a sus padres dos veces por semana.

I R I S	O único hobby de Rodrigo era fazer origamis. Quando aniversários de colegas chegavam, presenteava-lhes com origamis de tsurus, garças. Gostava da estima dada a algo feito à mão, algo que se imagina difícil. Após organizar as canetas e o laptop, Rodrigo sentou-se em frente à escrivaninha. Puxou uma folha quadrada de papel para origami e a lapiseira. O papel para origami cor-de-rosa com flores de cerejeiras azuis, laranja e roxas. A lapiseira sextavada preta com a ponta de metal. Para ele, a melhor parte de presentear com origamis era a surpresa. A surpresa que escrevia dentro dos origamis. Sabia que ninguém abriria — estragaria — um origami. Escrevia mensagens, segredos. "Às vezes eu finjo que meu remédio é placebo e eu pego no sono naturalmente." "Eu só tô dando esse tsuru pra você porque ninguém vai se lembrar do seu aniversário amanhã." "Eu sempre me pergunto se as pessoas foram bebês planejados ou não." "Seus pais fizeram um péssimo trabalho ao criar você. Parabéns por mais um ano de sobrevivência." "Anúncios do perigo das drogas me fazem querer experimentá-las." "Eu nunca conheci um lugar em que eu me sentisse em casa." "Pessoas não seguem fórmulas. Essa aleatoriedade me incomoda tanto quanto uma sarna." Não esperava que abrissem e lessem. Gostava da sensação de entregar segredos. A hipótese — o quiçá — de ser lido. Queria ser lido, mas não esperava que o fosse. Desesperava. Sem a aflição do desespero, apenas não esperava. Rolou a lapiseira com os dedos, ouvindo-a rolar pela escrivaninha. Encarou o papel. Escreveu: "Eu nunca disse pra você que tem um atalho pra parada do circular. A gente caminharia dez minutos menos." Dobrou a folha ao meio e dobrou-a ao meio de novo. Desfez a última dobra e dobrou os cantos superiores do papel em direção ao vinco no centro. Os tsurus eram para Isabela. Isabela era uma colega de Rodrigo e estudava Engenharia Ambiental. O aniversário dela seria na manhã seguinte. Enquanto dobrava as asas do tsuru, ouviu passos do lado de fora.Fez a dobra da cabeça do tsuru. Separou uma segunda folha com estampa de flores coloridas. Lapiseira em mãos, escreveu: "Odeio a palavra 'escova' porque eu sempre vejo 'cova' no meio."	El único hobby de Rodrigo era hacer origamis. Cuando era el cumpleaños de algún compañero, le regalaba origamis de tsurus, grulla. Le gustaba la idea de algo hecho a mano, algo que se cree difícil. Después de organizar las biromes y la notebook, Rodrigo se sentó enfrente del escritorio. Sacó una hoja cuadrada de papel para origami y el portaminas. El papel de color rosado con flores de cerezo azules, anaranjadas y violetas. El portaminas hexagonal negro con la punta de metal. Para él, la mejor parte de regalar sus origamis era la sorpresa. La sorpresa que escribía adentro de ellos. Sabía que nadie abriría – o arruinaría – un origami. Escribía mensajes, secretos. "A veces finjo que mi remedio es placebo y me quedo dormido naturalmente." "Solo te regalo esta grulla porque nadie se va a acordar de tu cumpleaños mañana." "Siempre me pregunto si las personas fueron bebés planificados o no." "Tus papás hicieron un terrible trabajo al criarte. Felicitaciones por un año más de supervivencia." "Los anuncios en contra de las drogas me dan ganas de probarlas." "Nunca conocí un lugar en el cual me sienta en casa." "Las personas no siguen fórmulas. Esa aleatoriedad me molesta tanto como la sarna." No esperaba que abrieran y leyeran las grullas. Le gustaba la sensación de entregar secretos. La posibilidad – el *quizás* – de ser leído. Quería que lo leyeran, pero no esperaba serlo. Desesperaba. Sin el sufrimiento del desespero, solo no esperaba.Rodó el portaminas con los dedos, escuchándolo rodar por el escritorio. Miró fijamente el papel. Escribió:"Nunca te dije que hay un atajo a la parada del bondi. Caminaríamos diez minutos menos. "Dobló la hoja a la mitad y la dobló a la mitad de nuevo. Deshizo el último doblez y dobló los bordes superiores del papel en dirección al pliegue del centro. Las grullas eran para Isabela. Isabela era una compañera de Rodrigo y estudiaba Ingeniería Ambiental. El cumpleaños de ella sería al día siguiente. Mientras doblaba las alas de la grulla , escuchó los pasos del lado de afuera. Hizo el doblez de la cabeza de la grulla. Separó una segunda hoja con estampado de flores coloridas. El portaminas en mano, escribió: "Odio la palabra 'retumbar' porque siempre veo 'tumba' en el medio."

	Perguntou-se se gostava do que escrevera. Prosseguiu com o origami do tsuru. Ao reforçar os vincos finais, esquecera a dúvida. Começou o terceiro origami com a frase: "Você e o seu namorado talvez tivessem uma relação muito melhor se o seu namorado fosse eu." Começou a dobrar. Não é que quisesse realmente ser o namorado de Isabela, mas considerava o namorado dela uma pessoa desagradável. Era desagradável com seu 1,80 metro, ingressos VIP para festas, conversas com risadas e aulas de remo. Não é que Rodrigo gostasse de Isabela, mas ele não via nenhuma outra garota na Escola Politécnica. Rodrigo e Isabela caminhavam juntos para pegar o circular. "Eu gosto da caminhada com conversas, só isso..." Gostava de como os pés dela estavam sempre no chão quando ela ficava sentada, assim como ele fazia. Gostava de como ela prendia os cabelos ao começar os exercícios de aula. Os cabelos castanhos sempre bem-lavados, a pele com aspecto limpo. "Mas é só isso...", ele dizia consigo. "Não é a Isabela..." Geisler, Luisa. *Contos de mentira*. Record. Kindle Edition.	Se preguntó si le gustaba lo que escribía. Continuó con el origami de la grulla. Al reforzar los pliegues finales, se olvidó de la duda. Comenzó el tercer origami con la frase: "Tal vez vos y tu novio tendrían una mejor relación si tu novio fuera yo." Empezó a doblar. No era que quisiera ser el novio de Isabela, pero lo consideraba una persona desagradable. Era desagradable con su metro ochenta, entradas VIP a fiestas, conversaciones con carcajadas y clases de remo. No es que a Rodrigo le gustaba Isabela, pero no veía a ninguna otra chica en la Escuela Politécnica. Rodrigo e Isabela caminaban juntos al colectivo. "Me gusta la caminata con las charlas, solo eso…" Le gustaba como los pies de ella estaban siempre en el piso cuando se sentaba, tal como él lo hacía. Le gustaba como ella se ataba el pelo al empezar los ejercicios de clases. El pelo castaño siempre bien lavado, la piel con aspecto limpio. "Pero es solo eso…", él se decía. "No es Isabela…"

	3. PARQUE DE DIVERSÕES – LEEN PAULA Y MARLOS	
	PORTUGUÉS	ESPAÑOL
MARLOS	Enquanto caminhavam, conversavam. Benjamin esforçou-se para convencê-la que tinham tudo em comum. Mesmo que desconhecesse, ele diria que gostava, chegaria em casa, pesquisaria, aprenderia a gostar. Foi fácil, tinham muito em comum. O sorriso após a girafinha de pelúcia fora o primeiro de muitos. Em nenhum deles ela cobriu a boca. Ela sorria um sorriso por vez, vaga-lumes solitários que lhe escapavam do jarro quando ela se distraía. Cada vez que ela sorria, Benjamin queria dar o Mundo a ela. Até sentarem nos bancos da Geisler, Luisa. *Contos de mentira* . Record. Kindle Edition.	Mientras caminaban, charlaban. Benjamín se esforzó en convencerla de que tenían todo en común. Aún si lo desconocía, iba a decir que le gustaba, llegaría a su casa, lo buscaría, aprendería a que le guste. Fue fácil, tenían mucho en común. La sonrisa luego de la jirafita fue la primera de muchas. En ningún momento se cubrió la boca. Ella sonreía una sonrisa por vez, luciérnagas solitarias que se le escapaban del frasco cuando se distraía. Cada vez que ella sonreía, Benjamín le quería dar el Mundo. Hasta que se sentaron en los bancos de la vuelta al mundo, Benjamín contó nueve sonrisas.
PAULA	Serena caminhou para o centro do parque. No caminho, seus pais a viram e a puxaram pelo braço. Os dois falavam ao mesmo tempo e com rapidez. Gesticulavam. Ela continuava Serena. Continuava a segurar a girafinha roxa. A mãe passou o braço em torno do ombro da menina. O trio foi embora a passos lentos. O pai à esquerda da menina e a mãe à direita. O braço da mãe ainda em torno dos ombros da menina. A menina que ganhou o Mundo num parque de diversões. Geisler, Luisa. *Contos de mentira*. Record. Kindle Edition.	Serena caminó hacia el centro del parque. En el camino, sus padres la vieron y la tironearon del brazo. Los dos hablaban al mismo tiempo y con rapidez. Gesticulaban. Ella continuaba Serena. Continuaba sosteniendo la jirafita violeta. La madre rodeó a la chica con el brazo. El trío se alejó a pasos lentos. El padre a la izquierda de la chica y la madre a la derecha. El brazo de la madre aún rodeaba los hombros de la chica. La chica que ganó el Mundo en un parque de diversiones.

	4. CORÍNTIOS I – LEEN JULIANA, SILVINA Y SOFÍA	
	PORTUGUÉS	ESPAÑOL
SILVINA	Depois a pessoa se casa e aí? Passa a vida inteira com um imbecil sem repertório sexual, não conhece nada e acha que o marido barrigudo de 8 centímetros é muito bom. Os anos continuaram como a nossa relação, sabe? Foram bem legais até. Eu e o Lê, a gente viajava bastante. Fomos pra Orlando uma vez, conheci a Disney, era meu sonho desde pequena. A gente tem muitos álbuns com fotos dessa época. Depois, ele começou a falar que a gente devia ter filhos, que a hora tava certa, que todo mundo tava tendo filhos, que se a gente esperasse demais, a gente ia ficar muito velho pra ter filhos. Eu até concordava, mas não é como se o Lê soubesse, porque ele tava muito ocupado falando o tempo inteiro. Geisler, Luisa. *Contos de mentira* . Record. Kindle Edition.	Después te casás, ¿y? Pasás toda la vida con un imbécil sin repertorio sexual, no conocés nada y pensás que tener un marido panzón, con sus 8 centímetros, es genial. Los años pasaban así como nuestra relación, ¿viste? Hasta estuvo bueno. Lean y yo, viajábamos bastante juntos. Una vez fuimos a Orlando, conocí Disney, era mi sueño desde que era chica. Tenemos muchos álbumes con fotos de esa época. Después, empezó a decirme que teníamos que tener hijos, que era el momento indicado, que todo el mundo estaba teniendo hijos, que si esperábamos mucho íbamos a ser muy viejos para tener hijos. Yo hasta estaba de acuerdo, pero es como que Lean no lo supiera, porque estaba muy ocupado hablando todo el tiempo.
SOFÍA	Mas ele esquecia de comprar a camisinha e quando eu dizia que não queria coisinha, ele fazia birra. Foi essa coisa idiota por um tempo, até que eu falei que ia voltar com a pílula, foi aí que atrasou minha menstruação. A primeira coisa que eu fiz foi rezar, em segredo. Só rezei, fazia muito tempo que eu nem encostava numa Bíblia. Aquela sensação de "eu não devia ter usado a pílula, Jesus me odeia agora, Jesus vai me punir e me dar trigêmeos", mas tu reza, não na igreja, claro, mas em casa, tu torce. Quando eu tava atrasada uma semana, finalmente, eu contei pro Lê. Ele ficou radiante, né, não era o útero dele. É muito fácil querer ser pai, não tem um elefante crescendo dentro de ti, e depois esse mesmo elefante vai pesar 3 quilos e sair por...? Ah, pois é. O Leandro ficou bem feliz, e me comprou um teste de gravidez, esses de farmácia, queria porque queria que eu fizesse a droga do teste. Levei o teste comigo na bolsa e disse que ia fazer depois de uma coisa de família. E essa coisa dos limites é verdade, minhas tias acham que só porque o Ronaldo não foi uma criança desejada, ele tem que ganhar tudo o que quer quando vai na casa delas e da vó. Pobre vó. Geisler, Luisa. *Contos de mentira*. Record. Kindle Edition.	Pero él se olvidaba de comprar forros y cuando yo decía que no quería hacer nada, hacía un escándalo. Fue esa idiotez durante un tiempo, hasta que yo le dije que quería volver con las pastillas, y ahí fue que no me vino. Lo primero que hice fue rezar, en secreto. Sólo recé, hacía mucho tiempo que no tocaba una Biblia. Esa sensación de "no debí haber tomado pastillas, ahora Jesús me odia, Jesús me va a castigar y me va a mandar trillizos", igual rezá, no en la iglesia, claro, en casa, insistile a Dios. Cuando llegué a una semana de atraso, finalmente, le conté a Lê. Se puso radiante, claro, no era su útero. Es muy fácil querer ser padre, no tenés un elefante creciendo dentro tuyo, después ese elefante va a pesar 3 kilos y va a salir por…¿? Ah, claro. Leandro estaba super feliz, y me compró un test de embarazo, esos de la farmacia, quería a toda costa que me hiciera la boludez esa del test. Me llevé el test en la cartera y le dije que iba a hacermelo después de un compromiso familiar. Y esa cosa de los límites es verdad, mis tías piensan que sólo porque Ronaldo no fue un nene deseado puede hacer todo lo que quiera cuando va a la casa de ellas y de la abuela. Pobre abuela.

JULIANA	Por sorte, hoje as minhas tias não tinham perguntado de quando o Leandro e eu távamos pensando em ter filhos nem nada, menos mal. Enquanto eu me concentrava no meu café, minha tia (adivinha...) me cutucou e falou "Jéssica! Olha ali o que o Ronaldo tá fazendo". Inventei que tinha que ir. O banheiro tava muito gelado enquanto eu esperava, eu pensei sobre pegar um casaco. Que nomes eu podia dar pro meu bebê? Rosa. A ponta do palitinho ficou rosa. Geisler, Luisa. *Contos de mentira*. Record. Kindle Edition.	Afortunadamente, mis tías no me preguntaron cuándo era que Leandro y yo íbamos a pensar en tener hijos, ni nada sobre eso, menos mal. Mientras estaba concentrada en mi café, mi tía (adivina...) me codeó y dijo "¡Jesica! Mira lo que está haciendo Ronaldo". Me inventé que me tenía que ir. En el baño hacía mucho frío mientras estaba esperando, pensé en ir por una chaqueta. ¿Qué nombre le podría poner al bebé? Rosado. El palito se volvió rosado.

Taller Traducir para la escena

Ing > Esp

Organizado en colaboración con la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI), el Arts and Humanities Research Council del Reino Unido (a través del consorcio Cross Language Dynamics: Reshaping Community y del proyecto language acts and worldmaking, enmarcado dentro de la iniciativa Open World Research Initiative (OWRI)) y la Diplomatura en Dramaturgia del Centro Cultural Paco Urondo (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires)

Del 4 al 8 de noviembre

Dramaturgo: John Donnelly (Reino Unido)
Director: Jack Tarlton (Reino Unido)

Obra:
Fragmentos seleccionados de las obras *The Knowlege*, *The Pass* y *The Porter*

Coordinadoras: Catherine Boyle (Reino Unido), Lucila Cordone y María Laura Ramos (Argentina)

Participantes:
Mariángel Mauri, Valeria Wald, Paola Medrano, Natalia Barry, Sebastián Domínguez, Romina Ferraro, Antonella Querzoli, Mariela Álvarez, Gastón López Rosales, Patricia Colombera, Malena Finkelstein, Belén Soirifman Britos, Mariana Pessino, Roxana Fuentes y Paula Mascheroni.

El 8 de noviembre el taller cerró con la puesta semimontada de un fragmento de *The Porter* en el salón principal del Centro Cultural Paco Urondo.

Fragmento de *The Porter*, de John Donelly

Traducción de Mariana Pessino y Gastón López Rosales

HELEN La gente se pone tan políticamente correcta con este tipo de cosas. A veces querés que alguien te arranque la ropa, te tire a la cama y listo, sin pedir permiso
CHARLES Exacto
HELEN Todo el mundo sabe que un "No" no siempre es un no
PETER ¡La puta madre, Helen!
HELEN Ay, dejá de hacer tanto alboroto solo porque tenemos un invitado
PETER No podés decir esas cosas
HELEN Sí que puedo, no estamos en Twitter, esto es entre nosotros. Toda esta pantomima de hacerte el indignado cansa. No estoy hablando de nada en particular, sabés a qué me refiero. Hablo del tipo de conexión que hay entre dos personas que va más allá de las palabras
CHARLES A eso exactamente me refería
HELEN ¡Gracias! Estamos hablando de pasión, ¿te acordás qué es eso, Peter? No siempre pensamos las cosas, sale de adentro, sin previo aviso
PETER No podés decir que un "No" no es un no
HELEN No estoy diciendo eso
PETER ¿Y qué estás diciendo?
HELEN Digo. No sé qué digo, tomé de más. Digo que no todo es blanco o negro y aquel que le quiera hacer creer otra cosa a los demás… bueno. Ellos sabrán. Que alguien me sirva un poco más
PETER Creo que ya tomaste demasiado
HELEN Yo decido cuánto es demasiado, gracias

Helen se sirve un poco más

¿Te sirvo más, Charles?

Charles le indica que no

CHARLES Creo que estoy causando problemas
HELEN Esto es entre Peter y yo
CHARLES Visto desde afuera, el tema de la edad puede parecer raro, por eso no lo mencioné antes, pero la cosa no fue así

Ya sé que no soy lo que esperaban. No hablo bien ni tengo la mejor apariencia, pero por favor, yo amaba a Max, de verdad, no sé qué más decirles, no estoy mintiendo
HELEN Está bien. ¿No, Peter?
CHARLES Me voy a dormir
HELEN No es necesario
CHARLES No, prefiero. Si no les molesta, hasta mañana

Charles sale de escena

Helen se muerde el labio. Se ríe nerviosa

HELEN Dale, no quieras dar una clase de moral. Tenía quince. Hoy en día, todos son pansexuales o unicornios o lo que sea, de víctima no tiene nada
PETER Ese no es el punto
HELEN ¿Qué te pasa? ¿No te estás divirtiendo?
PETER Está usando la ropa de Max
HELEN ¿Y qué querés que se ponga?
PETER La suya
HELEN Tenía una sola muda y se le rompió cuando se cayó. Ya estaba vieja, así que la tiré
PETER ¿Así que lo único que tiene es la ropa de Max?

HELEN Dejá de mirarme así

PETER Helen, disculpame si me equivoco, ¿pero no te parece que, en algún punto, lo estás viendo a Charles como sustituto de Max? Porque que esté usando su ropa es un puto simbolismo bastante sospechoso

HELEN No es un símbolo, es ropa. Estaba sin uso. Vos mismo me dijiste que no tenía que tratar a su cuarto como si fuera un santuario, no apegarme a las cosas, que tenía que seguir adelante, bueno, es lo que estoy haciendo ahora, Estoy siendo práctica. Acá tenemos ropa, Charles necesita ropa, le queda bien. ¿Qué querés? ¿Que ande desnudo por la vida?

Bueno, le voy a comprar ropa nueva. Me lo voy a llevar de compras

PETER Tenemos que hablar sobre cuánto tiempo se va a quedar

HELEN Ay, dale, ¿adónde va a ir?

PETER Odio tener que ser yo el que lo diga

HELEN Nadie odia estar en ese lugar

PETER No es nuestro problema

HELEN No es un problema, es un chico y ahora es nuestra responsabilidad

PETER Bueno, Max y él tenían ese algo, llamálo como quieras, aunque me resulta bastante dudoso. Sé que soy un inflexible de mierda y que a vos ese algo no te molesta, que trasciende todas las barreras del amor y la moralidad y, digamos la verdad, la legalidad, lo entiendo, pero fue solo eso, esta cosa intensa. Fueron importantes el uno para el otro durante un año, pero aunque Charles me dé pena…

HELEN Ah, eso es, ¿te está brotando la empatía?

PETER No es nuestra responsabilidad y, francamente, me preocupa

HELEN ¿Qué es lo que te preocupa?

PETER Yo amaba a Max

HELEN Veo venir un pero

PETER Tenía problemas

HELEN Estaba perdido

PETER Era un manipulador. Los dos sabemos eso. Me parecería sensato, no solo eso, también decente, controlar un poco las expectativas de Charles

HELEN Hablabas de tener una visión más clara, ¿no es eso lo que está pasando acá? Podemos saber más de Max, cómo estuvo durante ese último año. Y si llegamos al punto a que se vuelva un problema, vemos qué hacemos. El hecho es que Charles estuvo ahí y nosotros no. No le voy a decir que se vaya.

Helen saca las cartas que Charles le había dado antes

Las cartas que Max le escribió. Llenas de amor y pasión

Peter las ve por encima y se las devuelve

HELEN ¿Por qué no las leés?

PETER No puedo hacer esto

HELEN ¿Qué cosa?

PETER El dolor, la espiral, todo eso

Veo cómo lo mirás y me da miedo

HELEN ¿Por qué?

PETER Porque así lo mirabas a Max

Texto original:
Excerpt from *The Porter*, by John Donnelly

HELEN People get so PC about this sort of thing, sometimes you just want someone to rip your clothes off and throw you on to the bed, not ask permission
CHARLES Exactly
HELEN Everyone knows No doesn't always mean no
PETER Fucking hell Helen
HELEN Oh stop making a song and dance because we've got a guest.
PETER You can't say these things
HELEN Of course I can, this isn't Twitter, it's us! This masquerade of outrage, it's so tiresome. I'm not talking about anything, *you know*. I'm talking about the kind of understanding between two people that transcends language
CHARLES That is exactly what I mean
HELEN Thank you! We're talking about passion – remember that, Peter?
Sometimes things aren't rational, they spring from us, without warning
PETER You can't say No doesn't mean no
HELEN I'm not saying that
PETER Then what are you saying?
HELEN I'm saying. I don't know what I'm saying, I'm pissed. I'm saying not everything's black and white and anyone who pretends otherwise, well. They're the ones to watch. Oh someone pour me a drink
PETER I think you've had enough
HELEN I'll decide when I've had enough, thank you

Helen pours herself a drink

Charles, top up?

Charles indicates no

CHARLES I feel I've caused something
HELEN This is between Peter and me
CHARLES From the outside the age thing might seem funny, that's why I didn't bring it up at first, but it wasn't like that
I know I'm not what you were expecting. I don't talk right or look right – please – but I loved Max, I did, I don't know what else to say, it's the truth
HELEN It's okay Isn't it Peter?
CHARLES I'm going to go up to bed
HELEN You don't have to
CHARLES No, I'd rather. If you don't mind I'll see you tomorrow

Charles exits

Helen bites her lip. Giggles

HELEN Oh come on, don't be such a prig. So he was fifteen. They're all pansexual now or unicorns or whatever it is, he hardly looks like a victim
PETER That's not the point
HELEN What's the matter? Aren't you having fun?
PETER He's wearing Max's clothes
HELEN What's he supposed to wear?
PETER His own
HELEN He had one set and they were ripped from where he'd fallen over, they were old and scruffy so I threw them out
PETER So he only has Max's clothes now?

HELEN Stop staring at me like that
PETER Forgive me if I'm reaching here Helen but on any level do you think you're viewing Charles as a surrogate for Max because the symbolism of him wearing his clothes is a little fucking opaque
HELEN They're not symbols, they're clothes. They're not being used. You were the one told me not to treat his room as a shrine, not to hold on to things, that I had to move on, well now I am moving on, I'm being practical. We have clothes here, Charles needs clothes, they fit, what's he supposed to do, walk around naked? Fine, I'll get him new ones, I'll take him to the shops
PETER We need to talk about how long he's staying
HELEN Oh come on, where would he go?
PETER I hate to be the one who says it
HELEN No one ever hates to be the one who says it
PETER He is not our problem
HELEN He's not a problem, he's a boy and we have a responsibility towards him, we do
PETER Fine, he and Max had this whatever you want to call it, although it sounds fucking dubious to me – and I get that I'm just a stick in the mud and you're fine with it, it transcends all boundaries of love and morality and let's face it, legality, I get that, but it was what it was – this intense thing – and they meant something to each other for a year, but while I feel for Charles
HELEN Oh that's what this is, your empathy bursting out?
PETER He is not our responsibility and frankly I have concerns
HELEN What concerns?
PETER I loved Max
HELEN I sense a but
PETER He had issues
HELEN He was troubled
PETER He was manipulative. We both know that. I think it would be wise, not just wise – decent –to manage Charles's expectations a little
HELEN You talk about a clearer view, isn't that what we're getting? We can get to know Max, that last year. And If we get to the stage where it's a problem, we'll deal with it then
Charles was there for him when we weren't, that's fact. I'm not telling him to go

Helen produces the letters that Charles gave her earlier

Letters Max wrote to him. Filled with love and passion

Peter has a cursory look, hands them back

HELEN Why won't you look at them?
PETER I can't do this
HELEN Do what?
PETER The grief, the vortex – all of that
I see the way you look at him and it scares me
HELEN Why?
PETER Because it's how you looked at Max

Fragmento de *The Porter*, de John Donelly

Traducción de Mariángel Mauri y Paula Mascheroni

Charles recita un fragmento del poema A su esquiva amada de Andrew Marvell

CHARLES "Juguemos ahora mientras podamos si cual aves rapaces nos amamos, nuestro tiempo devoremos urgentes antes que perecer entre sus dientes. Hagamos rodar nuestra fuerza entera y esta dulzura toda en una esfera, y el goce soltemos en lucha reñida por los férreos umbrales de la vida: pues si al sol no podemos detener de todas formas lo haremos correr". Ese es de Andrew Marvell

PETER Sí, ya sé de quién es

HELEN Ahí está, Peter. ¿Estás contento ahora?

PETER Seguro tu viejo debe estar contento. Es una historia emotiva, el hijo de un portero de universidad. Debe haber sido de interés local, habrá salido en el diario. Debe estar en Internet, supongo. Tal vez lo busque, de curioso. ¿Cómo era tu apellido?

HELEN Peter, no me gusta tu tono de voz

CHARLES En realidad no era un alumno

PETER Dijiste que cursabas con Max

CHARLES Dije que me senté al lado de él

PETER Sí, en una clase. ¿Qué hacías en una clase si no eras alumno?

CHARLES Entré y me senté nomás. No toman asistencia, al menos no en los grupos grandes. A veces pasan una hoja, pero para ver quién faltó, no quién está

La verdad, me había rateado de la escuela

PETER ¿De la escuela?

HELEN ¿Estabas en quinto año?

CHARLES No, en realidad casi ni iba a clase. Dejé de ir en tercero

PETER Entonces, ¿en qué año estabas cuando conociste a Max?

CHARLES Debería haber estado en tercero, pero como les conté—

PETER ¿A qué edad se cursa tercero?

CHARLES Catorce, quince

PETER ¿Tenías quince cuando conociste a Max?

CHARLES Sí

PETER Pero no empezaron a salir enseguida

CHARLES No, pasaron algunas semanas antes de eso

PETER Entonces tenías dieciséis cuando empezaron a verse

CHARLES No, quince

PETER Y Max, ¿cuántos años tenía? Diecinueve

CHARLES Sí, diecinueve

PETER ¿O sea que eras menor de edad?

HELEN ¡Menor de edad! ¡Tenían quince y diecinueve!

PETER No está bien

HELEN Mi primer novio tenía veintisiete y yo tenía catorce

PETER Eso no es normal

HELEN En mi pueblo sí

PETER No te hagas la graciosa, Helen. No es un chiste

HELEN Ah, ¡dale!

PETER No, dale nada. No está bien

CHARLES Yo sabía lo que hacía, eh

HELEN ¡Ves!

PETER No es el caso
CHARLES Obvio, necesité un poco de persuasión al principio, pero no hice nada que no quisiera
PETER Perdón, ¿persuasión? ¿A qué te referís con persuasión?
CHARLES Un incentivo, viste, nada tan grave
HELEN Cuando decís un incentivo, ¿qué querés decir exactamente?
CHARLES Escabio por lo general
PETER ¿Por lo general?
CHARLES Un poco de pasti, pero en serio, todo legal
PETER ¿Te dio éxtasis?
HELEN Ay, Peter, nosotros tomamos éxtasis
PETER ¿Cuándo?
HELEN En el festival Latitude con los malabaristas
PETER ¡Pero no lo hicimos con pendejos!
HELEN Tenía quince años. Lo decís como si tuviera cinco
PETER Max lo indujo a las drogas y al alcohol
HELEN ¡Lo indujo! ¿Quién usa esa palabra? Parece un titular amarillista
CHARLES Estuvo bueno. Si no, no creo que yo me hubiera animado. O sea, en ese momento, ni siquiera sabía que me gustaban los hombres

Es como intentar que un nene chiquito pruebe comida nueva, ¿entienden? Le va a gustar, pero a veces tenés que lograr que se la coma por primera vez. Todos necesitamos ese primer empujoncito
PETER ¿Estás diciendo que Max te forzó?
HELEN Por supuesto que no
CHARLES No, no, él—Tenía una forma de hablar que te compraba. Entonces te insistía hasta convencerte. Su voz me ayudaba
HELEN ¿Su voz?
CHARLES Hablaba muy bien, igual que ustedes. Muy elegante, que te da cierto aire, ¿no? Como que sabés de lo que hablás. Me refiero a que si yo digo algo, me dirías callate, pero con una voz elegante, pensás: bueno, ¿qué es lo peor que puede pasar?

Texto original:
Excerpt from *The Porter*, by John Donnelly

Charles speaks lines from Andrew Marvell's To His Coy Mistress

CHARLES Now let us sport us while we may, And now, like amorous birds of prey, Rather at once our time devour
Than languish in his slow-chapped power. Let us roll all our strength and all
Our sweetness up into one ball,
And tear our pleasures with rough strife Through the iron gates of life:
Thus, though we cannot make our sun Stand still, yet we will make him run
That one. It's by Andrew Marvell
PETER Yeah, I know who it's by
HELEN There you are, Peter, sufficient?
PETER Bet your old man's must proud. Son of a college porter makes good, that's a heartwarming story, I would have thought that's of local interest, that would have been in the paper, must be online, I reckon, I might look it up, just for fun. What's your last name again?
HELEN Peter, there's an edge in your voice, I don't like
CHARLES I wasn't formally a student
PETER You said you were on Max's course
CHARLES I said I sat next to him
PETER Yeah, in a lecture. What were you doing in a lecture if you weren't a student?
CHARLES I just went in, sat down, they don't really keep tabs, not for the bigger ones. Very occasionally a sheet of paper goes round but that's to find out who's not there, not who is
If you must know, I was bunking off school
PETER School?
HELEN You mean sixth form?
CHARLES No, I barely went to school to be honest, I pretty much stopped going in year nine
PETER So what year were you in when you met Max? CHARLES Well I should have been in year eleven, but like I say PETER How old is year eleven?
CHARLES Fourteen, fifteen
PETER You were fifteen when you met Max?
CHARLES Yeah
PETER But you weren't in a relationship straight away?
CHARLES Oh no, it took a few weeks for that side of things to take off PETER So you were sixteen when you started seeing each other?
CHARLES No, fifteen
PETER And Max was how old? Nineteen
CHARLES That's right, nineteen, yeah
PETER So you were underage?
HELEN Underage! They were fifteen and nineteen!
PETER That's not okay
HELEN My first boyfriend was twenty seven, I was fourteen
PETER That is not normal
HELEN It was in Wiltshire
PETER Don't make a joke of it, Helen this isn't funny
HELEN Oh come on
PETER No, don't 'oh come on', that's not okay

CHARLES Honestly, I knew what I was doing
HELEN There you go
PETER That's not the point
CHARLES Obviously, I needed a bit of persuading at first but I didn't do nothing I didn't want to
PETER Sorry, persuading, what is persuading?
CHARLES You know, a bit of encouragement, nothing untoward HELEN When you say encouragement what exactly do you mean? CHARLES Booze mainly
PETER Mainly?
CHARLES A bit of ecstasy but honestly, it was all above board
PETER He gave you ecstasy?
HELEN Oh Peter, we did ecstasy
PETER When?
HELEN At the Latitude festival with the jugglers
PETER Not with fucking children!
HELEN He was fifteen, you make it sound like he was five
PETER Max plied him with drugs and alcohol
HELEN Plied! Who *plies* anyone with anything, you sound like The Express CHARLES It was good that he did, I'm not sure I'd have gone through with it
otherwise, I mean at that stage, I didn't even know I liked men
It's like trying to get a toddler to try new food, you know, they'll like it, but sometimes you got to get it down them in the first place, you know. Everyone needs a bit of a push first time
PETER You're not saying Max forced you?
HELEN Of course he's not saying that
CHARLES No, no, he just – the way he talked, he'd put an idea in your head. Then just sort of be on at you until you'd come round to his way of thinking, his voice helped
HELEN His voice?
CHARLES He spoke properly, like you. Posh voice sort of gives you an air, dunnit, like you know what you're on about? I mean if I said something, you'd be like fuck off, but in a well spoken voice, you think, alright, what's the worst can happen?

Fragmento de *The Porter*, de John Donelly

Traducción de Marie Álvarez y Malena Finkelstein

A la mañana temprano. La cocina
Peter, Helen
Helen en bata, Peter vestido para ir a trabajar

PETER: No sabemos nada sobre él
HELEN: No sabemos nada sobre nadie que Max haya conocido en Cambridge, ese es el tema ¿Te acordás de esa conversación horrible con el decano? Fue como hablar con un pastor alquilado para la ocasión, qué pérdida terrible, era un chico encantador, evidentemente no tenía la más puta idea de quién era Max
PETER: ¿De verdad pensás que este pibe Charles fue a Cambridge?
HELEN: Ay, por favor
PETER: Vamos, no me digas que no se te cruzó, no tiene pinta
HELEN: Eso no es parámetro
PETER: No, no lo es, la gente hace como si no lo fuera, pero en realidad sí
HELEN: Sos demasiado esnob
PETER: No siento culpa por ser progre
HELEN: Sí, te hiciste de abajo, y por eso ahora nadie más puede
PETER: Yo creo que nos está vendiendo cualquiera
HELEN: Bueno, si esto es verso, se va a pisar solo en algún momento, mientras tanto, ¿podemos no ser tan mierdas con él?
PETER: ¿Cuánto tiempo te parece que va a quedarse?
HELEN: Unos días. Tal vez ni quiera quedarse
PETER: Unos días está bien
HELEN: Es mi casa, Peter, no necesito pedirte permiso

PETER: ¿Vas a estar bien si me voy a trabajar?
HELEN: ¿Me estás preguntando eso? ¡Dios!
PETER: Podría avisar que no voy, es que justo están llegando unos clientes de afuera
HELEN: Dale. Quedate en casa. Dejá que alguien más cautive a los inversores

Pausa. Helen se ríe

PETER: ¿Qué?
HELEN: ¡Tu cara! Como si de verdad te fueras a quedar en casa
PETER: Me quedaría si me lo pidieras
HELEN: Sí, claro. Dale, andá, voy a estar bien, ¿te quedás en el departamento esta noche?
PETER: Él no va a pasar la noche acá
HELEN: ¿Y dónde va a quedarse?
PETER: El Wheatsheaf tiene lugar
HELEN: ¿El Wheatsheaf? ¿Por qué?

Entra Charles. Peter lo ve primero

¿Te preocupa que se me tire encima? Ay, qué tierno, si quisiera tirársenos encima estoy segura de que ya lo hubiera hecho.
¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué es esa cara?

Ella se da vuelta

Disculpá, ¿te despertamos?
CHARLES: Tengo el sueño liviano
PETER: Está usando el pijama de Max

HELEN: No creo que el tuyo le quede. ¿Qué te pareció el colchón?
PETER: Perfecto
HELEN: Nada mal para ser un sofá cama, ¿no? Peter duerme ahí
PETER: Cuando tengo que madrugar o
HELEN: ¿Té o café?
CHARLES: Té
HELEN: ¿Té negro?
CHARLES: Sin azúcar, gracias. Lo tomo con bastante leche

Helen pone la pava a hervir

HELEN: Peter, ¿te quedás para el té o ya salís?
PETER: Debería ir yendo
HELEN: Es una lástima, Peter no nos va a acompañar hoy, trabaja, es un laburante, se hizo de abajo, si te descuidás te va a empezar a contar toda su historia
CHARLES: ¿A qué te dedicás?
HELEN: Es arquitecto, es bastante reconocido en ese mundillo, por eso siempre tiene cara de triste cuando vuelve a casa, acá se le cae la corona
PETER: ¿Podríamos parar con esto, sea lo que sea, este jueguito de roles?
HELEN: Bueno, nos vemos cuando nos veamos. Charles, se me ocurre que podemos desayunar algo y parece que el día está lindo, después podemos ir a caminar. ¿Peter?
PETER: ¿Qué?
HELEN: ¿No te ibas?
CHARLES: Quieren que me…
HELEN: La gente se cree que por estar casados hace años uno automáticamente sabe lo que la otra persona está pensando, eso es una boludez. Peter, decí algo, no leo mentes
CHARLES: ¿Saben qué? No importa el té, me voy ya
HELEN: No seas tonto
CHARLES: Si Peter no va a estar entonces yo también debería irme
HELEN: ¿Por qué te irías?
CHARLES: No quiero que te sientas incómoda
HELEN: ¿Por qué me sentiría incómoda?
CHARLES: Lo que dijiste antes, eso de tirarme encima tuyo
Si estuviera en tu lugar, pensaría lo mismo, soy un pibe que apareció de la nada
HELEN: Ay, Dios, qué vergüenza
CHARLES: Había un cargador en el cajón

Charles busca una foto en su teléfono, se lo pasa a Helen

Hay un bar, *The Green Man*. En Grantchester, justo al lado del río Cam
HELEN: ¿Fuimos alguna vez?
CHARLES: Hay un campo al lado. Nos fuimos en bote desde el pueblo, uno de esos días que… como esos cielos que recordás de la infancia
HELEN: Se ven tan felices. Los dos
Peter

Helen le pasa el teléfono a Peter
Peter lo mira. Asiente, se lo devuelve a Charles

CHARLES: Solo quería que ustedes supieran que no soy cualquier pibe, ¿saben? Yo lo conocía a Max. Entiendo que pueda resultarles raro que yo esté acá
HELEN: Gracias, pero no es lo que estamos pensando
PETER: Te llamo a la hora de almuerzo

Peter se acerca a Helen, le da un beso en la mejilla. Ella reacciona con una sorpresa exagerada
Peter sale

Texto original:
Excerpt from *The Porter*, by John Donnelly

Early evening, kitchen, Peter, Helen
Helen in a dressing gown, Peter dressed for work

PETER We don't know anything about him
HELEN We don't know anything about anyone Max knew at Cambridge, that's the point
Remember that awful conversation with the Dean, it was like talking to a hired vicar, Such a loss, what a charming boy, clearly didn't have the faintest fucking idea who Max was
PETER You really think this Charles guy went to Cambridge
HELEN Oh for god's sake
PETER Oh come on, don't pretend you haven't thought it, he's not the type
HELEN There's no such thing
PETER No, there isn't, people pretend there isn't, but there is
HELEN You're such a snob
PETER I'm just not hamstrung by being a liberal
HELEN Yes, you made something of yourself, now no one else is allowed to
PETER I don't buy it
HELEN Well if he's putting it on, it'll come out in the wash, pretty soon, but for now, can we just not be total shits about it
PETER How long do you see him staying?
HELEN A few days. He might not even want to stay
PETER A few days is fine
HELEN This is my house Peter, I don't need your permission

PETER Are you alright me going to work?
HELEN You're asking my opinion, oh my god
PETER I could cancel it, it's just the clients are flying in
HELEN Go on then. Stay at home, let someone else charm the investors

A pause. Helen laughs

PETER What?
HELEN Your face! Like you were ever going to say at home
PETER I would stay if you asked
HELEN As if. Go on, I'll be fine, are you still at the flat tonight?
PETER He's not spending the night here
HELEN Where else is he going to stay?
PETER The Wheatsheaf has rooms
HELEN The Wheatsheaf, what's the point?

Charles enters. Peter sees him first

Are you worried he might jump on me? Oh how sweet, If he was going to jump on either of us, I'm sure he'd have done it by now
What, what is that, what is that look?

She turns

Sorry, did we wake you?
CHARLES I'm not a great sleeper
PETER He's wearing Max's pyjamas

HELEN I don't think yours would fit him. How did you find the bed?
CHARLES Perfect
HELEN Not bad is it, for a pull out? Peter uses it
PETER If I have an early start or
HELEN Tea or coffee?
CHARLES Tea
HELEN Builder's?
CHARLES No sugar thanks. I like it quite milky

Helen sets the kettle boiling

HELEN Peter, you staying for tea, or you off?
PETER I should head off
HELEN Sadly, Peter won't be with us today, he works, he's a working man, self made, you're not careful he'll start telling you all about it
CHARLES What do you do?
HELEN He's an architect, he's quite the thing in that world, it's why he always looks so sad, coming home where his greatness is unheralded
PETER Can we not do this, whatever it is, this strange role play?
HELEN Fine, I'll see you when I see you. Charles I thought we could have some breakfast, then it looks like a nice day, maybe a stroll in the garden. Peter?
PETER What?
HELEN You're hovering
CHARLES Do you two need to –

HELEN People have this idea that after years of marriage you automatically know what the other person's thinking, it's absolute bollocks. Peter, words, I'm not psychic
CHARLES Do you know what, forget the tea, I'll shoot off
HELEN Don't be silly
CHARLES If Peter's not here then I should go
HELEN Why on earth would you go?
CHARLES I don't want you to feel uncomfortable
HELEN Why would I feel uncomfortable?
CHARLES What you said, about me jumping on you
I was in your shoes, I'd be the same, I'm just some bloke showed up
HELEN Oh god, I'm so embarrassed
CHARLES There was a charger in the drawer

Charles brings up an image on his phone, hands it to Helen

There's this pub, The Green Man. Up in Grantchester, right on the Cam
HELEN Have we been there?
CHARLES There's a field next to it. We took a punt out from the town, one of them days when – the kind of sky you remember from childhood
HELEN You look so happy. You both do Peter

Helen hands the phone to Peter

Peter examines it. Nods, returns it to Charles

CHARLES I just wanted you to know that I'm not just some bloke, you know. I knew Max. I realise it must be odd me being here
HELEN Thank you, but that's not what we're thinking
PETER I'll call at lunchtime

Peter approaches Helen, kisses her on the cheek. She reacts with exaggerated surprise

Peter exits

Producciones a partir del Taller de Escritura Creativa

A partir del año 2017, la Escuela de Otoño de Traducción Literaria incorporó a su programa el Taller de Escritura Creativa, a cargo de la Dra. Cecilia Rossi.

Compartimos en esta sección algunas de las producciones que nos hicieron llegar generosamente sus autores y autoras, participantes de la EOTL.

El año del delta

Las islas se desgarran de la tierra. Así se forma un delta. Al principio está todo unido y en un momento, gana la fuerza del río por debajo y se empieza a desgarrar por arriba. Si entendí bien, es subterráneo. La fuerza viene por abajo…

Fue el año en que tuve tres corazones. Un tiempo… unas cinco semanas, quizás seis… No importa. Lo llamaron "gemelar monocorial" pero yo lo llamaba tres corazones. Fue maravilloso.

Según leí, el primer resquebrajamiento fue en el pleistoceno, hace miles de millones de años. Los hombres y las mujeres vivirían muy tranquilos en ese entonces… cazando… pescando… comiendo… Tendrían bebés… Y entonces, se quebró la tierra y entró el río.

Entró como un torrente… detuvo los latidos de dos de los corazones. No sé si habrá sido a la vez. Yo lo sentí llegar desde el fondo, desde mis piernas, desde el vientre. Partes que nunca había sentido. Me latían y tironeaban. Otras habían dejado de latir. Un resquebrajarme que no conocía. Posturas en las que jamás había estado. Quebrada.

Para los hombres y mujeres del pleistoceno no debe haber sido abrupto. Nunca es abrupto el ritmo del planeta, del cuerpo… todo se mueve lentamente. Pero sí llega el resquebrajamiento, de pronto, y las islas cambian de forma. Ahora dicen que la costa avanza unos cien metros por año y que para 2020 va a llegar hasta el puerto donde ahora hay edificios de oficinas elegantes. Se va a llenar de tierra que arrastra el río… se va a ir rellenando… con tierra fangosa… que arrastra el río…

Es porque el estómago sube de su posición original. Se eleva. Y la digestión cambia. Lo primero que se siente es que la panza funciona distinto… yo lo sentía al comer: la digestión era distinta. No eran náuseas, como dicen, era todo el proceso digestivo hasta el final. Había cambiado. Todo el metabolismo tenía vida propia. Distinta.

La vida en la isla puede ser la paz más completa y también una revolución. Cuando hay marea, las casas quedan revolcadas en el lodo y lo único que se puede hacer es esperar… dejarte empantanar… los tirantes de las casas crujen con el viento. La madera se pudre en el agua y se seca con el sol.

El resquebrajamiento fue lo más fácil. Parecía programado. Como si mi cuerpo estuviera más listo para eso que para parir. El resquebrajamiento estaba en mis genes. Empezó a las cinco semanas y siguió… quizá por nueve meses… o quizá por más tiempo. Salir del estado de resquebrajamiento fue un parto. Parar el llanto fue parir. Fui a parir ese parto a la isla porque en la ciudad me seguía muriendo. Seca, me moría con ellos.

Soy acuario. Desde que nací, soy agua. La piel se me seca y se me resquebraja. Tomo mucha agua. El año del resquebrajamiento yo estaba muy seca: de ideas, de amor, de juegos, de actuar… dejé que me inundara un desierto cotidiano y urbano, de esos que te van vaciando… El año del delta fue el año del agua y de la sequedad.

Seis casas

El año del delta tuve seis casas… o siete, si cuento una donde dejé cantidad de trastos que no usé por un año. Seis casas, al menos, si cuento donde viví.

La primera era mi casa, la que cerré en el mes de mayo: la mía, la primera casa. Digo "mía" porque llevaba

ahí los últimos cuatro años. No era una casa, era un departamento. Y no era mía, era alquilada. Igual, se sentía mía. Lo de "práctico departamento en el corazón de Villa Crespo" ya se le había ido. Era nuestra casa… nuestro hogar. Estaba en esa casa cuando decidí casarme. Y en esa casa concebimos a los corazoncitos, en medio de la mudanza, justo antes de irnos, rodeados de cajas. Entregué la llave con los dos corazoncitos latiéndome en la panza. Sin saberlo.

[…]

Y mi cuarta casa fue en el delta.

Cuando te sentís morir con todo el cuerpo no hay muchas cosas que te muevan de lugar. Primero estás en la cama por el dolor físico pero incluso cuando el dolor se va, no hay razones para volver a moverte. Al menos yo no las encontraba. Hay un ritmo impuesto que viene de antes: gente que te espera, personas que te hablan, que te escriben un mail, que preguntan cosas que tenés adentro y que pretenden que saques. Conocimientos… informaciones… sentimientos. Yo no podía sacar ni un dedo al aire. Me había ido con ellos.

Necesito. Una cama, una cocina, una heladera, una mesa, una silla, cobijas, calor. La computadora para trabajar, los libros para leer (pocos). Un mate. Pan y manteca. Necesito. La ropa que dice que aún estoy de ese lado. Para trabajar también, por ejemplo. Necesito. El baño. Estar limpia. Algunas cremas. Tres: la de noche, la de día y la de los ojos que se me hinchan. No mucho más necesito.

Gracias a la isla salí de la cama. Empecé la vida de isleña: iba a la ciudad a trabajar y si no llegaba a la última lancha pública, me quedaba a dormir en la casa que era de mi tía. Al día siguiente volvía a mi vida de pocas cosas. Me iba de la ciudad porque si no, me moría con ellos.

El año de estar rota… toda rota.

El año del fracaso.

El año de la lancha.

El año del disturbio.

El año de las pérdidas.

Perdí en todo con todos.

El año de perder.

Deriva

Puntual. Así me volvió el ciclo. "De nuevo en el ciclo", me dijo una amiga. Un mes y algo antes estaba en una clínica, sangrando otra sangre. Treinta días después sangraba el nido de mi útero que ya no servía hacía tiempo. El tiempo… en los relojes es una cosa, una cosa medible, que se cuenta con números; en el cuerpo es otra…. otra que no es "cosa", el tiempo en el cuerpo es una vibración a veces más fuerte y a veces más suave. En un momento grita con toda la amplitud de su voz vibrante y sabés que te llegó el tiempo. Dice "hasta acá". Listo.

Hoy estoy sola. Me armé el escritorio frente a la ventana. Frente al ceibo. Es verano pero las hojas le caen todo el año. En el tronco, tiene la corteza desgarrada. Le quedan pocas flores. Las hojas le caen seguido y parece llorar. Anoche lloré mucho. No fue solo decir "hasta acá", fue un grito estridente… o varios.

Es innecesario decir que los hombres no sienten como las mujeres. O no sienten y punto. A ellos les sale el chorro siempre. No hay ciclo, hay siempre. Total, allá va. Nosotras y nuestro recipiente chorreamos, lloramos, berreamos, en todas las direcciones. No tenemos un chorro direccionado porque toda esa energía dispersa se junta para después, para cuando todos esos chorros se unan en una vidita. Somos un recipiente.

Si yo hubiera querido un recipiente también del otro lado no me habría casado con él. Habría ido a un banco de esperma. Al chorro sin nada detrás. Que haya una persona direccionando el chorro hace las cosas más complicadas a veces. Pero yo había elegido eso. Sentía que sería un buen padre. Que sería una dinámica bella entre los dos. En el último tiempo ya no sentí más eso. ¿Cambié yo o cambió él? ¿O nos cambiaron los abortos? Leí en un libro que nunca se vuelve a ser el que se era… nuestra pareja era algo que ya no volvería a ser. Algo que no es nada. Que nada… en nuestra isla flotante…

Vivir en el delta es vivir en un terreno que flota aunque no se note. Vinimos a vivir en la concreción de lo que es nuestra pareja ahora: una deriva. Si no hay más encuentro vamos a la deriva. Se nos caen las hojas de sauce. Todo se nos cae.

Natalia Barry
EOTL 2017 (inglés)

Una sonrisa que no conoce de épocas

Afuera no dejaba de llover. La visita al Museo de la Inmigración había comenzado bajo un cielo gris, luego una garúa suave y, finalmente, unos gotones que nos obligaron a abrir los paraguas a aquellos que teníamos la suerte de tener uno encima. Ya adentro, y mientras recorría los distintos objetos en exhibición, imaginando las miles de historias que encerraba cada uno, me detuve en unas fotos pequeñitas, en blanco y negro, de esas con marco blanco y ondulado.

Eran cinco. En la primera, se veía a un bebé recién nacido durmiendo boca arriba en una pequeña cuna de metal, sin baranda del lado derecho, donde se apoyaba contra una cama. En la segunda, el bebé seguía en su cuna, pero acompañado de los flamantes padres, que lo miraban embelesados. El padre estaba sentado en una silla y la madre, recostada en la cama, inclinada sobre su bebé. En la siguiente foto, la madre estaba sentada en la cama mientras una enfermera sonriente sostenía al bebé en brazos. En las otras dos fotos, los padres posan con su bebé sentados en un banco de plaza. Escenas de la vida cotidiana de sesenta, setenta, ochenta años atrás.

Un detalle de esas fotos captó mi atención: la expresión de la madre, sentada en la cama del hospital. Tenía un aire de seguridad, de poder, o quizá sería mejor decir de superpoder. Me la imaginé pensando: "Logré lo imposible: engendré un hijo, lo di a luz, y aquí estoy para mostrarlo". Su sonrisa, firme, segura, calma, me remontó inmediatamente a mi propia sonrisa, cuando también estaba en un hospital, con una bebé en una cuna al lado de la cama, agotada, pero con la satisfacción de haberlo conseguido. Mi bebé estaba finalmente conmigo.

Y pensé en todas las mujeres que vivieron lo mismo antes que yo, y que habrán atravesado las mismas emociones y esbozado la misma sonrisa. Y me maravillé ante las vivencias básicas, primarias, que nos unen a todas por los siglos y milenios, y que quizás no tenemos muy presentes hasta que la memoria de otros nos las recuerda.

Vanesa Fusco
EOTL 2017 (inglés)

1

On the difficulty of being translated[1]

They wouldn't like to need to be translated, but they do;
They'd love to orchestrate their own translations, if they could.
They think only a poet can translate them, but they don't;
They are all so quick to quote and question things
that they should not.

If you ask me, they need to learn to keep their mouth quite shut.
Or not.
Who knows?
Maybe.
They must!
Or not?
They can't.
Perhaps.

2

To be[2]

We do things
in
be
tween

So we work
And we yEARN
And we study
And we work

We work
On many a thing
We had better
Not work on

1 Publicado en *Las lenguas que me habitan. The languages within me. Les langues dans ma peau* (2019), poemario en formato de libro electrónico.
2 Ídem.

You sing
I write
He draws
They act
She plays
You dance
We are
We aren't

Whatever thing we do
It really doesn't matter
We are
We aren't
We can't
We musn't

We are dreamers
Yes, dreamers!
Yes, we are!
No, we aren't!

You will SINg
I will wRITE
He will dRAW
They will dance
She will PAINt
They will act
Though we are
We aren't

We'll be dancers
We shall sing
We'll be actors
We are artists
We are dreamers
We shall be
Yes, we are!
But we aren't.

Delfina Morganti Hernández
EOTL 2017 (inglés)

...

Puntos en la casa que está enfrente del colegio.
De más cerca, agujeros en la pared de esa casa.
Dicen que ayer hubo un tiroteo.
Mi mente infantil piensa en policías y ladrones,
en buenos y malos.
Y se olvida, pasa a otra cosa.

Pasan los años, diez o quince. Punto final.
Pero no. De repente, me acuerdo de los puntos.
Se destapan los agujeros.
No eran policías y ladrones.
No eran buenos y malos.
Empiezo a unir los puntos.

Pasan más años, diez o quince más.
Veo con mis propios ojos los titulares de hace casi cuarenta años,
las noticias inventadas, los enfrentamientos inventados,
los tiroteos inventados.
Los agujeros inventados.

Nota de la participante:

El proceso de escritura de este breve texto, alimentado por todas las actividades del grupo y por el permanente intercambio con Giles, y sustentado por el Taller de Escritura Creativa que coordinó Cecilia Rossi, fue mi cierre de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria de 2017, mi primera experiencia con la EOTL.

Pongo en tela de juicio la calidad del (por ahora) producto final que es el texto, pero destaco el valor que tiene para mí por la experiencia psicoanalítica que implicó su creación. Porque realmente es un relato de lo que me pasó a lo largo de los años en relación con la dictadura militar. Y porque por primera vez esos hechos, del ámbito personal y de la historia nacional al mismo tiempo, se unieron y ordenaron en mi cabeza.

Creo que esta experiencia resume y da testimonio de la posibilidad de conocernos a través de conocer al otro y de cómo la traducción literaria nos hace recorrer esos caminos.

Mercedes Rego Perlas
EOTL 2017 (inglés) y Laboratorio de traducción 2018

Buenos Aires, marzo de 1976

Cada vez que dicen "vamos a del Viso" me imagino un plato enorme de guiso. No sé por qué. "Tenemos una quinta en del guiso", digo, y no paro de reírme. Hacia allá vamos, como todos los fines de semana, a la quinta. Mi hermano y yo atrás, en el auto, nuestros padres adelante. Mi mamá nos raciona los caramelos Stani, me da mucha rabia. Sabe que soy capaz de comerme todos los caramelos, y le preocupa. No veo cuál es el problema, no son tantos caramelos, después de todo. Le preocupa que me enferme de la panza o que después no coma la comida, como si eso me pasara alguna vez. Me gustan los de frutilla y los de dulce de leche.

La quinta es una casa enorme que hasta tiene una galería en la parte de atrás. Hay un quincho, una pileta y al fondo está la casa de los caseros. Tiene muchos árboles. Me gusta trepar a los árboles. Comemos higos, naranjas y granadas, y nos queda toda la boca roja.

La casa tiene tres habitaciones y muchas camas. Siempre vienen amigos con sus padres, que son amigos de los míos. También vienen tíos y primos. La pasamos muy bien ahí.

También hay un pozo ciego, que nunca lo vi, ni me imagino bien cómo es, pero por lo que cuentan suena a algo bastante asqueroso. Así que por las dudas, ni me acerco.

Después de comer hay que hacer la digestión, nos dicen. Nosotros queremos meternos en la pileta, pero no, hay que dormir la siesta. Qué aburrido.

El silencio de la tarde a la hora de la siesta es pesado y amenazador, sobre todo por las gitanas, que roban a los chicos para venderlos. Eso dice mi tía. Yo trato de quedarme en la casa, pero las horas se me hacen interminables, así que, pese al miedo de ser raptada y vendida, salgo al calor de la tarde y miro la pileta con ganas. No me meto, ya bastante que salí sin permiso. Nunca vino ninguna gitana, por suerte.

Al fondo está la vivienda de los caseros, donde nos gusta ir a jugar. La pasamos bien ahí. La casera tiene un bebé, y me da mucha impresión verle la teta mientras amamanta a la criatura. Mezcla de asombro y fascinación, ese acto tan íntimo y a la vez natural y necesario. La teta me parece enorme, como todo lo que a mi edad parece más grande.

Un día, vienen Lucas y su familia a la quinta. Lucas y Carmen tienen tres hijos: Sebastián, Silvina y Mariela. Sebastián tiene 5, como yo, Silvina es la del medio, y Mariela es un bebé. Para el almuerzo, queremos comer en lo de los caseros; los padres charlan en las reposeras, enfrente de la pileta. La tranquera está abierta, solo la cierran de noche. De pronto, vemos entrar dos autos desconocidos, y de la casa empiezan a salir como diez personas con armas.

Inmediatamente me levanto para ir hasta allá a ver qué pasa; deben ser policías y los quiero ayudar. La casera, terminante, me grita que no vaya, que me quede ahí sentada. Toda la situación me parece muy rara, pero no sé bien por qué. Desde esa distancia, veo cómo ponen a papá y a Lucas contra la pared; parece que se quieren llevar a papá. Quiero decirles que se equivocan, que papá no es ningún ladrón, pero ya la casera me dijo que me quedara ahí. Papá quiere ir al auto a buscar sus documentos, pero no lo dejan. Uno de los policías tiene una ametralladora en una mano, y con la otra acaricia a Mariela, la bebé. Carmen y mamá se abrazan. Los policías las separan. Luego de varios minutos de tensión, papá logra convencerlos de que lo dejen ir a buscar los documentos y se los muestra: no es la persona que buscan. Así de rápido como llegaron, se van.

Empiezo la primaria, y los fines de semana se llenan de actividades. Ya no vamos más a la quinta.

Valeria Wald

Laboratorio de Traducción 2018 y EOTL 2019 (inglés)

Línea de tiempo

Inglés – Portugués (abril)

Julianne Paulino (Inglaterra)
María Laura Ramos, Lucila Cordone, Cecilia Rossi (Coords.)
Laura Erber (Brasil)
Julia Tomassini (Coord.)

Francés

Philippe Rahmy (Suiza)
Gabriela Villalba (Coord.)

Laboratorio de traducción – Inglés (julio)

Fiona Sze Lorrain (Francia)
Eleonora González Capria (Coord.)

2015 | 2016 | 2017 | 2018 | 2019

Alemán

Kristof Magnusson (Alemania)
Martina Fernández Polcuch (Coord.)

Inglés

Giles Foden (Inglaterra)
María Laura Ramos, Lucila Cordone y Cecilia Rossi (Coords.)

Alemán - Inglés

Gianna Molinari (Suiza)
Martina Fernández Polcuch (Coord.)
Kathy J. Orr (Inglaterra)
Eleonora González Capria (Coord.)

Laboratorio de traducción – Portugués (junio)

Luisa Geisler (Brasil)
Carol Pfeiffer (Coord.)

Otoño de Traducción Literaria

LUISA GEISLER EN EL LENGUAS VIVAS

Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández"

Ciclo de entrevistas 2018 de la Escuela de Otoño de Traducc

Laura Erber, Julia Tomasin y Caroline Kirsch Pfeifer *

IES Lenguas Vivas "Juan R. Fernández"
Aula 400
Martes 24 de abril de 19 a 20 h

5 años de un sinfín de aprendizajes

MALBA

Abril
Lunes 22
19:00

Mesa redonda y lecturas
Identidad, cultura y migraciones

Fiona Sze-Lorrain

Programas EOTL de estos 5 años

Biodata

Coordinadoras de estos primeros cinco años

Lucila Cordone (1975 - 2020):

Traductora de Inglés (Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández"), realizó estudios de posgrado en Traductología en la Universidad Nacional del Comahue. Fue docente de Traducción Literaria en el Lenguas Vivas "J.R.F.", donde creó y coordinó la Escuela de Otoño de Traducción Literaria. También se desempeñó como docente de traducción en el Lenguas Vivas "S. B. de Spangenberg". Dictó cursos para la Universidad de Nueva York, y coordinó talleres de traducción con escritores para el British Centre for Literary Translation (Universidad de East Anglia) y para el FILBA (Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires). Entre 2010 y 2018 formó parte de la Comisión Directiva de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes, para la cual creó la Comisión de Traducción para Editoriales y de Derechos de Autor, en cuyo marco coordinó desde 2014 las Jornadas de Traducción Editorial en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, entre otras actividades. También, en representación de la AATI, participó de la redacción y promoción del proyecto de ley de apoyo a la traducción autoral y trabajó activamente creando lazos de cooperación con instituciones nacionales e internacionales para la ejecución de proyectos vinculados a la traducción, además de representar a la asociación en diversos encuentros en la Argentina y en el exterior. Tradujo textos literarios y de ciencias sociales para editoriales argentinas.

***

Estela Consigli es traductora literaria y técnico-científica en francés por el I.E.S. en Lenguas Vivas J. R. Fernández. Desde hace 13 años se especializa en traducción editorial de obras de ciencias humanas y sociales, sin dejar de lado la literatura. Ha traducido, entre otros autores, a Maurice Merleau-Ponty, Gérard Mendel, Antonio Negri, André Green, James Gurney, Philippe Lechermeier, David Le Breton y Philippe Artières. Vicepresidenta por segundo período consecutivo y miembro de la Comisión de Traducción para Editoriales y Derechos de Autor de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes (AATI), coorganiza desde el año 2012 actividades a nivel local e internacional de formación continua y encuentros relativos al área, como las Jornadas de Traducción Editorial AATI en la Feria del Libro de Buenos Aires. Formó parte de los equipos de redacción de los proyectos de ley argentinos para la protección de los traductores autorales de 2013 y 2015. En el marco del I.E.S. en Lenguas Vivas J. R. Fernández, participó en el Proyecto de investigación "La traducción editorial en la Argentina 2010-2015" bajo la dirección de la traductora María Cristina Pinto e integra, desde su fundación en 2015, el equipo de coordinación general de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria.

***

María Laura Ramos se graduó como Traductora Técnico-Científico y Literaria en Inglés en el Instituto en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández" y como Magíster en Literaturas Comparadas en la Universidad Nacional de La Plata. Desde 2000, tiene a su cargo las cátedras de Traducción Literaria I, Introducción a la Traducción Literaria y la Residencia en Traducción Audiovisual en el Fernández y también en la Escuela en Lenguas Vivas "Sofía Broquen de Spangenberg". Allí coordina, además, el postítulo en Textos Audiovisuales y Accesibilidad. Ha participado como coordinadora y tallerista desde los comienzos de la Escuela de Otoño de Traducción Literaria. Desde la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes, ha colaborado con distintos proyectos relacionados con la traducción literaria, la audiovisual, la accesibilidad a la cultura y la escritura creativa en la formación de traductores. En 2019, comenzó a coordinar con Lucila Cordone el proyecto Traducir para la escena, junto al Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y el colectivo Out of the Wings.

***

Eleonora González Capria es licenciada en Letras (Universidad de Buenos Aires) y traductora literaria y técnico-científica en inglés (IESLV "J. R. Fernández"). Es profesora de traducción literaria en el Traductorado en Inglés (IESLV JRF) y ha dictado el seminario "Traducción de Narrativa" de la Carrera de Especialización en Traducción Literaria (FFyL, UBA). Participó de proyectos UBACyT y adscripciones en las áreas de Literatura del Renacimiento, Literatura Norteamericana, género y traducción. Traduce del inglés y del italiano, escribe, lee y corrige para editoriales argentinas, estadounidenses y españolas, de independientes a internacionales, entre ellas, Loqueleo-Santillana, Norma-Kapelusz, Urano, Zindo & Gafuri, Kriller71, Eterna Cadencia. Además, integra el equipo de dirección de la revista Hablar de Poesía, dedicada a la crítica, difusión y traducción de poesía. En 2016, fue becaria residente del Centro Internacional de Traducción Literaria de Banff, Canadá. En 2018, fue invitada al Centro Internacional de Traducción de la Universidad de Norwich, Gran Bretaña. Ese mismo año, su labor fue reconocida en la categoría "Traducción" del Premio Destacados 2017 de ALIJA. En 2019, fue seleccionada becaria Looren por la Secretaría de Cultura de Argentina y la Casa de Traductores Looren de Suiza. También ha publicado narrativa y poesía en revistas, ha recibido en 2019 un reconocimiento de la Fundación María Elena Walsh y actualmente espera la publicación de su libro *Revientacaballos* (2021, Caleta Olivia).

***

Martina Fernández Polcuch. Nacida en 1970 en Buenos Aires en el seno de una familia bilingüe, estudió Letras y trabaja como traductora e intérprete alemán-castellano. Traduce literatura y ensayo para editoriales argentinas (Anna Seghers, Th. W. Adorno, W. Benjamin, G. Scholem), obras teatrales para la biblioteca especializada del Instituto Goethe (Darja Stocker, Konstantin Küspert) y poesía (Daniela Seel, Ann Cotten, Raphael Urweider). Desde 1998 forma profesores y traductores de alemán en el IES en Lenguas Vivas "J.R. Fernández", donde también coordinó en dos períodos el Seminario Permanente de Estudios de Traducción, y desde 2010 es profesora adjunta de la cátedra de Alemán-Lectocomprensión en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Ha participado de talleres de traducción en el exterior y en el país, y ha dictado numersoso talleres desde 2015. Ha obtenido becas de investigación del Servicio Alemán de Intercambio Académico, becas para participar de talleres y encuentros de traducción literaria del Instituto Goethe, el Internationales Theaterinstitut, el Literarisches Colloquium Berlin y una beca de residencia de TOLEDO, un programa del Fondo Alemán para la Traducción. Ha publicado varios artículos sobre temas de traducción. En 2020 coprodujo la serie BITÁCORAS DE TRADUCCIÓN, un proyecto del Ciclo Alta Traición.

***

Julia Tomasini es doctora en Letras, escritora y traductora del portugués. Coordina clínicas de traducción y da talleres de escritura creativa y académica. Es magíster en Escritura Creativa (UNTREF), y actualmente trabaja en proyectos de dramaturgia y poesía visual, y estudia astrología. Tradujo sobre todo literatura contemporánea brasileña y portuguesa, entre otros títulos, *Las ardillas de Pavlov*, de Laura Erber (Adriana Hidalgo, 2015), *Las luces de emergencia se encenderán automáticamente*, de Luisa Geisler (Blatt y Ríos, 2016), *Amora*, de Natália Borges Polesso (Odelia editora, 2017), y *El universo de las imágenes técnicas*, de Vilém Flusser (Caja Negra, 2015). En abril de 2018 coordinó el taller de portugués de la Escuela de Otoño de Traducción del Lenguas Vivas.

***

Gabriela Villalba es Traductora Literaria y Técnico-Científica en Francés (IES en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández"), profesora en Letras (UBA) y doctoranda también de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese marco, investiga el uso del español de la Argentina en la traducción editorial argentina contemporánea. Se dedica especialmente a la formación de traductorxs y de traductorxs-investigadorxs, tanto en el Traductorado en Francés (Residencia de Traducción y Dirección de Carrera) como en el de Portugués (Seminario Permanente de Estudios de Traducción) del Lenguas Vivas. Posee una larga trayectoria como traductora literaria y de ciencias sociales y humanidades en el campo editorial. Asimismo, dirige la editorial EThos Traductora, especializada en Estudios de Traducción y traducción literaria. Formó parte del Grupo LDTA (Ley de Traducción Autoral) y desde los distintos espacios de los que participa trabaja por la defensa de los derechos laborales y la visibilización de la tarea de traductorxs, docentes e intérpretes.

***

“El Lenguas” Proyectos institucionales publicados desde 2015

Número 7: Umbrales. la residencias de traducción del lenguas Vivas

Número 6, 2019: El portugués en El Lenguas: Investigaciones, apuntes, experiencias

Número 5, 2018: ¿Terminal terciario? Los institutos de educación superior en el sistema educativo. Historia, situación actual y perspectivas

Número 4, 2017: Vivir entre lenguas. La lengua española en diálogo con otras lenguas

Número 3, 2016: Descripción de la interrogación directa en francés, su uso por hispanohablantes: hacia un estudio contrastivo y traductológico de sus aspectos sintácticos, semántico-pragmáticos y discursivos

Número 2, 2015: Miradas sobre algunas traducciones argentinas de producciones culturales alemanas

Número 1, 2015: Celebrating Shakespeare

Los primeros cinco años

Lenguas V¡vas